

**M<sup>a</sup> FERNANDA SÁNCHEZ-COLOMER RUIZ**

# **VALLE-INCLÁN ORADOR**

**Tesis doctoral dirigida por el Dr. Manuel Aznar Soler**

**Departament de Filologia Espanyola  
Facultat de Lletres  
Universitat Autònoma de Barcelona**

**Junio 2002**

*A mis padres, en memoria de nuestras tertulias sabatinas*

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	V
--------------------	---

## I. LA ORATORIA EN LA ÉPOCA DE VALLE-INCLÁN

1. Un pueblo de romerías y sermones .....	3
2. Discursos y arengas: la oratoria política en el siglo XIX .....	14
3. La depuración retórica del siglo XX y la nostalgia del orador poeta .....	31
4. El Ateneo de Madrid: oradores y tertulianos .....	49

## II. VALLE-INCLÁN ORADOR

1. El habla de Valle-Inclán .....	73
2. Idea valleinclaniana de la oratoria .....	84
3. Valle-Inclán en la tribuna .....	121
3. 1. Retrato del orador .....	121
3. 2. Los ensayos iniciales .....	129
3. 3. El bufón se va a las Indias .....	132
3. 4. Valle-Inclán tradicionalista .....	149
3. 5. El milagro musical .....	153
3. 6. Lecciones de estética (I) .....	159
3. 7. El orador revolucionario .....	164
3. 8. Lecciones de estética (II) .....	174
3. 9. El orador consagrado .....	177
3. 10. Mirando al futuro: las últimas conferencias .....	190

## III. LAS CONFERENCIAS DE VALLE-INCLÁN

1. La hora del crepúsculo: el éxtasis quietista .....	199
2. El alma española .....	230
3. Las artes visuales .....	303
4. El arte de escribir .....	362
5. La novela y el demiurgo .....	389

**CONCLUSIONES** ..... 431

**BIBLIOGRAFÍA**

1. Bibliografía general citada ..... 462  
2. Bibliografía sobre Valle-Inclán citada ..... 467  
3. Ediciones por las que se citan las obras de Valle-Inclán..... 478  
4. Conferencias de Valle-Inclán citadas..... 480  
5. Tabla de conferencias ..... 489

**APÉNDICE DOCUMENTAL** ..... 496

## INTRODUCCIÓN

Esta tesis doctoral se originó a partir de una doble constatación: por un lado, advertí que eran varios los investigadores que habían abordado alguna conferencia de Valle-Inclán, pero que faltaba una visión de conjunto sobre su trayectoria como conferenciante; y por otro, comprobé que los discursos exhumados hasta la fecha eran sumamente valiosos para el estudio del pensamiento estético y político del escritor, pues no sólo contábamos con un número nada despreciable de textos, sino que éstos trataban de temas muy diversos —relacionados con la literatura, la filosofía, la historia, la política y las artes plásticas— y abarcaban, además, un periodo temporal muy amplio. El hecho es que Valle no fue un orador ocasional, sino que dio conferencias a lo largo de toda su vida; según los datos a mi alcance, la primera fue pronunciada en 1892 y la última en 1935, y en total disponemos de cincuenta y siete disertaciones documentadas; ello sin tener en cuenta los discursos ofrecidos con ocasión de banquetes y homenajes, que decidí excluir de mi estudio por su carácter meramente circunstancial.

Como es sabido, el contenido de las conferencias nos ha llegado a través de reseñas periodísticas, cuyo conocimiento debemos, sobre todo, a las recopilaciones publicadas por Dru Dougherty y por Joaquín y Javier del Valle-Inclán<sup>1</sup>. Por lo demás, es casi seguro que una rebusca exhaustiva en las hemerotecas nacionales desembocaría en nuevos hallazgos, ya no sólo de reseñas desconocidas, sino también de conferencias no documentadas.

---

<sup>1</sup> Dougherty, D. : *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos, 1983 y Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.) : *Entrevistas, conferencias y cartas. Ramón María del Valle-Inclán*, Valencia, Pre-Textos, 1994.

Sin embargo, un trabajo de esta índole no estaba, por razones obvias, a mi alcance, de modo que me fijé un objetivo más modesto: reunir todos los documentos editados hasta hoy y proceder a su análisis sistemático, desde la convicción de que ésta era una tarea pendiente cuyos resultados podían, además de justificar el presente estudio, estimular investigaciones futuras.

Ante todo, se imponía establecer el corpus de textos que iban a ser manejados. Para ello, elaboré un listado cronológico de todas las conferencias documentadas, precedido de un comentario donde se anotan algunas precisiones acerca de los textos y donde se argumenta pormenorizadamente la exclusión de determinados discursos; tanto el listado, titulado «Tabla de conferencias», como el comentario —«Conferencias de Valle-Inclán citadas»— figuran en el aparato bibliográfico de este trabajo. Asimismo, pueden verse en el «Apéndice documental» tres reseñas que no habían sido reproducidas hasta la fecha, aunque sí se tenía noticia de las conferencias correspondientes<sup>2</sup>. Una vez fijado el corpus, la lectura de los textos me sugirió diversas líneas de análisis. Hemos de tener en cuenta que, en la mayoría de los casos, sólo contamos con resúmenes de las disertaciones, y que éstos poseen un valor desigual: en ocasiones se trata de reseñas muy claras y extensas, pero otras veces son demasiado breves o están muy mal escritas. A menudo, por tanto, se impone un esfuerzo interpretativo, una lectura entre líneas, cuando no una auténtica «deconstrucción» del discurso del apurado cronista. Si hiciéramos caso a Miguel de Unamuno, dejaríamos que estas reseñas reposaran para siempre en el olvido:

Extractar. Perdóneseme la petulancia, pero pedir el extracto de ciertos discursos es tan desatinado como pedir —y ese desatino se repite en las clases de Literatura— el argumento de la *Iliada*. Y, a las veces, como pedir el extracto de una sinfonía<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Sobre los datos concretos de estas reseñas, véase «Conferencias de Valle-Inclán citadas» y «Tabla de conferencias».

<sup>3</sup> Unamuno, M. : «¿Conferencias? ¡No!»: *Abora*, 24-I-1936 (*apud* Miguel de Unamuno: *Prólogos. Conferencias. Discursos*, en *Obras Completas*, T. II., introducción y notas de Manuel García Blanco; Barcelona, Vergara, 1958, pág. 68).

Sin embargo, no hay que desdeñar la importancia de estos textos, y ello por dos motivos fundamentales: el primero, porque el orador utilizará temas e imágenes recurrentes, de modo que las conferencias se constituyen, en su conjunto, en una especie de juego de espejos, donde los distintos discursos se iluminan entre sí o revierten, de forma oblicua, sobre otros discursos; en este sentido, determinadas reseñas que, leídas de forma aislada, pueden parecerse pobres o crípticas, contrastadas con otras alcanzan un valor significativo mucho mayor: se llenan, por así decirlo, de contenido. Por otro lado, los cronistas no se limitan a resumir las disertaciones, sino que también comentan el estilo del orador y la reacción del público; ello convierte a sus crónicas en unos documentos idóneos para reconstruir la figura del Valle-Inclán orador y para estudiar la recepción de sus conferencias.

Antes de proceder al análisis de estos aspectos, me pareció conveniente detenerme en la oratoria coetánea del escritor, en aquellas manifestaciones retóricas que —ya por afinidad, ya por oposición— podían haber influido en su propia actividad como conferenciante. En este orden de cosas, era imprescindible remitirse a los primeros contactos de Valle con la oratoria, de modo que la primera parte de mi trabajo —titulada «La oratoria en la época de Valle-Inclán»— se inició con un breve capítulo consagrado a la predicación religiosa a finales del siglo XIX. Pero el panorama era mucho más complejo. Junto al sermón religioso, había otro tipo de discurso público de suma importancia en la época: la oratoria política. Ésta había llegado a tener, en el siglo XIX —y singularmente a partir de la revolución septembrina—, una enorme influencia social, sólo comparable a la ejercida por la prensa. Así pues, dediqué un segundo capítulo a la oratoria política del último tercio del siglo XIX, para lo cual me fue de gran ayuda un excelente estudio de María Cruz Seoane<sup>4</sup>. Esta investigadora, aunque no entraba a fondo en la oratoria política de principios del siglo XX, sí ofrecía una útil bibliografía sobre el tema, y en ella

---

<sup>4</sup> Seoane, M<sup>a</sup> C.: *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*; Madrid, Fundación Juan March/Editorial Castalia, 1977.

me basé para el siguiente capítulo de la primera parte, centrado en el discurso político coetáneo de Valle-Inclán. Finalmente, me pareció necesario detenerme en otro tipo de oratoria —la que practicaban los intelectuales de la época— y en concreto penetrar en uno de sus más distinguidos foros: el Ateneo de Madrid. Para completar esta contextualización histórica, y para enfatizar sus relaciones con Valle-Inclán, recurrí asimismo, en estos cuatro primeros capítulos, a las obras del escritor, donde predicadores y políticos de toda laya iluminan, con sus discursos, los modos retóricos de finales del XIX y principios del XX.

La segunda parte de mi trabajo se centró ya en la actividad de Valle-Inclán como conferenciante. Aquí quise poner de relieve tres cuestiones fundamentales. En primer lugar, los motivos que pudieron inducirle a ocupar la tribuna de forma intermitente, pero constante, a lo largo de toda su vida. En segundo lugar, intenté reconstruir lo que denominé la «idea valleinclaniana de la oratoria», es decir, los principios teóricos que subyacían a la praxis retórica del escritor, y paralelamente, indagué en la relación entre sus planteamientos y la tradición retórica. Y en tercer lugar, analicé la trayectoria del Valle-Inclán orador, deteniéndome tanto en su estilo oratorio como en la recepción de sus discursos.

Por último, consagré la tercera parte de mi trabajo al análisis temático de las conferencias. Vistas en su conjunto, éstas revelaban una diversidad de intereses propia de los oradores más cualificados, al tiempo que evidenciaban la progresiva elaboración de las ideas y los ejemplos. El primer paso consistió, por tanto, en determinar los temas principales, para luego, ya dentro de un núcleo temático concreto, fijar los orígenes y la evolución de los distintos motivos. Dedicué un capítulo a cada bloque temático, cinco en total, y los ordené teniendo en cuenta la ascendencia de algunos temas sobre otros. Así, empecé por el quietismo estético, por parecerme que este sistema estético-metafísico está en la base del pensamiento valleinclaniano. En segundo lugar, me detuve en la visión de España y en el ideario político del escritor, íntimamente ligados a sus



valoraciones del arte español. Y a continuación, estudié las conferencias centradas en varios artistas plásticos, las dedicadas al estilo literario y las que tienen como tema principal el género novelesco.

Considerados en su totalidad, estos cinco capítulos demuestran que, para el estudio del pensamiento estético y político del escritor, las conferencias son un punto de referencia muy valioso y, en ocasiones, imprescindible. En el caso de las centradas en el quietismo estético, es evidente que no pueden competir con *La lámpara maravillosa*, pero sí permiten comprobar los antecedentes y la progresiva elaboración de las ideas expuestas en esa obra. Los discursos en los que Valle presenta su visión de España, son, sin lugar a dudas, fundamentales para la reconstrucción de su ideario político, especialmente los pronunciados en los años de su militancia carlista y los que ofreció durante su segundo viaje a México. Las conferencias sobre pintores o escultores son sencillamente insustituibles, puesto que el escritor, aunque a menudo recurre a conceptos de *La lámpara maravillosa*, no deja de comentar con detalle la obra de sus coetáneos. También tienen interés los discursos sobre el estilo, si bien en este caso las ideas expuestas pueden rastrearse con mayor precisión en otro tipo de documentos, como algunas entrevistas y artículos o los propios *Ejercicios espirituales*. Por último, las conferencias que versan sobre la novela, además de aportar matices esenciales que las entrevistas no recogen, revelan que Valle se interesó por este género durante un largo periodo temporal. Por lo demás, no podemos olvidar que, en el caso de las entrevistas, es el periodista quien prefigura el tema de la conversación y modera la longitud de las respuestas, mientras que, en las conferencias, es el propio escritor quien delimita el contenido y la extensión de su discurso. En este sentido, las conferencias no pueden ser consideradas como un mero complemento de las entrevistas, sino que adquieren un valor añadido para el conocimiento de las ideas de Valle-Inclán.

Tan sólo me queda agradecer su colaboración a todas aquellas personas que han contribuido a que esta tesis doctoral llegara a su término.

En primer lugar, he de mencionar al director de la misma, el profesor Manuel Aznar Soler, con cuya orientación y estímulo he podido contar en todo momento. En segundo lugar, debo nombrar a Jaume Gayetano, quien no sólo ha editado mi trabajo, sino que ha detectado varias lagunas conceptuales que, en mi relación demasiado cercana al texto, yo no estaba en condiciones de percibir. También he de referirme a mi «lectora ideal», la profesora Carme Alerm, quien ha seguido paso a paso la elaboración de mi estudio y cuyos consejos y aportaciones han sido sumamente enriquecedores, así como a Jesús Monge, quien ha tenido la generosidad de cederme dos de las reseñas que figuran en el «Apéndice documental». Por último, mencionaré a los restantes miembros del Taller de Investigaciones Valleinclanianas —el profesor Juan Rodríguez y mis colegas Josefa Bauló y Unvelina Perdomo—, no tanto por su contribución específica a esta tesis doctoral, como por ese amor compartido por la literatura, la investigación y la obra de Valle-Inclán que, en tantas sesiones de trabajo y en las subsiguientes tertulias, ha conformado ese núcleo de complicidades sin el cual la investigación deviene una actividad onanista y encorsetada. A todos ellos, muchas gracias.

I

LA ORATORIA EN LA ÉPOCA  
DE  
VALLE-INCLÁN

## 1

## UN PUEBLO DE ROMERÍAS Y SERMONES

Es posible que Ramón Valle, cuando era sólo un niño, jugara a imitar la figura de un párroco de aldea. La anécdota se cuenta entre las narradas por Fernández Almagro, quien afirma que «una vieja colección de sermones le infundió el gusto de leer en alta voz, y le divertía rehacerlos a su manera»<sup>1</sup>. Tal como lo explica el biógrafo, se trataba de un juego elaborado, en el que intervenían no sólo la lectura expresiva y la representación, sino también la improvisación y la creatividad. Aunque no podamos asegurar su certeza, la imagen de un niño aldeano imitando a un párroco elocuente no resulta inverosímil. La iglesia marcaba el ritmo de la vida cotidiana y de las fiestas populares, desde la misa ordinaria hasta la romería campestre y, para un niño sensible a la plástica y a la oralidad, el rito católico se convertía en una fuente inagotable de sensaciones; como las más conspicuas heroínas de la narrativa decimonónica, el joven Ramón Valle debió de extasiarse ante aquel escenario mítico y colorista, en cuyo centro se destacaba, como actor principal, el cura de aldea. Si damos validez, aunque sólo sea poética, a la narración de Fernández Almagro, convendremos en que es ahí, en esos primeros escauceos imaginarios con el púlpito, donde hay que buscar los orígenes del Valle-Inclán orador.

La retórica se incluía, por lo demás, en la formación de cualquier escolar o bachiller de la época. El manual al uso era el *Arte de hablar en prosa y en verso* de Gómez Hermosilla, una obra de corte netamente neoclásico publicada en 1826, en una de cuyas reediciones, prologada por Vicente Salvá, se precisa lo siguiente:

---

<sup>1</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. : *Vida y literatura de Valle-Inclán*; Madrid, Taurus, 1966, pág. 7.

Así es que desde que apareció el *Arte de hablar en prosa y en verso*, los maestros de todos los países cuya lengua es la española, lo prefirieron como el más completo y el más á propósito para que los escolares, después de haber ya leído algo de los oradores o poetas latinos, ó después de cursar las facultades mayores, tomen una tintura de las reglas que se hallan observadas en aquellos modelos de la antigüedad<sup>2</sup>.

En efecto, en el siglo XIX el libro de Hermsilla había sustituido a los pliegos de cordel con que, desde la centuria anterior, aprendían a leer los niños españoles<sup>3</sup>. Las referencias a este manual serán constantes entre los coetáneos de Valle; el siempre bronco Maeztu rememoraré sus años de bachiller en provincias arremetiéndolo contra «esas poblaciones del interior de España que no ofrecen a la juventud otra salida que la de embrutecerla con el latín y el griego y el hebreo y la historia de los godos (...) y la retórica de Hermsilla»<sup>4</sup>. La biblioteca de Jesús Muruáis —«la mejor y la más rica de Pontevedra» según ha demostrado Jean Marie Lavaud— acogía, entre otras retóricas, un ejemplar del libro de Hermsilla<sup>5</sup>. Desde otras latitudes de habla española, Jesús Valenzuela saludará a un poeta mexicano, José Juan Tablada, como un innovador que no sólo ha sabido sustraerse al influjo de los románticos españoles, sino también a «las huellas de la palmeta de Gómez Hermsilla»<sup>6</sup>; y Rubén Darío, terciando en la polémica generada por las nuevas corrientes literarias finiseculares y retomando una antigua cuestión académica, asegurará que la forma poética «no desaparece bajo la

---

<sup>2</sup> GÓMEZ HERMOSILLA, J. M. : *Arte de hablar en prosa y en verso* (2 tomos); edición, introducción y notas de Vicente Salvá, París, Librería de D. Vicente Salvá, 1842, tomo 1, «Introducción», pág. xx.

<sup>3</sup> DÉBAX, M. (ed.) : *Romancero*; Madrid, Alhambra, 1982, pág. 33.

<sup>4</sup> MAEZTU, R. : «Hacia otra España» (1899), *apud* Mainer, J. C. : *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*; Madrid, Cátedra, 1981, pág. 17.

<sup>5</sup> LAVAUD, J. M. : «Una biblioteca pontevedresa a finales del siglo XIX (De Jesús Muruáis hacia Valle-Inclán)»; *Estudios de Información*, Madrid (octubre-diciembre 1972), págs. 257-401. La cita textual del profesor Lavaud es de la pág. 283. La retórica de Hermsilla aparece catalogada en la pág. 360.

<sup>6</sup> VALENZUELA, J. E. : «Para un libro de Tablada» (1903); en Gullón, R. : *El modernismo visto por los modernistas*; Barcelona, Guadarrama-Labor, 1980, pág. 324.

gracia del sol», ni siquiera «la que preocupó siempre a líricos dómines, desde el divino Horacio a Don José Mamerto Gómez Hermosilla»<sup>7</sup>.

En lo que respecta, concretamente, a la oratoria, Hermosilla le dedicaba un apartado extenso, que ocupaba todo el libro primero del segundo tomo. Además, en la edición de 1842, Vicente Salvá había añadido por su cuenta un apéndice relativo a la pronunciación y la acción, dos aspectos esenciales descuidados por Hermosilla. Hojeando esta retórica, uno no puede menos que sonreír ante las admoniciones dirigidas «á todo el que escribe para el público», como las contenidas en el capítulo dedicado a la «Decencia», donde se advierte contra el uso de «expresiones indecentes por excitar ideas desagradables o asquerosas»:

Así sólo advertiré que, *aun en obras satíricas y burlescas, es necesario abstenerse de toda obscenidad*; y la advertencia no es inútil, porque no hace todavía muchos años que nuestros sainetes y nuestras tonadillas abundaban de equívocos, que incomodaban á cuantos conocían las reglas que la decencia dicta á todo el que escribe para el público, y mas aun para el teatro, adonde concurren personas de ambos sexos y de todas las edades<sup>8</sup>.

Desde luego, Hermosilla se habría llevado un susto considerable si hubiera tenido ocasión de leer algún esperpento valleinclaniano, en los que no sólo se quebrantaban palmariamente las reglas de las tres unidades, sino que, a fuer de sátira y burla, se utilizaban todo tipo de expresiones «indecentes». Por lo pronto, sin embargo, el joven Ramón Valle no era más que un estudiante poco aplicado, que cursaba la Segunda Enseñanza en los Institutos de Pontevedra y Santiago y que, entre una mayoría de aprobados y algún que otro suspenso, lograba obtener un «Notable» en Historia de España y un «Bueno» en Retórica y Poética<sup>9</sup>.

La retórica de Gómez Hermosilla precisaba que, a partir del cristianismo, los tres géneros oratorios que se distinguían en el mundo

---

<sup>7</sup> DARÍO, R. : «Dilucidaciones» (1907); *ibid.*, pág. 59.

<sup>8</sup> GÓMEZ HERMOSILLA, J. M., *op. cit.*, Libro tercero, cap. 1, artículo 8º (el subrayado es suyo).

<sup>9</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. , *op. cit.*, pág. 9.

clásico —el judicial, el deliberativo y el epidíctico—, así como sus funciones respectivas —la acusación o la defensa, el consejo o la disuasión y la alabanza o el vituperio—, habían sido sustituidos por las arengas forenses, políticas y sagradas. Dentro del capítulo relativo a las «Reglas particulares de las composiciones oratorias», se ofrecían las «reglas o consejos» para la confección del sermón<sup>10</sup>. Según indican los manuales de historia eclesiástica, en el siglo XIX existían tres tipos bien diferenciados de predicación: la exhortación o instrucción familiar —que correspondía a los domingos y días de fiesta—, la predicación extraordinaria —que coincidía con las celebraciones de Adviento y Cuaresma— y los sermones de las misiones, que se desarrollaban durante varios días consecutivos. La primera era pronunciada generalmente por el párroco y era relativamente corta y simple, para que fuese fácilmente comprendida. A la segunda clase se dedicaban oradores especializados, que se atenían a unas reglas estrictas de elocuencia sagrada. El estilo de los predicadores misionales debía ser, por último, simple y directo; su objetivo central era impresionar y emocionar, con el fin de conseguir la conversión del auditorio, seguida de la confesión y la comunión<sup>11</sup>.

En general, sin embargo, como advertía Hermosilla, puesto que las verdades contenidas en el sermón eran de sobra conocidas, al orador religioso no había de importarle tanto la instrucción de los fieles como su persuasión. Por ello, aunque el estilo del sermón debía ajustarse al tipo de oyente, era imprescindible que en todos los casos se destacara la «pasión» o «fuego» del orador, y en este sentido se recomendaba el uso de figuras y tropos como metáforas, personificaciones e hipérboles. Estas licencias no eran, por lo demás, extrañas al lenguaje del Evangelio, cuyo carácter poético tanto seducía a Unamuno, para quien los sermones de Jesús eran el prototipo de oratoria artística e intemporal:

---

<sup>10</sup> GÓMEZ HERMOSILLA, J. M. , *op. cit.*, págs. 33-41.

<sup>11</sup> LLORCA, B. : *Manual de historia eclesiástica*, Barcelona, Labor, 1955, págs. 514-515.

Y entonces pensé en cómo la más grande y más duradera oratoria que conocemos, la del Evangelio, es eternamente poética. Los sermones de Jesús están divinamente tejidos con metáforas, parábolas y paradojas. La metáfora, la parábola y la paradoja son los elementos didácticos de las enseñanzas orales del divino maestro<sup>12</sup>.

Al Ramón Valle niño, sin embargo, más que la calidad estructural o estilística de estas piezas oratorias, debieron de impresionarle el carácter espectacular del sermón y la actuación especialmente convincente de algún sacerdote fanático. Entre los predicadores religiosos que, años después, ofrecerá como modelos del arte oratoria, me atrevería a afirmar que uno de ellos se incluía ya entre sus más tempranas referencias míticas. Me refiero a Fray Diego de Cádiz, un predicador de la orden de los capuchinos beatificado por León XIII en 1894 y autor de más de ochocientos sermones. Este exaltado orador, prototipo del integrismo religioso, inicia en 1771 las misiones populares en su Andalucía natal, para, a partir de 1782, continuarlas por toda la península; en 1794 y 1795 lleva su campaña a tierras gallegas, concretamente a las poblaciones de Tuy, Vigo, Pontevedra, Santiago, La Coruña, El Ferrol, Lugo y Mondoñedo<sup>13</sup>. Con toda seguridad, la leyenda de su ferviente prédica perduró durante mucho tiempo entre los aldeanos, y no es imposible que llegara hasta el joven Valle por boca de algún anciano pariente o amigo de la familia. El hecho es que, en uno de los primeros cuentos valleinclanianos —*Rosarito*—, la condesa manda disponer para el diabólico don Juan Manuel «la habitación en que, según las crónicas, vivió fray Diego de Cádiz cuando estuvo en el pazo» (pág. 187). En 1910, a punto de dictar unas conferencias en Buenos Aires, el escritor se comprometerá a preparar, para una futura visita a la Argentina, «unas cuantas conferencias sobre héroes y santos de la España vieja: sobre Santiago, Patrón de aquella península, sobre Fray Diego de Cádiz, sobre

---

<sup>12</sup> UNAMUNO, M. DE: «Poesía y oratoria» (1905); en *Ensayos*, Tomo I, Madrid, Aguilar, 1951, pág. 737.

<sup>13</sup> VV. AA. : *Diccionario de historia eclesiástica de España*; Instituto Enrique Flórez; Madrid, C.S.I.C., 1972, págs. 300-301.



héroes olvidados de Galicia»<sup>14</sup>. Y todavía en 1920, Cipriano Rivas Cherif definirá al gobernante ideal de Valle-Inclán a partir de la síntesis de varias cualidades: el patriarcalismo de un Tolstoi o de un León XIII, el espíritu militar de un *condottiero* italiano o de un Porfirio Díaz y «el inflamado verbo catequizador de un San Pablo, de un Fray Diego de Cádiz, de un Lenin»<sup>15</sup>.

Así, cuando el escritor evoque en *Águila de Blasón* a un cura de aldea, no elegirá a un palurdo taciturno, sino al apocalíptico Fray Jerónimo Argensola. En cierta medida, aquel «inflamado verbo catequizador» característico de Fray Diego de Cádiz puede rastrearse en este cura franciscano, quien, según reza la acotación, «lanza anatemas desde el púlpito, y en la penumbra de la iglesia la voz resuena pavorosa y terrible» (pág. 60). Estamos ya en el universo de las *Comedias bárbaras*, y el pecado y la muerte nos asaltan, vestidos con aquellas metáforas tan caras a Unamuno, desde las primeras voces de Fray Jerónimo. Ante la elocuente prédica, Sabelita, presa de su sentimiento de culpa, caerá desmayada:

¡El pecado vive con vosotros, y no pensáis en que la muerte puede sorprendernos! Todas las noches vuestra carne se enciende con el fuego de la impureza, y el cortejo que recibís en vuestro lecho, que cobijáis en la finas holandas, que adormecéis en vuestros brazos, es la serpiente del pecado que toma formas tentadoras. ¡Todas las noches muerde vuestra boca la boca pestilente del enemigo! (pág. 63).

Muy distintos son los doctos y envarados religiosos que pueblan las *Sonatas*, obispos y cardenales en su mayoría, en consonancia con el ambiente aristocrático en que se enmarca el ciclo novelesco. Sin embargo, en la *Sonata de otoño*, que transcurre en Galicia, hallamos también, aunque mixtificada, la relación de los sermones con los orígenes familiares. La mayor parte de la acción tiene lugar en el Palacio de Bendaña, un pazo señorial perteneciente a la familia del Marqués de Bradomín que evoca, por analogía poética, el pazo familiar del escritor. La escena en que se alude a los sermones

<sup>14</sup> Lo recoge Ventura Chumillas en *Literatos y tópicos españoles*, Buenos Aires, 1924, pág. 126; *apud*. Dougherty, D. : *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos, 1983, pág. 23 n 28.

contrasta irónicamente con la inmediatamente anterior, donde el Marqués acaba de pasar una ardiente noche con la moribunda Concha, a quien ha comparado con la Dolorosa por la blancura exangüe de sus manos. El episodio siguiente presenta a Bradomín refugiado en la biblioteca y leyendo «el *Florilegio de Nuestra Señora*, un libro de sermones compuesto por el Obispo de Corinto, Don Pedro de Bendaña, fundador del Palacio» (pág. 48); el Marqués, no obstante, abandonará enseguida tan edificante lectura ante los requerimientos de Don Juan Manuel, quien dirigirá al libro de sermones «una mirada llena de desdén» (*ibíd.*).

Análoga superposición de satanismo y religiosidad puede verse en la *Sonata de invierno*, donde un obispo desgrana su plática ante un auditorio distraído. El Marqués de Bradomín es el único que escucha al prelado, al que interrumpirá con su célebre máxima: «¡Viva la bagatela!»; en ese momento, evoca el narrador, y a punto de iniciarse una polémica que sólo detendrá la severa mirada de la Reina, el obispo «recogióse los hábitos con empaque doctoral, y en ese tono agresivo y sonriente, que suelen adoptar los teólogos en las controversias de los seminarios, comenzó un largo sermón» (pág. 170).

Pero si en las *Sonatas* obispos y cardenales se integran en clave decorativa en un universo aristocratizante, muchos años después, en uno de los artículos dedicados al libro de Romanones *Amadeo de Saboya, el rey efímero*, Valle mostrará una abierta antipatía por el «dogmatismo teológico» de las altas jerarquías eclesiásticas: concretamente, sus ataques irán dirigidos a Giacomo Antonelli, cardenal y secretario de Estado del papa Pío IX, cuyas suaves maneras encubrían, a juicio del escritor, el mismo «fanatismo de cura lugareño» que se advertía en Fray Jerónimo Argensola. Y lo más grave era que, así como los párrocos de aldea habían contribuido a la pervivencia de un secular temor religioso, obispos y cardenales ejercían su enorme influencia nada menos que en la esfera política. Monseñor Antonelli no era

---

<sup>15</sup> Cipriano Rivas Cherif: «Respuesta de Valle-Inclán a las preguntas de Tolstoi», *La Internacional*, Madrid, 3-III-1920; en Dougherty, D., *op. cit.*, pág. 104.

sino un símbolo de un poder en la sombra que se mantenía inalterable con el paso del tiempo:

Monseñor Antonelli, secretario de Estado, bajo su rasgada sonrisa de careta napolitana, disimulaba un fanatismo de cura lugareño, apasionado por las purificaciones inquisitoriales, propenso a las ampulosas fórmulas conminatorias de excomuniones y anatemas. Condenaba por heréticas las escuelas liberales, y para combatirlas acudía al fanatismo de numerosas congregaciones eclesiásticas y civiles que movía con tenebrosa cautela en todas las Cortes extranjeras (...). El conde de Romanones, tan sagaz y tan honesto patriota, habrá, sin duda, advertido que aún anda por el mundo la sombra del cardenal Antonelli. De su política no faltan recientes ejemplos en España. Política inmutable, del más duro egoísmo dogmático, que impone la sumisión de todos los sentimientos y aun de los intereses nacionales a los fines de la Sede Apostólica<sup>16</sup>.

Lo cierto es que Valle-Inclán era muy consciente del poder que tenía el discurso religioso en España; él mismo manifestará una cierta ambivalencia respecto al sermón, puesto que, aunque cuestionará su sustrato ideológico desde sus más tempranas creaciones literarias, también valorará su fuerza persuasiva. En este sentido, no es el docto discurso de las altas jerarquías eclesiásticas el que interesa a Valle, sino el sermón de los frailes misioneros, que se le aparece como el más atávico y poderoso instrumento de persuasión de las clases populares. Ya en el último año de su vida, el escritor volverá a poner de relieve los vínculos entre su tierra natal y el sermón. Recluido en Galicia por motivos de salud, no deja de interesarse por la actualidad política y, en particular, por los actos de propaganda republicana de Manuel Azaña. Con el abierto desdén que caracteriza por estas fechas su visión de Galicia y de las pretensiones autonomistas de la región, Valle-Inclán afirma, en una primera carta a Azaña, estar al día, «por los telegramas de esta prensa regional y gaitera», del discurso proferido por el político en las Cortes en marzo de 1935 sobre el «alijo de armas». En abril del mismo año, y habiendo conseguido la unión de los partidos republicanos de izquierdas, Azaña reanudará los actos de propaganda,

<sup>16</sup> «Sugestiones de un libro. Amadeo de Saboya. II», en Serrano Alonso, J. : (ed.), Ramón del Valle-Inclán: *Artículos completos y otras páginas olvidadas*; Madrid, Istmo, «Bella Bellatrix», 1987, págs. 287-289.

comenzando en Valencia, donde a finales de mayo pronunciará un célebre discurso al que también aludirá Valle-Inclán en su correspondencia con el político<sup>17</sup>. De hecho, ya en 1932 Azaña había conseguido reunir, en la madrileña explanada de Comillas, a trescientas mil personas, en lo que había sido una movilización de masas sin precedentes en España<sup>18</sup>. En ese mismo año, a lo largo de una amplia entrevista, Valle-Inclán había definido a Azaña como «un gran gobernante», incluyéndolo en una particular nómina de estadistas españoles entre los cuales hacía constar también, «a pesar de sus debilidades y sus equivocaciones», a Cánovas. Valle-Inclán explicitará algunas semejanzas y diferencias entre ambos políticos y entre las primeras mencionará «la fuerza dialéctica de su oratoria»:

Cánovas no era un político desdeñable. A pesar de sus debilidades y sus equivocaciones, hay que recordar que es el único hombre del siglo pasado que acertó a construir una máquina de gobierno un poco duradera (...). Entre él y Azaña hay bastantes semejanzas. Se diferencian radicalmente en una cosa: en que él era pesimista, y Azaña, no. Pero se parecen, por ejemplo, en la cultura histórica, en la gran visión histórica y en la fuerza dialéctica de su oratoria<sup>19</sup>.

El hecho es que, a partir de los dos discursos de Azaña, y presumiblemente seducido por el alcance masivo de los mismos, Valle-Inclán recobrará su interés por el porvenir de la República. En previsión de un posible acto de propaganda en su tierra natal, el escritor recomienda al político, con regocijada ironía, un modelo oratorio concreto: el de la romería campesina y el sermón de los frailes misioneros:

Si por esta tierra hubieran las izquierdas de intentar una campaña de propaganda, deben hacerla campesina aprovechando el buen tiempo de las romerías que ahora comienza. Sermones campesinos en las robledas entre los maizales, con la técnica oratoria y la organización de las

---

<sup>17</sup> DOUGHERTY, D. : «Nuevas cartas inéditas de Valle-Inclán a Azaña»; *Revista de Occidente*, Madrid (abril 1986), págs. 29-39.

<sup>18</sup> TUÑÓN DE LARA, M. (Dir.): *Historia de España* (Tomo IX); Barcelona, Labor, 1985, pág. 207.

<sup>19</sup> V. S-O[Vicente Sánchez-Ocaña]: «La pintura, el teatro, el futuro Madrid. Valle-Inclán habla del arte de la República», *Abora*, Madrid, 20-IV-1932; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.) : *Entrevistas, conferencias y cartas. Ramón María del Valle-Inclán*; Valencia, Pre-Textos, 1994, pág. 496.

misiones que hacen los frailes. Misiones de tres y cinco días con cánticos, gaitas y banderas. En las ciudades creo que la batalla está perdida para las izquierdas. En cambio creo que estas glebas seguirían ciegamente a quien las misionase con un poco de unción republicana<sup>20</sup>.

Y en otra espléndida carta, fechada tres meses más tarde, se insiste en la relación entre Galicia y el sermón:

Querido Azaña: He leído estos días en los periódicos el propósito de usted de venir por esta tierra, en los primeros días de septiembre, a evangelizar infieles. (...). No olvide usted que la romería gallega es la conmemoración de la propaganda y los mítines que dio por estas breñas y marismas nuestro patrón el Señor Sant-Yago. Y si, como otros dicen, no fue el Santo Cabalgador, sino Prisciliano, para el caso es lo mismo. (...). No puede usted suponer toda la sensibilidad de estos indígenas para sugestionarse por la palabra hablada y rebelde que les promete un futuro mejor que el presente. Todo pueblo de romerías campesinas, como éste, es pueblo de sermones<sup>21</sup>.

En efecto, todo pueblo de romerías campesinas —y no sólo, por tanto, el gallego, sino prácticamente toda la España decimonónica— tenía en el sermón su principal, si no única, referencia oratoria. Cuando, desde el exilio, Niceto Alcalá-Zamora indague en los orígenes de la oratoria parlamentaria española, afirmará que ésta no pudo fundamentarse en la inglesa, por quedar demasiado alejada, ni tampoco en la francesa, donde se tendía al discurso leído y escrito, ajeno por completo al temperamento nacional. Así —concluirá—, la oratoria española hubo de forjarse a partir de dos modelos arraigados en el suelo patrio, el de la audiencia y, sobre todo, el del púlpito:

Falta de tradición continuada y de modelos asimilables, la oratoria española tuvo que surgir espontánea en lo parlamentario, modelada por las propias afinidades nacionales en lo forense y en lo sagrado; quizá más influida por el púlpito que por la chancillería o audiencia, y ello probablemente por la mayor vibración pasional que el sermón busca, y también por el predominio de la alegación escrita en los tradicionales sistemas de enjuiciar<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> DOUGHERTY, D., *art. cit.*, págs. 35-36.

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> ALCALÁ ZAMORA, N. : *La oratoria española* (1ª edición, Buenos Aires, 1946); Barcelona, Grijalbo, 1976, pág. 20.

Retengamos dos elementos subrayados por Alcalá Zamora: el rechazo del discurso escrito o leído y la «vibración pasional» latente en el sermón; como veremos, ambos factores van a ser claves no sólo en el Parlamento español, sino también en la concepción valleinclaniana de la oratoria.

## 2

**DISCURSOS Y ARENGAS**  
**LA ORATORIA POLÍTICA EN EL SIGLO XIX**

Ese secular predominio de la oratoria religiosa en la España rural iba a verse contestado, en las ciudades y en las poblaciones menos aisladas, por la voz del Parlamento. En efecto, a lo largo del siglo XIX una élite política protagonizaba el florecimiento de la oratoria parlamentaria, nacida con las Cortes de Cádiz y sólo interrumpida por los últimos estertores del absolutismo. Desde las primeras sesiones de las Cortes la asistencia al Congreso va a convertirse en un entretenimiento público; los ciudadanos, progresivamente familiarizados con los debates políticos, intervendrán ruidosamente en las discusiones; a las mujeres se les impedirá enseguida asistir al Congreso por considerarlas causantes de muchos disturbios, y mediante un reglamento específico se prohibirá todo tipo de participación espontánea. Estas medidas no tendrán ninguna utilidad: el público seguirá interviniendo, y más adelante, readmitidas las mujeres, algunos diputados les harán llegar, por medio de un ujier, caramelos «para alivio de las irritadas gargantas»<sup>1</sup>.

Aunque el número de personas que asistían al Parlamento era muy limitado, la prensa reproducía extractos de los discursos, que en ocasiones llegaban a publicarse también en forma de folletos o de libros. A través de la lectura colectiva de la prensa, tan común en el siglo XIX, incluso la gente analfabeta podía tener una noción de los temas centrales debatidos en las Cortes. Los gobernantes invocarán una y otra vez a la «opinión pública» y el

---

<sup>1</sup> SEOANE, M<sup>a</sup> C. : *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*; Madrid, Fundación Juan March/Editorial Castalia, 1977, pág. 306. Véase también, de la misma autora, «Oratoria sagrada y política»; en Amorós, A. y Díez Borque, J. M<sup>a</sup> (coords.): *Historia de los espectáculos en España*, Madrid, Editorial Castalia, 1999, págs. 463-483.

periodismo y la oratoria pasarán a convertirse en los géneros más representativos del espíritu del siglo. Pero, como precisa María Cruz Seoane, la oratoria fue «el género decimonónico por antonomasia; ni antes ni después ha tenido importancia comparable. El orador alcanza entonces un prestigio no igualado por ningún otro artista de la palabra y sólo equiparable al del torero»<sup>2</sup>.

A lo largo del siglo se sucedieron varias generaciones de políticos que, con la excepción de los generales que acaudillaron los partidos, se distinguieron por su dominio de la palabra. Muchos llegaron a ser grandes oradores y algunos compaginaron su actividad política con el ejercicio del periodismo o de la literatura. Particularmente brillante fue la generación de políticos del sexenio revolucionario, periodo que puede considerarse como la época de oro del discurso parlamentario. La sociedad española se sentía tan orgullosa de esta oratoria que existía la convicción de que ninguna extranjera podía comparársele, e incluso se ponía en duda que la griega o la latina la hubieran superado. Seoane se plantea hasta qué punto, a un siglo de distancia, resulta justificado tanto entusiasmo; en su opinión, «un lector moderno que se acerque con ánimo comprensivo a los *Diarios de sesiones* de esos años, podrá, seguramente, entenderlo, pero no compartirlo», pues se sentirá muy alejado «de aquella retórica grandilocuente, de aquellas cataratas de palabras que se le antojarán superfluas en un ochenta por ciento y en muchas ocasiones impropias»<sup>3</sup>.

En efecto, esta oratoria se distinguía —desde el punto de vista estilístico— por la extensión tanto del periodo como del propio discurso, por un lenguaje poético dotado de una ornamentación brillante y por una altura tonal amparada en fórmulas efectistas y melodramáticas. Progresivamente, sin embargo, al tiempo que se vislumbraba el fracaso de la revolución septembrina y la Primera República, aquellas barrocas disertaciones empezaron a caer en descrédito. Los grandes oradores del

---

<sup>2</sup> SEOANE, M<sup>a</sup> C., *op. cit.*, pág. 8.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 304.



sesenta y ocho comienzan a repetirse a sí mismos, lo que antes había sido lujo de imágenes es ahora tópico y frase hecha, y los espíritus críticos cuestionan cada vez con mayor insistencia la utilidad de tan artística verborrea. Aunque la crítica al discurso que no se traduce en hechos nace con la propia oratoria, por estas fechas empieza a ser generalizada. Luego, con la retórica vacía de la Restauración y sus trifulcas puramente verbales, arreciarán el cansancio y el escepticismo, que llegarán al límite en los años del Desastre. Para entonces, los escritores regeneracionistas no se limitarán a censurar la vacuidad de la oratoria política, sino que llegarán a negar la validez del régimen parlamentario: «La idea de la dictadura —dirá Seoane— aunque sea sólo como solución transitoria (...), ronda indudablemente a los más caracterizados críticos del retoricismo»<sup>4</sup>.

Emilio Castelar tipifica al orador del sexenio revolucionario, al tiempo que encarna también a esa figura característica del orador-escritor. Son múltiples los testimonios acerca del impacto de sus discursos en las Cortes o en el Ateneo. En 1935, Benjamín Jarnés publicará un libro dedicado al ilustre político que titulará *Castelar, hombre del Sinaí*, en alusión a un célebre discurso parlamentario. Palacio Valdés, en sus semblanzas de los oradores del Ateneo, hará un encendido elogio de la figura de Castelar: «Castelar, como orador, no pertenece solamente al Ateneo, pertenece a España, pertenece al mundo, pertenece a la libertad»<sup>5</sup>. Pero, al dibujar el perfil de otro distinguido diputado y ateneísta —Juan Valera—, indicará que esa doble faceta del orador-escritor no se resuelve ni en uno ni en otro de forma equilibrada:

El escritor y el orador se confunden en el señor Valera, y como las condiciones exigidas para uno y otro son muy distintas, el escritor tiene sofocado bajo su gran pesadumbre al orador. En el señor Castelar encontramos un ejemplo de lo contrario<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 342.

<sup>5</sup> PALACIO VALDÉS, A. : *Los oradores del Ateneo*, Madrid, Casa Editorial de Medina, sin fecha, pág. 115.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 32.

Van a ser precisamente estos dos oradores-escritores, Valera y Castelar, así como el discurso aludido por Jarnés, los motivos centrales de un debate que tendrá lugar en una breve novela valleinclaniana. Como ha explicado Seoane, este discurso, pronunciado el 12 de abril de 1869 en defensa de la libertad religiosa, tuvo un éxito sin parangón en los fastos de la oratoria española. Las palabras de Castelar —una réplica a una intervención del canónigo carlista Manterola— merecieron, según el *Diario de Sesiones*, «frenéticos y prolongados aplausos. Individuos de todos los lados de la Cámara se acercan al señor Castelar dándole calurosas muestras de felicitación»<sup>7</sup>. Benjamín Jarnés ha resumido así el desigual enfrentamiento entre Castelar y Manterola:

Manterola habla de Dios, pero de un Dios razonable, burocrático, estadista, organizador... Viene Castelar, coge ese mismo Dios, le da una sacudida patética, lo levanta en vilo, lo empuja teatralmente hacia los bancos de la derecha, y Manterola queda atónito, y aplauden éstos y aquéllos, los negros y los blancos. ¿Qué había ocurrido? Un genial escamoteo. Un divino escamoteo. Ya no era aquél el Dios del Sinaí. ¿Cómo iba a serlo? Tampoco era ya el Dios del Calvario. ¿Cómo iba a prestarse a intervenir en un debate político? Ni el del Sinaí, ni el del Calvario. *Era el Dios de Castelar*<sup>8</sup>.

Aunque Castelar preparaba cuidadosamente sus discursos, en este caso improvisó, pero gracias a su extraordinaria memoria pudo recuperar, para el párrafo final de su furiosa réplica, un fragmento de una novela que había escrito en su juventud. La novela se titulaba *Ernesto* y el párrafo en cuestión reproducía las palabras que el protagonista dirigía a su madre moribunda<sup>9</sup>. Por último, hay que señalar también que Valera, aun reconociendo las dotes de Castelar, expresó muy gráficamente el temor de que éste pudiera acabar convirtiéndose en «el Zorrilla de la elocuencia»<sup>10</sup>. Veamos cómo toman cuerpo todos estos aspectos en la obra de Valle-Inclán.

---

<sup>7</sup> SEOANE, M<sup>a</sup> C., *op. cit.*, pág. 314.

<sup>8</sup> JARNÉS, B. : *Castelar, hombre del Sinaí*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, pág. 20 (el subrayado es suyo).

<sup>9</sup> SEOANE, M<sup>a</sup> C. , *op. cit.*, págs. 322-323.

La novela se titula *Una tertulia de antaño* y fue publicada en 1909 en la popular colección «El Cuento Semanal». En este mismo año Valle daba a la imprenta su trilogía de *La guerra carlista*, que había sido publicada entre 1908 y 1909 en forma de folletín. Aunque todo parece indicar, según ha explicado Santos Zas, que *Una tertulia de antaño* había de integrarse en el ciclo de la guerra carlista, la definitiva orientación épica de la trilogía hizo aconsejable su exclusión<sup>11</sup>. En *Una tertulia de antaño* Valle-Inclán presenta a las camarillas cortesanas que conspiran en el salón de la Duquesa de Ordax, unas a favor del príncipe Alfonso y otras de Carlos VII; el marco histórico de la novela es, por tanto, como en la trilogía carlista, el de la Primera República. *Una tertulia de antaño* consta de dieciséis capítulos de extensión desigual, entre los cuales destacan, por ser significativamente más largos, el XII y el XIII. El primero de ellos puede ser analizado, en el contexto de la afinidad de Valle con la causa carlista, como un breviario de las opiniones del escritor acerca de la oratoria parlamentaria.

El capítulo XII aborda inicialmente la conspiración alfonsina, lo que da pie a una valoración de Cánovas y, de rechazo, del Congreso. Como he apuntado, el narrador se decanta claramente por el bando carlista; éste se halla representado, en el capítulo que nos ocupa, por Doña María de los Dolores Portocarrero, «mujer inteligente y brava» a juicio del narrador, y por un Marqués de Bradomín análogo al que aparece en la trilogía carlista, esto es, un viejo dandi seriamente implicado en la causa de Carlos VII. Es precisamente María Dolores quien ha iniciado una discusión acerca del Congreso. Sus primeras intervenciones irán dirigidas a descalificar la figura de Cánovas, «el alma de la conspiración alfonsina», cuyo presunto «genio político» merece este despectivo comentario de María Dolores:

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, pág. 321.

<sup>11</sup> SANTOS ZAS, M. : «*Una tertulia de antaño*, eslabón entre dos ciclos históricos»; Ramón del Valle-Inclán, número monográfico, *Anthropos* (julio-agosto 1994), págs. 60-64.

Ahora a la comparsa alfonsina le ha dado por decir que ese bizco tiene mucho talento. Talento de dómine que lleva la palmeta colgada de la pretina (pág. 1529).

Inmediatamente, la anciana señora iniciará su ardiente diatriba contra la totalidad del Congreso:

Estamos en la era de los genios. El Congreso es una jaula de grandes hombres. Servir, ninguno sirve de nada. Necesitan un general para vencer nuestras pobres partidas de aldeanos, y no lo tienen. Necesitan un almirante, y no lo tienen. Necesitan un hombre de bien que no robe, y no lo tienen. ¡Pero en tanto, todos son genios! Desde las Cortes de Cádiz, parece que todas las mujeres han parido genios en España (*ibíd.*).

Para la anciana señora, los diputados no son más que una «pollada de charlatanes» (*ibíd.*), y el Congreso, una «pajarera nacional» (pág. 1530), ya que, reiterará un poco más adelante, «en cuanto hace falta un hombre, no aparece por ninguna parte... Y en tanto todos son genios, oradores admirables, hijos de Cicerón...» (*ibíd.*). Interviene en ese momento Juan Valera, cuya identidad no se descubrirá hasta el final del capítulo. De momento, aparece designado como «el caballero andaluz» y su amistad con María Dolores se hace patente desde que se incorpora a la tertulia. La anciana señora afirma que Valera escribe mejor que Emilio Castelar, lo que propiciará el siguiente comentario de Bradomín: «Castelar escribe al oído, como tocan en su tierra las castañuelas» (*ibíd.*). Vale la pena transcribir, a partir de ahí, el diálogo que se producirá entre los distintos tertulianos. «El caballero andaluz» dirigirá esta pregunta al Marqués acerca de Castelar:

—¿Tampoco usted le admira?

El Marqués tuvo un gesto de suprema impertinencia:

—Le admiro como a un hijo del Aretino. Su ingenio para abrir las bolsas de los amigos es admirable.

—¿Y su genio de orador o de recitador?

La voz sonora y grave del caballero andaluz era incrédula y burlona. La vieja señora, casi rosmando como los gatos, le interrumpió:

—A Manterola, en vez de contestarle, se ha echado por esos trigos declamando párrafos de sus novelas, que son hórridas. ¡Y ese es el discurso famoso!

El Marqués de Bradomín tuvo una sonrisa altiva y digna:

—¿Famoso para quién? No negaré yo que el orador pueda ser hombre algo discreto... Pero sí niego que puedan serlo quienes se

embelesan oyéndoles. Los oradores, los cómicos y los barberos sólo pueden ser admirados por los tontos.

La dama coja se volvió bruscamente al caballero andaluz:

—¿Pero por qué tú no te lanzas a decir de coro cuatro páginas de tus libros? Serías entonces el primer orador de España.

El Marqués de Bradomín se acarició la barba senatorial y augusta:

—Eso solamente puede hacerse cuando nadie ha leído nuestros libros.

María Dolores interrumpió:

—Yo había leído esa novela donde están los párrafos más aplaudidos de la contestación a Manterola. ¡Ay, cómo cazo al jilguero si llevo a estar ese día en el Congreso!

Eulalia Galán murmuró riéndose:

—¿Qué hubiera usted hecho, María Dolores?

—Gritarle desde la tribuna. ¡Eh!... Señor mío, que todo eso ya lo hemos leído en una novela muy mala.

Eulalia replicó:

—Es posible que aun habiéndolo leído, no lo recordase usted entonces.

El caballero andaluz dijo con malicia de abate:

—Sí; lo recordaría por haberlo también leído en Lacordaire... ¡Bien que allí tenga un sentido más elocuente y más profundo!...

El Marqués de Bradomín murmuró con su gesto de acre desdén:

—En el discurso famoso, es una herejía inocente y una tontería retórica ese paralelismo entre el Dios del Sinaí y el Dios del Calvario. Una de tantas cosas que se aplauden por el tono con que se declaman. Los oídos españoles se sugestionan por el sonoro rodar de las palabras. Lo mismo se aplaude el brindis del torero, que el parlamento del cómico, que la hueca declamación del tribuno.

El caballero andaluz asentía sonriendo, y luego, con su tono zumbón y académico explicó:

—Lacordaire, hablando de Dios, muestra cómo puede tener distintos atributos siendo inmutable su esencia, y hace esa elocuente relación que ustedes conocen, entre el Sinaí y el Calvario (págs. 1530-1531).

En ese momento se detiene la conversación, pues Valera es reclamado por unas damas. Con indudable talento narrativo, Valle-Inclán descubre entonces la identidad del «caballero andaluz», quien ha impresionado al viejo dandi, aunque éste lo disimule altivamente:

(...) El Marqués de Bradomín interrogó con afectada indiferencia:

—¿Quién es?

Le respondió la señora coja, un poco asombrada:

—¿No le conoces? Juanito Valera (pág. 1531).

Intentaré fijar las ideas esenciales que se desprenden de este capítulo. No es arriesgado suponer que María Dolores y Bradomín, con los que simpatiza

abiertamente el narrador, se constituyen en los portavoces virtuales de la opinión valleinclaniana acerca del Parlamento. La anciana señora introduce la descalificación general del Congreso, en tanto que el Marqués cuestiona el proceder de los diputados. A partir de los juicios de una y otro, el Parlamento adquiere la categoría de un teatro y los debates parlamentarios pasan a convertirse en una mera farsa. Según la reiterada acusación de María Dolores, las Cortes no tienen una utilidad práctica, pero ello no impide que se dediquen muchas energías a la discusión verbal de las cuestiones que afectan al país; terminado el debate, los señores diputados pueden volver a sus casas con la seguridad de que, en días sucesivos, se reanudará el espectáculo con otros discursos que, en rigor, no modificarán el texto representado, puesto que no tendrán mayores consecuencias en la vida pública. Una vez construida esta imagen del Congreso, no queda sino completar la alegoría: los diputados son actores más o menos dotados, que no vacilan a la hora de repetirse a sí mismos y de recurrir al más enfático tono declamatorio para seducir a la galería. El público que asiste al espectáculo carece por completo de espíritu crítico y se deja sugestionar por el «sonoro rodar de las palabras», independientemente de la vacuidad del discurso. El Congreso, en definitiva, es una institución donde reinan la falsedad y la autocomplacencia.

La crítica de los diputados, de los discursos parlamentarios y del público se concreta aquí a través de la oposición de Valera y Castelar. En este punto, sin embargo, la opinión valleinclaniana es ambigua y en cierto modo superficial. Por un lado, tras la lectura de este capítulo prevalece la idea de que el Congreso no sirve para nada y de que Castelar no sólo se caracteriza por su capacidad para «abrir las bolsas de sus amigos», sino también por un discurso que, a pesar de su efectismo, no es más que «una herejía inocente y una tontería retórica»; por otro lado, sin embargo, no queda claro si este juicio tan negativo alcanza a todos los discursos de Castelar o sólo al mencionado en la novela; dicho de otro modo, no

sabemos si el narrador desautoriza al orador como tal o se limita a poner en solfa sus cualidades literarias.

En este último aspecto no cabe la menor duda: Castelar es un escritor mediocre, incluso muy malo; no hay arte en sus novelas, puesto que las escribe «al oído» y ello conlleva que sean «hórridas» o «muy malas», hasta el punto de que, según insinúa irónicamente el Marqués, no hay nadie que las lea. Sin embargo, cuando «el caballero andaluz» pregunta a Bradomín si tampoco admira al orador, éste responde con una lítotes sumamente equívoca: «No negaré yo que el orador pueda ser hombre algo discreto... Pero sí niego que puedan serlo quienes se embelesan oyéndoles».

La cuestión no es baladí, puesto que puede llegar a modificar sustancialmente el sentido del capítulo. ¿Acaso sólo se está cuestionando la figura de Castelar, y no la del orador en general, o incluso tan sólo se censura un discurso concreto, extraído de una mala novela? ¿Qué es lo que se pone en entredicho, la tarea del orador o su concreción histórica? ¿A quién se está juzgando, al político o al escritor? Y, finalmente, ¿por qué se condena al público, por carecer de espíritu crítico o de gusto literario? Todas estas cuestiones se complementan con la presentación del personaje de Juan Valera: galante, ceremonioso, de nobles ademanes y extraordinariamente culto, vendría a ser la contrafigura del diputado populista y demagógico. La gente sí conoce sus novelas, cuando menos los refinados tertulianos reunidos en casa de María Dolores, pero él no las utiliza para sus discursos. ¿Por elegancia, tal vez? ¿Por no mezclar dos ámbitos netamente alejados? La respuesta dice mucho acerca de la ética del personaje: Valera simplemente no pronuncia discurso alguno en el Parlamento, o cuando menos, esto es lo que se afirma en el marco de la ficción literaria. Su silencio se debe a un principio epistemológico de clara raíz socrática, como se deduce de la respuesta que dará a la siguiente interpelación de María Dolores:

—¿Dónde hay nada más ridículo que esa pajarera nacional que llaman Congreso? Tú sabes mucho más que toda esa chusma, y sin embargo, no pronuncias discursos.

El caballero se quitó los lentes de oro: Tenía una sonrisa de amable agrado, pero socarrona:  
—Yo apenas sé que no sé, Dolorcitas (pág. 1530).

Según todos los indicios, el distinguido Juan Valera es muy superior a la «chusma» que configura, mayoritariamente, la cámara baja del Parlamento, aunque no pueda decirse que su escéptico silencio sea mucho más útil que la charlatanería grandilocuente de los demás. Y, sin embargo, el narrador no sólo no cuestiona esta actitud, sino que, en cierto modo, parece apoyarla. Esta afirmación exige, no obstante, algunos matices. Por un lado, creo que Valle-Inclán aprecia no tanto el silencio de Valera como la actitud ética que lo determina: quien duda sistemáticamente de sus conocimientos sobre cualquier tema, no puede ser ni un demagogo ni un vanidoso; en un Congreso donde todos se tienen por genios y donde todos se creen dueños de la verdad absoluta, Valera encarna la modestia y el relativismo. Por otra parte, Valera es un gran escritor, lo cual le impediría caer en la «tontería retórica» que caracteriza al discurso de Castelar. Esto es lo que conduce a María Dolores a recabar insistentemente la participación del docto escritor en el Parlamento: «¿Por qué tú no te lanzas a decir de coro cuatro páginas de tus libros? Serías entonces el primer orador de España» (pág. 1530).

En definitiva, el narrador viene a decirnos que, si los diputados tuvieran la categoría moral y literaria de Juan Valera, el Congreso sería mucho más digno y, desde luego, más útil. Se produce, por tanto, una identificación entre la política, la moral y la literatura en la que puede rastrearse el tópico clásico del *vir bonus dicendi peritus*: el orador ideal es el que refrenda la excelencia de su discurso con su nobleza ética. A partir de la oposición entre Valera y Castelar, Valle-Inclán introduce también la idea —obvia pero operativa en el ámbito político— de que el discurso es inseparable de un tipo de formación y de un nivel cultural, así como de unas expectativas, de unas tendencias y de unos presupuestos determinados. El lenguaje, en suma, es también ideología, y no podemos olvidar que, aunque Valle sitúa su novela en el marco de la Primera República, la escribe desde un presente en el que la retórica decimonónica ha sido invalidada, tanto desde el punto



de vista puramente estético como por sus consecuencias prácticas. Todo ello se complementa con la imagen, tópica asimismo desde finales del XIX, del Parlamento como espectáculo teatral, y de un público que admira a los oradores cual si fuesen cómicos o toreros. Con todo, el lector percibe muchas fisuras en el planteamiento novelístico de estas convicciones.

Y es que, así como en la trilogía de *La guerra carlista* la épica del relato justificaba poéticamente la oposición tendenciosa entre republicanos y carlistas, en esta tertulia ese enfrentamiento se resuelve en clave de tópico, de cotilleo doméstico y de indefinición ideológica. María Dolores hace una demoledora crítica del Congreso, pero se limita a concretarla en Castelar, sin cuestionar para nada a Manterola. Bradomín se burla de Castelar y del público, pero es ambiguo en su valoración del orador. Valera es el modelo propuesto, el *vir bonus dicendi peritus*, pero paradójicamente es alguien que no se define ideológicamente y que no participa en la vida pública. Y, finalmente, la idea más sugestiva —la relación entre el lenguaje y la política— se introduce mediante la simplista ecuación entre el discurso parlamentario y la producción literaria. Tal vez por ello Valle-Inclán, en contra de lo que parecían ser sus intenciones iniciales, decidió finalmente no incorporar esta obra al ciclo de *La guerra carlista*: la épica lucha de las partidas carlistas, amparada en un sentimiento colectivo y popular, se veía reducida, en *Una tertulia de antaño*, a unas camarillas cortesanas que, al margen de su signo ideológico, se limitaban a conspirar mediante frívolas tertulias de salón.

En 1932 Valle-Inclán será el encargado de pronunciar un breve discurso en un homenaje a Castelar. En nombre del Ateneo madrileño, ofrecerá «un modesto recuerdo al preclaro patricio, cuya vida hay que destacar como representante de la tradición española, de la ética del gobernante y de la hombría de bien»<sup>12</sup>. Ha transcurrido mucho tiempo desde la publicación de *Una tertulia de antaño*, y el escritor no sólo ha descartado el carlismo como opción real de gobierno y se ha convertido en

un firme partidario de la República, sino que tiene ya la suficiente perspectiva histórica como para reconocer en la figura de Castelar a un «gran demócrata», según le denominará en un artículo de 1935<sup>13</sup>. Lo cierto es que Valle-Inclán, por encima de sus afinidades ideológicas coyunturales, se sintió siempre atraído por los líderes que sabían sugestionar al pueblo con sus ideales. Ello explica, por ejemplo, su temprana admiración por la figura de Pablo Iglesias, cuyas ideas, según afirmará en un artículo de 1892, «tienen para mí el poderoso atractivo de todas las idealidades» y cuya imagen pública describirá con estas elocuentes palabras:

Dos años hace que conocí al «hermano Iglesias», el apóstol de socialismo español; la idea hecha carne, el Verbo de esta doctrina que amenaza ser a lo adelante la religión política de todos los pueblos<sup>14</sup>.

Asimismo, el escritor abordará de forma muy distinta a dos figuras características del siglo XIX, el guerrillero carlista y el militar profesional. El guerrillero favorito de Valle no será el cura Santa Cruz, a pesar de su indudable valor arquetípico, sino Miquelo Egoscué. La evocación de las tropas de este cabecilla rezuma poesía y anacronismo: «Aquellos mutiles parecían hermanos entre sí, hijos de algún viejo patriarca que todavía repartiese justicia bajo el roble de Astigar» (*El Resplandor de la hoguera*, pág. 59). Miquelo, cuando se dirige a sus mutiles, habla «con el calor ingenuo de un soldado antiguo» y su voz es «un bronce sonoro» (*ibíd.*, pág. 95); su arenga se sostiene en la fe cristiana y en una cándida devoción por el Rey y su linaje:

—¡Muchachos, vamos a pelear por el Rey Don Carlos! Si vencemos, a todos nos dará su mano por leales y por valientes, como hizo la vez pasada cuando lo de Aoiz. ¡Muchachos, vamos a pelear por el Rey y por Doña Margarita! Si hallamos la muerte, también hallamos la gloria como soldados y como cristianos. La gloria de la tierra y la gloria de la luz que da Dios Nuestro Señor. ¡Ay, mutiles de Navarra, vamos también a pelear

---

<sup>12</sup> «El centenario de Castelar», *Abora*, Madrid, 8-IX-1932; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 537.

<sup>13</sup> «Un libro sugeridor», en Serrano Alonso, J. (ed.): Ramón del Valle-Inclán: *Artículos completos y otras páginas olvidadas*; Madrid, Istmo, «Bella Bellatrix», 1987, pág. 282.

<sup>14</sup> «Pablo Iglesias», en *ibíd.*, pág. 165.

por nuestros niños los príncipes, que son tan pequeños que yo los vi estar al pecho de la Reina! (*Ibíd.*, págs. 95-96).

Juan Prim será el arquetipo del militar profesional. Lejos ya de la visión idealizada de *La guerra carlista*, Valle satiriza sin contemplaciones al general «revolucionario». La descripción de Prim en *Baza de espadas* no tiene desperdicio:

Don Juan Prim, verduoso, cosméticas la barba y la guedeja, levita de fuelles y botas de charol con falsos tacones, que le aumentaban la estatura, sacaba el tórax. Pisando fuerte y abriendo vocales catalanas, hacía temblar el Trono de Isabel II. Decoraba sus jaquetones propósitos con la retórica progresista que resplandece en los himnos nacionales. Si juraba, era por su espada; si prometía, era por la gloria de sus laureles —César, en las tragedias de los corrales, no declama con más pompa endecasílabo sus hechos de Farsalia—. Don Juan, enarcando el pecho, lucía los dijes del reloj, la botonadura de diamantes, el chaleco de seda. En su alma de falacias y ambiciones púnicas encendía gallos matachines la jota del Ebro (págs. 192-193).

Seoane ha descrito el estilo retórico de Prim en el Congreso. Frente a las «sublimidades poéticas o metafísicas» propias del discurso de sus coetáneos, «el general Prim no se cuidaba mucho de reglas retóricas. Orador enérgico, vehemente, se expresaba en las Cortes con la gallardía de su oratoria militar y sus discursos a veces parecían arengas»<sup>15</sup>. Si Valle-Inclán ponía en boca de Miquelo una arenga ingenua y fraternal, a Prim lo retratará «con bravatas cuarteleras y grandes gestos de teatro levantino» (*Baza de espadas*, pág. 210). Las palabras del general definen implícitamente su burda concepción del debate parlamentario: «¡La política es instinto!... Ni tesis filosófica, ni fórmula matemática, ni tropo retórico: Instinto y acción. ¡Atributos viriles! ¡Pelotas!» (pág. 211).

En 1935, Valle-Inclán publicará unos artículos titulados de forma genérica «Sugerencias de un libro (Amadeo de Saboya)», a los que sucederá otra serie cuyo título será «Paúl y Angulo y los asesinos del general Prim»<sup>16</sup>. Como ha indicado Serrano Alonso, este doble grupo de artículos «se presenta como una reseña del libro del conde de Romanones *Amadeo de*

<sup>15</sup> SEOANE, M<sup>a</sup> C., *op. cit.*, pág. 327.

<sup>16</sup> Pueden verse en la recopilación de J. Serrano Alonso, *op. cit.*, págs. 280-323.

*Saboya, el rey efímero*, pero pronto deja de serlo: la obra de Romanones se convierte en una excusa para exponer los riquísimos conocimientos de don Ramón sobre hechos, personajes, intrigas, conspiraciones, revoluciones, etc., de los últimos años del reinado isabelino y de los posteriores, con especial hincapié en el asesinato del general Prim»<sup>17</sup>. Efectivamente, en estos artículos —modélicos en su desarrollo y de un gran valor artístico— Valle-Inclán aborda en múltiples ocasiones la figura de Juan Prim. Aquí, como en *Baza de espadas*, se retratan la catadura moral y el estilo oratorio del espadón, así como se especifican los motivos por los que Valle cuestiona ideológicamente al personaje. Moralmente, Prim es presentado como un ambicioso sagaz y carente de escrúpulos, en el que «cualquier pecado puede presumirse antes que adornarle con la palma de los Santos Inocentes»<sup>18</sup>. Se hace referencia a su «alma teatral y mediterránea»<sup>19</sup> y se define la conducta política que se deriva de esa radical falsedad:

Don Juan Prim era hombre teatral y autoritario, de mucha cautela y de cortas verdades. Su conducta política jamás estuvo alumbrada por la llama de una noble pasión ideológica ni sufrió el rigor de los escrúpulos (...). Nunca excusó compromiso como le pintase favorable a sus fines, y así pudo ocurrir el hecho, inverosímilmente cínico, de negociar simultáneamente con carlistas y republicanos<sup>20</sup>.

Prim era, por tanto, un cínico que jugaba a dos bandas mientras fingía acaudillar la revolución popular, de la que desconfiaba absolutamente y a la que hubiera querido anular en beneficio de una actuación exclusivamente militar. En el fondo, el general temía verse convertido en el caudillo de una revolución republicana que no le suscitaba ningún entusiasmo:

Don Juan Prim, a pesar de sus jactancias revolucionarias, era cínicamente reaccionario, y esta inclinación congénita se había fortalecido a lo largo de sus glorias y servicios en las rufas briscadas de los cuartos de banderas (...). Don Juan Prim miraba con instintivo recelo la intervención popular

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. 280.

<sup>18</sup> «Un libro sugeridor», *ibid.*, pág. 281.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> «Sugerencias de un libro. V», *ibid.*, págs. 296-297.

en el movimiento revolucionario, y hubiera querido que fuese únicamente baza de espadas y milagro de los cuarteles. No alcanzaba que el pretorianismo de los pronunciamientos militares jamás puede asumir la dignidad histórica de las explosiones populares, cuando las demagogias, en sus grandes horas, abren los brazos y sacan el pecho frente a las bocas de los fusiles. Don Juan Prim temía que, aventurándose hasta desembarcar en las arenas gaditanas, había de verse fatalmente comprometido a tomar por suya una bandera que sólo le merecía cautelosas prevenciones y repulsas de sargento autoritario<sup>21</sup>.

La descripción de la oratoria del general incidirá nuevamente en su «estilo de sargento baratero»<sup>22</sup>, en sus «elocuentes palmadas sobre el heroico pecho»<sup>23</sup>, en sus gestos ampulosos y en la vacuidad de su discurso:

Era pródigo de grandes gestos. Orquestaba con sus crasas vocales catalanas las más huecas y retumbantes frases del almanaque revolucionario (...). Descubría una genial astucia para ocultar sus propósitos en la vaciedad metafórica y truculenta de una retórica sin ideas<sup>24</sup>.

Pero Valle-Inclán no se limita, en contra de lo que pudiera parecer, a desvirtuar mediante la sátira al general «revolucionario». Es muy probable que su retrato tuviera un gran parecido con la realidad, cuando menos con la imagen que se obtiene de esa realidad desde una visión distanciada. Como es sabido, la creación de *El Ruedo Ibérico* se sostuvo en una cuidadosa tarea de documentación histórica de la época novelada, y lo mismo se puede afirmar respecto a estos artículos; mediante un procedimiento compositivo ya utilizado, con la inclusión de materiales literarios, en las *Sonatas*, Valle-Inclán ponía en boca de sus personajes frases y discursos recogidos en los anales históricos, en la prensa de la época, en estudios historiográficos. A la hora de trazar el perfil de un personaje histórico, el narrador manipula el lenguaje a su antojo, de forma que el retrato se empaña sutilmente de subjetividad; pero cuando se transcriben las palabras de ese personaje, Valle-Inclán no inventa nada, o muy poco: el discurso auténtico es lo

<sup>21</sup> «Sugerencias de un libro. VI», *ibíd.*, págs. 303-304.

<sup>22</sup> «Un libro sugerido», *ibíd.*, pág. 285.

<sup>23</sup> «Sugerencias de un libro. V», *ibíd.*, pág. 303.

<sup>24</sup> «Sugerencias de un libro. VI», *ibíd.*, pág. 304.

bastante elocuente y, si éste falta, el escritor cuenta con las referencias necesarias para recrearlo sin incurrir en falsificaciones tendenciosas.

Este procedimiento es el que sigue el escritor para aproximarnos al personaje de Cánovas. Según vimos en el capítulo anterior, Valle tiene la ecuanimidad suficiente para reconocer el peso político del artífice de la Restauración. No pondrá en duda la solidez de sus conocimientos históricos y comparará «la fuerza dialéctica de su oratoria» con la de Azaña; pero también, no lo olvidemos, afirmará que Azaña y Cánovas se diferencian en un aspecto esencial: el primero es un optimista, mientras que Cánovas es un pesimista. Si se trasponen estos conceptos a la imagen valleincliniana del gobernante, el optimismo de Azaña puede interpretarse como una actitud confiada y renovadora respecto al destino de su pueblo; Cánovas, en cambio, tipifica el recelo hacia las iniciativas populares, el respaldo doctrinal de la Monarquía y la obsesión por mantener el orden público. Por ello, «la fuerza dialéctica» de la oratoria canovista será objeto de una deformación grotesca en *Baza de espadas*:

El Señor Cánovas del Castillo repasaba las estanterías, asegurándose los quevedos, con nerviosa suficiencia, la expresión perruna y dogmática: Era de una fealdad menestral, con canas y patas de gallo. El Marqués de Salamanca le alargó las dos manos, opulento y rubicundo de frases cordiales:

—¡Mi docto amigo! Es usted el primero, y me congratulo: Así cambiaremos impresiones y nos pondremos de acuerdo.

—O en abierta contradicción.

Gitaneó el prócer de las finanzas:

—Usted me convencerá con su elocuencia.

Y rectificó con pedante gramática el Señor Cánovas:

—Será, en todo supuesto, con mi dialéctica. La raíz del acto cognoscitivo está en la deducción lógica, y la elocuencia no mueve la razón, sino el sentimiento. ¡Con tantas máculas como dañan la política española, ninguna de tan funestos resultados como la ñoñez elocuente de nuestros gobernantes! (pág. 43).

Según Seoane, Cánovas fue un orador estimable, aunque «no de primera fila», ya que su discurso era un tanto «ampuloso y plúmbeo»<sup>25</sup>. Valle-Inclán evocará nuevamente la pedantería del político en *Baza de espadas*, esta vez a

<sup>25</sup> SEOANE, M<sup>a</sup> C. , *op. cit.*, pág. 328.

través de un largo parlamento donde se recogen los aspectos esenciales de la ideología canovista:

Pasos, toses, rumores de nuevas visitas: La biblioteca se solemnizaba de calvas. Murmullos aprobatorios, cabeceos, asmas doctorales. El Señor Cánovas del Castillo peroraba con áspero ceceo y engalle de la jeta menestral. Tenía su discurso un encadenamiento lógico y una gramática sabihonda, de mucho embrollo sintáctico:

—No pertenezco, no he pertenecido jamás, al moderantismo histórico, y mi asistencia a esta reunión no supone, no puede suponer, mudanza en el ideario que durante toda mi actuación política he sustentado. Los graves sucesos de la hora presente, la zozobra en que nos une a todos los hombres de orden la preocupación por los patrios destinos, que, a cuantos con nuestra actuación hemos contraído una responsabilidad histórica, no puede menos de inquietarnos, explica, razona y aun hacía inevitable que preopinantes de distintos credos nos juntásemos en evitación de males que hacen peligrar a las Instituciones (...). Pero las revoluciones siguen siempre un destino histórico, se contraen a cauces labrados por la tradición secular, como los ríos al desbordarse se contraen a las ondulaciones y declives geográficos, y la revolución española nunca podrá ser una utopía demagógica, porque la forma monárquica es consustancial con la Historia de España. Diré más: Con la historia de Europa. Pero las espadas conjuradas pueden ser un peligro para la Reina. Yo he salvado mi responsabilidad allí donde debía hacerlo, y tranquila la conciencia, con el sentimiento honroso, pero triste, del deber cumplido, abandono la lucha política para consagrarme por entero a mis estudios de aficionado a las Letras (págs. 45-47).

Como al principio, «unánimes murmullos, amistosos fervores, asmas y carraspeos» acogerán el final de este sabihondo discurso. Un lacayo que escuchaba pacientemente tras la puerta, a la espera de servir la comida a los ilustres invitados, se acerca entonces al cocinero. He aquí su gráfico comentario del discurso de Cánovas:

—Dame un traguete, Jorge. Oyendo a ese tío se me ha secado la lengua. Ya puede servirse el almuerzo (pág. 47).

## 3

**LA DEPURACIÓN RETÓRICA DEL SIGLO XX  
Y LA NOSTALGIA DEL ORADOR POETA**

El desgaste de la oratoria decimonónica, inseparable del malestar generalizado en la España finisecular, hizo evidente la necesidad de un cambio. Los líderes políticos —con la excepción del tradicionalista Vázquez de Mella, todavía impregnado del viejo estilo oratorio— abogarán por una retórica más depurada, que encontrará su máximo exponente en Antonio Maura. En 1903, Maura entrará a formar parte de la Real Academia Española y elegirá la oratoria como tema de su discurso de ingreso. Allí establecerá su célebre distinción entre la oratoria «triumfante» —la que presupone el convencimiento unánime y se limita a reforzarlo— y la «militante», dirigida a modificar las ideas del auditorio según las convicciones del orador<sup>1</sup>. En esta misma intervención, Maura definirá las líneas maestras del nuevo estilo retórico; ante todo, el discurso ha de ser breve, sencillo y conciso:

La concisión, la sencillez son inestimables; cuanto no sea menester para el designio, daña la peroración, cuyo término no se debe diferir con ampliaciones, ni con incidentes; procúrese que los oyentes se duelan, en vez de regocijarse, por la llegada al final<sup>2</sup>.

También se transforma el concepto de elocuencia, hasta ahora asociado a una expresión barroca y alambicada. Frente a este tipo de discurso, se propone una mayor adecuación entre el contenido y la forma, o, dicho de otro modo, la eliminación de todo lo superfluo en beneficio de la concreción e intensidad de las ideas:

---

<sup>1</sup> MAURA Y MONTANER, A. : «Discurso de recepción ante la Real Academia Española»; Madrid, Establecimiento Tip. de Fortanet, 1903, págs. 20-21.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 30.



Muchos se persuaden, con grave yerro, de que no hay elocuencia sin majestad, aunque el asunto sea trivial, y olvidan que el primer canon de la estética impone la proporción y la armonía, y que son las ideas del discurso quienes, por su sola y espontánea virtud, templan, elevan ó deprimen el tono y el estilo, con solo apartarse de artificiosas y ridículas hinchazones y renunciar á rancios e intempestivos afeites<sup>3</sup>.

Francisco Silvela será el encargado de responder al discurso de Maura. En su intervención, Silvela afirmará que Maura no se ha limitado a expresar un desiderátum, puesto que «jamás se advierte en sus oraciones diligencia ni cuidado atento á la belleza de la forma, ni al detalle retórico: desde sus primeras palabras penetra con ímpetu vigoroso en las entrañas del asunto»<sup>4</sup>. Con una expresión aforística, acorde con el nuevo estilo preconizado, Silvela refrendará el discurso de Maura aseverando que los oradores contemporáneos «han de reducir á dosis homeopáticas la literatura y el arte»<sup>5</sup>.

Esta voluntad de depuración retórica no era exclusiva de los oradores parlamentarios. También los jóvenes escritores valoraban la sencillez y la concisión y manifestaban su repulsa por una lengua literaria recargada y ampulosa. En sus andanzas por tierras españolas, Unamuno comparará la silueta de la catedral de León, que a su juicio es «de una suprema sencillez y de una suprema elegancia», con la literatura contemporánea:

Nuestra poesía y nuestra literatura en general nada tienen de góticas en este sentido; son más bien platerescas y aun barrocas, por el exceso de su ornamentación nada constructiva, y bajo la cual se pierde la línea<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, págs. 38-39.

<sup>4</sup> SILVELA Y LE VIELLEUZE, F. : «Discurso de respuesta al de recepción ante la Real Academia Española de Don Antonio Maura»; Madrid, Establecimiento Tip. de Fortanet, 1903, pág. 52.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 58.

<sup>6</sup> UNAMUNO, M. DE: «León» (1913), en *Andanzas y visiones españolas*; Madrid, Colección Austral, Espasa-Calpe, 1968, pág. 78.

Azorín, en un libro dedicado al Parlamento español, establecerá una inequívoca analogía entre su modelo retórico ideal —el de fray Luis de Granada— y su propio concepto de estilo literario:

¿Cómo define la elocuencia Granada? (...) No se puede expresar mejor su concepto. Claridad, y que nada falte ni sobre. Ése es también el concepto del estilo literario. Sencillez que revela una profunda e íntima complicación<sup>7</sup>.

Y Valle-Inclán denunciará, en *La lámpara maravillosa*, que en el romance castellano «perdura la hipérbole barroca» surgida en el siglo «que llaman de oro» (pág. 46); para Valle, el estilo literario de los Siglos de Oro no encarna la esencia de la colectividad, en tanto que no es más que una lengua «imitada del viejo latín cuando era soberano del mundo» (*ibíd.*). Es, por ello, una lengua ficticia, en cuyas «lagunas muertas» se sienten «las voces desesperadas de algunas conciencias individuales», pero no «la voz unánime, suma de todas y expresión de una conciencia colectiva» (*ibíd.*). Esta lengua impostada ha dado lugar a «cuatro siglos hasta hoy de literatura jactanciosa y vana» (pág. 48), frente a la cual el escritor tiene un programa estético muy definido:

Desde hace muchos años, día a día, en aquello que me atañe, yo trabajo cavando la cueva donde enterrar esta hueca y pomposa prosa castiza (*ibíd.*).

Aparentemente, por tanto, políticos y literatos coincidían en una voluntad de estilo cifrada en la ruptura con el discurso decimonónico, barroco y altisonante. Sin embargo, las aportaciones de unos y otros diferirán en un aspecto esencial. Para los oradores parlamentarios, la depuración retórica pasaba por la supresión de los valores connotativos del lenguaje, de esos «rancios e intempestivos afeites» a que aludía Maura en su disertación; ello suponía la defensa de un discurso frío y racional, acorde con las corrientes científicas del positivismo finisecular. Los jóvenes escritores, en cambio, propugnarán unas modificaciones estilísticas mucho más profundas; para

<sup>7</sup> AZORÍN: *Parlamentarismo español*; Barcelona, Bruguera, 1968, pág. 27.

ellos, no se tratará tan sólo de remozar un discurso añejo, sino de renovar completamente la lengua literaria. Ello explica que, en el discurso de Maura o Silvela, el lector contemporáneo perciba todavía el espíritu decimonónico, la huella de unos clichés mentales y lingüísticos que han resistido a un filtro meramente formal; por el contrario, en los jóvenes escritores la depuración afecta a toda la estructura del texto, desde la intención hasta la formalización lingüística, y ello confiere a sus obras un aire verdaderamente moderno. Mientras los oradores políticos han fundamentado su depuración retórica en un sistema conceptual heredado del siglo anterior, los jóvenes escritores están anunciando el advenimiento de una nueva concepción del mundo y de una nueva sensibilidad.

Esa distancia espiritual entre políticos y literatos se pondrá de manifiesto cuando, al valorar la oratoria parlamentaria, los escritores manifiesten un absoluto rechazo por el nuevo discurso político. Según Seoane, es tan sólo Unamuno quien, llevado de su condición «energuménica», lamenta el cambio operado en la retórica política «y rompe una lanza en defensa de la denostada elocuencia castelarina»<sup>8</sup>. Creo que, en este punto, la investigadora no matiza lo suficiente: es verdad que Unamuno censura la nueva oratoria parlamentaria, pero no es el único, y, por otra parte, el elogio unamuniano de Castelar no puede interpretarse de forma aislada, ya que cobra su significado precisamente en el contexto de aquel repudio. Así, cuando Unamuno evoca aquella época «en que Castelar llenaba con sus cantos resonantes y melódicos la oratoria española, y encantaba con ellos a nuestro pueblo», y cuando protesta porque «hoy es moda hablar con desdén de aquel género de oratoria», sus palabras van dirigidas a desautorizar el nuevo discurso político, esa «no sé qué oratoria que llaman severa y grave, sobria y desnuda»<sup>9</sup>. Enemigo acérrimo de los

---

<sup>8</sup> SEOANE, M<sup>a</sup> C. : *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*; Madrid, Fundación Juan March/Editorial Castalia, 1977, págs. 341-342. Insiste en ello en su artículo «Oratoria sagrada y política»; en Amorós, A. y Díez Borque, J. M<sup>a</sup> (coords.): *Historia de los espectáculos en España*, Madrid, Editorial Castalia, 1999, págs. 481-482.

<sup>9</sup> UNAMUNO, M. DE: «Poesía y oratoria» (1905); en *Ensayos*, Tomo I, Madrid, Aguilar, 1951, pág. 736.

tópicos, Unamuno defiende a Castelar no sólo porque atacarlo está de moda, sino porque, a pesar de todos sus defectos, aquella oratoria le parece infinitamente superior a la preconizada por los nuevos oradores. Para el escritor, el tópico anticastelarino ha dado paso a un nuevo tópico; el de una oratoria severa y desnuda que, en su opinión, conlleva un tipo de discurso carente de encanto estético:

Castelar caía en gongorismo, es cierto, y abusaba de la imaginación con frecuencia (...). En cambio, los oradores que hoy se nos quiere hacer admirar como tales no abusan de la imaginación, también es cierto; pero tengo para mí que es por carecer de ella<sup>10</sup>.

En realidad, no va a existir sintonía alguna entre los presupuestos retóricos de los políticos y los que defenderán los literatos. El disgusto que expresa Unamuno ante la oratoria coetánea se percibe también en Azorín, cuya opinión resulta, si cabe, más significativa, puesto que se sostiene en la observación directa de las sesiones parlamentarias. En un principio, da la sensación de que este escritor valora de forma extraordinariamente positiva la oratoria política; cuando analiza la tradición retórica española, no escatima los elogios hacia el siglo pasado, ya que, a su juicio «un siglo de discusiones habrá por fuerza de afirmar el idioma»; como indica enseguida, «en los parlamentos no se puede decir todo y se ha de decir todo. La controversia entre personas educadas obliga a expresar lo más áspero, cuando hay que expresarlo, con palabras y frases delicadas». Por ello, concluye, existen sobre todo «tres recursos estilísticos que han sido perfeccionados por el parlamentarismo: la insinuación, la reticencia y la omisión»<sup>11</sup>. En otro lugar, elogiará en términos muy similares la oratoria parlamentaria, y no sólo minimizará la oposición entre políticos y literatos, sino que alabará a los primeros por encima de los segundos:

Consideremos otro aspecto del sistema parlamentario: el de las maneras, el del trato humano, el de la elegante y discreta policía en la palabra y en

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*

<sup>11</sup> AZORÍN: *El artista y el estilo*; Madrid, Aguilar, 1947.

el gesto (...). Un siglo de parlamentarismo ha creado una tradición a este respecto (...). Se ha dicho muchas veces que existe un antagonismo radical, una hostilidad irreductible entre parlamentarios y literatos. No creemos que la distancia que separa a los oradores de los literatos sea muy grande (...). Pero sí se notan (...) determinadas diferencias en favor de los parlamentarios<sup>12</sup>.

Estas diferencias «en favor de los parlamentarios» consisten, según el escritor, en que todos los diputados hablan con corrección, discuten civilizadamente y quitan importancia a los enfrentamientos que hayan podido surgir en las Cortes. Aunque no lo afirma de un modo explícito, es obvio que, por defecto, Azorín considera que estas cualidades no se dan en muchos escritores; probablemente, se trata de una opinión inseparable de su propia condición de diputado y de sus propias reyertas con otros literatos. En todo caso, la defensa azoriniana de la retórica parlamentaria no se aplica a los oradores coetáneos, sino a los «antiguos», a esos políticos decimonónicos que supieron impregnar su discurso no sólo de educación y buenas maneras, sino también de una gran calidad lingüística:

¿Hay grandes oradores en España? ¿Hay oradores parlamentarios de la talla de los antiguos, Ríos Rosas, Olózaga, Martos, López, Castelar? Un hecho es indudable, hecho capital, hecho que tiene íntima relación con el tema que debatimos: casi todos los grandes oradores antiguos, quien más, quien menos, eran escritores; (...) y un orador, un gran orador, para serlo, debe ser, es indispensable que sea, escritor<sup>13</sup>.

Frente a esos oradores antiguos, cuyo discurso puede resultar ya caduco pero cuyos méritos lingüísticos no pueden soslayarse, Azorín afirmará que «los oradores parlamentarios españoles, en la actualidad, no son escritores. Se ha perdido la tradición literaria en el Parlamento español. Y causa grima, tristeza, vergüenza, escuchar el pobrísimo, misérrimo vocabulario de nuestros oradores. Y los mismos sentimientos se experimentan ante la ausencia de ideas y el somero pensar del orador»<sup>14</sup>. Como ya vimos en Valle-Inclán, nuevamente se alude al *vir bonus dicendi peritus* en términos de

<sup>12</sup> AZORÍN: *Parlamentarismo español, op. cit.*, pág. 311.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 25.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 29.

una ecuación entre la figura del orador y la del escritor. Una opinión muy parecida se revela en estas palabras de Unamuno:

Y así un orador, un verdadero orador, es aquel que con expresarse en la lengua misma en que hablan todos sus vecinos, (...) parece, sin embargo, que va creando su lengua según habla, que las palabras florecen virginales en sus labios.

Y esto sólo puede hacerlo el poeta; sólo el poeta es gran orador. Porque las palabras no son sagradas, no son puras, no son melodiosas, mientras no hayan pasado por el ritmo; palabra que no haya sido engarzada alguna vez con otras, en poesía, no es palabra de ley, de unción<sup>15</sup>.

Es evidente, por tanto, que la oratoria política del nuevo siglo no goza del beneplácito de los escritores. El Parlamento sigue resultando impotente para resolver los problemas que acucian a la sociedad española, con el agravante de que el actual discurso político revela la progresiva sustitución del político ilustrado, del orador-escritor, por el tecnócrata; se ha roto un importante vínculo entre la intelectualidad y los gobernantes y, lo que es más significativo, se ha cerrado el paso a los elementos irracionales, pasionales, de la política: lo que se pretende no es ya encandilar al auditorio con un bello discurso sostenido en grandes ideales, sino ser eficaz, realista y pragmático. En la defensa del orador poeta por parte de los escritores late, tal vez, una nostalgia impregnada de subjetividad, pero no deja de ser cierto que, en el contexto de la mediocridad presente, nada garantizaba que las nuevas formas políticas mejorasen a las antiguas. Por lo demás, ese pragmatismo de nuevo cuño no podía convencer a unos intelectuales cuya máxima preocupación no eran las cuestiones materiales que afectaban al país, sino la regeneración espiritual de la sociedad española.

En lo que concierne a Valle-Inclán, su visión de la nueva oratoria parlamentaria será igualmente negativa. Superados ya los partidismos que condicionaban su visión de la política decimonónica hacia 1909, el escritor condenará ahora —primero en clave poética y luego en clave satírica— el actual discurso parlamentario; en *La lámpara maravillosa* afirmará que el

---

<sup>15</sup> UNAMUNO, M. DE: «Poesía y oratoria», *art. cit.*, pág. 743.

lenguaje de los gobernantes refleja la decadencia espiritual de los pueblos europeos, cuya identidad y dignidad idiomáticas han desaparecido para ceder el paso a versiones degradadas de las distintas lenguas. En España, el viejo romance ha sido sustituido por un «español de jácara» que impregna ahora la mentalidad de los que «rigen el carro» y, por ende, de toda la sociedad española:

La mengua de nuestra raza se advierte con dolor y rubor al escuchar la plática de aquellos que rigen el carro y pasan coronados al son de los himnos. Su lenguaje es una falsa contaminación: Francés mundano, inglés de circo y español de jácara. El romance severo, altivo, grave, sentencioso, sonoro, no está ni en el labio ni en el corazón de donde fluyen las leyes. Y de la baja sustancia de las palabras están hechas las acciones (págs. 42-43).

Con el transcurso de los años, la condena valleincliniana del discurso político se radicalizará. En *Luces de bohemia*, Max Estrella aparece en un momento preciso como un *vir bonus dicendi peritus* degradado; en la escena IV, este poeta bohemio reniega del aristocratismo espiritual porque afirma sentirse «pueblo»; cuando los poetas modernistas le discuten esta actitud, Max asevera categóricamente: «Yo me siento pueblo. Yo había nacido para ser tribuno de la plebe, y me acanallé perpetrando traducciones y haciendo versos» (pág. 48). Significativamente, este frustrado representante del pueblo termina, en la misma escena, camino del Ministerio de la Gobernación, escoltado por dos guardias municipales que lo llevan al calabozo. Aun siendo, como reconoce uno de los guardias, un «hombre de mérito» (pág. 58), Max Estrella no ha logrado lo que sí ha conseguido «el Gran Fariseo», Antonio Maura: un sillón en la Academia y una posibilidad de intervenir en los destinos de la sociedad española.

En la escena VII, Dorio de Gadex parodia el discurso de Manuel García Prieto, Marqués de Alhucemas, cuya designación por parte de Alfonso XIII como presidente del Consejo acaba de ser objeto de ácidas burlas. Don Filiberto, quien defiende por intereses obvios al político («nuestro periódico sale inspirado por Don Manuel García Prieto»), afirma: «Reconozco que no es un hombre brillante, que no es un orador, pero es un

político serio» (pág. 81). Desde luego, a juzgar por la burla de Dorio de Gadex, el Marqués de Alhucemas no es un gran orador. La paradoja facilona, la metáfora manida y el tópico patriotero son las piedras angulares de su «magnífico arranque oratorio»:

DORIO DE GADEX.— Voy a escribir el artículo de fondo, glosando el discurso de nuestro jefe: «¡Todas las fuerzas vivas del país están muertas!», exclamaba aún ayer en un magnífico arranque oratorio nuestro amigo el ilustre Marqués de Alhucemas. Y la Cámara, completamente subyugada, aplaudía la profundidad del concepto, no más profundo que aquel otro: «Ya se van alejando los escollos.» Todos los cuales se resumen en el supremo apóstrofe: «Santiago y abre España, a la libertad y al progreso» (pág. 83).

Pero la parodia más directa y corrosiva del discurso político recaerá sobre las figuras de Primo de Rivera y del propio Alfonso XIII. Como han explicado Cardona y Zahareas, Primo de Rivera obligaba a insertar, en los periódicos de la mañana, unas *Notas oficiosas* de quince a veinte líneas en las que se explicaban sus decisiones gubernamentales; en *La Hija del Capitán* Valle introduce un largo discurso, el de doña Simplicia, cuyas palabras no son más que «un *pastiche* de los lances retóricos y declaraciones patrióticas que aparecieron en estas *Notas*»<sup>16</sup>. El parlamento de doña Simplicia, dirigido al monarca, aparece en la última escena de la obra, lo que da la medida de su importancia estructural. La significación del personaje, así como la función dramática de su discurso, han sido perfectamente explicadas por Aznar Soler<sup>17</sup>: doña Simplicia, cuyo nombre «implica toda una caracterización», tipifica a «una mujer española como Dios manda: pía, honorable y respetabilísima»; sus palabras configuran un discurso «antológico», que parece extraído del «Manual del más rancio patriotismo español» y cuya «apoteosis nacional-católica se alcanza cuando doña Simplicia reafirma una nueva alianza histórica entre el Trono y el Altar». Aznar Soler añade, en alusión a las últimas palabras del personaje, que «la ciega exaltación

<sup>16</sup> CARDONA, R. Y ZAHAREAS, A: *Visión del esperpento*; Castalia, Madrid, 1987, pág. 209.

<sup>17</sup> AZNAR SOLER, M. : *Guía de lectura de «Martes de Carnaval»*; Barcelona, Taller d'Investigacions Valleinclanians/Anthropos, 1992, págs. 188-196.



monárquica de esta reaccionaria doña Simplicia le impulsa, impasible el ademán, a reafirmar el origen divino del poder y a enmendarle la plana al mismo Calderón». He aquí el discurso, precedido de la espléndida acotación que describe a la beata:

*En el andén, una tarasca pechona y fondona leía su discurso frente al vagón regio. Una Doña Simplicia, Delegada del Club Fémica, Presidenta de las Señoras de San Vicente y de las Damas de la Cruz Roja, Hermana Mayor de las Beatas Catequistas de Orbaneja. La tarasca infla la pechuga buchona, resplandeciente de cruces y bandas, recoge el cordón de los lentes, tremola el fascículo de su discurso.*

DOÑA SIMPLICIA.— Señor: Las mujeres españolas nunca han sido ajenas a los dolores y angustias de la Patria. Somos hijas de Teresa de Jesús, María Pita, Agustina de Aragón y Mariana Pineda. Como ellas sentimos, e intérpretes de aquellos corazones acrisolados, no podemos menos de unirnos a la acción regeneradora iniciada por nuestro glorioso Ejército. ¡Un príncipe de la Milicia levanta su espada victoriosa y sus luces inundan los corazones de las madres españolas! Nosotras, ángeles de los hogares, juntamos nuestras débiles voces al himno marcial de las Instituciones Militares. ¡Señor, en unánime coro os ofrecemos nuestras fervientes oraciones y los más cordiales impulsos de nuestras almas, fortalecidas por la bendición de la Iglesia, Madre Amantísima de Vuestra Dinastía! Como antaño el estudiante de las aulas salmatinas alfombraba con el roto manteo el paso de su dama, nosotras alfombramos vuestro paso con nuestros corazones. ¡Vuestros son, tomadlos! ¡Ungido por el derecho divino, simbolizáis y encarnáis todas las glorias patrias! ¿Cómo negaros nada, diga lo que quiera Calderón? (págs. 297-299).

A mi juicio, la interrogación retórica que cierra el discurso tiene un valor adicional: no sólo sirve para acentuar el carácter reaccionario del personaje y, por extensión, de la España que representa, sino también para resaltar la función paródica del discurso; todo lo que dice doña Simplicia, excepto esa frase, podría haber sido sacado de las *Notas* de Primo de Rivera; nada desentona en la sarta de tópicos patrioterros del personaje salvo esa pregunta, que trasmuta el rechazo ideológico del lector-espectador en una sonrisa irónica. Una vez más, Valle recurre a la palabra histórica para su ficción esperpentizadora, y se vale, simultáneamente, de sutiles apostillas lingüísticas para realzar su intención paródica y satírica. Como advierte Aznar Soler, idéntica función adquiere el «desgarrón lingüístico» con que finaliza el parlamento del rey en respuesta al de doña Simplicia:

*El Monarca, asomado por la ventanilla del vagón, contraía con una sonrisa belfona la carátula de unto, y picardeaba los ojos pardillos sobre la delegación de beatas catequistas. Aplaudió, campechano, el final del discurso, sacando la figura alombrigada y una voz de caña hueca.*

EL MONARCA.— Ilustrísimo Señor Obispo; Señoras y Señores: Las muestras de amor que en esta hora recibo de mi pueblo son, sin duda, la expresión del sentimiento nacional, fielmente recogido por mi Ejército. Tened confianza en vuestro Rey. ¡El antiguo Régimen es un fiambre, y los fiambres no resucitan! (págs. 299-300).

El rey —desvalorizado a partir de la acotación, donde su figura aparece asociada a una lombriz y donde su voz adquiere «un timbre de caña hueca»— introduce en su discurso el vulgarismo «fiambre», obviamente inadecuado en una persona de su rango. Salvo esta expresión, el resto de su parlamento es un mero reflejo de los tópicos utilizados por Doña Simplicia. En palabras de Aznar Soler, el vulgarismo «viene a dinamitar todo el discurso del rey que, de sublime discurso de Estado, queda degradado al ínfimo y grotesco nivel del folletín», ya que «viene a coronar la síntesis estructural entre política (el Antiguo Régimen “fiambre”) y folletín (el “fiambre” don Joselito)»<sup>18</sup>. Un conflicto de folletín ha pasado a convertirse en el desencadenante de un golpe de Estado, cuya justicia es sancionada por este monarca «ejemplar».

El discurso del monarca será saludado con varios «vivas» a cual más grotesco, entre los que quiero señalar el del Patriota: «¡Viva el Rey con todos los atributos viriles!» (pág. 300). En esta exclamación resuenan las palabras que Valle ponía en boca del general Prim, según las cuales la política era una cuestión de «atributos viriles» y de «pelotas»: de esta forma, se establece una relación entre el golpismo decimonónico y el de Primo de Rivera. Si, como concluye Aznar Soler, la risa de la Sini con que finaliza la obra afecta no sólo al General, sino también a todas las instituciones y fuerzas sociales que lo apoyan, comprobamos también que, en última instancia, Valle está satirizando no sólo un golpe de Estado concreto, sino toda una tradición de golpismo militar.

<sup>18</sup> AZNAR SOLER, M., *op. cit.*, pág.192.

Ya instaurada la Segunda República, Valle-Inclán mostrará una cierta ambivalencia respecto a las instituciones políticas. Desde el principio manifestará su desilusión ante lo que considera una «suave y pacífica transición del régimen», ya que, a su juicio, «no hay gran revolución sin guerra en las fronteras»<sup>19</sup>, pero también querrá implicarse activamente en la vida política y, con vistas a las elecciones de junio de 1931, se presentará como candidato lerrouxista por La Coruña. En los albores de la Segunda República, el escritor ve en Lerroux no sólo a un republicano histórico, sino también a un «hombre que desde la juventud ha vivido acaudillando muchedumbres», lo cual le ha otorgado «una verdadera maestría en el conocimiento del pueblo, en la adivinación de sus deseos y hasta en la interpretación de sus instintos»<sup>20</sup>; al margen de la subjetividad latente en esta valoración, todo parece indicar que a Valle le atraía muy especialmente esa capacidad de liderazgo del viejo republicano. De hecho, años atrás la figura de Lerroux, y sobre todo su elocuencia, ya habían suscitado el entusiasmo, si no de Valle-Inclán, sí de muchos otros intelectuales del momento. Josep M<sup>a</sup> de Sagarra recuerda en sus *Memòries* que, durante su estancia en Madrid en 1917, hubo de sorprenderle el aprecio que Enrique de Mesa, Pérez de Ayala y «gent del seu valor» mostraban por Alejandro Lerroux, quien en Barcelona era tenido por un «indesitjable». Sin embargo, el propio Sagarra acabaría sucumbiendo a las habilidades oratorias de este líder político; en mayo de 1917, asistió a un mitin de las izquierdas en el que «s'atacà Alemanya, s'atacà el règim, es cantà la revolució i es féu tota la demagògia que era del cas». Intervinieron oradores de la talla de Menéndez Pallarés, Álvaro de Albornoz, Roberto Castrovido, Miguel de Unamuno, Melquíades Álvarez y Ovejero, pero ninguno logró conmover a los asistentes. «En canvi —afirma Sagarra—, allò que se'n diu el gran toro de la tarda, i el que aixecà el públic fins al deliri, fou don Alejandro Lerroux»:

---

<sup>19</sup> «Palabras de un gran poeta de España. Don Ramón del Valle-Inclán nos cuenta sus impresiones y sus inquietudes republicanas», *El Sol*, Madrid, 6-VI-1931; en Dougherty, D. : *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos, 1983, pág. 203.

<sup>20</sup> *Ibid.*

El físic, el gest i la veu de Lerroux; la massa deforme i explosiva del seu cap i la cresta d'ocellot rebel de la mica de cabellera que li restava damunt del crani donaren en una ocasió com aquella totes les possibilitats del màxim efecte. El seu discurs fou potser el més demagògic, però el més clàssic i el de més valor humà, perquè no es va moure de les imatges vives i dels fets concrets, i quan atacà el rei ho va fer encarant-se amb la llotja reial, que era l'únic lloc de la plaça on no hi havia ningú. Les imatges, les hi donava fetes aquella circumstància, però ell va ser l'únic que pensà a explotar-les i treure'n un suc vermell que feia tuf de sang autèntica; i, si el recurs no era gens refinat ni difícil, va descabdellar un tro escandalós i profund, d'una sonoritat mantinguda.

Aquell vespre a l'Ateneo Lerroux era l'ídol de les converses. A mi m'havia vençut el seu discurs: fou l'única vegada, ho confesso, que Lerroux va semblar-me un personatge excepcional<sup>21</sup>.

Ya en noviembre de 1931, sin embargo, Valle-Inclán pondrá en tela de juicio la figura de Lerroux y el propio sistema parlamentario, y, frente a un posible gobierno socialista presidido por Largo Caballero, reivindicará su viejo ideal de un líder político al estilo de Lenin:

Se dibuja en el horizonte nacional la crisis inherente al momento en que funcione la Constitución (...).

—Y es absurdo, ridículamente absurdo, que alguien haya pensado en una solución socialista. (...) el tal partido representa una casta; una casta lo mismo de odiosa que la casta eclesiástica o la militar (...).

Hay, indudablemente, una crisis del régimen parlamentario. Reconozco que quien va a las Cortes no siente ante el espectáculo un gran efecto; pero, ¿se puede decir que las anteriores superaban a las actuales? No. Difícilmente, ni ayer, ni hoy, ni mañana, se reunirá una Cámara con menos vicios y más dones del Espíritu Santo que la de ahora. ¡Ya sé yo que no es un delicado paisaje! De la crisis del régimen parlamentario yo puedo hablar mucho, porque tal como veo el Parlamento, sí que entra en la afición de toda mi vida: en la literatura.

Hay varios géneros literarios en ruina: la epopeya y la elocuencia. La política española fue siempre elocuencia o no fue nada. ¡Claro que no fue nada! Y yo digo: sin Homero no puede existir Demóstenes; sin Virgilio, tampoco Cicerón.

Con el régimen parlamentario ha ocurrido siempre en España una cosa divertida. Mientras unos lo superaban, otros no habían llegado. En España, indiscutiblemente, este régimen es un postizo (...). Algo de esto pasa hoy con los amasadores de la Constitución en sus afanes de copiar leyes extrañas (...).

En España hay que hacer la revolución con la Dictadura. Se impone. Y no como la del pobre Primo, sino como la de Lenin. (...). La dignidad no se adquiere; se impone. Los pueblos esclavos la aceptan a latigazos (...). En España no hay otro recurso para imponer la dignidad a

<sup>21</sup> SAGARRA, J. M<sup>a</sup>. DE: *Memòries II*; Barcelona, Edicions 62 (MOLC, 59), 1981, págs. 378-380.

esa tropa confusa que unas veces se llaman cavernícolas y otras agrarios. ¡Qué se puede decir de una pobre gente que aún siente amor al trono de don Alfonso!<sup>22</sup>.

Sin embargo, pese a su radical desconfianza respecto al parlamentarismo burgués, y pese a su desilusión ante los primeros pasos de la República, Valle-Inclán no desautorizará todas las iniciativas del Gobierno, ni tampoco a todos sus líderes políticos. En concreto, elogiará a Manuel Azaña, quien suscitará desde el principio su admiración y a quien valorará de forma cada vez más positiva. Ya en junio de 1931, al tiempo que apoyaba a Lerroux, el escritor había alabado a Azaña —por entonces ministro de la Guerra en el Gobierno provisional de Alcalá Zamora— definiéndolo como «el ministro que ha realizado una labor revolucionaria más honda, una labor más extraordinaria y trascendente»<sup>23</sup>. En noviembre del mismo año, cuando ya muestra su desengaño ante la figura de Lerroux, sigue en pie su admiración por Azaña, a quien atribuye «muchas condiciones de genialidad»<sup>24</sup>. Y ya en 1935, a través de una de esas analogías entre el pasado y el presente que le servían tan a menudo para ilustrar sus ideas, Valle hará una encendida defensa del político en su último artículo para la prensa: me refiero a la «nota literaria» sobre el libro de Manuel Azaña titulado *Mi rebelión en Barcelona*<sup>25</sup>.

Como ha explicado Serrano Alonso, en esta obra el político «se defendía de las acusaciones de rebelión y participación en los sucesos de octubre de 1934 en Barcelona»<sup>26</sup>. Aparte de ensalzar el «calificado castellano» y la «sobriedad expresiva» del libro de Azaña, Valle-Inclán se

<sup>22</sup> Francisco Lucientes, «¿Cómo será España bajo la futura constitución?», *El Sol*, Madrid, 20-XI-1931 (en Dougherty, D. , *op. cit.*, pág. 222).

<sup>23</sup> «Palabras de un gran poeta de España. Don Ramón del Valle-Inclán nos cuenta sus impresiones y sus inquietudes republicanas», *art. cit.*, pág. 204.

<sup>24</sup> Francisco Lucientes, *loc. cit.*, pág. 226.

<sup>25</sup> Puede verse en la recopilación de J. Serrano Alonso; Ramón del Valle-Inclán: *Artículos completos y otras páginas olvidadas*, Madrid, Istmo, «Bella Bellatrix», 1987, págs. 324-328.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 324.

centrará, fundamentalmente, en la calumnia que llevó al político a la cárcel, y en la muda complicidad con que el Parlamento asumió la falsedad de la denuncia. Según el escritor, las reaccionarias fuerzas sociales que han conducido a Azaña al presidio son las mismas que, en el siglo pasado, obligaron a exiliarse a Salustiano Olózaga. Valle-Inclán define así a Olózaga: «Entre los personajes del progresismo, ninguno tan señalado por el saludable liberalismo de sus convicciones, la prudente entereza de sus actos, la elocuente dignidad de su palabra». Como cuenta Valle-Inclán, sobre Olózaga pesaba la gravísima imputación de haber forzado la voluntad de la reina, siendo ésta tan sólo una niña. La acusación, impulsada por la «camarilla ultramontana», se llevó al Parlamento; Valle describirá con admiración el discurso que profirió el político para defenderse: «Es famoso el denuedo y magnífica la expresión oratoria con que rechazó la calumnia don Salustiano Olózaga». En opinión del escritor, los hechos se han repetido ahora con Azaña, un político al que también respeta profundamente:

Esa intriga de la picaresca ultramontana, al cabo de un siglo, resucita la aviesa ramplonería de sus númenes para acusar a don Manuel Azaña (...). Tampoco le valió su fuero de diputado en Cortes. El Parlamento permaneció ajeno, adormilado en una siesta ofidia, hasta que se le deparó la feliz coyuntura de entender en el suplicatorio para procesar al ex presidente del Consejo de ministros, gran collar de la República. Entonces nombró una comisión de su seno que no tuvo sonrojo en abrir indagatoria y tomar declaración en la cárcel a quien solamente podía hallarse preso por la muda complicidad del Parlamento<sup>27</sup>.

Con este artículo, Valle-Inclán demuestra la caducidad de un ideal clásico aparecido repetidas veces en estas páginas: el del *vir bonus dicendi peritus*. Se puede ser un noble y excelso orador político, pero ello no garantiza, como lo prueban los casos de Olózaga y Azaña, que vaya a triunfar la justicia. Cuando median los intereses individuales o partidistas, y ello ocurre inevitablemente en el ámbito político, el más afortunado lance oratorio se estrella contra un muro de silencio o de indiferencia. De igual forma, el más

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, págs. 326-327.

tópico y vacuo discurso puede recibir los mayores plácemes si viene dictado por el poder. En el repaso realizado por Valle-Inclán a la oratoria política, todas las instituciones terminan evidenciando su sempiterna inutilidad y su esencial hipocresía; ello se agrava en el caso del Parlamento, donde aparentemente reinan la democracia y la libertad, y donde al final acaban imponiéndose las manipulaciones y los intereses.

Sin embargo, como ya se apuntó anteriormente, el discurso de Azaña pronunciado en Valencia en mayo de 1935 obtuvo un éxito resonante, que haría revivir en Valle-Inclán el optimismo ante el porvenir de la República. De hecho, Azaña encarnaba a la perfección aquella figura del político ilustrado tan cara a todos los escritores de la época. Si en la «nota literaria» que acabo de citar los elogios de Valle se repartían entre Azaña y Olózaga, ya antes le habíamos visto reconocer la «gran cultura histórica» de Cánovas, así como había ensalzado a Pablo Iglesias no sólo por su idealismo, sino también por la calidad de sus artículos publicados en la prensa<sup>28</sup>. En todo caso, desde este punto de vista las cualidades de Azaña eran excepcionales, como ha puesto de relieve Santos Juliá, quien afirma que, para el líder republicano, «los discursos constituyeron su principal instrumento de acción, más exactamente, fueron su principal acción»:

«Felizmente, en política, palabra y acción son la misma cosa», dijo Azaña en uno de sus más emocionados discursos, pronunciado en Valladolid poco después de haber culminado los trabajos de elaboración de la ley de Reforma Agraria y del Estatuto de Autonomía de Cataluña. Puesto que la República ha establecido un régimen legal, «la primera acción política está concentrada en la palabra en todas sus manifestaciones, y la palabra crea, dirige, gobierna». Y así fue en su caso: (...) El salto de Azaña desde una relativamente secundaria posición en el rutilante Madrid de 1930 al primer lugar de la escena en 1931 se debió al poder de su palabra, a su capacidad para encontrar en la conversación o en el discurso soluciones de compromiso entre las diferentes y a veces contradictorias fuerzas políticas que formaban la coalición republicano-socialista. Cuando las situaciones se complicaban hasta el punto de hacer temer la ruptura de

---

<sup>28</sup> «Pablo Iglesias ha dado a conocer el socialismo español fuera de España. En los periódicos franceses recibidos estos últimos días veo algunos artículos muy bien escritos que llevan su firma; *El Liberal* de Madrid publica sus opiniones sobre el socialismo, al lado de las de Echegaray, Castelar, la Sra. Pardo Bazán y los más distinguidos hombres públicos, y a fe que sufre muy gallardamente el parangón» («Pablo Iglesias», *ibid.*, pág. 165).

los partidos coligados, una intervención de Azaña era suficiente para encontrar el camino de salida<sup>29</sup>.

Así, tras el mitin de Valencia, Valle-Inclán escribirá a Azaña desde el sanatorio de Santiago de Compostela para felicitarle por el éxito obtenido. En su carta, el escritor definirá el discurso azañista como una «pieza admirable» y comparará al político con los más conspicuos líderes del progresismo. Asimismo, establecerá una analogía entre Azaña y Lenin, pues considera que ambos encarnan al estadista capaz de ilusionar y educar políticamente al pueblo:

Mi querido Azaña: ¡Qué magnífico debió haber sido el acto de Valencia! ¡Y cómo siento no haber sido testigo!

En *La Libertad* llegada hoy aquí, he leído el discurso. Pieza admirable porque une la energía a la cautela, sin detrimento de la emoción y el fervor. Me figuro el efecto que habrá producido en pueblo tan emotivo como el de Valencia.

La persecución de que usted viene siendo víctima, sin duda le ha valido muchos fieles, y la posición izquierdista muchos entusiastas. Goza usted, por una y otra causa, una popularidad como acaso solamente la tuvieron Espartero, Mendizábal, Olózaga o Prim. Pero aún tiene usted otros partidarios. Azañistas sin entusiasmo, y aun sin simpatía. (...). Ninguno espera en usted al Cristo (...). Nadie espera los favores amables, y así viene a ser usted como un bíblico Jehová. Recibe culto aun cuando castiga con Diluvios y lluvias de fuego, y exige sacrificios como el de Abraham. De aquí deduzco yo como una cierta disposición popular a la obediencia y al sacrificio. Me parece que podrá usted intentar la educación del pueblo español tan falto del sentido y del sentimiento del futuro, que constituyen el aliento histórico, la capacidad y la fe para hacer historia. Es posible que Lenin le inspirase al pueblo ruso una fe áspera y confortadora como esta que usted hace nacer en el pueblo español. Creo que la nueva etapa, cuando usted vuelva, será una gran página histórica<sup>30</sup>.

Finalmente, como última muestra de la ambivalencia del escritor ante la Segunda República, o tal vez como prueba definitiva de su adhesión a la misma, en octubre del mismo año —esto es, cuando apenas le quedaban unos meses de vida— un inagotable Valle-Inclán escribe a su amigo Santos Martínez Saura:

<sup>29</sup> AZAÑA, M.: *Diarios, 1932-1933*. «*Los cuadernos robados*»; introducción de Santos Juliá, Barcelona, Crítica, 1997, págs. XIII-XIV. El discurso parcialmente transcrito por Santos Juliá fue pronunciado en noviembre de 1932.

<sup>30</sup> DOUGHERTY, D. : «Nuevas cartas inéditas de Valle-Inclán a Azaña»; *Revista de Occidente*, Madrid (abril 1986), pág. 39.



Querido Santos: Supongo que todos andaréis ajetreados con motivo del suceso del día 20. Yo lo espero con impaciencia y me prometo que sea de gran transcendencia. Aun en pueblos como éste, se siente el empuje izquierdista. Si hubiese pronto elecciones, me presentaría diputado con carácter de independiente, y hasta es posible que saliese<sup>31</sup>.

El hecho es que, como Max Estrella, tampoco Valle-Inclán obtuvo el reconocimiento de la Academia ni pudo acceder al Congreso. Probablemente, su presencia en el Parlamento hubiera incomodado tanto a sus enemigos como a sus amigos, puesto que, en términos políticos, el discurso y los ideales de Valle podían resultar en muchas ocasiones extravagantes, y en todos los casos extremadamente radicales. Sin embargo, a diferencia del poeta ciego, que se acanalló escribiendo versos, el escritor supo aprovechar sus mejores armas —el don de la palabra— para ofrecer una mirada crítica sobre las instituciones del poder. Por otra parte, aunque Valle no pudo polemizar desde el estrado con los políticos de su tiempo, sí pudo ejercitarse a placer en el discurso epidíctico, y ello, sobre todo, desde la tribuna más frecuentada por los intelectuales y artistas del momento: el Ateneo de Madrid.

---

<sup>31</sup> Martínez Saura reproduce la carta en *Espina, Lorca y Valle-Inclán en la política de su tiempo*; Madrid, Libertarias, 1998, pág. 359, y en *Memorias del secretario de Azaña*; edición de Isabelo Herreros Martín-Maestro; Barcelona, Planeta, 1999, pág. 257.

## 4

**EL ATENEO DE MADRID  
ORADORES Y TERTULIANOS**

Si Valle-Inclán se caracterizó por su crítica de las instituciones, nunca, que yo sepa, habló mal del Ateneo de Madrid. La «docta casa», como se la conocía tópicamente, fue para Valle un espacio acogedor, donde pudo dedicarse con comodidad a la discusión sobre todo tipo de temas. Como explica García Martí, el Ateneo de principios del siglo XX no era un club social o político; tampoco era una Academia o una Escuela de altos estudios, ni una Biblioteca o Sala de Conferencias, «y era, sin embargo, un poco de todo eso: una Institución mixta que reunía todos estos aspectos, y en ello estribaba la singularidad de su carácter y, en definitiva (*si*), el único hogar espiritual de España»<sup>1</sup>. En efecto, el Ateneo era también un punto de encuentro para los intelectuales y artistas, quienes acudían allí para difundir y comentar las novedades de la crítica y de la investigación y para ponerse en contacto con un público amplio y cualificado. Los jóvenes de provincias llegados a la capital no dudaban, si tenían ambiciones artísticas, en acercarse por el Ateneo:

Aquella juventud encontraba, por dos duros al mes, en primer término, todo lo que le negaban las sórdidas casas de huéspedes de Madrid: calefacción, salones medianamente confortables y una magnífica biblioteca. En segundo lugar, un reglamento abierto a todas las posibilidades de la rebeldía y la indisciplina juveniles, con ejercicios oratorios a diario en las múltiples discusiones, según las aptitudes de cada cual: científicas, literarias, artísticas o simplemente de intriga y habilidad en las Juntas generales, abundantes y acaso cotidianas<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> GARCÍA MARTÍ, V. : *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*; Madrid, Dossat, 1948, pág. 236.

<sup>2</sup> *Ibid.*, págs. 205-206.

En esos ejercicios oratorios se evidenciaban, como en el Parlamento, las virtudes y los inconvenientes de la retórica de la época. En el siglo XIX, Palacio Valdés, aun reconociendo la elocuencia de sus coetáneos, se quejaba del excesivo predominio de «las hermosas galas de una retórica desenfrenada», las cuales, a su parecer, velaban el fondo científico de las disertaciones:

Los oradores españoles no hacen obras de ciencia sino obras de arte, y como artistas deben ser juzgados. De este modo nos explicamos el deleite con que hemos asistido estos cursos á las sesiones del Ateneo, y á la par el insignificante ardor científico que lograron despertar en nosotros. El público, artista también como los oradores, aplaude con frenesí los períodos tersos, las brillantes imágenes, la mímica fogosa; en cambio repugna el argumento recto y descarnado y el análisis detenido del asunto<sup>3</sup>.

A finales del XIX, en el curso 1896-1897, se inaugura en el Ateneo, en medio de una gran expectación, la Escuela de Estudios Superiores, con la creación de distintas cátedras que pretendían completar la enseñanza universitaria oficial y suplir sus deficiencias. Durante el curso siguiente se mantiene el impulso inicial e incluso se aumenta el número de cátedras proyectadas<sup>4</sup>. Entre las veintiocho materias propuestas, Antonio López Muñoz ofrecerá la titulada «Principios y reglas de la Elocuencia aplicadas a la lectura, la declamación y la oratoria», que contará con ciento veinticuatro alumnos matriculados, cifra sólo superada por las cátedras de profesores tan prestigiosos como Marcelino Menéndez y Pelayo y Felipe Pedrell<sup>5</sup>. La oratoria despertaba, por tanto, un gran interés, aunque, según explica García Martí, a principios del siglo XX no tenía ya una importancia comparable a la que había adquirido en los primeros periodos de la vida del Ateneo:

---

<sup>3</sup> PALACIO VALDÉS, A. : *Los oradores del Ateneo*; Madrid, Casa Editorial de Medina, sin fecha, «Proemio», pág. XII.

<sup>4</sup> VILLACORTA BAÑOS, F. : *El Ateneo de Madrid (1885-1912)*; Madrid, C.S.I.C., 1985, págs. 99-100.

<sup>5</sup> Véase el cuadro donde se consignan las distintas materias, profesores y número de alumnos matriculados (*ibíd.*, pág. 290).

La oratoria servía entonces las pasiones encendidas de la política, pero a medida que éstas se fueron serenando, que se escindían la vida política y la vida intelectual, a medida que el pensamiento se fue disciplinando, la forma por sí solo (*sic*), sobre todo cuando había degenerado en retórica, no interesaba nada a la nueva sensibilidad del Ateneo, aunque todavía ejercía influjo en los medios parlamentarios. Cuando algún orador de este tipo ocupaba la tribuna de lo que se llamaba la «docta Casa» y solamente acertaba a enlazar períodos más o menos brillantes, con abundancia de tópicos y de frases hechas, y de «¡Ah, señores!», producía indefectiblemente la sonrisa del auditorio. (...) era otra la sensibilidad y otro el tipo de oratoria que se requería<sup>6</sup>.

Como explica García Martí, la categoría intelectual del Ateneo era muy superior a la del Parlamento, hasta el punto de que los políticos, incluso los más avezados en las luchas parlamentarias, «rehuían todo lo posible la actuación en aquella casa»<sup>7</sup>. Así como en el Parlamento el debate dependía de la tendencia política y de las facultades naturales del orador, en el Ateneo la discusión se desarrollaba en el plano doctrinal, de forma que era necesario el conocimiento objetivo y profundo del tema debatido. Cuenta García Martí que, con ocasión de una visita de Sarah Bernhardt al Ateneo, fue invitado Antonio Maura como Director de la Real Academia, pero sin que se le adjudicara intervención alguna en el debate posterior. Sin embargo, el público juvenil, que no había tenido ocasión de escuchar al político, reclamó que hablase, con tanta insistencia que Maura no pudo negarse. Se vio obligado a levantarse e improvisar unas reflexiones sobre el teatro francés, pero, sintiéndose inseguro, interrumpió bruscamente su discurso y salió del local; García Martí narra así el final del episodio:

Marché yo detrás de él dándole las gracias por su intervención e interrogándole respecto de lo que le había pasado. Me contestó diciendo: —No es prudente improvisar en materias tan concretas y sobre todo en esta Casa<sup>8</sup>.

Entre los oradores del Ateneo de su época, García Martí destaca a Unamuno, a Azaña y a Ortega y Gasset. Cada uno tenía, como es lógico, su

<sup>6</sup> GARCÍA MARTÍ, V., *op. cit.*, pág. 232.

<sup>7</sup> *ibid.*, pág. 234.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 265.

propio estilo, pero todos ellos eran representativos de aquella nueva sensibilidad. Unamuno tipificaba al «orador-escritor de paradojas, ofreciendo el espectáculo de una llama espiritual prendida en la carne». Azaña destacaba en el «ensayismo político y la crítica literaria», y sus disertaciones eran de «una inteligencia fría, sin calor cordial, apta para producirse en una campaña neumática o en un mundo donde no hubiera pasiones ni intereses, en un mundo inexistente y, por tanto, desconectado de la realidad». Pero, según el estudioso, el orador «que llegó a llenar en los medios intelectuales todas las exigencias de la nueva sensibilidad, fué la alta figura intelectual de D. José Ortega Gasset»:

La expresión justa, llena de perfección, sin tópicos ni fórmulas comunes, dando a la forma y al fondo el encanto de algo que se dijera por vez primera, y sirviendo la forma a un contenido responsable, con una suprema elegancia espiritual, ese fué el tipo de oratoria de Ortega, que señaló un rumbo a las nueva generaciones<sup>9</sup>.

En efecto, la oratoria de Ortega hubo de impresionar a las jóvenes generaciones, a juzgar por el testimonio de Josep Maria de Sagarra, quien recuerda en sus *Memòries* haber oído a Ortega cuando éste tenía treinta y tres años y él once menos. El discurso, pronunciado en el Ateneo, era un homenaje a Joaquín Costa, quien había muerto recientemente. Tras describir con gran lujo de detalles el físico de Ortega, Sagarra dedica dos extensos párrafos a su disertación, haciendo referencia a un estilo oratorio en el que «tots els recursos estaven treballats amb una distingida mala fe» y en el que la grandilocuencia y la teatralidad de los viejos oradores ateneístas se veían sustituidas por la precisión conceptual y la contención en el gesto, sin que ello implicara descuidar la modulación del periodo oratorio:

En aquella mena d'oratòria s'estimava el to menor, i era remota qualsevol estridència ingènua; el poc ús del gest i del moviment muscular del rostre tenia tant valor com la mateixa idea. Ortega m'anava reduint per moments. Tant com el que deia m'interessava la manera com ho feia, i aquella manera de dir les coses tenia el llampegueig enlluernador d'una bona «verònica»; l'intel·lectual pur es gronxava dins la malícia xulesca i geomètrica del torero viril i saltava d'això a l'habilitat una punta freda i

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, págs. 232-233.

esgarrifosa d'un excel·lent cirurgià que treballa damunt de carn viva. A aquesta barreja oriental i clínica, Ortega y Gasset hi posava un cert tremolor que no sabíeu si era diví o si era inconfessable. És per tot plegat que l'oratória d'Ortega y Gasset se'm revelà com la més difícil, com la més intel·ligent i la més sensual que fins aquell punt havia escoltat de la boca d'un intel·lectual ibèric.

Y es que, según cuenta el propio Sagarra, Ortega hubo de confesarle que «la cosa que ell creia més apassionant era ésser un gran orador», y que la oratoria «era l'art més humà, més complex i més expeditiu de tots»<sup>10</sup>.

Otra actividad característica del Ateneo eran las tertulias. Éstas se desarrollaban, sobre todo, en la sala denominada la «cacharrería», donde solía haber peñas fijas presididas por algún artista o intelectual. Entre estas peñas, García Martí destaca «la que podríamos calificar en cierto modo, y sin desdoro de nadie, de “locos del Ateneo”, especie de hombres soñadores las más de las veces, consagrados, sin fines interesados, a las ciencias y las artes más dispares, de los cuales podía parecer como representante mayúsculo la bondadosa e interesante figura de D. Mario Roso de Luna, maestro de Ciencias ocultas, descubridor de estrellas, filósofo a su manera, cultivador de las artes e incansable conversador»<sup>11</sup>. A continuación, se refiere a otro grupo de amigos, el presidido por Valle-Inclán; en la descripción del escritor, García Martí destaca la fina penetración de su mirada, su sonrisa irónica, su hidalguía, su elocuencia y el idealismo que definía su conversación:

Un poco más lejos se instalaba otra peña de amigos. El tipo central era un varón esqueletado, cabeza de conformación singular, que se elevaba en línea casi recta para descender rápida sobre la amplia frente. Su cara tiene una viva expresión de espíritu y de nobleza. A través de sus gafas se advierte la penetración fina de sus ojos; los labios se contraen, insinuando una sonrisa irónica o de desdén casi siempre. Su barba venerable pone un sello de hidalguía en su rostro y en su persona. Habla incansablemente, y con la fluidez de su verbo castizo hay siempre la emoción artística de una verdad ideal, cazada en la salve de la fantasía,

<sup>10</sup> SAGARRA, J. M<sup>a</sup>. DE: *Memòries II*; Barcelona, Edicions 62 (MOLC, 59), 1981, págs. 322-324.

<sup>11</sup> GARCÍA MARTÍ, V., *op. cit.*, pág. 216.

que seduce y atrae más que la realidad misma. Hemos aludido a D. Ramón del Valle-Inclán<sup>12</sup>.

En torno a Valle se sentaban habitualmente Luis Araquistáin, Ramón Pérez de Ayala, Enrique de Mesa, Luis de Zulueta, Enrique Díez Canedo y Ángel Vegue y Goldoni: «El resto de esta tertulia, que atraía por el tono maldiciente de la conversación valleinclanesca, eran estudiantes y jóvenes ateneístas, que lentamente iban engrosando el coro de la tertulia hasta llegar a su plenitud a las últimas horas de la noche»<sup>13</sup>.

Una de las cuestiones más debatidas en el Ateneo fue el «tema de España». Los intelectuales y artistas más conspicuos del momento ejercieron, en este sentido, «una labor de crítica y revisión», si bien, a juicio de García Martí, carecían en general de una base ideológica sólida, de forma que «lo que pudieran ofrecer en este terreno era puramente una reacción de sensibilidad, sin ningún juicio sistemático»<sup>14</sup>. Según el estudioso, en el Ateneo fue Unamuno el que más influencia ejerció en este sentido desde la tribuna, donde demostró «esa arista de disconformidad que caracterizaba su persona y su obra»; sin embargo, la omnipresente rebeldía unamuniana resultaba poco «orientadora» para los jóvenes, lo cual no ocurría con Valle-Inclán, cuyo magisterio, «menos que en la tribuna, en sus vastas tertulias», fue muy apreciado por la juventud, «porque al lado de finas disquisiciones literarias tenía la sal o la gracia de un humorismo galaico que en él tocaba las lindes del sarcasmo»<sup>15</sup>. Azorín y Baroja no tuvieron una influencia directa en el Ateneo, ni desde la tribuna ni en las tertulias. Por último, García Martí destaca a Jacinto Benavente, no tanto por su ascendencia sobre los jóvenes ateneístas como por su labor al frente de la Sección de Literatura «y su

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, págs. 219-220.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 221.

<sup>14</sup> *Ibid.*, págs. 243-244.

<sup>15</sup> *Ibid.*, págs. 244-245.

prolongada asistencia a la Casa»<sup>16</sup>. Para el estudioso, no obstante, es una vez más Ortega y Gasset quien no sólo continuará, sino que mejorará «en alto grado», la «línea educadora» de la «generación del 98»<sup>17</sup>.

Si García Martí cuestiona la base ideológica de estos intelectuales, Azaña no duda en afirmar la importancia de «los hombres del 98», quienes, a su juicio, fueron los iniciadores de una actitud crítica y reformista cuyos frutos recogieron las generaciones posteriores. En calidad de Presidente del Ateneo, Azaña leerá el discurso de apertura del curso 1930-1931, en el que ensalzará el espíritu de aquellos intelectuales y artistas:

Los románticos fundadores [del Ateneo] creyeron en el Estado que daban a luz como en su propia sustancia; los moderados, imbuidos de un doctrinarismo rígido a quien se debe los fundamentos del régimen representativo, aceptaron un Estado de cuya falacia original vivían persuadidos. Los hombres del 98, y sobre todo —recuerdo las defecciones personales— su espíritu, en que nos hemos criado, instauraron la actitud de repulsa, trazaron el ángulo crítico, abrieron cauce al movimiento inaugural de una edad nueva, rompieron con cuanto el Estado representa; bien entendido que no empleo esa expresión en su estricta categoría jurídica, sino como representación, guía y tutor de una continuidad histórica. La repulsa, la crítica, el movimiento reformador, llegan ahora a punto de exaltación nacional, causados por recientes desdichas; pero antes de ser un hecho nacional, ya eran, en cuanto va de siglo, un hecho ateneísta<sup>18</sup>.

Según García Martí, el ambiente político del Ateneo a principios de siglo reflejaba una época de calma, apenas perturbada por el desastre del 98, que levantó «algunos oleajes de pasión»<sup>19</sup>; por lo demás, el Ateneo se entregaba a sus propias actividades, literarias, artísticas o científicas. Sin embargo, hacia 1913, un poco antes de la guerra europea, la atmósfera de la institución se caldea y empieza a evidenciarse la honda división entre aliadófilos y germanófilos<sup>20</sup>. Tras la guerra europea se inicia la campaña

---

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. 246.

<sup>18</sup> AZAÑA, M. : «Tres generaciones del Ateneo»; *Obras Completas*, tomo I, Madrid, Giner, 1990, págs. 631-632.

<sup>19</sup> GARCÍA MARTÍ, V., *op. cit.*, pág. 203.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pág. 207.



antimonárquica por parte de un sector del Ateneo, en la que tendrán un papel relevante Unamuno y Valle-Inclán. En opinión de García Martí, «Valle y Unamuno parecían rivalizar en los ataques al Rey, como si se tratase de demostrar quién iba más lejos en los juicios»<sup>21</sup>:

A poco de pronunciar don Miguel una conferencia que suscitó muchos comentarios, y no sé si alguna intervención de la autoridad, Valle dió otra en que atacó también la persona del Rey. Aludió a un diplomático, Ministro en un país americano, que había protestado de unas declaraciones de Valle-Inclán en América, y don Ramón, refiriendo este incidente, dijo que aquel ministro había enviado al Ministerio de Estado dicha protesta «con buena letra y mala ortografía». «¡Ministro de su Majestad el Rey de España!» Y en un inciso añadió: «Representará al Rey, a mí no me representa.» Siguió por este orden, y sus manifestaciones más subidas de tono dieron lugar a que un Juzgado de Madrid instruyera diligencias intentando procesar a don Ramón; pero, ante el interrogatorio del juez, Valle se negó a contestar, sosteniendo la peregrina teoría de que aquel Juzgado carecía de competencia, porque sobre él sólo tenía jurisdicción el juez de Cambados<sup>22</sup>.

Esta anécdota cabe situarla en febrero de 1922, fecha en que el escritor, recién llegado de México, expone en el Ateneo su visión del colonialismo español en aquel país. En una conferencia sobre la que volveré con mayor detenimiento, Valle denuncia la política del gobierno de España, que trata de aprovechar la situación internacional del Estado mexicano —aún no reconocido por los Estados Unidos ni por las grandes potencias europeas— para que se indemnice a los terratenientes perjudicados durante el periodo revolucionario; sólo si se dan estas compensaciones, España reconocerá al gobierno de Obregón. A juicio de Valle-Inclán, esta actitud atenta contra el espíritu cristiano, en virtud del cual España debiera apoyar la emancipación del indio; de lo contrario, América, hasta ahora vinculada a Europa a través de España, se unirá espiritualmente al continente asiático:

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, pág. 269.

<sup>22</sup> *Ibid.*

Si el cristianismo latino de España no redime al indio y reivindica al amarillo, quizá el semblante atlántico de América se vuelva ceñudo, y la faz resplandeciente sea la que mira hacia el Asia<sup>23</sup>.

Asimismo, Valle denunciará un intento de soborno por parte de los «gachupines» de México, quienes quisieron disuadirle de que cuestionara las indemnizaciones: «El conferenciante protestó allí contra “esa venta”, y entonces los interesados le dijeron estas palabras persuasivas: “Ya ve usted, a Sánchez Mejías le hemos regalado un automóvil”»<sup>24</sup>. Hay que tener en cuenta finalmente que, por las mismas fechas, tendrá lugar en el Ateneo un acto político en que varios intelectuales hablarán sobre la necesidad de restaurar las garantías constitucionales, y Unamuno en concreto atacará duramente a Alfonso XIII, lo que provocará un intenso debate en la prensa<sup>25</sup>.

Tanto los actos antimonárquicos de Unamuno como los de Valle-Inclán serán aludidos en un artículo publicado, al cabo de un mes, en *El Liberal*<sup>26</sup>. El autor del artículo, Eugenio Noel, protesta contra la falta de independencia y de audacia de los intelectuales españoles, y reivindica, en este sentido, a Unamuno y Valle-Inclán, «dos inteligencias de espaldas bien guardadas». Denuncia que «ahora se ha querido empapelar a los dos» por la osadía y la claridad de sus opiniones, algo que no se tolera en una época de «intransigencia sombría»; irónicamente, Noel indica que en la actualidad sólo se puede hablar «en un lenguaje y estilo parecido a Ortega y Gasset, es decir, tomando el asunto *ab ovo gemino* y desenvolviéndolo con disciplina germanesca»: en otras palabras, sólo se aceptan las opiniones independientes si éstas se enmascaran mediante conceptos abstractos y una

<sup>23</sup> «El deber cristiano de España en América»: *El Sol*, Madrid, 19-II-1922; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.) : *Entrevistas, conferencias y cartas. Ramón María del Valle-Inclán*, Valencia, Pre-Textos, 1994, págs. 227-228.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 227.

<sup>25</sup> Lo recoge Dru Dougherty en «El segundo viaje a México de Valle-Inclán: una embajada intelectual olvidada»; *Cuadernos Americanos*, año 38 (1979), pág. 203, n 26.

<sup>26</sup> NOEL, E. : «Al margen de una conferencia de Valle-Inclán. La intolerancia y la representación»; *El Liberal*, Madrid, 19-III-1922.

apariencia de rigor filosófico. Noel resume así los motivos por los que se ha condenado a Unamuno y Valle-Inclán:

Sólo a Unamuno se le puede ocurrir que acabe la guerra de Marruecos, que se restauren de nuevo las garantías constitucionales, que no haya conducciones de obreros por las carreteras y que el pueblo vuelva por sus derechos. Y sólo a D. Ramón se le puede meter entre ceja y ceja que América pueda poner su esperanza en Asia, como dijo el otro día en el Ateneo. Ahí es nada, (...), decir la verdad a españoles (...) que huyeron de España y se hicieron ricos en América, (...), y que son tan... íberos, tan de «raza», que cuando los visita un torero como Sánchez Mejías le regalan el mejor y más caro automóvil que encuentran. Eso es españolismo, y no discutir si un diplomático hace mal las cosas (...). Por ésta y otras razones, el independiente, el que como Unamuno o Valle-Inclán, cuando ven una cosa o piensan una idea, lo hacen por cuenta propia y saben lo que es la responsabilidad varonil, están abocados en nuestros días a verse en malas aventuras.

Finalmente, en la década de los treinta —rememora con amargura García Martí— el Ateneo, una institución típicamente burguesa y liberal, hubo de experimentar un quebranto de las «normas de convivencia (...) y los temperamentos intransigentes y violentos se mostraban en minorías exaltadas y turbulentas»<sup>27</sup>. Según García Martí, Manuel Azaña, quien estará al frente de la institución desde 1930, presentó su candidatura a la Presidencia a instancias de Valle-Inclán y otros amigos<sup>28</sup>. Al cabo de dos años el político, siguiendo las normas del Ateneo, cesará en el cargo, y esta vez será él quien propondrá a Valle-Inclán para sucederle. No obstante, en su fuero interno Azaña dudaba de la bondad de esta candidatura, según lo demuestran estas palabras de su diario: «Valle no durará en la presidencia porque él solo se basta para armar líos donde no los hay. Pero allá cuidadosos»<sup>29</sup>. El comentario, entre cínico y realista, resultaría profético, a pesar de que la candidatura propuesta por Azaña iba a vencer en la votación por un amplio margen; las elecciones tendrían lugar el 30 de mayo de 1932 y los candidatos eran cinco: Bartolomé y Mas, García del Real,

<sup>27</sup> GARCÍA MARTÍ, V., *op. cit.*, pág. 257.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pág. 262.

<sup>29</sup> *Apud* Ruiz Salvador, A. : *Ateneo, Dictadura y República*; Valencia, Fernando Torres, 1976, pág. 151.

Medinaveitia, Unamuno y Valle-Inclán; este último obtuvo un total de 311 votos contra los 146 de Unamuno, el segundo más votado<sup>30</sup>.

En cuanto al resto de los cargos de la Junta directiva, casi todos los elegidos, incluido García Martí como secretario, eran afines a Manuel Azaña. Ello motivó la impugnación de las elecciones por parte de un sector del Ateneo, cuyo portavoz era Rafael Marín del Campo. Éste, en una extensísima carta leída en público y que circularía impresa con el título de *La oligarquía y el caciquismo en el Ateneo*, censurará con acritud tanto la presidencia de Azaña como la actual designación de Valle-Inclán para el cargo. Marín del Campo condenará, fundamentalmente, dos cuestiones, una de fondo y otra de forma. Como cuestión de fondo, denunciará la política de Azaña favorable al Estatuto catalán y su empeño en «ahogar cuanto puede la pública expresión de nuestras honradas opiniones y sentimientos antiestatutistas»<sup>31</sup>; como cuestión de forma, afirmará que el nuevo presidente del Ateneo, Valle-Inclán, no es más que un testaferro del gobernante, elegido para asegurar una continuidad respecto a la política azañista.

Como prueba de la parcialidad ideológica de Valle-Inclán, Marín del Campo alude, aunque con algún error de bulto, a una entrevista donde el escritor había seleccionado a los grandes estadistas españoles, entre los que había incluido a Azaña. Se trata, sin duda, de la misma entrevista a que me referí en páginas anteriores, en la que Valle citaba a Azaña y a Cánovas; junto a estos gobernantes, el escritor aludía también a Mendizábal, Jovellanos, el conde de Aranda (con sus «adláteres» Campomanes y Floridablanca), Felipe II, Carlos I, el cardenal Cisneros y Don Álvaro de Luna<sup>32</sup>. Al mismo tiempo, Marín del Campo censurará el hecho de que el

---

<sup>30</sup> RUIZ SALVADOR, A., *op. cit.*, págs. 152-153.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pág. 161.

<sup>32</sup> V. S-O [Vicente Sánchez-Ocaña]: «La pintura, el teatro, el futuro Madrid. Valle-Inclán habla del arte de la República», *Abora*, Madrid, 20-IV-1932 (en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 496).

Ateneo, durante la presidencia de Azaña, se hubiera enfrentado a la Real Academia por la no concesión del premio Fastenrath a Valle-Inclán, y hubiera aprovechado este pretexto para, a título de desagravio, proponer la candidatura del escritor. En este sentido, el furibundo ateneísta denunciará «la escandalosa usurpación del nombre del Ateneo» llevada a cabo por Azaña para «llenar de injurias, y aun de amenazas más o menos veladas, a la Academia Española»:

(...) con motivo del premio Fastenrath, como hubiera podido buscarse cualquier otro, se encontró el medio hábil de, pretextando un acto de desagravio, poner al frente de esta Casa un hombre tan incondicional de usted, que no ha intentado siquiera desmentir a los muchos periódicos que le han atribuido un juicio según el cual es usted un estadista, no ya parejo, sino superior al Conde de Aranda, al Cardenal Cisneros, a Carlos III, a los Reyes Católicos y al Emperador Carlos V<sup>33</sup>.

En nombre de Marín del Campo y de otros doce socios, en la primera junta del Ateneo presidida por Valle-Inclán un oficial de secretaría entregará al escritor una petición formal de Junta General Extraordinaria. Según Francisco Madrid, Valle tiró el papel e indicó al oficial de secretaría: «Dígale a ese señor que, por esta vez, se declara que no ha lugar a deliberar; pero que si reincide, pediré a la Dirección General de Sanidad dos loqueros para que se lo lleven»<sup>34</sup>. La anécdota bien podría ser cierta, porque, en definitiva, lo que pretendían aquellos trece socios era discutir la legalidad de la nueva junta de gobierno, algo a lo que el escritor, dado su proverbial temperamento, no podía acceder: las elecciones —a pesar de las quejas de Marín del Campo y al margen de la probable influencia de Azaña sobre muchos ateneístas— habían sido limpias, y ampliamente favorables a la candidatura ganadora. De todas formas, la petición, al ir suscrita por trece socios, era reglamentaria, por lo cual, en palabras de Ruiz Salvador, la

<sup>33</sup> RUIZ SALVADOR, A., *op. cit.*, pág. 162.

<sup>34</sup> MADRID, F. : *La vida activa de Valle-Inclán*, Buenos Aires, Poseidón, 1943, pág. 153.

actitud de Valle podía ser interpretada «como un cuartelazo del coronel general de los ejércitos de Tierras Calientes»<sup>35</sup>.

Todo ello se agravaba por las declaraciones que, al día siguiente de ser elegida la nueva junta, había vertido Valle-Inclán en una entrevista; comentando la candidatura de Miguel Maura, que aunque tenía adeptos no había llegado a presentarse, había dicho el escritor: «Pues hubiera estado bien eso. El Ateneo necesita un freno conservador que yo no podré ponerle; primero, por mis convicciones y mi temperamento, y luego, por mi estado de salud»<sup>36</sup>. Aunque la alusión al «freno conservador» era claramente irónica, estas declaraciones no hicieron sino enturbiar el ambiente y la situación empeoró días después: el 10 de junio se celebraba una junta general en que la nueva directiva tomaba posesión y, acto seguido, otra extraordinaria, la solicitada por los trece socios mencionados, donde se leería la carta de Marín del Campo y que finalizaría con la dimisión de la Junta de gobierno en pleno. Valle estaba ausente, y había delegado sus funciones en el vocal segundo, Dubois, y en el secretario primero, García Martí. Ello motivaría una segunda circular de Marín del Campo, publicada en la prensa con fecha de 13 de junio, en la que protestaba porque Valle «no tuvo ni la minúscula atención de acudir siquiera un momento a saludar al Ateneo desde el estrado, ni el ciudadano gesto de ocupar un escaño para defenderse de las acusaciones que contra él habrían sin duda de lanzarse»<sup>37</sup>.

Simultáneamente, circulaba por el Ateneo una obrita «teatral» —las comillas son del propio Ruiz Salvador—, cuyo autor, aunque se escudaba en el anonimato, no era otro que Marín del Campo. En la obra se recogían alusivamente, sin ninguna sutileza ni garbo artístico, algunos de los ataques del ateneísta a la presidencia de Valle-Inclán. Por ser un documento poco conocido, transcribo la parte más significativa de esta obra:

---

<sup>35</sup> RUIZ SALVADOR, A. , *op. cit.*, pág. 154.

<sup>36</sup> *Heraldo de Madrid*, 31-V-1932, *apud* Ruiz Salvador, *op. cit.*, págs. 152-153.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pág. 167.

(La escena —que aún no puede llamarse histórica, pero que sin duda pasará a la Historia— en Junio de 1932 y en el Ateneo científico, literario y artístico de... Bufolandia).

UN ATENEÍSTA.—¡Conserje! ¡Conserje! ¿Qué escándalo —digo—, qué antiescándalo es éste? ¿Por qué no se oye aquí ni el aleteo de una mosca? (...)

EL CONSERJE.—Basta, basta, señor «ateniense». Veo que usted y yo acabaremos por mordernos la nuez. ¿Pues qué? ¿Acaso olvidó vuestra Sapiencia la profecía sagrada esculpida en el frontis de este nuestro templo: «NUNC MINERVA, POSTEA PALAS»? ¿Es que no se informó Vuesa Merced de que ya llegó a nuestro Olimpo la plenitud de los tiempos de Palas, quiero decir, es que aún no os habéis enterado a estas fechas de que en la postrer Junta General se nos apareció el Manco de Lepanto, fundido en una pieza con el Caballero de la Triste Figura, y de que, armado de todas sus Palas, palos y «frenos conservadores», arremetió contra la Junta de Gobierno en pleno y contra todos los señores socios, que, viéndose perdidos, huyeron atropelladamente del salón, primero, y de la casa, después, por la puerta falsa, por donde, ebrio de coraje, salió también tras ellos el Manco inmortal?

EL ATENEÍSTA (mordiéndole la nuez al conserje).— Entonces, ¿ya no hay aquí para un remedio ni Junta General, ni Junta de Gobierno, ni Secciones, ni sesiones, ni secesiones, ni estatutos cataláunicos, ni... ?

EL CONSERJE (devolviéndole el mordisco).—Ni «atenienses», ni «ná».

EL ATENEÍSTA (ya amable y persuasivo).—Perdón, conserje ático; ese «ná» es tan poco ateniense como poco republicano. Algo, a Dios gracias, nos queda en Bufolandia todavía, y es la República, que, aunque con las muletas de la Ley de Defensa, al fin y al cabo es la República (...).

#### TELÓN RÁPIDO

NOTA.—La presente investigación, de carácter geográfico-histórico-literario-filológico-bilingüe-cooficial-separatista, ha sido hecha entre el 10 y el 25 de Junio de 1932 por la Sección de Ciencias autohistóricas del Ateneo de Madrid (Ponente: Sr. Carrasco Formiguera, uno de los padres del fruto de la señá Sebastiana), cuyo Centro, hoy cataláunicamente «frenado», acordó cursar este engendro (...) a la Academia Española, con la venia, injurias y amenazas de Palas, para que, sin excusa ni pretexto, limpie, fije y dé esplendor a esta píldora, dorándola con el premio Fastenrath<sup>38</sup>.

El hecho es que, como puede verse con más detalle en el libro de Ruiz Salvador, a pesar de los reiterados intentos de dimisión por parte de la junta directiva, la mayoría de los socios apoyó en sucesivas votaciones su

<sup>38</sup> *Ibid.*, págs. 177-178.

continuidad; de todas formas, y redondeando con ello la profecía de Azaña, en diciembre de 1932 —es decir, seis meses después de ser nombrado presidente del Ateneo—, Valle-Inclán dimitiría de su cargo alegando motivos de salud; junto a él presentaron también su dimisión, con carácter irrevocable, otros miembros de la junta, entre ellos García Martí. Las nuevas elecciones fueron convocadas para el 14 de diciembre, y la única candidatura propuesta contó con el beneplácito de la mayoría. Sin embargo, Marín del Campo estaba al acecho: el 28 de diciembre el *Heraldo de Madrid* explicaba que, en la junta general del día anterior, se había debatido en el Ateneo una proposición de Marín del Campo sobre la necesidad de anular las elecciones del día 14; la proposición —informaba asépticamente el periódico— había sido rechazada en votación nominal por ciento diez votos contra uno.

No podemos terminar este apartado sin mencionar otros actos públicos que, de forma directa o indirecta, protagonizó Valle-Inclán en el Ateneo. Según los datos a mi alcance, el primero cronológicamente fue una conferencia pronunciada por el escritor a mediados de 1907<sup>39</sup>; de momento, sólo indicaré que la disertación se inscribía en un ciclo de «Sesiones de Autocrítica» auspiciado por Emilia Pardo Bazán, entonces presidenta de la Sección de Literatura del Ateneo. Francisco Villacorta documenta, entre estas Sesiones de Autocrítica, la de Joaquín Dicenta («El ave de la calle», 7 de abril), la de Gregorio Martínez Sierra (sin título, 15 de abril), la ya citada de Valle-Inclán («Viva la bagatela», 2 de mayo), la de Silverio Lanza (sin título, 11 de mayo) y la de Rafael Urbano («El cardo silvestre», 25 de mayo); con fecha de 15 de febrero del mismo año —aunque al margen de las Sesiones de Autocrítica—, se cita también una conferencia de Felipe Trigo titulada «Impotencia de la crítica ante la importancia de lo emocional en la novela moderna»<sup>40</sup>. Según un testimonio de la época, que elogia la labor de

<sup>39</sup> «La conferencia de Valle-Inclán» (titulada «Viva la bagatela»): *El Liberal*, Madrid, 3-V-1907.

<sup>40</sup> VILLACORTA BAÑOS, F., *op. cit.*, págs. 328-329.



Pardo Bazán al frente de la Sección de Literatura, fueron las conferencias de Valle-Inclán y Felipe Trigo las más celebradas por el público ateneísta:

Y bueno será hablar un momento del Ateneo. Doña Emilia Pardo Bazán desempeña á conciencia su cargo de presidente de la Sección de Literatura de la docta casa —apelemos a la frase hecha. Ha tenido numerosas y acertadas ideas encaminadas á amenizar la existencia de los socios, generalmente avinagrados, de aquel centro de todas las murmuraciones. La mejor, ó, por lo menos, la que más éxito ha tenido, es esa de las conferencias autocríticas que han comenzado á dar escritores de renombre ya afirmado. Pocas fueron aún, pero todas lograron éxito ruidoso, especialmente las de los Sres. Trigo y Valle-Inclán. La del señor Trigo, por lo paradójica y arriesgada; la del señor Valle-Inclán, por lo pintoresca<sup>41</sup>.

También García Martí recordará en dos ocasiones esta conferencia valleinclaniana, así como refrendará el éxito de público testimoniado por «Fantasio»; a tenor de los recuerdos del estudioso, es evidente que lo que sorprendió y agradó en el Ateneo fue el heterodoxo estilo oratorio de Valle-Inclán, quien, como no podía ser de otro modo, rehuyó el tono puramente académico y amenizó su disertación con divertidas anécdotas. García Martí describe así aquella conferencia:

Joven todavía, en una de sus primeras conferencias, que despertó un gran interés, cuando don Ramón andaba alrededor de los cuarenta y tantos años y su barba era aún negra, compareció en la tribuna del Ateneo haciendo una especie de autobiografía, y comenzó diciendo: «En Galicia hay dos clases de personas: los señores y los siervos. Yo pertenezco a la primera clase.» «Fuí a Méjico porque se podía escribir México con X, y eso me decidió a ir allí antes que a ningún otro país americano. Fuí a México dispuesto a reconquistarlo.» Y entrando en materia, dice: «Yo siempre he repugnado esos novelistas que comienzan así sus narraciones: “Hay una casa a la derecha y un río a la izquierda, porque si ustedes se ponen de espaldas, el río queda a la derecha y la casa a la izquierda”. Eso del modernismo es una cosa relativa: las cosas son modernas para el que acaba de enterarse de ellas»<sup>42</sup>.

Según García Martí, tras estas intervenciones de Valle «el regocijo del público y los aplausos fueron en aumento». En otro lugar, el estudioso rememora otras «pintorescas» afirmaciones del escritor, que también serán

<sup>41</sup> FANTASIO: «La literatura en 1907»; *Diario Universal*, Madrid, 1-I-1908.

<sup>42</sup> GARCÍA MARTÍ, V. , *op. cit.*, págs. 269-270.

recogidas, como veremos más adelante, en la reseña periodística de la conferencia:

(...) en el mismo acto, hablando del modernismo dijo: «Esto del modernismo es una cosa subjetiva; es moderno para algunas gentes aquello de que acaban de enterarse. Así, por ejemplo, yo tenía un criado que un día entró en mi biblioteca y leyó en una Geografía que la tierra era redonda, y el hombre me dijo asombrado: “Qué cosas se inventan ahora, don Ramón; pues no dicen que la tierra es redonda...”»<sup>43</sup>.

También bastante pintoresco, a juzgar por testimonios de distinta procedencia, aunque desde luego menos divertido, debió de resultar el segundo acto público protagonizado por Valle en el Ateneo: me refiero a la lectura de *El Embrujado*, que tuvo lugar en febrero de 1913 y que, como es sabido, vino precedida por unas declaraciones en las que el escritor daba su versión acerca del frustrado estreno de la obra. En relación a este acto, muy poco puede decirse que no haya sido estudiado por la crítica<sup>44</sup>; en todo caso, tanto la narración del episodio por parte de García Martí como la que ofrece *El Mundo* demuestran que, en el seno del Ateneo, las opiniones estaban divididas; si el periódico pone el acento sobre «el triunfo del impecable prosista» y las «muestras de entusiasmo de sus admiradores»<sup>45</sup>, García Martí destaca las «protestas unánimes» del público y el hecho de que se armó un escándalo «que en el fondo complacía mucho a Valle-Inclán»<sup>46</sup>.

Dos años después, Valle dictará otra conferencia en el Ateneo que ha sido documentada en fechas recientes por Jesús Monge: me refiero a «El Quietismo estético», pronunciada en marzo de 1915<sup>47</sup>. Esta conferencia,

<sup>43</sup> GARCÍA MARTÍ, V. : «Los retratos del Ateneo. Valle-Inclán» (1952); en Esteban, J. : *Valle-Inclán visto por...*; Madrid, Las Ediciones del Espejo, 1973, pág. 265.

<sup>44</sup> RAMONEDA SALAS, A. : «Valle-Inclán: un estreno frustrado»; en *Ínsula*, Madrid (diciembre de 1982, págs. 1, 12 y 13 y enero de 1983, págs. 3 y 4) y DOUGHERTY (*op. cit.*, págs. 37-44).

<sup>45</sup> «La cuestión de *El embrujado*. Valle-Inclán y el Español»; *El Mundo*, Madrid, 27-II-1913; en Valle-Inclán J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 116.

<sup>46</sup> GARCÍA MARTÍ, *op. cit.*, pág. 271.

<sup>47</sup> MONGE LÓPEZ, J. M<sup>º</sup> : «Una conferencia y una lectura de Valle-Inclán en el Ateneo (1915)»; *El Pasajero, Revista de Estudios sobre Ramón del Valle-Inclán* (<http://www.elpasajero.com/>), primavera 2002.

como es obvio, debe ser puesta en relación con *La lámpara maravillosa*, publicada en febrero de 1916. Un mes antes de esta publicación, Valle dará en el Ateneo otras cinco conferencias cuya vinculación con la obra es ya explícita; así, en una breve reseña de *El Liberal* donde se comentan las cinco disertaciones, se indica:

Las conferencias del señor Valle-Inclán, que han de formar un libro, con el título *La lámpara maravillosa*, valdrán tanto y serán tan gustadas como sus mejores novelas<sup>48</sup>.

Como lo prueban estas seis conferencias, el escritor estaba, por estas fechas, completamente absorbido por las reflexiones estéticas y filosóficas de *La lámpara maravillosa*; no hay que olvidar, además, que algunos de los motivos nucleares de esta obra estaban ya en el telar desde unos años antes, según demostraron en sendos trabajos Eliane Lavaud-Fage y Jean Marie Lavaud<sup>49</sup>.

Sea como fuere, es probable que el éxito obtenido con la primera de estas disertaciones, la dictada en 1915, motivara el bloque de cinco conferencias pronunciadas un año más tarde. En efecto, según consta en dos testimonios distintos, aquella primera conferencia gustó muchísimo en el Ateneo; el autor de la reseña periodística, para quien «la conferencia leída seguramente no será sombra de la hablada, esta vez menos que nunca», destaca «cómo arrebató al público» Valle-Inclán, «haciendo estallar risa sin fin, al hablar de la destrucción de los monumentos callejeros de Madrid, y al hablar de las cosas de la técnica impresionista, de ese Arte de lo que pasa, no Arte *quieto*, Arte de lo que permanece y que se mantiene»<sup>50</sup>. El otro testimonio se debe a Alfonso Reyes, quien, en unas páginas que llevan el significativo epígrafe de «Valle-Inclán, teólogo», rememoraré con

---

<sup>48</sup> «Las conferencias de Valle-Inclán»: *El Liberal*, Madrid, 24-I-1916; en Valle-Inclán J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 162.

<sup>49</sup> LAVAUD-FAGE, E. : «Valle-Inclán y la Exposición de Bellas Artes de 1908»; *Papeles de Son Armadans*, Palma de Mallorca (mayo 1976), págs 115-128 y LAVAUD, J. M. : «Une collaboration de Valle-Inclán au journal *Nuevo Mundo* et l'exposition de 1912»; *Bulletin Hispanique*, LXXI (1969), págs. 300-307.

<sup>50</sup> E. Tormo: «El Quietismo estético»: *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, vol. 23, Madrid, 13 de marzo (en Monge López, J. M<sup>º</sup>, *art. cit.*).

admiración la conferencia del escritor. Aunque más adelante habré de retomar el artículo de Alfonso Reyes, reproduciré aquí una parte del mismo:

UNA CONFERENCIA TEOLÓGICA.— ¿Qué nos importa, en efecto, el pretexto estético a que el conferenciante se acoge? (...) ¿Qué nos importan sus fugaces definiciones del clasicismo, ni qué sentido pueden tener? No es eso lo importante (...). En rigor, lo que nos seduce es el teologismo nativo de su discurso. En esta nación de teólogos armados, el manco de Madrid cumple su sacerdocio renovando el prestigio de sus argumentaciones sobre el Paracleto. Y, por geometría, por matemática, con constante referencia al punto, la línea, el círculo y la esfera, emprende —*coram populo*, ante un auditorio de Ateneo—, la exposición del misterio del Espíritu Santo, la homilía de la Trinidad y la definición de los Pecados mortales<sup>51</sup>.

Pero además de estas seis conferencias basadas en *La lámpara maravillosa*, sabemos por Jesús Monge que Valle aprovechará su ensayo para una lectura pública sobre Santiago de Compostela; este acto formaba parte de un ciclo de lecturas organizado por la Sección de Literatura del Ateneo, que se desarrolló entre marzo y mayo de 1915<sup>52</sup>. Según consta en una crónica publicada en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, paralelamente a una serie de proyecciones organizada por la Sección de Artes plásticas del Ateneo de Madrid,

la Sección de Literatura del mismo Ateneo (...) organizó una serie de lecturas (...) en que literatos de gran renombre guiaron con el espíritu al público en visitas a las ciudades de España por algún concepto típicas<sup>53</sup>.

Participaron en este ciclo los siguientes escritores: en el mes de marzo, Pérez Galdós leyó un texto sobre Madrid; en abril, Ortega y Gasset, Martínez Sierra y Vegue y Goldoni dedicaron sendas lecturas a El Escorial, Granada y Toledo; en mayo las lecturas se multiplican: García Sanchiz leerá un texto sobre Valencia; Valle-Inclán dedicará el suyo, leído el 9 de mayo, a Santiago de Compostela; Marquina se centrará en Barcelona, Azorín en La Mancha, Blanca de los Ríos en Ávila, Manuel Azaña en Alcalá de Henares y

<sup>51</sup> REYES, A. : «Apuntes sobre Valle-Inclán»; en Esteban, J. : *Valle-Inclán visto por...*; Madrid, Las Ediciones del Espejo, 1973, págs. 81-82.

<sup>52</sup> MONGE LÓPEZ, J. M<sup>a</sup>, *art. cit.*

Santiago Rusiñol en los jardines de España. En palabras del cronista, cada lectura «ofreció una nota distinta», ya descriptiva, ya filosófica o ya poética, y los textos, «admirablemente leídos», fueron «obras de Arte»<sup>54</sup>.

Unos años después, en 1920, Valle dirigirá en los sótanos del Ateneo los ensayos de la *Farsa y licencia de la Reina Castiza*. Como ha explicado Aznar Soler, este ensayo, incluido en el proyecto del Teatro de la Escuela Nueva, inauguraba la apasionada relación de Cipriano Rivas Cherif con la farsa, relación que iba a verse reiteradamente abortada por la censura<sup>55</sup>. En 1930, Rivas Cherif iniciará con esta obra una serie de lecturas de «Teatro político» en el Ateneo; según la reseña del acto en *La Libertad*, la lectura fue interrumpida con frecuencia por los aplausos del auditorio, que al final ovacionó no sólo al lector, sino también a Valle-Inclán «al percibir su presencia en la tribuna alta»<sup>56</sup>. Finalmente, y para completar la nómina de los actos públicos valleinclanianos en el Ateneo, cabe recordar la conferencia de 1922 —ya comentada en estas páginas—, en la que Valle habló sobre México y España, así como su lectura de algunos poemas de *La pipa de kif*.

De este recital poético tenemos una espléndida evocación en las ya citadas *Memòries* de Josep Maria de Sagarra, quien recuerda también que Valle solía entrar en el Ateneo procedente del café Regina «seguit de dos o tres dels seus escolans més addictes» y que, antes incluso de pasar a la «cacharrería», proseguía su charla en los pasillos de la institución «amb una colla que se l'escoltaven bocabadats» o se entregaba a la polémica con «algun germanòfil que li sortís al pas». La lectura de *La pipa de kif*, que se desarrolló en la sala de actos del Ateneo, tuvo lugar a poco de escribirse el

---

<sup>53</sup> E. Tormo, «Varia. Guía espiritual de España»; *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, vol. 23, 1915, pág. 254.

<sup>54</sup> *Ibid.*, pág. 255.

<sup>55</sup> AZNAR SOLER, M.: *Valle-Inclán, Rivas Cherif y la renovación teatral española (1907-1936)*; Sant Cugat del Vallés, Cop d'Idees-Taller d'Investigacions Valleinclanianes, 1992, págs. 43-57.

<sup>56</sup> «Ateneo de Madrid. Lecturas políticas», *La Libertad*, 3-XII-1930, pág. 9; *apud* Aznar Soler, *op. cit.* en nota anterior, pág. 52, n 86.

poemario, y despertó reacciones encontradas en el público. Sagarra comenta con desprecio la actitud de algunos jóvenes oyentes «más o menos institucionistas que se les donaven de fins», quienes no supieron apreciar los versos valleinclinianos y cuyas burlas despertaron las iras de Pérez de Ayala, también presente en la lectura. Aunque es un poco largo, el precioso testimonio de Sagarra merece ser transcrito por extenso:

Don Ramón del Valle-Inclán, quan s'havia passat sis hores seient al cafè Regina, dissertant sobre els endimoniats de Sanlúcar o sobre els fills naturals de don Porfirio Díaz, se n'anava a l'Ateneo seguit de dos o tres dels seus escolans més addictes. De vegades don Ramón no entrava a la *cacharrería*; es situava en un dels seients de l'ample corredor i continuava el tema del cafè amb una colla que se l'escoltaven bocabadats. Però si venia carregat amb bala, i tenia necessitat de dir *follón*, *forajido* o *mal nacido* a algun germanòfil que li sortís al pas, penetrava en el lloc de la conversa més escalfada i de seguida li feien el rotllo. Don Ramón passava per un moment brillantíssim, estava treballant en els seus *esperpentos* i acabava d'escriure els poemes de la *Pipa de Kij*, que va llegir un vespre al saló d'actes, davant dels qui se'l prenien de bona fe, i davant d'uns joves més o menys institucionistes que se les donaven de fins i es miraven Valle-Inclán com si fos un pallaso. Jo crec que la gent més ase i més obtusa es troba entre els intel·lectuals planxats i suficients, que es pensen que el món ha començat amb llur insignificança i amb la piga que els ha sortit al nas. Recordo que jo vaig sentir la lectura de don Ramón al costat de Pérez de Ayala, i, davant les rialles i els escarafalls de certs joves, Pérez de Ayala, que no és que fos un incondicional de Valle-Inclán, es posà fet una fúria. Valle-Inclán era magnífic explicant butllofes amb el seu parlar papissot i sincopat, que en el moment oportú es produïa amb un gall que s'esquerdava líricament, o es deprimia en una veu lúgubre de caputxí que passa gana. Valle-Inclán, amb totes les corones ducals de paper mastegat que emergien del seu somni cafre, i amb les escombres més vils i més prostibulàries, que ell, com don Quixot, estimava com a escombres de bruixes omnipotents, ha estat una figura colossal, i si en els seus escrits hi ha molt d'or autèntic, a desgrat d'un llautó que no deixa de ser forjat amb murrieria i fins amb ànima, en la seva persona de carn i ossos i en la paperina al·lucinant de la seva imaginació va existir un dels espanyols més rics de matèria fàustica. Era naturalíssim que Valle-Inclán, Baroja i Unamuno mútuament no es poguessin veure; si els haguessin deixat, s'haurien menjat el fetge l'un a l'altre; i dic que era naturalíssim perquè tots tres portaven dins un fantasma excepcional i exclusivista que no estava per competències. El que no veia jo naturalíssim, sinó grotesc, era la posició melindrosa d'uns intel·lectuals universitaris que feien córrer sobre Valle-Inclán quatre tòpics de porteria i no veien la densitat d'aquell gran llop escardalenc perfumat de desolació i de paper d'Armènia<sup>57</sup>.

No cabe duda de que, sobre todo a partir de los años veinte, la figura de Valle-Inclán alcanzó una inequívoca significación política en el Ateneo; los

actos protagonizados por el escritor evidencian su radical enfrentamiento con la monarquía y la dictadura de Primo de Rivera, así como su posterior compromiso republicano. Junto a Unamuno, Valle fue, sin duda, la voz artística que más decididamente se manifestó en contra o a favor de los distintos gobiernos. Por otro lado, hemos visto que Valle-Inclán destacó en el Ateneo más como tertuliano que como orador. A pesar de que dio varias conferencias en la «docta casa», y a pesar de que todas ellas tuvieron una gran resonancia, sus charlas informales en la cacharrería se nos aparecen como su actividad natural. El sarcasmo, el sentido del humor y el idealismo eran, según hemos visto, los rasgos distintivos de sus conversaciones, que atraían tanto a personalidades del mundo de la cultura como al público juvenil. Como comprobaremos enseguida, esta preferencia por el diálogo frente al monólogo va a ser inseparable de la concepción valleinclaniana de la oratoria. Para cerrar este capítulo, quiero referirme a un texto de José Antonio Balbontín, quien, con fecha de 17 de abril de 1931, abre el período republicano del Ateneo con la lectura de algunos poemas de su *Romancero del pueblo*. No es casual que, entre estas composiciones, una tuviera como sujeto poético a Unamuno y otra a Valle-Inclán. Significativamente, esta última, titulada llanamente *Don Ramón del Valle-Inclán*, iba precedida de la siguiente dedicatoria: «Para los amigos de la “cacharrería” del Ateneo, donde ejerce su dictadura Don Ramón»<sup>58</sup>.

---

<sup>57</sup> SAGARRA, J. M<sup>a</sup>, *op. cit.*, págs. 317-318.

<sup>58</sup> BALBONTÍN, J. A. : *Antología poética (1910-1975)*; Edición y prólogo de José Manuel López de Abiada, Madrid, José Esteban editor, 1983, pág. 70.

## II

VALLE-INCLÁN ORADOR



## 1

## EL HABLA DE VALLE - INCLÁN

En *De oratore* Cicerón observa que, a pesar de haber muchos hombres dotados de un gran talento para las más variadas disciplinas, son muy pocos los que destacan en el arte de la elocuencia<sup>1</sup>. Y es que, como afirma más adelante, las cualidades que precisa el orador ideal son múltiples:

Però en l'orador es requereix l'agudesa dels dialèctics, els conceptes dels filòsofs, el llenguatge gairebé dels poetes, la memòria dels juriconsults, la veu dels tràgics, els gestos si fa no fa dels actors cabdals. Per això entre els homes res no es pot trobar més rarament que un orador perfecte<sup>2</sup>.

La elocuencia, además, es connatural a ciertas personas —«natura i geni, indica Cicerón, aporten la més gran virtut al ben dir»<sup>3</sup>—, de modo que, por más que uno se ejercite en las habilidades retóricas, nunca podrá competir con el orador que es elocuente *per se*. En este sentido, parece innegable que Valle poseía de antemano todas las condiciones para ser un gran orador. Si damos crédito a los testimonios de sus coetáneos, podemos afirmar que el escritor, reconocido incluso entre sus detractores como un espléndido estilista, destacaba más si cabe en las actividades propias de la lengua oral. Así, por ejemplo, Mauricio Bacarisse evocará la lectura por parte de Valle de algunos fragmentos de *La lámpara maravillosa*, y afirmará que la expresiva pronunciación del escritor promovía una comprensión intuitiva del léxico mágico de la obra, en principio desconocido para el oyente:

---

<sup>1</sup> CICERÓN, M. T. : *De oratore* (libros I, II y III); edición crítica y traducción de Salvador Galmés, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1929 (I, II, pág. 8).

<sup>2</sup> *Ibid.* (I, XXVIII, pág. 37).

<sup>3</sup> *Ibid.* (I, XXV, pág. 33).

Leyó varios trozos de lo que fue después *La lámpara maravillosa*. El sentido de los vocablos adquiriría entonces una nueva eficacia en su pronunciación, y la música oral alcanzaba ese límite semántico que los términos adquieren cuando van aleados al calor de la pasión y de la vida de una voz, aunque sean ininteligibles y desconocidos<sup>4</sup>.

También Rivas Cherif aludirá a las lecturas en voz alta del escritor, abundando en la idea de que «quien no haya oído leer a Valle-Inclán sus propias obras no es fácil que entienda la significación que don Ramón atribuye a las palabras, consideradas en sus elementos sonoros»<sup>5</sup>. Pese a no tener —como él mismo admitía— una sensibilidad especial para la música, es indudable que Valle poseía un fino oído para los valores musicales del idioma y una gran habilidad para la lectura en voz alta. Además, esta aptitud se manifestaba en todas sus vertientes, de forma que el escritor impresionaba tanto al leer la prosa musical de *La lámpara maravillosa* como al declamar los broncos diálogos de *Divinas palabras* o al recitar los funambulescos versos de *La pipa de kif*<sup>6</sup>.

Pero si el escritor era capaz de encandilar a su auditorio con sus lecturas, donde sobresalía de una forma absoluta era en la conversación. Los múltiples testimonios al respecto permiten afirmar que Valle no era tan sólo un gran amante de las tertulias, sino que hablaba con tal gracia e ingenio que convertía su charla en un auténtico espectáculo artístico. Significativamente, a la muerte del escritor varios intelectuales y artistas recordarán el poder seductor de su palabra oral. Alfonso Reyes evocará la afición de Valle-Inclán por las tertulias y algunos de los rasgos definitorios de su conversación:

---

<sup>4</sup> BACARISSE, M. : «Dedicatoria a don Ramón del Valle-Inclán del libro de versos *Mitos*»; en Esteban, J.: *Valle-Inclán visto por...*; Madrid, Las Ediciones del Espejo, 1973, pág. 114.

<sup>5</sup> RIVAS CHERIF, C. : «Más cosas de don Ramón»; en Esteban, J., *op. cit.* en nota anterior, pág. 71.

<sup>6</sup> Sobre la lectura de *Divinas palabras*, véase «Don Ramón del Valle-Inclán lee su tragicomedia *Divinas palabras*», *El Sol*, Madrid, 25-III-1933 (en Valle-Inclán J. y Valle-Inclán, J. (eds.): *Entrevistas, conferencias y cartas. Ramón María del Valle-Inclán*; Valencia, Pre-Textos, 1994, págs. 559-563). Sobre la lectura de *La pipa de kif*, puede verse Sagarra, J. M<sup>a</sup> de: *Memòries II*; Barcelona, Edicions 62 (MOLC, 59), 1981, págs. 317-318, así como la reseña de una conferencia de Valle-Inclán, que fue pronunciada en la Residencia de Estudiantes en 1918 y que finalizó con el recitado de dos composiciones de dicho poemario. La reseña se reproduce sin título ni fecha precisos en *Poesía*, Madrid (diciembre 1983), págs. 60-61.

Yo no sé a qué hora ni dónde cenaba, pero él ya no regresaba a casa, y seguía de tertulia continua toda la noche (...). La conversación lo estimula, lo pone en acción intelectual. El amanecer le sorprende impávido —como a Sócrates en *El Banquete*— entregado con serenidad a los deleites de la charla. Es su creación artística genuina (...). Este hombre platónico sabe siempre de antemano lo que va a decir y escribir. Procede por arquetipos, por grandes ideas previas; y deja rodar las consecuencias hacia los hechos particulares, con esa seguridad y confianza del que ha dominado por completo las disciplinas técnicas<sup>7</sup>.

Asimismo, Juan de la Encina afirmará que Valle —«inventando lo que ignoraba y exponiendo lo que ignoraba y lo que sabía con una brillantez arrebatadora»— convertía sus espontáneas disertaciones «en uno de los grandes espectáculos espirituales de que ha podido gozarse en España en los últimos treinta años»<sup>8</sup>. Unamuno dirá sin ambages, refiriéndose a Valle-Inclán: «Mas ahora aquí quiero hablar de su habla. Habla es la mejor expresión para la obra poética —artística— de quien fue más que escritor, más que orador, un conversador y un recitador admirable»<sup>9</sup>. Maeztu, con su manifiesta antipatía por Valle, aludirá implícitamente a esa capacidad de improvisación del escritor evocada por Juan de la Encina, que le permitía abordar cualquier tema que se pusiera sobre el tapete: «Había nacido para decir la última palabra, la más arbitraria de todas las palabras, sobre todos los temas del cielo y de la tierra»<sup>10</sup>. También Mateo Hernández afirmará que Valle-Inclán, con su «dialéctica sagaz» y «viva imaginación», deslumbraba a sus contertulios hablando de «cualquier tema del que no tenía él mismo la menor concreta idea»:

Quando hablé, días atrás, del café Nuevo Levante de la calle Arenal, cité, como figura conspicua de aquella tertulia magnífica y un tanto desorbitada, a don Ramón del Valle-Inclán. Todos le queríamos y respetábamos, no como Pancio ni Mentor, porque el régimen nuestro era completamente anárquico, sino completamente seguros de que nos esperaba un buen rato escuchando su dialéctica sagaz que su viva imaginación llenaba de fantasías inconcebibles, porque ponía en claro,

<sup>7</sup> REYES, A. : «Apuntes sobre Valle-Inclán»; en Esteban, J. , *op. cit.*, pág. 87.

<sup>8</sup> ENCINA, J. DE LA: «Retratos de Valle-Inclán»; *ibid.*, págs. 171-172.

<sup>9</sup> UNAMUNO, M. DE : «El habla de Valle-Inclán» (1936); *ibid.*, pág. 228.

<sup>10</sup> MAEZTU, R. DE: «Valle-Inclán» (1936); *ibid.*, pág. 157.

como la luz del día, cualquier tema del que no tenía él mismo la menor idea. Podía tratarse de automóviles, de la Osa Mayor, del Gran Tamerlán, él exponía con pelos y señales la más pintoresca teoría explicativa del asunto. La substancia de sus esperpentos, la esencia del *Ruedo Ibérico*, la truculencia feroz de sus *Comedias Bárbaras* estaban quintaesenciadas en aquellas charlas memorables<sup>11</sup>.

En cualquier caso, otro gran amigo del escritor, Ricardo Baroja, recordará también que, con frecuencia, la conversación valleinclaniana se distinguía por su brillantez y profundidad:

Ahora Valle-Inclán está muerto; pero a todos los que hemos convivido con él tantos años nos quedará en la memoria para toda la vida el recuerdo de su espiritual silueta, y sobre todo, el recuerdo de su conversación. Palpitante de sal ática, relampagueante de ideas luminosas, sorprendente por lo inesperado, a veces arbitraria, loca, absurda; pero muchas veces, muchísimas, cuando algún grave problema era tema de conversación, las palabras de Valle adquirían la profunda significación de la sentencia en la boca del filósofo<sup>12</sup>.

Lo cierto es que quienes escucharon en vida la palabra de Valle-Inclán lamentarán, a su muerte, que el escritor no hubiera tenido a su lado, como lo tuvo Goethe, un fiel secretario encargado de hacer perdurar por escrito aquella charla seductora. Esta idea se repetirá en varias ocasiones, hasta el punto de que sospechamos que llegó a constituirse en un tópico entre los amigos de Valle. Así, Rivas Cherif —refiriéndose al «criterio satírico» que había determinado el tono y el estilo de *Farsa y licencia de la Reina Castiza*, *Luces de bohemia* y *Los cuernos de Don Friolera*— afirmará, igual que lo hiciera Mateo Hernández, que los antecedentes de esa sátira hay que buscarlos no sólo en otras obras del escritor, sino, sobre todo, en su «producción de literatura oral, dispersa en conferencias improvisadas y en conversaciones cuyo interés requeriría la abnegación de un Eckerman que transcribiera al día como el fiel secretario de Goethe sus imponderables sugerencias circunstanciales y fugaces»<sup>13</sup>. Por su parte, Alfonso Reyes recordará que

<sup>11</sup> HERNÁNDEZ BARROSO, M: *El oso y el madroño*; México, Imprenta Azteca, 1954, *apud* Alern, C. : «Valle-Inclán a través de Mateo Hernández Barroso», *El Pasajero, Revista de Estudios sobre Ramón del Valle-Inclán* (<http://www.elpasajero.com/>), otoño 2001.

<sup>12</sup> BAROJA, R. : «Valle-Inclán en el Tenorio» (1936); en Esteban, J. , *op. cit.*, pág. 191.

Araquistáin «advertía que don Ramón debiera tener un Eckerman dedicado a recoger sus conversaciones» y añadirá: «¡Cuántas lecciones de estética perdidas! ¡No hay otro como él en España!»<sup>14</sup>. Y a esas mismas lecciones de estética aludirá Juan de la Encina, repitiendo la referencia a Eckerman e insinuando la supremacía de la palabra oral de Valle-Inclán sobre la escrita:

Como los españoles somos así de manirroto y tan poco dados a prolongar nuestra vida y la del prójimo por medio de recuerdos, de las grandes peroraciones de Valle-Inclán nadie se ha cuidado, y nadie, que sepamos, las ha recogido. Este gran escritor, quizá hombre más extraordinario y genial por su palabra hablada que por sus escritos, con tener éstos el regusto de la inmortalidad, necesitó, para completarse, su Boswell o su Eckerman (...). Ramón del Valle-Inclán no aparecerá probablemente ante la posteridad con aquel relieve de originalidad inaudita con que él se mostraba en las tertulias de los cafés madrileños, que fueron durante casi cuarenta años su academia<sup>15</sup>.

Hasta el momento han ido surgiendo algunas notas características de la conversación valleinclaniana. Yo destacaría, en primer lugar, su brillantez, esa capacidad de seducir a un auditorio formado por intelectuales y artistas. Relacionado con este primer aspecto, habría que señalar también la habilidad de Valle para improvisar una serie de ideas, siempre sugerentes y originales, sobre cualquier asunto. En tercer lugar, me parece necesario subrayar ese doble registro que, según evocaba Ricardo Baroja, permitía a Valle-Inclán oscilar entre lo absurdo y arbitrario y lo serio y filosófico. Tampoco podemos olvidar un rasgo muy valleinclaniano, que ya fue insinuado en el capítulo anterior y que también se ha apuntado en estas páginas: me refiero al humor, resuelto a menudo en clave satírica, que salpicaba tanto sus conversaciones como su obra literaria. Finalmente habría que mencionar un hecho esencial, al que aludía de forma oblicua Alfonso Reyes cuando afirmaba que Valle podía, como Sócrates en *El Banquete*, permanecer conversando hasta el amanecer, tal era el estímulo que

---

<sup>13</sup> C. Rivas Cherif, «Apuntes españoles. Don Ramón del Valle-Inclán», *Cervantes*, La Habana, junio de 1927, *apud* Aguilera Sastre, J. : *Cipriano de Rivas Cherif: una interpretación contemporánea de Valle-Inclán*, Sant Cugat, Cop d'Idees-TIV, 1997, pág. 121.

<sup>14</sup> REYES, A., *art. cit.*, pág. 86.

<sup>15</sup> ENCINA, J. DE LA, *art. cit.*, págs. 171-172.

hallaba en la conversación. En este sentido, Fernández Almagro comparará a Valle con Unamuno, incidiendo en la idea de que, así como este último convertía sus lecciones espontáneas en auténticos monólogos, Valle-Inclán tenía preferencia por un diálogo en el que fueran posibles las objeciones y las réplicas:

Con ser sus libros [los de Unamuno] tantos y tan valiosos, no bastarían a explicar por sí solos la influencia extraordinaria que su autor ejerciera tantas veces de viva voz, no precisamente en la cátedra; huelga aludir, por obvias, a sus lecciones profesionales. Aludimos, sí, a sus enseñanzas dondequiera hallase un oyente más que un interlocutor. Todo se lo decía él, no siendo éste el caso de Valle-Inclán, que, hablador de suyo, concedía alguna intervención a sus contertulios y aun le gustaba que objetasen o contradijeran, por la ocasión así brindada a réplicas y desviaciones del tema<sup>16</sup>.

Esta afición por el diálogo frente al monólogo, esta preferencia por el interlocutor activo frente al oyente inerte, va a condicionar la concepción valleincliniana de la oratoria. No hay que olvidar que Valle se ejercitó tan sólo en el género epidíctico y, sobre todo, en la lección magistral ante un auditorio cuyo margen de intervención era muy restringido. Ya Aristóteles había señalado en su *Retórica* que el oyente del discurso epidíctico se limitaba a actuar como un espectador, mientras que los oyentes de los discursos judicial y deliberativo —el juez y el político— tenían un papel mucho más activo, puesto que sus conclusiones podían llegar a modificar una situación dada<sup>17</sup>. En este sentido, no es difícil suponer que Valle-Inclán se habría apasionado con el discurso deliberativo, donde hubiera podido dar rienda suelta a su talante combativo y polemista. En cambio, el discurso epidíctico poseía ciertas características que no podían satisfacerle plenamente, sobre todo si lo comparamos con la tertulia: frente al carácter espontáneo y abierto de ésta, la conferencia era un acto organizado, institucional; el auditorio, en contraste con los intelectuales y artistas que solían acompañar al escritor, estaba formado por un público heterogéneo,

<sup>16</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Taurus, 1966, pág. 105.

<sup>17</sup> ARISTÓTELES: *Retórica*, introducción, traducción y notas por Quintín Racionero, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 142, Editorial Gredos, 1990 (Libro I, págs. 193-194).

cuyas motivaciones para presenciar el discurso podían ser totalmente espurias y cuyas posibilidades de participación eran, como se ha dicho, mínimas.

Sin embargo, el escritor dio conferencias a lo largo de toda su vida. Desde luego, las motivaciones económicas explican en gran parte esa continuada actividad como conferenciante. Exceptuando los dos primeros discursos públicos de que tenemos constancia documental —el pronunciado en Pontevedra en 1892 y el del Ateneo de Madrid en 1907—, es muy posible que Valle recurriera a las conferencias como un medio de aumentar sus exiguos ingresos. En el caso de aquellos dos primeros discursos, parece claro que el escritor perseguía su proyección pública, darse a conocer en los círculos literarios de Pontevedra y de Madrid; en el Ateneo, además, Valle-Inclán era todavía un escritor de provincias que, a pesar de haber evidenciado con sus novelas un talento fuera de lo común, tenía que demostrarle a un auditorio altamente cualificado su categoría intelectual. Probablemente, el escritor no cobró nada por estas primeras conferencias, a diferencia de lo que debió de ocurrir con casi todas las posteriores.

Confirma esta hipótesis el hecho de que, a su llegada a Buenos Aires, Valle se negara en un principio a dar conferencias. Francisco Madrid afirma que «cuando el Conservatorio Labardén instó a don Ramón para que diese unas conferencias públicas, Valle-Inclán dijo que no. Después, reflexionando sobre su conveniencia, aceptó la propuesta»<sup>18</sup>. En efecto, en un primer momento el escritor había confiado en ganar lo suficiente mediante su colaboración y la de su mujer, la actriz Josefina Blanco, con la compañía de García Ortega; así, había declarado al *Diario Español* de Buenos Aires que «no iba con gesto mercantilista, que no daría conferencias de pago... Yo no haré nunca de mi literatura lucro indebido o espectáculo populacho (*sic*)»<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> MADRID, F. : *La vida altiva de Valle-Inclán*; Buenos Aires, Poseidón, 1943.

<sup>19</sup> «De nuestra redacción en Madrid. Charla de arte. Viaje de Valle-Inclán», *El Diario Español*, Buenos Aires, 12-IV-1910, *apud* Garlitz, V. M. : «Valle-Inclán y la gira americana de 1910», en Santos Zas, M., Iglesias Feijoo, L., Serrano Alonso, J. y De Juan Bolufer, A. (eds.) : *Valle-Inclán*

Pero, tras romper con la compañía de García Ortega, Valle tuvo que rendirse a la evidencia y aceptar esa fuente de ingresos.

Al parecer, las ganancias obtenidas con estas conferencias motivaron un enfrentamiento con los españoles residentes en Buenos Aires. En una carta a Azorín desde la capital argentina, Valle explicará que «la colonia española se ha revuelto contra mí como una bestia brava»; según el escritor, estos ataques no se habían producido tan sólo por haber defendido en sus intervenciones unos criterios estéticos renovadores y a unos artistas todavía no consagrados, sino también porque «no los quise por intermediarios en el negocio de las conferencias, ni darles un tanto por ciento como pretendían»<sup>20</sup>. Por otra parte, en las páginas de la *Farsa infantil de la cabeza del dragón*, Valle aludirá en un tono burlesco no exento de amargura a los artistas que, dada su precaria situación económica, se ven obligados a traicionar su vocación con el fin de conseguir algunos ingresos; así, dice el Bufón al príncipe Verdemar:

Un poeta acaba un soneto lleno de amorosas quejas, la mayor locura sutil y lacrimosa, y tiene a la mujer en la cama con la pierna quebrada de un palo. Aparenta una demencia en sus versos y sabe ser en la vida más cuerdo que un escribano. ¿Ves ahora la semejanza? Pues aún hay otra. Cuando la música de los versos y la música de los cascabeles no bastan aquí para llenar la bolsa, bufones y poetas nos embarcamos para dar conferencias en las Indias (pág. 165).

En cualquier caso, a partir de su estancia en América el escritor seguirá dando «conferencias de pago». Así, en enero de 1916, *El Parlamentario* notifica que Valle está ofreciendo, en el Ateneo de Madrid, un ciclo de disertaciones sobre *La lámpara maravillosa* sufragado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes<sup>21</sup>. En junio de ese mismo año, con motivo de la exposición madrileña dedicada a Anglada Camarasa, varios intelectuales y artistas, entre los que se contaba Valle-Inclán, fueron

---

(1898-1998): *Escenarios*; Actas del Seminario Internacional de la Universidad de Santiago de Compostela (noviembre-diciembre 1998), 2000, pág. 98.

<sup>20</sup> *Apud* Hormigón, J. A. (ed.): *Valle-Inclán: Cronología. Escritos dispersos. Epistolario*; Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987, págs. 502-503.



invitados a dar un ciclo de conferencias sobre el pintor. La obra de Anglada, original y renovadora, hubo de suscitar reacciones críticas muy diversas, entre las cuales destacó, por lo negativa, la firmada por un tal Cereceda, quien, en otro artículo, tildó de «sectarios» a los conferenciantes y denunció que cada uno había cobrado trescientas pesetas por su conferencia, lo que constituía, en su opinión, un auténtico derroche<sup>22</sup>. Finalmente, también resultan indicativas estas palabras del diario de Azaña, fechadas en agosto de 1932:

Valle está muy apurado por la suspensión de pagos de la C.I.A.P. (Compañía Ibero Americana de Publicaciones), que le pagaba tres mil pesetas mensuales. Ha pensado irse a América, y ya tiene pasaporte y pasaje. En el Consejo de esta tarde, he dado cuenta del caso, y he opinado que no podía consentirse que Valle se fuese a mendigar por América, con el decoroso pretexto de dar conferencias. Todos han asentido<sup>23</sup>.

Las gestiones de Azaña al respecto culminaron con la creación de un cargo de carácter honorífico, dotado con veinticinco mil pesetas de gratificación, mediante el cual Valle pasaba a ser nombrado Conservador General del Patrimonio Artístico. Como es sabido, el escritor asumió con absoluta seriedad sus responsabilidades, lo cual chocó de frente con las intenciones gubernamentales. Aunque no viene al caso exponer aquí los pormenores de este doloroso episodio, sí conviene concluir que, como indicaba Azaña, Valle encontró en las conferencias un medio «decoroso» de equilibrar su maltrecha economía.

En mi opinión, sin embargo, las motivaciones económicas no explican por sí solas la continuada actividad de Valle como conferenciante. Baste recordar, al respecto, su rechazo del periodismo, una tarea igualmente digna para la que tampoco le faltaba talento y que también le hubiera permitido aumentar sus ingresos. Pero, desde luego, la oratoria, en los

---

<sup>21</sup> «Valle-Inclán en el Ateneo», *El Parlamentario*, 21-I-1916, pág. 1.

<sup>22</sup> Lo recogen Fontbona y Miralles: *Anglada-Camarasa*, Barcelona, Ediciones Polígrafa, 1981, pág. 154.

<sup>23</sup> *Apud* Hormigón, J. A. (ed.), *op. cit.*, pág. 582.

contextos en que la cultivaba el escritor, cumplía con unos requisitos inexistentes en la redacción de un diario. Para empezar, Valle no estaba constreñido por un sueldo y un horario fijo; las propuestas para dictar conferencias, provenientes de distintas instituciones, eran puntuales y él decidía aceptar o no las condiciones del contrato. En cuanto al contenido de las disertaciones, sólo hay que leer las reseñas para comprobar que Valle tenía un grado de libertad muy amplio: la mayoría de las veces el propio escritor elegía el tema que iba a desarrollar y, en el caso de que tuviera que ceñirse a un asunto prefijado —por ejemplo, hablar de la obra de un determinado artista—, es evidente que se conseguía su participación porque el tema le resultaba atractivo. También puede aducirse que en muchas ocasiones las conferencias implicaban un desplazamiento geográfico —ya fuera al extranjero o a distintas provincias españolas—, lo cual suponía un aliciente para alguien tan viajero como Valle; no olvidemos, además, que estos viajes se complementaban con visitas a lugares de interés patrimonial o paisajístico y con banquetes y homenajes en los que el escritor era objeto de muestras de afecto y reconocimiento. Todos estos factores debieron de contribuir, sin duda, a que Valle practicara la oratoria de forma intermitente, pero constante, a lo largo de tantos años.

Pero hasta ahora me he limitado a señalar posibles motivaciones externas, análogas a la motivación principal, la económica. Sin embargo, creo que, en último término, Valle aceptó dar conferencias porque era una tarea que no le disgustaba y para la que le sobraban aptitudes. Como he apuntado más arriba, tal vez hubiéramos reconocido a un orador vocacional en ese diputado que no pudo llegar a ser, y que sin duda habría puesto en práctica «la fuerza dialéctica de su oratoria». En este sentido sus conferencias se revelan, a pesar de su indudable atractivo, como muestras vicarias, imperfectas, de las extraordinarias cualidades del escritor para la oratoria. Pero precisamente por esa capacidad innata para seducir por medio de la palabra, Valle podía utilizar la conferencia como un puente entre sus actividades privadas como escritor o como tertuliano y su figura

pública. En sus discursos, a diferencia de lo que ocurría con otras manifestaciones públicas como el artículo de periódico o la entrevista, el escritor podía expresarse a placer y con un amplio margen de libertad acerca de las convicciones estéticas e ideológicas que sustentaban su obra literaria y su pensamiento político. Este margen de libertad, junto con la respuesta satisfactoria del público, probablemente reconciliaron al escritor con la idea de obtener unos ingresos suplementarios mediante las conferencias. Sin embargo, para que esta tarea se adecuara a su talante, Valle tuvo que romper con algunas convenciones retóricas y recurrir, como veremos, a un método oratorio muy personal.

## 2

## IDEA VALLEINCLANIANA DE LA ORATORIA

Como ocurre con otros aspectos de su estética, las ideas de Valle-Inclán sobre la oratoria no se ofrecen de forma sistemática, sino que hay que rastrearlas en su obra literaria o reconstruirlas a partir de observaciones desperdigadas en varias entrevistas y conferencias. Aunque este tipo de declaraciones no abundan ni son muy explícitas, vamos a poder complementarlas con otras referidas al teatro; y es que, como afirma Aristóteles, «la representación oratoria tiene, cuando se aplica, los mismos efectos que la representación teatral»<sup>1</sup>. Sin duda, Valle hubiera suscrito esta idea, incluso podría pensarse que su concepto de la oratoria procedía de su concepto dramático o, más exactamente, de esa visión del mundo que Pérez de Ayala llamó *sub specie theatri*. Lo cierto es que varias premisas de Valle-Inclán relativas al teatro van a coincidir con las que expresará acerca de la oratoria. Estas coincidencias se concretarán en una cuádruple dirección: por un lado, en la concepción de la oratoria como una actividad artística relacionada con la literatura; en segundo lugar, en la constatación de que la oratoria es un arte espectacular y, como tal, vinculado de forma indisoluble a un público; en tercer lugar, en la convicción de que la experiencia estética de ese público no depende de estímulos intelectuales, sino emocionales; y, por último, en los procedimientos artísticos que consiguen provocar esa experiencia estética.

Por otra parte, las ideas defendidas por Valle no siempre serán originales, sino que a menudo se revelarán deudoras de la tradición retórica, en particular de las especulaciones de la Antigüedad clásica y de la oratoria religiosa; en este sentido, el escritor mostrará una vez más ese eclecticismo

---

<sup>1</sup> ARISTÓTELES: *Retórica*; introducción, traducción y notas por Quintín Racionero, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 142, Editorial Gredos, 1990, pág. 483.

tan característico de su estética, que le permitirá aunar planteamientos que en sus formulaciones originarias resultaban no sólo distantes entre sí, sino abiertamente antagónicos. En todo caso creo que, en lo que concierne al mundo clásico, sólo la influencia de Platón opera de forma consciente en la concepción valleinclaniana de la oratoria; las restantes analogías respecto a la Antigüedad, aunque deban ser puestas de relieve, probablemente respondan más a ese juego entre continuidad y ruptura que se produce en toda disciplina humanística que a una filiación voluntaria. Asimismo, hay que decir que la idea de la oratoria del escritor irá evolucionando con los años, hasta llegar a formulaciones que implicarán una profunda revisión de los planteamientos iniciales.

Las primeras declaraciones de Valle-Inclán acerca de la oratoria tuvieron lugar, según los datos a mi alcance, en su conferencia de 1907 en el Ateneo de Madrid. Como indiqué en otro capítulo, este discurso se integraba en un ciclo de «Sesiones de Autocrítica» auspiciado por Pardo Bazán, cuyo objetivo era dar a conocer a escritores todavía no consagrados. En este aspecto Valle no defraudará a su auditorio y abordará una gran variedad de temas relacionados con su persona y su creación literaria. Aunque no es el momento de detallar el contenido de la conferencia, sí quiero señalar que el tema central será el estilo literario: el escritor propugnará la necesidad de transmitir no una idea —«hija del ambiente»— sino las sensaciones, patrimonio exclusivo del poeta. Para ello, no será tan importante el plano paradigmático del discurso —la selección de palabras— como el plano sintagmático, que atiende a la combinación armónica e inusual de esas palabras. A partir de estos planteamientos se comprenden las declaraciones de Valle sobre la oratoria, que significativamente encabezarán la conferencia; lo que en principio parece una socorrida fórmula de *captatio benevolentiae* se revela como una presentación del tema central del discurso:

Yo no soy orador. El orador no vacila, el orador encuentra siempre la forma de expresión, y yo vacilo porque sé que todo tiene cien matices diversos y puede expresarse de cien maneras distintas<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> «La conferencia de Valle-Inclán» (titulada «Viva la bagatela»): *El Liberal*, Madrid, 3-V-1907; *apud* Valle-Inclán J. y Valle-Inclán J. (eds.): *Entrevistas, conferencias y cartas. Ramón María del Valle-Inclán*, Valencia, Pre-Textos, 1994, pág. 17.

El concepto de «matiz» reaparecerá en declaraciones posteriores, aunque con un significado más complejo. Por lo pronto comprobamos que aparece asociado a una obsesión propia de la época y, en particular, del escritor novel: la consecución de un estilo literario singular. A la altura de 1907, las escuetas declaraciones de Valle sobre el orador se revelan subsidiarias de unas preocupaciones estilísticas que, de momento, se ciñen al hecho literario y no atienden de forma específica al discurso oral.

En 1915 Valle definirá con mayor precisión en una entrevista su idea de la oratoria, mediante unas declaraciones que no pueden desvincularse de *La lámpara maravillosa*, una obra que por entonces absorbía toda su atención<sup>3</sup>. Como es sabido, en estos *Ejercicios espirituales* el escritor sintetizará su estética del momento, en la que también tendrán cabida ideas antiguas convenientemente remozadas o reelaboradas. Desde luego, uno de los puntos nucleares de la obra será la reflexión sobre el estilo, desarrollada en el capítulo titulado «El milagro musical». En este capítulo se parte de la máxima siguiente: para que el poeta pueda comunicar su íntima esencia, aquello que está fatalmente hermético en su interior y que lo diferencia de todos los hombres del pasado y del porvenir, debe conceder a las palabras un valor emotivo *sui generis*, no contradictorio respecto al significado común pero sí superpuesto a él. Sólo así las palabras, que son una creación de multitudes apta para los afanes cotidianos, podrán recoger las alusiones eternas y serán capaces de despertar una emoción estética. Ese valor emotivo es lo que el escritor denomina el «milagro musical» y, para ilustrar el concepto, recurrirá a la figura de San Bernardo:

San Bernardo, predicando en la vieja lengua de oíl, por tierras extrañas donde no podía ser entendido, levantó un ejército para la Cruzada de Jerusalén. Ciertamente que ninguno alcanzaba sus divinas razones, pero era tan viva la llama de aquella fe, que cegaba los caminos cronológicos del pensamiento y llegaba a las conciencias intuitivamente, contemplativamente, porque las palabras depuradas de toda ideología eran claras y divinas músicas. La unción con que hablaba ponía en las almas aquel religioso latido de la piedad caballeresca que convertía las florestas en lanzas. Fue

<sup>3</sup> Juan López Nuñez: «Valle-Inclán», *Por Esos Mundos*, Madrid, 1-I-1915; en Dougherty, D.: *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos, 1983, págs. 62-64.

obrado este ardiente milagro por la gracia musical de las palabras, no por el sentido, que acaso entendidas cabalmente hubieran sido menos eficaces para mover los corazones (...). La devoción trágica, la divina angustia, el amoroso desconsuelo, eran la sustancia de todas las palabras, y en cada palabra resumen de la unidad emotiva. Cuanto pudiera alcanzarse por la comprensión clara y sucesiva de las cláusulas, se contenía en la virtud del tono (págs. 35-36).

En este párrafo pueden rastrearse las ideas sobre el estilo apuntadas en la conferencia de 1907, aunque ahora se presentan, lógicamente, mucho más elaboradas y se completan con una amplia reflexión acerca del idioma, desarrollada a lo largo del capítulo. En cualquier caso, el concepto de «matiz» se ve sustituido por «la virtud del tono», esa fuerza expresiva del lenguaje que no depende de los significados racionales de las palabras, sino de la pasión latente en el enunciado lingüístico. El poeta deberá realizar un esfuerzo hercúleo: intentar trasplantar esta propiedad del lenguaje oral al estilo literario. El procedimiento será el mismo que se proponía en la conferencia del Ateneo: combinar adecuadamente las palabras para que éstas adquieran un valor musical, emotivo.

Estas ideas serán retomadas en la entrevista aludida, donde Valle realizará una afirmación aparentemente atrabiliaria: «Sí, yo soy un equivocado. Yo quisiera ser orador». Momentos antes, había indicado que estaba preparando «un libro de estética quietista, titulado *La lámpara maravillosa*» y sin duda tenía en mente las páginas de «El milagro musical» cuando afirmaba ante el periodista que su verdadera vocación era ser orador. De hecho, retomará el ejemplo de San Bernardo, junto con el de Hernán Cortés, para explicar su idea de la oratoria:

—Sí, yo soy un equivocado. Yo quisiera ser orador. ¡La oratoria! ¡Cuánto se la calumnia y envilece! Su primera condición es la generosidad. Y la suprema belleza está en el desinterés. Hay falsificadores que la degradan con su baja ambición de personal medro; pero el orador ideal ¿no es aquel que habla siempre artística y bellamente para distraer a sus oyentes e interlocutores?

—Fíjese usted bien en que el orador, el verdadero orador, convence por el gesto, el ademán, el tono: acuérdesse de San Bernardo predicando la Cruzada en Alemania, desconociendo el idioma y conmoviendo, sin embargo, a las muchedumbres crédulas y persuadidas (...).

—¡La elocuencia! —prosigue Valle-Inclán—. Como la ideal belleza que representa y encarna, es como la Eucaristía, que no necesita de nada externo. Todo es espíritu, bendito y generoso desprendimiento...

—Acude a mi memoria el recuerdo de Hernán Cortés —añade—. Este célebre conquistador fue un orador maravilloso. Descalificado como lo estaba por sus vicios y pasiones, siempre logra captarse las simpatías de todos cuantos hablan con él, hasta el punto de que Bernal Díaz del Castillo dice que en cierta ocasión, habiendo ido a visitarle unos cuantos capitanes, predispuestos en contra suya (*sic*), él logró atraérselos, a sabiendas todos ellos de que Hernán Cortés les engañaba. Tal era el poder de su palabra...<sup>4</sup>

Por el momento me interesa retener tan sólo algunas ideas. Según estas declaraciones el escritor rechaza la oratoria regida por el interés, por las ambiciones personales del orador. A su juicio, el orador ha de actuar movido por la generosidad y el desprendimiento. En su alusión a los «falsificadores» que degradan la oratoria podemos hallar, sin duda, un eco de la dura crítica dirigida por Platón hacia la retórica en general y, más concretamente, hacia los oradores sofistas. Como es sabido, el filósofo ateniense reflejará su opinión fundamentalmente en dos diálogos, el *Gorgias* y el *Fedro*. En el primero, titulado *Gorgias* en alusión a un célebre orador sofista, Platón sitúa la retórica en el ámbito de las «industrias del placer», antagónicas del bien y la verdad, y advierte contra la demagogia de los oradores. Así, por un lado indica que la retórica se opone a la justicia como la sofística a la legislación, la cocina a la medicina y la cosmética a la gimnasia; en otras palabras, la retórica y la sofística falsifican las ideas de lo justo y de lo injusto de igual modo que la cocina y los afeites aparentan el cuidado del cuerpo. Por otro lado, Platón afirma que la retórica no es un arte, sino una mera habilidad con la que se intenta persuadir al auditorio mediante la adulación y a costa de la verdad. En su diálogo con varios personajes, defensores todos ellos de la superioridad de la retórica sobre las demás disciplinas, Sócrates le pregunta a Calicles, el más terco de sus interlocutores:

Sigamos; ¿y qué es, a nuestro juicio, la retórica que se dirige al pueblo ateniense y a los pueblos de otras ciudades, a los hombres libres?  
¿Piensas tú que los oradores hablan siempre para el mayor bien,

<sup>4</sup> Juan López Nuñez, *loc. cit.*, págs. 63-64.



tendiendo a que los ciudadanos se hagan mejores por sus discursos, o también estos oradores se dirigen a complacer a los ciudadanos y, descuidando por su interés particular el interés público, se comportan con los pueblos como con niños, sin preocuparse para nada de si, por ello, les hacen mejores o peores<sup>5</sup>

En el *Fedro*, tras una contraposición paradigmática de dos discursos que versan sobre el amor, el filósofo matizará su opinión sobre la oratoria e intentará aproximar la retórica a la filosofía. Ello se concretará, en primer lugar, en una crítica de los oradores coetáneos, quienes, obsesionados por convencer al auditorio, fundamentaban sus alegatos en argumentos verosímiles o probables pero no necesariamente verdaderos. De hecho, el recurso a los argumentos verosímiles había sido utilizado desde el nacimiento de la retórica, en la Siracusa del segundo cuarto del siglo V a. C., cuando a la caída de la tiranía sobrevino la democracia y se constituyeron los primeros tribunales populares, mediante los cuales los antiguos terratenientes, que habían sido desposeídos de sus tierras por el poder absoluto del tirano, intentaban ahora recuperarlas pleiteando<sup>6</sup>. La retórica se desarrolló originariamente, por tanto, en el ámbito judicial, y fueron Córax de Siracusa y su discípulo Tisias los primeros autores de un arte oratoria, con la que se proponían ayudar a los ciudadanos a defender sus demandas en los tribunales. A Córax se le debe no sólo la división del discurso judicial en cinco partes —el proemio, la narración de los hechos, la argumentación o presentación de las pruebas, la digresión o referencia del caso a un plano general y la peroración o epílogo—, sino, sobre todo, la doctrina de la «probabilidad general»: dado que las reclamaciones de los ciudadanos no podían apoyarse en pruebas documentales, los discursos tenían que sustentarse en argumentos de probabilidad y verosimilitud<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> PLATÓN: *Gorgias*, introducción, traducción y notas por J. Calonge Ruiz, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 61, Editorial Gredos, 1983, pág. 111.

<sup>6</sup> LÓPEZ EIRE, A. : «La etimología de *rétor* y los orígenes de la retórica»; *Faventia* (febrero, 1998), págs. 66-67.

<sup>7</sup> HERNÁNDEZ GUERRERO, J. M. y GARCÍA TEJERA, M. C: *Historia breve de la retórica*, Madrid, Editorial Síntesis, 1994, págs. 17-18.

Sin embargo los sofistas, expertos oradores y maestros de retórica, desarrollaron la doctrina de la probabilidad hasta límites inaceptables para Platón, puesto que no tenían empacho en afirmar que podía defenderse retóricamente cualquier causa o que se podía disertar sobre cualquier materia, y ello con independencia de que la causa defendida fuera más o menos justa o de que el orador dominara verdaderamente el tema tratado. Además, los maestros sofistas cobraban por sus enseñanzas, cosa que no había ocurrido hasta entonces, y ello resultaba especialmente indigno cuando se trataba de la defensa de una causa en un juicio, ya que se podía llegar a defender no la causa justa, sino la del cliente que pagaba mejor. Si en un principio los sofistas habían enarbolado un ideal de formación humana, progresivamente fueron ganándose fama de embaucadores y ambiciosos. Para Platón, sin embargo, lo peor de la sofística residía en ese relativismo según el cual nada era verdadero, pues todo podía probarse y refutarse al mismo tiempo<sup>8</sup>.

Frente a estos planteamientos, en el *Fedro* se ofrecerán los fundamentos de una oratoria científica, que pretenderá unir en armoniosa síntesis la retórica y la filosofía. La oratoria científica ha de basarse en el conocimiento de la verdad, no en la opinión, y su objetivo no es tanto persuadir como transmitir ese conocimiento verdadero. Para adquirir este conocimiento debe utilizarse el método dialéctico, que parte de una clasificación de los conceptos en géneros y especies y que guía de forma gradual hacia la verdad. El método dialéctico debe aplicarse al estudio del alma humana, puesto que a ella se dirigen todos los discursos. Habrá que deducir las partes del alma y las distintas formas de ser de los hombres, y, paralelamente, se establecerán los tipos de argumentos y discursos que son capaces de convencer a cada individuo, así como en qué casos conviene hablar y en cuáles callarse. En consonancia con la voluntad de reflejar la verdad, el discurso deberá tener una disposición lógica, y los artificios

---

<sup>8</sup> TORELLÓ, R. M. : *Introducció a la filosofia grega*; Barcelona, Enciclopèdia Catalana, Biblioteca Universitària, 14, 1993, págs. 136-157.

estilísticos se dosificarán teniendo en cuenta la simpleza o la complejidad de quien escuche. Además, Platón afirma que todo discurso deberá ser grato a los dioses, lo cual implica que la retórica tiene unos presupuestos morales y que el orador es concebido como un *vir bonus dicendi peritus*. Por último, el filósofo planteará la supremacía del discurso improvisado, oral, sobre la palabra escrita: el texto escrito, utilizado por los logógrafos o escritores profesionales de discursos, se define como una imagen imperfecta del discurso oral, como una palabra muerta que atenta contra la memoria, que no puede responder a las preguntas que se le hacen ni defenderse si es injustamente atacada; el diálogo vivo, en cambio, se produce en el momento exacto en que el alma del oyente está en disposición de aprender, puede ser matizado o cuestionado y actúa como una auténtica enseñanza que se siembra en el alma del interlocutor, el cual, a su vez, engendrará otros discursos capaces de transmitir indefinidamente la semilla del saber<sup>9</sup>. De hecho, a pesar de contar con una extensa obra escrita, Platón defenderá que determinados contenidos, y en concreto las formulaciones más radicales de su metafísica, no pueden ser expuestos sino oralmente, pues requieren, para no ser objeto de burla o desprecio, de un oyente cualificado y previamente iniciado en estas cuestiones<sup>10</sup>.

Tras los ataques platónicos, Aristóteles —quien en una obra primeriza, el *Grilo*, había defendido los planteamientos de su maestro— definirá la retórica como una *tejné*, es decir, como un arte, y, en concreto, como el medio de extraer de cualquier tema el grado de persuasión que encierra o como la facultad de descubrir especulativamente lo que en cada caso puede ser propio para persuadir. Así, la *Retórica* aristotélica no incidirá en la conexión entre el discurso y la verdad de las proposiciones, ni su plano de referencia serán las cosas o los objetos ideales denotados con las

---

<sup>9</sup> Sigo fundamentalmente a Luis Gil en su «introducción» al *Fedro*; en Platón: *El Banquete, Fedón, Fedro*, Barcelona, Labor, 1981, esp. págs. 268-275, así como las páginas del propio diálogo platónico dedicadas a esta cuestión: *Diálogos III (Fedón, Banquete, Fedro)*, traducción, introducción y notas por E. Lledó Íñigo, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 93, Editorial Gredos, 1986, págs. 396-411.

<sup>10</sup> TORELLÓ, R. M., *op. cit.*, págs. 317-320 y 324-325.

Ideas. Por el contrario, Aristóteles se planteará ahora la comunicabilidad de las proposiciones, y su plano de referencia serán las opiniones o el sistema comunitario de creencias, único criterio de la argumentación<sup>11</sup>.

Por otra parte, el Estagirita destruirá la oposición entre dialéctica y retórica argumentando que «dialéctica y retórica constituyen dos disciplinas paralelas o, mejor, dos técnicas complementarias de una misma disciplina, cuyo objeto es la selección de enunciados probables con vistas a constituir con ellos razonamientos sobre cuestiones que no pueden ser tratadas científicamente»<sup>12</sup>. En consecuencia, tanto la dialéctica como la retórica se basan en verdades probables o verosímiles, y ambas tienen un objeto general. La dialéctica se dirige a la razón considerada de forma aislada, estudia los argumentos en sí mismos, mientras que la retórica se orienta a la razón en cuanto es influenciable por las pasiones: trata de los argumentos en relación con el *éthos* del orador y con el *páthos* del auditorio<sup>13</sup>.

También en lo relativo a la moral del orador va a desviarse Aristóteles de los planteamientos de su maestro. Si Platón defendía la figura del *vir bonus dicendi peritus*, el Estagirita hablará de un orador capaz de sugerir su excelencia moral a partir de procedimientos retóricos. Así, en su *Retórica* leemos:

Pues bien, se persuade por el talante cuando el discurso es dicho de tal forma que hace al orador digno de crédito. Porque a las personas honradas las creemos más y con mayor rapidez, en general en todas las cosas, pero, desde luego, completamente en aquellas en que no cabe la exactitud, sino que se prestan a duda; *si bien es preciso que también esto acontezca por obra del discurso y no por tener prejuzgado cómo es el que habla*<sup>14</sup>.

En este punto Valle-Inclán va a coincidir con Aristóteles. En efecto, si retomamos la entrevista de 1915, vemos que el escritor ataca, como Platón, a los oradores que utilizan la elocuencia en beneficio propio, pero también

<sup>11</sup> Véase sobre este aspecto la «introducción» de Quintín Racionero a la *Retórica* de Aristóteles (*ed. cit.*), págs. 29-30.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 36.

<sup>13</sup> HERNÁNDEZ GUERRERO, J. M. y GARCÍA TEJERA, M. C. , *op. cit.*, pág. 34.

admite, como Aristóteles, que la capacidad persuasiva del orador no depende tanto de su calidad moral como del poder de su palabra. Así, en los ejemplos propuestos en la entrevista, junto a San Bernardo aparece la figura de Hernán Cortés, cuya integridad moral estaba cuestionada «por sus vicios y pasiones», pero cuyo poder de convicción era tan grande que conseguía seducir verbalmente a sus oyentes, aun cuando éstos sabían de antemano que estaban siendo engañados.

En todo caso, entre San Bernardo y Hernán Cortés —y nos movemos ahora desde los presupuestos mixtificadores con que Valle concibe a ambas figuras— existen algunas analogías que permiten que ambos puedan ser presentados como oradores emblemáticos: se trata de poderosas individualidades movidas por un afán ideal, en las que conviven el ardor guerrero y las más profundas convicciones religiosas y cuyas actuaciones han pasado a inscribirse en la memoria histórica del colectivo. Para Valle-Inclán, por tanto, lo fundamental no es que el orador sea un persona honrada, sino que sus parlamentos se sostengan en un afán trascendente, muy distinto de la «baja ambición de personal medro» con que tantos oradores alimentan su discurso. Probablemente, cuando el escritor alude a los falsificadores de la oratoria, está pensando en los políticos coetáneos, que «calumnian y envilecen» el arte de la elocuencia dirigiendo su discurso hacia sus mezquinos intereses y manipulando tendenciosamente la verdad, de modo análogo a como los oradores sofistas engatusaban al auditorio ofreciéndole parlamentos en los que no resplandecía la voluntad del bienestar común, sino la propia ambición.

Si la idea valleincliniana de la oratoria se aproxima, en este punto, a la defendida por Platón, conecta también con los postulados de la retórica religiosa. No en balde el escritor afirmaba, en la misma entrevista que vengo citando, que la elocuencia, «como la ideal belleza que representa y encarna, es como la Eucaristía, que no necesita de nada externo. Todo es espíritu, bendito y generoso desprendimiento». Se establece así una asociación entre

---

<sup>14</sup> ARISTÓTELES, *op. cit.*, pág. 176 (el subrayado es mío).

el concepto platónico de la belleza ideal y el sacramento de la Eucaristía, en el cual, mediante las palabras pronunciadas por el sacerdote, el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo. Como es sabido, la conexión entre el platonismo y la doctrina cristiana se remonta a San Agustín, quien también reformulará, cristianizándola, la retórica clásica. Poseedor de una amplia formación retórica, abominará de ella tras su conversión al cristianismo —sobre todo en las *Confesiones*, donde tratará a la retórica como una disciplina falsa y pernicioso—, pero más adelante advertirá las posibilidades de la elocuencia al servicio de la fe cristiana. Su obra *De doctrina christiana* ha sido considerada por los teóricos como el último tratado de retórica antigua y, simultáneamente, como el primero de retórica eclesiástica. Frente a la retórica pagana, que se ocupaba de demostrar lo verosímil, la retórica preconizada por San Agustín —y con ella la predicación religiosa de los siglos posteriores— se apoyará en la verdad revelada, que a su vez se fundamentará en la fe<sup>15</sup>. Si el discurso del orador platónico no se basaba en ambiciones personales y tan sólo perseguía desvelar una verdad ideal, tampoco el discurso del predicador —y vuelvo a citar a Valle-Inclán— se sostiene en «nada externo», sino en una verdad espiritual que se pronuncia desde el más generoso desprendimiento y que se orienta a promover el bien de la comunidad.

Sin embargo, a diferencia de los postulados platónicos y de la predicación religiosa, Valle no defiende tanto a un orador preocupado por el bien y la verdad como —cito sus palabras— a «aquél que habla siempre artística y bellamente para distraer a sus oyentes e interlocutores». Creo que aquí el escritor efectúa un salto desde una concepción general de la oratoria hasta una concepción más restringida, aplicable al poeta como orador virtual. Ambas concepciones coinciden en definir la oratoria como una actividad idealista y desinteresada, pero se diferencian en la motivación del orador, en la finalidad del discurso: la retórica filosófica de Platón y la predicación religiosa se orientan a desvelar una verdad metafísica y a

---

<sup>15</sup> HERNÁNDEZ GUERRERO, J. M. y GARCÍA TEJERA, M. C. , *op. cit.*, págs. 77-80.

persuadir de ella a los oyentes, mientras que el orador-poeta sólo persigue distraer bellamente al auditorio.

Con el paso de los años, cuando el escritor haya dictado varias conferencias, se irá perfilando su concepto de la oratoria. En este sentido, resultan especialmente interesantes unas declaraciones de 1925, donde Valle abordará el tema con detenimiento. Sus palabras configuran el proemio de una conferencia, con lo que adquieren el valor de una declaración de intenciones:

Después —dice— señoras y señores de las amables palabras con que he sido presentado, os aseguro que voy a defraudar. Quiero, antes de entrar en materia, establecer, al igual que en los Círculos espiritistas, una especie de contacto magnético para estar compenetrado con vosotros y pedir os perdón por las deficiencias.

Es el caso que tengo la idea de que una conferencia no es un discurso. No se puede improvisar, porque hacer literatura no es cosa que se improvise; aprenderse de memoria, como un histrión, lo que va a decirse, no es propio de mí; tampoco lo es venir a leeros unas cuartillas que, dadas a la imprenta, leeríais con más tranquilidad que encajándolas yo aquí. La conferencia tiene un valor musical, el tono. En una ocasión dos políticos se agraviaron mutuamente de palabra. Para calificar si eran o no ofensivas las palabras que se dirigieron, fueron a consultar a don Juan Valera, quien les dijo: «Esto no es cuestión de la Academia de la Lengua, sino de la de Bellas Artes, todo está en el retintín con que hayan sido dichas». Todo está en el matiz, en la conferencia.

Si al menos pudiese practicar la huida como hacía Fray Diego de Cádiz, gran orador sagrado, que por donde fue dejó siempre recuerdo. Jamás preparaba los discursos. Subía al púlpito y esperaba que el Espíritu Santo le iluminase. Cuando no, se calaba el sombrero y se iba, practicaba la huida, como él decía. Yo no puedo hacerlo<sup>16</sup>.

Aquí Valle aborda todas las instancias implicadas en el hecho oratorio: el orador, el auditorio y el discurso. Respecto al público afirma su voluntad de establecer una suerte de comunión, un «contacto magnético» que permita sortear las posibles deficiencias del discurso y mantener hipnotizados a los oyentes. Esta idea se relaciona con otras expresadas anteriormente, como el rechazo del discurso racional, interesado y pragmático, o como la concepción de la oratoria como una actividad artística cuya principal finalidad consiste en conmover estéticamente al auditorio. En este sentido

Valle se sitúa en la estela de oradores antiguos como Empédocles, que también perseguía la comunión con el auditorio, o como Gorgias, que conseguía, mediante una retórica estilísticamente elaborada, seducir a su público.

Empédocles de Agrigento, filósofo y poeta con fama de mago, es considerado por Aristóteles como el verdadero fundador de la retórica<sup>17</sup>. Junto a la retórica de la «verosimilitud» inaugurada por Córax y Tisias, se desarrolla, también en Sicilia, otra retórica llamada psicagógica o «conductora de almas». Este arte, cuyo origen se remonta a los discursos pitagóricos, no se proponía convencer mediante una demostración técnicamente rigurosa, sino que pretendía conmover. Para ello, el orador se apoyaba en la atracción que las palabras, cuando se emplean con habilidad, ejercen sobre los oyentes; así, la retórica psicagógica intentaba provocar, más que una adhesión racional, una reacción emotiva, una «comunión»<sup>18</sup>.

A mediados del siglo V a. C. los sofistas adaptarán y desarrollarán los principios de ambas retóricas, la psicagógica y la de la verosimilitud. Entre ellos destacará Gorgias de Leontini, discípulo de Empédocles, que se distinguirá en el género epidíctico y que será, como hemos visto, duramente atacado por Platón. En sus escritos sobre retórica, Nietzsche cuestionará la crítica platónica y afirmará que la oratoria de Gorgias supuso una innovación que los filósofos no supieron apreciar. Frente a la retórica griega arcaica —representada por los primeros retóricos anti-tiranía y por célebres sofistas como Pericles o Protágoras—, Gorgias demuestra una voluntad de trascender los fines utilitarios de la retórica para elevar la oratoria a la categoría de arte. Implícitamente, Nietzsche aludirá al desprecio platónico

---

<sup>16</sup> Eduardo M. Montes: «En el Ateneo don Ramón del Valle-Inclán»; *El Castellano*, Burgos, 23-X-1925; *apud* L. Romero Tobar: «Una conferencia de Valle-Inclán: “La literatura nacional española” (1925)»; *El Museo de Pontevedra*, XLIV (1990), pág. 580.

<sup>17</sup> KIRK, G. S. , RAVEN, J. E. y SCHOFIELD, M. : *Los filósofos presocráticos (Historia crítica con selección de textos)*; Madrid, Gredos, Biblioteca Hispánica de Filosofía, nº 63, 1987 (2ª edición ampliada), pág. 402.

<sup>18</sup> HERNÁNDEZ GUERRERO, J. M. y GARCÍA TEJERA, M. C. , *op. cit.*, págs. 18-19.



hacia los poetas y las artes plásticas y, por extensión, hacia toda actividad artística:

(...) la innovación comienza ya con Gorgias. Llegaba siempre festiva y lujosamente engalanado —llevaba como Empédocles vestidos de púrpura—, tenía fama mundial y presentó el discurso epidíctico. En este último se quiere mostrar de lo que uno es capaz; no se pretende engañar y el contenido del asunto no tiene importancia. El gusto por el bello discurso va ganando terreno, allí donde no se interfiere con la necesidad. Es la búsqueda de un respiro para un pueblo de artistas, que quiere por una vez dar prueba con la oratoria de algo rectamente bueno. Los filósofos, sin embargo, no han tenido ninguna sensibilidad para esto (pues ellos no comprenden el arte que vive y se entretiene a su alrededor, ni siquiera el arte plástico), y así se da una vehemente hostilidad superflua<sup>19</sup>.

Lo cierto es que Gorgias se distingue por ser el primero en asociar el discurso oratorio al deleite literario. Como indica Roland Barthes, si Córax había desarrollado el polo sintagmático del discurso estableciendo el orden de las partes o *dispositio*, Gorgias va a enfatizar el polo paradigmático prestando atención a las figuras o *elocutio*: en este sentido, Gorgias «abre la prosa a la retórica y la retórica a la estilística»<sup>20</sup>. En efecto, Gorgias reflexiona sobre las reacciones que las palabras pueden producir y enlaza su arte retórico con la de los poetas, puesto que, según afirma, un poema no es más que un discurso en verso. Sus asertos se ciñen al género epidíctico, que se correspondía tanto con la conferencia actual sobre temas generales, apta para todo el mundo, como con los discursos ocasionales destinados a inauguraciones, festividades, visitas ilustres, etc. En estos casos —explica García Teijeiro—, mientras que actualmente agradecemos la brevedad, los griegos valoraban fundamentalmente la calidad retórica del discurso y la buena actuación del orador: «Por esa razón, el género epidíctico era propio de sofistas y oradores de amplia fama, capaces de componer y ejecutar

<sup>19</sup> NIETZSCHE, F. : «Historia de la elocuencia griega»; en *Escritos sobre retórica*, Madrid, Editorial Trotta, 2000, pág. 182.

<sup>20</sup> BARTHES, R. : *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1974, pág. 14.

piezas de mérito literario, por encima de las concesiones vulgares a que obligaba el duro debate judicial y político»<sup>21</sup>.

El mismo estudioso ha demostrado que, pese a ser propio de oradores muy cualificados, es el género epidíctico «el que mejor muestra una conexión inicial con la magia, en una época en que los ensalmos y encantamientos eran propios más bien de niveles sociales poco elevados»<sup>22</sup>. Gorgias advierte que las palabras no sólo producen emociones de signo diverso en quien las escucha, sino que son capaces también de embelesar el alma y privar de libertad a quien ha caído bajo su hechizo. La nueva retórica de Gorgias pretende enseñar ese poder sobrenatural a partir de una serie de normas. Los ejercicios oratorios no buscarán convencer, mediante argumentos técnicos, a una pequeña audiencia de especialistas, «sino fascinar a un público, cuanto más numeroso mejor, con el ritmo interno de la frase, con antítesis brillantes, con aliteraciones y repeticiones calculadas»<sup>23</sup>. Como concluye García Teijeiro, el arte de Gorgias encerraba así una paradoja, porque consistía en el uso racional de elementos que en la magia estaban al servicio de lo irracional:

Después de él, Platón, Isócrates y Aristóteles insistieron en que si la Retórica ha de ser una ciencia, debe perder toda veleidad de magia y de sinrazón. Por ese camino se desarrolló el aspecto teórico de la oratoria, que explica cumplidamente cómo se han de organizar y disponer pruebas y argumentos, y cómo se ha de articular el discurso; pero, en la práctica, los oradores que habían de encararse con un público numeroso y heterogéneo tenían presente que la elocuencia puede provocar emociones que escapan a toda lógica. Y así, a través de Demóstenes y los oradores del siglo IV, podemos seguir la historia de aquella contraposición de lo irracional y lo racional, que continúa en los aticistas y asianistas posteriores<sup>24</sup>.

---

<sup>21</sup> GARCÍA TEJEIRO, M. : «Retórica, Oratoria y Magia»; en Morocho Gayo, G. (coord.): *Estudios de Drama y Retórica en Grecia y Roma*, Universidad de León, 1987, pág. 143.

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 144.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 149.

Si por un lado puede establecerse una relación entre Empédocles y Valle a partir de esa voluntad de generar en el auditorio una experiencia de comunión colectiva, también resulta claro el vínculo entre los principios retóricos de Gorgias y la querencia valleincliniana de conceder a las palabras un valor musical y emotivo. No se trata de forzar las relaciones, sino de destacar la continuidad que, a mi juicio, se advierte entre Empédocles, Gorgias y Valle-Inclán y que se fundamenta en ese común afán de seducir emocionalmente al auditorio y de encandilarlo hasta conseguir una experiencia trascendental. No hay que desdeñar el hecho de que la oratoria empedoclea es de raigambre pitagórica y que esta conexión se reproduce muchos siglos más tarde en esos «Círculos espiritistas» a que aludía Valle-Inclán en su proemio. Tampoco podemos olvidar que Gorgias fue discípulo de Empédocles —quien le enseñó el poder mágico del lenguaje— y que sus elaborados discursos pretendían fascinar a un público amplio y heterogéneo como el que acudía a escuchar a nuestro escritor. El propio García Teijeiro apunta implícitamente a estas conexiones cuando afirma que la poesía francesa de raigambre simbolista, cuyos fundamentos estéticos son tan próximos a los preconizados por Valle-Inclán, también mostró su interés por «la magia de la palabra e incluso por el esoterismo y las doctrinas espiritistas, que ha conducido a experimentos como los de escritura automática»<sup>25</sup>.

Sea como fuere, vale la pena detenerse un poco más en el proemio a la conferencia de 1925, pues allí se plantean otras cuestiones que, en gran medida, redundan en esos vínculos respecto a la tradición retórica que he venido señalando hasta ahora. En primer lugar, quiero destacar esta afirmación de Valle: «Es el caso que tengo la idea de que una conferencia no es un discurso». Si no se trata de un error en la transcripción del cronista, cabe suponer que con la palabra «discurso» se refiere al parlamento de circunstancias, el que se pronuncia, por ejemplo, en un homenaje. Ello se entiende mejor con la afirmación siguiente; frente a ese discurso breve y

---

<sup>25</sup> *Ibíd.*

coyuntural, que se presta fácilmente a la improvisación, la conferencia no puede improvisarse porque «hacer literatura no es cosa que se improvise»: una vez más, por tanto, se insiste en la relación entre la oratoria y la literatura de modo muy similar a como lo hiciera Gorgias, quien afirmaba que un poema no era más que un discurso en verso. Asimismo Valle-Inclán volverá a repetir que la conferencia tiene un valor musical, el tono o matiz, y para aclarar este concepto no recurrirá ahora a la figura de San Bernardo, sino a la anécdota del «retintín» protagonizada por los dos políticos y Juan Valera. Esta misma anécdota reaparecerá en las páginas de *Viva mi dueño*, aunque sus protagonistas serán Fernández Vallín, el Marqués de Buen y, por alusiones, Juan Prim. Fernández Vallín es el primero que habla, y sus palabras, referidas al espadón, apuntan implícitamente a la doblez de este personaje:

—Me he reservado comunicar a ustedes, hasta vernos aquí reunidos, ciertas insinuaciones que tuvo a bien hacerme Don Juan Prim. Repetir una por una sus palabras no me sería posible, ni ellas tienen en sí un gran valor desligadas de la ocasión, del tono, del gesto...

El Marqués de Buen meció la cabeza:

—¡El retintín! (pág. 38)<sup>26</sup>

El retintín se asocia aquí a otros términos: la ocasión, el tono y el gesto. En el ejemplo de San Bernardo ya vimos que, según Valle-Inclán, el verdadero orador no convence por su discurso, sino por el gesto, el ademán y el tono. La idea, desde luego, no es nueva. Ya en Cicerón encontramos detallados los elementos que intervienen en la actuación del orador, con una mención específica del lenguaje corporal; según el escritor latino, en este lenguaje hay una fuerza natural que impresiona a cualquier oyente, puesto que traduce los movimientos del alma, que son comunes a todos:

L'acció, de fet, és com un llenguatge del cos, i per això més ha d'estar en harmonia amb el pensament (...). Afegeixo que en tots aquests elements de l'acció hi ha una mena de força donada per la natura; i això és el que sobretot impressiona els ignorants, el vulgar, i fins i tot els bàrbars. Les paraules fan efecte únicament sobre el qui ens està unit per comunitat de llengua; els pensaments aguts sovint passen per sobre el cap de gent

<sup>26</sup> En las páginas 262-263 de *Baza de espadas* se reproduce esta misma conversación.

mancada d'agudeses; ara, l'acció, que treu fora els moviments de l'ànima, impressiona tothom; car són uns mateixos els moviments que agiten les ànimes dels homes, i tots pels mateixos signes els reconeixen en els altres i els manifesten en ells mateixos<sup>27</sup>.

Asimismo, Cicerón destacará la calidad persuasiva de algunos elementos del discurso —la combinación artística de las palabras, la sonoridad y el ritmo—, y apuntará de nuevo que tales rasgos son percibidos incluso por un auditorio falto de refinamiento cultural:

I no s'admiri ningú que el vulgar sense cultura noti, escoltant, aquestes finors. És que en qualsevol ordre de percepció, i per tant en aquest, intervé no sé quina gran i increïble facultat de natura (...). Així és que, no solament és tohom sensible als mots col·locats amb art, sinó també als ritmes i als sons<sup>28</sup>.

En todo caso, es evidente que el escritor latino no concede a esos recursos sensuales la misma importancia que Valle-Inclán, y ello tiene que ver, sin duda, con el tipo de discurso en el que se ejercitó cada uno, con el contexto en que estas piezas oratorias se desenvolvían y con una concepción muy distinta del público. Para Cicerón, experto orador judicial, el discurso propiamente dicho —es decir, el texto—, así como los significados racionales derivados de él, tenían una importancia capital, pues podían ser contestados por oradores igualmente expertos y ser determinantes para la decisión del juez. Al mismo tiempo, en la clasista sociedad romana existía la conciencia de que no todos los oyentes de un juicio estaban capacitados para seguir un discurso conceptualmente complejo, de ahí que el escritor latino enfatizara la idea de que el lenguaje corporal, la entonación rítmica y la sonoridad impresionan a todos los oyentes, al margen de su formación cultural. En cambio, Valle practicaba el discurso epidíctico en contextos que, como se dijo anteriormente, se abrían a un auditorio heterogéneo; el reto era conseguir la comunión con ese público y provocar en los oyentes una experiencia estética. De ahí que se concediera tanta importancia a los

<sup>27</sup> CICERÓN, M. T. : *De oratore* (Libros I, II y III); edición crítica y traducción de Salvador Galmés, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1929 (III, LIX, pág. 70).

<sup>28</sup> *Ibid.* (III, LI, pág. 61).

elementos sensuales y emocionales de la oratoria —el gesto, el ademán, el tono—, que fomentaban la receptividad del auditorio y la comprensión intuitiva de los enunciados lingüísticos.

Ya los clásicos habían subrayado el carácter espectacular de la oratoria y la idea de que la pasión del orador era fundamental para convencer al auditorio. El orador honesto, el *vir bonus dicendi peritus*, conseguía transmitir sus convicciones al público porque él mismo estaba convencido de la veracidad y justicia de sus argumentos y sabía defenderlos con el ardor correspondiente; el orador populista recurría inevitablemente a una actuación espectacular que rimaba con la demagogia de su discurso. Sin embargo, Valle no pretendía convencer, sino deleitar. De hecho, tal como he apuntado antes, el escritor concebía la actuación del orador profano de forma muy semejante a la del predicador religioso; como en la oratoria sagrada, no había que demostrar ni argumentar verdad alguna, sino propiciar la experiencia trascendental en un contexto de comunión colectiva. Pero, desvinculada de los fines morales latentes en la predicación religiosa, la oratoria valleincliniana se convertía en un ejercicio gratuito y puramente espectacular, estético.

A partir de esa concepción de la oratoria como espectáculo, se concretarán las afinidades entre el hecho oratorio y el hecho teatral. Si, como dice Valle en una entrevista, «el teatro antes que nada exige un público, incluso antes que el propio autor»<sup>29</sup>, lo mismo puede afirmarse respecto a la oratoria. No es casual, en este sentido, que en esta misma entrevista el escritor afirme que el público comparte un fondo espiritual «hacia donde debe converger el haz de incitaciones estéticas»: el autor ha de captar ese sentimiento colectivo y revertirlo al público en la representación. No es casual tampoco que Valle, para ilustrar todas estas ideas, recurra una vez más a la oratoria sagrada:

---

<sup>29</sup> Luis Emilio Soto: «Valle-Inclán y el teatro nuevo», *La Nación*, Buenos Aires, 3-III-1929; en Dougherty, D., *op. cit.*, pág. 184.

Además el teatro antes que nada exige un público, incluso antes que el propio autor. Y la condición específica de ese público es estar ligado por un sentimiento común, lo cual es privativo de un solo ambiente. Esta imprescindible cohesión se perfecciona y encarece hasta convertirse en fondo religioso (re-ligari), íntima y suprema comunidad hacia donde debe converger el haz de incitaciones estéticas. Y no crean que esta aptitud de conmover al que oye y al que ve, calando en su ser inefable, reclama siempre la comprensión ni es virtud tampoco del idioma. A través de la lengua de oil, forastera en la tierra donde San Bernardo había ido a predicar, realizó su fin de levantar un ejército para la Cruzada de Jerusalén. La unción que el santo ponía en su plegaria era tal, que las gentes se sobrecogían sin entender. Y en Santiago de Compostela he visto a un fraile italiano que abrazándose al leño santo y gritando «Dios» y el «infierno» comunicaba más fervor a las almas que la más bella pieza de oratoria sagrada. Radica este milagro por lo que al español toca, en que nos mueve la plástica antes que el concepto<sup>30</sup>.

Y también se repite la referencia a San Bernardo en otra entrevista, donde Valle afirmará categóricamente: «La multitud no sabe más que conmoverse o regocijarse. Y lo que conmueve es el tono, no la razón. (...) Si en el teatro algo ha de levantar con palanca de emoción el alma de las multitudes, sólo el tono obrará el prodigio»<sup>31</sup>. Asimismo, si el escritor había argumentado que a los espectadores españoles «nos mueve la plástica antes que el concepto», en otro lugar aplicará esta misma tesis a la liturgia, aseverando que «la Pasión representada no tiene sentido para nuestra gente sino a través del espectáculo»<sup>32</sup>.

El concepto de tono adquiere así un significado complejo que abarca todas las instancias del hecho oratorio o teatral: el tono exige la declamación apasionada del orador o actor, reforzada por los gestos y los ademanes; el tono se traslada al texto mediante la supremacía concedida a los elementos suprasegmentales del discurso, la musicalidad y la entonación, así como mediante la elusión del retoricismo y el racionalismo enunciativos; finalmente, el tono se adecua a la capacidad natural del público para conmoverse o regocijarse y a la específica tendencia del espectador español hacia lo espectacular y lo pasional.

---

<sup>30</sup> *Ibid.*, págs. 184-185.

<sup>31</sup> «Don Ramón habla de teatro a sus contertulios; *Luz*; Madrid, 23-XI-1933; en Dougherty, D., *op. cit.*, pág. 262.

<sup>32</sup> Luis Emilio Soto, *loc. cit.*, pág. 185.

Creo que es el momento de sintetizar algunas ideas esenciales. Según se desprende de las declaraciones vistas hasta ahora, el orador ha de actuar movido por un impulso trascendente, análogo al que inspira al orador religioso. A partir de esta concepción idealista de la oratoria, y trascendido el modelo del predicador, se propone la figura del orador poeta, cuya actuación se orienta a provocar una experiencia estética en el público y a sumirlo en un ambiente de comunión colectiva. El discurso se transforma así en un hecho artístico —relacionado con la literatura en el nivel lingüístico y con el teatro en el nivel de la representación— que fundamenta su capacidad persuasiva en el tono, un concepto polisémico vinculado tanto a la actuación del orador como al texto y a la recepción del público. Ya sólo nos queda, para completar lo que he denominado la idea valleinclaniana de la oratoria, el análisis de un último aspecto que también aparecía incluido en el proemio a la conferencia burgalesa: el método oratorio.

En aquel proemio Valle-Inclán declaraba que, a la hora de dictar una conferencia, no era partidario ni de la lectura de un texto preparado previamente ni de la declamación de un discurso aprendido de memoria; en este sentido, el escritor se apartaba de los métodos oratorios más habituales, en donde se partía de un texto escrito y en donde, según si el texto se declamaba o se leía, las posibilidades de improvisación eran muy limitadas o nulas. Ya en 1908 Valle había cuestionado en un artículo periodístico la escritura de los parlamentos públicos: refiriéndose a un discurso pronunciado por Segismundo Moret en Zaragoza, había afirmado que no tenía ningún sentido publicarlo en la prensa; si acaso, observaba, se hubiera podido pensar en grabar y filmar el acto:

¿Qué razón tuvo el discurso, si luego se divulgó por gracia de la letra impresa? El gesto, la voz, el ademán sólo pudo llegar a unos pocos. Yo lamento que la punta de ex ministros amigos y devotos del infatigable orador del “trust” de las izquierdas no haya pensado en el cinematógrafo combinado con el fonógrafo. Esto sería mucho más cabal que publicar la tal perorata en un folleto<sup>33</sup>.

<sup>33</sup> «¡Dios nos asista!»; en Serrano Alonso, J. (ed.): Ramón del Valle-Inclán: *Artículos completos y otras páginas olvidadas*; Madrid, Istmo, «Bella Bellatrix», 1987, pág. 249.



Bien es verdad que la indignación de Valle ante el «infatigable orador del “trust” de las izquierdas» respondía también a un rechazo ideológico y estético, que le llevaba a afirmar que el discurso de Moret estaba construido con una «prosa sin gramática, sin retórica, sin literatura y sin pudor»<sup>34</sup>. Pero, concreciones aparte, lo relevante es que Valle se opone a la transcripción de un discurso público porque su sola lectura no acoge ciertos aspectos vinculados a la actuación del orador: el gesto, la voz y el ademán. Sobre el papel, la pieza oratoria se ofrece desligada de la «ocasión», del contexto preciso en que fue pronunciada, con lo que se soslaya su carácter espectacular. Además, concebir el discurso como un texto destinado a la lectura —o, lo que es lo mismo, destinado a la memorización y posterior declamación— supone delegar toda la eficacia comunicativa en el orador y en el texto, y obviar *a priori* la participación del auditorio en el desarrollo del acto. En una conferencia dictada en México muchos años después, Valle volverá a mostrar su rechazo hacia la lectura de los discursos:

(...) el ilustre literato empieza a decir que no ha querido escribir y venir a leer su conferencia, porque cree que con este procedimiento se falsean las ideas, porque el valor de la palabra no sólo depende del pensamiento que lleva en sí, sino de otros muchos elementos: el calor con que se expresa, el timbre de la voz, el ademán, la pasión interior que la comunica y el exponente (*sic*) hasta llegar a la verdadera exaltación<sup>35</sup>.

En esta reseña, aparte de aludirse a cuestiones ya vistas hasta ahora, se apunta un motivo clave del rechazo valleincliniano hacia la lectura de un texto escrito: «con este procedimiento se falsean las ideas». A la vuelta de México, y en el contexto de un homenaje en su honor que tendrá lugar en el café de Fornos, Valle volverá a relacionar la falsedad del discurso con su escritura previa: así, según indica el cronista, «empieza Valle-Inclán por la afirmación de que su ideal en aquellos momentos, como en todos los de su

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, pág. 248.

<sup>35</sup> «La primera conferencia de don Ramón del Valle Inclán»: *Excelsior*, México, 11-X-1921, pág. 5; en Sánchez-Colomer, M<sup>a</sup> F. : «Las conferencias de Valle-Inclán en México (1921): algunas reseñas

vida, consiste en ser sincero. Por eso no ha preparado lo que se dispone a expresar. Él no puede, no sabe prestarse a la farsa de la improvisación, y menos todavía cuando se halla, como en aquel punto, verdaderamente emocionado»<sup>36</sup>.

Según estas declaraciones, el escritor se niega a «prestarse a la farsa de la improvisación» porque ello anula la comunicación verdadera con su auditorio. Falto de espontaneidad, el discurso oratorio se percibe como un hecho comunicativo no sólo defectuoso, sino también esencialmente falso. El orador finge una comunicación con los oyentes, pero ni las pasiones que anidan en su actuación son reales ni sus palabras se adecuan al público que tiene delante, pues tanto las emociones como el texto del discurso obedecen a un diseño predeterminado. Si anteriormente el escritor había señalado que aprenderse de memoria lo que va a decirse es propio de un «histrión», en este caso tilda de «farsa» la fingida improvisación del discurso. Y aunque aquí se refiere al discurso de circunstancias —una pieza oratoria breve que puede improvisarse fácilmente, pero que también puede llevarse memorizada para mayor lucimiento del orador—, se expresará en los mismos términos en relación a la conferencia. Frente al discurso escrito, leído, memorizado o falsamente improvisado, Valle defenderá con una insistencia creciente la improvisación auténtica, que no protege la vanidad del orador pero dota a sus palabras de espontaneidad y sinceridad, con lo que se garantiza una actuación verdaderamente apasionada y una predisposición a adecuar el discurso al público que ha acudido a escucharlo.

Aparentemente esta defensa de la improvisación se contradice con una afirmación anterior, en la que Valle expresaba la idea de que la conferencia no se puede improvisar «porque hacer literatura no es cosa que se improvise». Recordemos, sin embargo, que esta afirmación se utilizaba para diferenciar la conferencia del parlamento de circunstancias y no tanto

---

olvidadas»; *El Pasajero, Revista de Estudios sobre Ramón del Valle-Inclán* (<http://www.elpasajero.com/>), invierno 2002.

<sup>36</sup> «En honor de Valle-Inclán»: *La Voz*, Madrid, 3-IV-1922; en Valle-Inclán J. y Valle-Inclán J. (eds.), *op. cit.*, pág. 230.

para definir un método oratorio. Aunque Valle defienda la improvisación de ambos tipos de discurso como garantía de una actuación sincera, no deja de advertir que la conferencia puede adquirir un valor estético muy superior al del parlamento de circunstancias, y ello por varios motivos: en primer lugar, porque el orador elige libremente el tema que va a desarrollar, en tanto que en el discurso de circunstancias el asunto viene dado de antemano; en segundo lugar, porque la extensión de la conferencia permite el *crescendo* emotivo necesario para seducir al auditorio, lo cual es imposible en el caso de un discurso muy breve; y en tercer lugar, porque en el caso de la conferencia el público acude a escuchar al orador por puro placer, mientras que los oyentes del parlamento de circunstancias están condicionados por factores externos.

Por otra parte creo que Valle, cuando afirma que la conferencia no se puede improvisar, apunta también implícitamente a la diferencia que existe entre un discurso público y una charla cualquiera; la charla es un discurso construido entre dos o más interlocutores, lo cual le otorga un contenido y una dirección imprevisibles, mientras que en el caso de la conferencia el recurso a la improvisación es un riesgo añadido, ya que el orador ha de configurar él solo el tejido del discurso y su posición en la palestra le convierte en el centro de todas las miradas, en el protagonista único de una actuación en la que se juega su fama y su credibilidad.

Así, cuando Valle-Inclán indica que la conferencia no puede improvisarse, sólo está enfatizando su carácter específico frente al discurso de circunstancias y a la charla informal, pero no por ello está negando su preferencia por el discurso improvisado. Una vez más, será un orador religioso ya mencionado en estas páginas quien ilustrará sus convicciones: si San Bernardo servía como ejemplo de una apasionada oratoria al servicio de un ideal, a partir de los años veinte será Fray Diego de Cádiz quien se tomará como modelo en cuanto al método oratorio.

En efecto, por estas fechas se renovará la antigua fascinación de Valle por este predicador, cuyo método oratorio se fundamentaba en una

improvisación radical del discurso. Como ya se apuntaba en el proemio a la conferencia burgalesa, este iluminado misionero no preparaba sus sermones, sino que se amparaba en la inspiración divina y, en el caso de que ésta faltara, desistía de su intento; la gracia divina aseguraba no sólo la potencia persuasiva del discurso, sino aquella emotividad sincera que tanto anhelaba Valle-Inclán. En 1925, el mismo año de la conferencia burgalesa y en el contexto de una entrevista con un periodista gallego, el escritor cuestionará la esencia de Galicia comparando a los personajes ilustres de su tierra con Teresa de Cepeda, Vicente Ferrer, Íñigo de Loyola y Fray Diego de Cádiz, «el que evangelizaba por el original procedimiento que sus apologistas llaman de la huida»<sup>37</sup>. En el mismo año, a lo largo de una conversación con Francisco Madrid y Rivas Cherif, Valle aludirá a «memorialistas y oradores religiosos casi desconocidos por los estudiosos», entre los que sin duda debía de contarse Fray Diego de Cádiz<sup>38</sup>. En 1926, en la reseña de otra conferencia valleinclaniana, el cronista indicará que «prefería el conferenciante ampararse en las frases de fray Diego de Cádiz y escudar su sinceridad en la inspiración divina. Prefería, en último caso, recurrir, como éste, a la huida si la inspiración le faltaba, antes que relajar la sinceridad»<sup>39</sup>. Y poco después, en una conferencia dictada en Málaga, Valle-Inclán volverá a referirse por extenso al método oratorio de Fray Diego de Cádiz:

Comienza diciendo que en estos momentos no puede por menos que recordar a Fray Diego de Cádiz, que en su apostolado mantenía que no hay nada como el tono. No quería —agrega—, llegar al corazón humano por la doctrina, a veces no suficiente para lograr la exaltación que toda idea debe encontrar en el pensamiento ajeno, y, sin embargo, el tono siempre logra ese propósito, a Fray Diego como a San Bernardo (*sic*), que

---

<sup>37</sup> Fuco: «Un rato de amena charla con Don Ramón del Valle-Inclán»; *El Pueblo Gallego*, Vigo, 18-III-1925; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 272.

<sup>38</sup> Francisco Madrid. «Un diálogo con don Ramón del Valle-Inclán»; *La Noche*, Barcelona, 20-III-1925 (*ibid.*, pág. 278).

<sup>39</sup> «El Acto Literario de Ayer. Conferencia de Valle-Inclán»; *El Carbayón*, Oviedo, 2-IX-1926; *apud* Dougherty, D.: «Valle-Inclán ante la dictadura militar: el viaje a Asturias (1926)»; en Barbeito, C. L. (ed.): *Valle-Inclán: Nueva valoración de su obra (Estudios críticos en el centenario de su muerte)*; Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988, pág. 79.

forma un ejército alemán predicando en francés, logrando con el tono la fuerza precisa para ir a rescatar el sepulcro de Cristo.

No es necesaria la doctrina —añade—, porque con el tono basta. El tono es la gracia de la dicción, la más alta música de la expresión y así no es extraño que cuando Fray Diego de Cádiz advertía que le faltaba se negase a predicar. Relata Fray Diego en «Las Cartas» del Obispo Madeira que cuando la gracia del tono no le acompañaba, calándose la capucha y abrazándose al Crucifijo, bajaba del púlpito y suspendía su sermón. Fray Diego, que era sincero, lo decía: la gracia del tono no me asiste, y atravesaba la iglesia en busca de su retiro. Y es que no le era suficiente la doctrina, que precisaba del tono para hablar.

Ocurría, a veces, que Fray Diego volvía del púlpito con el Cristo entre sus brazos y con la capucha hacia la espalda, porque de pronto, la inspiración, la gracia del tono, se le aparecía al hablar con Dios. Para esto no hay razonamiento, porque hablar con Dios no era principio de la teología doctrinante.

Así es el momento para mí. Me falta tono, pero no quiero practicar la huida<sup>40</sup>.

En cualquier caso, Fray Diego de Cádiz le sirve a Valle-Inclán como correlato metafórico de su anhelo de sinceridad y de su rechazo del discurso escrito, o, dicho con otras palabras, como ejemplo ideal de una oratoria amparada en la inspiración del momento. Sin embargo, el predicador andaluz se presentaba ante el público como un mero canal de la voz divina, de forma que, si no alcanzaba el estado de trance, su consiguiente «huida» no podía interpretarse como una negligencia, sino como un acto de humildad. Además, la predicación de Fray Diego se desarrollaba en la plaza pública o en la iglesia, y ante un auditorio que, imbuido de una fe religiosa que lindaba con la superstición, concurría de forma espontánea y masiva a escuchar la ardiente prédica del misionero. En cambio, Valle dictaba sus discursos en espacios cerrados y profanos, obligado por un contrato que le impedía «huir» si la inspiración le faltaba y ante un público cuyo horizonte de expectativas era mucho más difuso que en el caso de los oyentes de un sermón. Por ello, el escritor no podía confiarse plenamente a la inspiración, y debía llevar preparadas, como mínimo, las líneas maestras del discurso.

Todo parece indicar que, cuando menos en los inicios de su trayectoria como conferenciante, Valle-Inclán optó por un método oratorio

<sup>40</sup> «El señor Valle-Inclán en el Círculo Mercantil. Una conferencia interesantísima» (titulada «Autocrítica»): *El Cronista*, Málaga, 29-X-1926; en Gago Rodó, A. : «Entrevista y conferencia de Valle-Inclán en Málaga (1926)»; *Cuadernos Hispanoamericanos* (septiembre 1995), pág. 69.

situado a medio camino entre la lectura de un texto y la improvisación absoluta. En 1910, cuando el escritor apenas tenía experiencia en el arte del discurso público, recibió el encargo de dar un ciclo de conferencias en un local de Buenos Aires; según declaró ante los periodistas, no pudo preparar como hubiera querido sus disertaciones y tuvo que conformarse con recurrir a la improvisación:

No pensaba yo ser conferenciante en Buenos Aires. No soy orador (...). Pero, en fin, daré conferencias. A ello me he comprometido con el Conservatorio Labardén. Pienso volver a Buenos Aires, tal vez pronto, y entonces traeré preparadas desde Madrid unas cuantas conferencias sobre héroes y santos de la España vieja, sobre Santiago, Patrón de aquella península; sobre Fray Diego de Cádiz, sobre héroes olvidados de Galicia. Ahora improvisaré. Aunque no quisiera parecerme a Blasco Ibáñez, que también improvisó aquí<sup>41</sup>.

Sin embargo, en su pionero estudio sobre esta estancia de Valle-Inclán en Buenos Aires, Aurelia Garat ponía en entredicho que el escritor hubiera improvisado realmente sus conferencias, así como cuestionaba la idea de que Valle no escribiera sus discursos:

El contenido de estas disertaciones ha llegado hasta nosotros a través de síntesis periodísticas. Se ha dicho que su autor jamás las escribía; sin embargo, el 20 de mayo, cinco días antes de que la primera conferencia fuera pronunciada, el diario *La Prensa* anunciaba el ciclo haciendo al mismo tiempo una reseña ajustada y exacta de su contenido, mencionando al mismo tiempo sus respectivos títulos<sup>42</sup>.

Asimismo, Francisco Madrid, en su rememoración de este ciclo de conferencias bonaerenses, evoca la siguiente anécdota:

Valle-Inclán pasea arriba y abajo de la habitación del hotel. Medita el tema de la conferencia.  
 Entra un amigo. Saludos. Le comunica algunas noticias.  
 –¡Hombre! ¿Sabe usted quién ha llegado hoy? Antonio Cavestany...  
 –¿Cavestany? –pregunta, iracundo, don Ramón...  
 Se acerca a la mesa y escribe unas líneas. Luego dirigiéndose al amigo declara:

<sup>41</sup> MADRID, F. : *La vida activa de Valle-Inclán*; Buenos Aires, Poseidón, 1943, págs. 183-184.

<sup>42</sup> GARAT, A. C. : «Valle-Inclán en la Argentina»; en *Ramón M<sup>a</sup> del Valle-Inclán (1866-1966). Estudios reunidos en conmemoración del centenario*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1967, pág. 96.

–He escrito «hablar mal de Cavestany» para que no se me olvide en la conferencia de esta tarde...<sup>43</sup>

A partir de los datos que nos aporta Aurelia Garat, deducimos que Valle-Inclán tenía previsto con antelación el contenido de sus disertaciones, así como, según se desprende de la anécdota narrada por Francisco Madrid, todo parece indicar que el escritor llevaba consigo una especie de guión o conjunto de anotaciones que le servían como pauta a la hora de actuar ante el público. En rigor, todo ello no niega la posibilidad de que Valle improvisara sus conferencias, si bien es muy posible que en 1910, condicionado tanto por su escasa experiencia en la palestra como por el hecho de estar en un país extranjero, el escritor se sintiera obligado a preparar a fondo las líneas principales de sus discursos. Ha de tenerse en cuenta, además, que en el Conservatorio Labardén Valle tenía que pronunciar cinco conferencias distintas, con lo cual no era posible confiarse a la inspiración sin correr un riesgo muy alto: había que decidir no sólo cuál sería el tema central de cada conferencia, sino también qué aspectos concretos se iban a tratar en cada una de ellas, a fin de no incurrir en repeticiones que hubieran sido censuradas por el público asistente. Por otra parte, no tenemos por qué dudar de que Valle fuera sincero cuando se lamentaba por no haber podido preparar sus disertaciones. De hecho, cuando el escritor llegó a Buenos Aires no tenía previsto dictar conferencia alguna, con lo cual contó con muy poco tiempo para definir el contenido de sus discursos.

Así las cosas, Valle optó en Buenos Aires por abordar temas que no eran nuevos para él y sobre los que ya había reflexionado en escritos publicados con anterioridad o incluso en la disertación pronunciada en 1907 en el Ateneo de Madrid. Me refiero, concretamente, a las conferencias en las que habló del Modernismo, del arte de escribir y de autores españoles contemporáneos. Sin embargo, también se atrevió con temas menos trillados, como los peligros y ventajas de los excitantes o los rasgos

---

<sup>43</sup> MADRID, F., *op. cit.*, pág. 203.

distintivos del alma castellana. Más adelante volveré con detalle sobre este ciclo de conferencias. Por el momento tan sólo quiero destacar el hecho de que, a partir de su actuación en Buenos Aires y durante su periplo por Argentina, Valle aprovechará estos discursos para repetirlos en otras poblaciones, probablemente en términos muy similares y con la única excepción de la conferencia sobre los excitantes. Asimismo, en la continuación de su viaje por América Latina, el escritor retomará algunas de aquellas conferencias y las expondrá ante el público de Chile y Paraguay. Finalmente, ya en España, la conferencia que versaba sobre el alma de Castilla será el embrión de los discursos que pronunciará en Valencia y en Barcelona en 1911<sup>44</sup>.

El procedimiento observado en el viaje americano será una constante en toda la trayectoria del Valle-Inclán orador, aunque la tendencia a la improvisación irá ganando terreno de forma progresiva. En suma, el escritor elegía un tema que le preocupara o atrajera en esos momentos y delimitaba las líneas maestras del mismo; a partir de ahí entraba en juego la improvisación, definida como la posibilidad de recrear temas o motivos tratados anteriormente, ya reelaborándolos, ya abordándolos con un mayor grado de complejidad o ya mezclándolos para dar lugar a un nuevo discurso. Transcurridos los primeros años de su actividad como orador, Valle debió de ir ganando confianza en sus dotes oratorias y, paralelamente, debió de ir aumentando su tendencia a la improvisación, que llegaría a su punto culminante en los años veinte.

Creo, con todo, que otros factores explican asimismo esta tendencia progresiva a improvisar. Por un lado, es posible que la edad, y no sólo la experiencia, influyera en el método oratorio valleinclaniano, en el sentido de que en los años veinte, esto es, en plena efervescencia creativa, el escritor ya no tenía la necesidad de cautivar a su auditorio, pues le amparaban su

---

<sup>44</sup> Véase Garlitz, V., «Valle-Inclán y la gira americana de 1910», en Santos Zas, M., Iglesias Feijoo, L., Serrano Alonso, J. y De Juan Bolufer, A. (eds.) : *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios*, Actas del Seminario Internacional de la Universidade de Santiago de Compostela (noviembre-diciembre 1998), 2000, págs. 91-121.



celebridad como figura pública y una obra literaria plenamente consolidada. Por otra parte, la tendencia a improvisar irá ligada a una actitud crítica y combativa con el poder. Ya en 1921, como demostró Dougherty, Valle se comportó durante su estancia en México no sólo como autor famoso, sino también como intelectual comprometido con la revolución mexicana<sup>45</sup>. Asimismo, creo que la dictadura de Primo de Rivera, y todo el aparato de represión y censura del régimen, acentuaron en Valle ese anhelo de sinceridad que tanto evocaría en sus conferencias de estos años.

Lo cierto es que, a partir de este viaje a México, Valle apelará una y otra vez a su afán de sinceridad, tanto en contextos privados —como en el homenaje del café de Fornos—, como en contextos públicos —como es el caso de los Ateneos populares de Burgos, Oviedo o Gijón—. Pero, de forma paralela a esta vinculación del discurso improvisado con el deseo de sinceridad, irá naciendo otra idea determinante de la actividad oratoria valleincliniana: el rechazo del discurso magistral en beneficio del diálogo.

La primera vez que se muestran estas convicciones es en el proemio a una conferencia de 1923, que versaba sobre la pintura de Juan de Echevarría. En dicho proemio, además de confirmar su preferencia por el discurso improvisado, Valle-Inclán aclarará que su auténtica voluntad sería entregarse a un intercambio de impresiones con los oyentes, ya que, en su opinión, el mayor placer intelectual reside en «el sentido de la polémica» que se canaliza a través del diálogo:

Prefiero el discurso improvisado, porque en él vais viendo cómo se elabora el pensamiento del conferenciante, y siempre es grato ver trabajar. Más aún preferiría el discurso en colaboración, el diálogo.

Los griegos, que en todo eran entendidos, no conocían la conferencia y no hay casos de conferencistas griegos. Estimaban el diálogo, el diálogo socrático, el diálogo de los sofistas, y a esto quizás haya de venir a dar, con el tiempo y cuando se vaya elaborando, la conferencia.

---

<sup>45</sup> DOUGHERTY, D. : «El segundo viaje a México de Valle-Inclán: una embajada intelectual olvidada»; *Cuadernos Americanos*, año 38 (1979), págs. 137-176. Publicado también en Luis Mario Schneider: *Todo Valle-Inclán en México*; México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, U. N. A. M., 1992, págs. 193-204.

Nada es tan espoleante para el pensamiento, ningún paraíso artificial es tan fuerte como el sentido de polémica, que engendra el diálogo. Entre los yanquis existe ya la costumbre en los conferencistas de hacer las conferencias muy breves, y proponer al final diez preguntas que puede dirigirle el auditorio<sup>46</sup>.

Para ilustrar sus convicciones, el escritor recurre aquí a dos modelos distintos, el uno posibilista y el otro ideal. Así, como ejemplo de oratoria que implica la participación del público pero no niega la intervención magistral del orador, Valle alude a los foros norteamericanos, que probablemente había conocido durante su breve estancia en Nueva York en 1921. En 1926, en unas declaraciones a un periodista horas antes de dictar una conferencia, Valle-Inclán volverá a referirse al modelo oratorio de Estados Unidos:

Apenas si sé en estos momentos lo que he de desarrollar en esa conferencia. Si a esos actos se les priva de espontaneidad, pierden toda su importancia. En los Estados Unidos se tiene de ellos muy distinto concepto que aquí. Allí las conferencias se desenvuelven rápidamente, en quince minutos a lo más, y después queda el auditorio autorizado para hacer cuantas objeciones estima pertinente sobre lo tratado. Esto obliga a que surja la controversia constantemente y a que toda conferencia se halle rodeada de los mayores atractivos<sup>47</sup>.

Así, el modelo norteamericano le sirve a Valle-Inclán para ejemplificar un proceder oratorio alternativo, en el que la intervención del orador no se concibe tan sólo como un discurso magistral, sino como un pretexto a partir del cual se suscitará la controversia y la consiguiente participación del auditorio. Pero, más allá de este modelo posibilista, Valle proponía también un modelo ideal, el diálogo socrático.

En efecto, para mostrar las ventajas del diálogo frente a la conferencia convencional, Valle llega a afirmar que los griegos, «que en todo eran entendidos», no practicaban la oratoria, y que «no hay casos de

---

<sup>46</sup> «La pintura de Juan de Echevarría»: *El Liberal*, Bilbao, 13-VI-1923; en Dougherty, D. «Valle-Inclán y la pintura de Juan de Echevarría (Madrid y Bilbao, 1923)»; *Boletín de la Fundación García Lorca* (junio 1995), pág. 73.

<sup>47</sup> «Huésped ilustre. El Sr. Valle-Inclán en Málaga»; *El Cronista*, Málaga, 28-X-1926; en Gago Rodó, A., *art. cit.*, pág. 67.

conferencistas griegos». Naturalmente, el escritor sabe que esta afirmación no es cierta, pero la utiliza de forma didáctica para referirse a las ideas platónicas respecto a la oratoria. Así, por sinécdoque, las ideas de Platón vienen a simbolizar el pensamiento griego en su totalidad, y sirven para autorizar y prestigiar las convicciones del escritor. De igual forma que el filósofo griego defendía implícitamente la superioridad del diálogo socrático sobre la oratoria, Valle-Inclán acaba postulando la posibilidad de que, en un futuro, las conferencias sean sustituidas por un coloquio —por un «discurso en colaboración»— entre el orador y el público.

Así, las ideas platónicas acerca de la oratoria, que estaban latentes en las primeras reflexiones de Valle sobre el tema, reaparecen ya de forma explícita muchos años después para convertirse en el punto de referencia central de los planteamientos retóricos valleinclanianos. Los tres elementos que acabarán determinando el método oratorio del escritor —el rechazo del discurso escrito, el afán de sinceridad y el gusto por la polémica— hallan su formulación originaria en los diálogos platónicos, donde se advierte la íntima conexión que existe entre dichos elementos. En lo que respecta al texto escrito, ya Platón había afirmado que aquél no era más que un pálido reflejo del texto oral, un discurso estático e inerte que no respondía a las dudas del lector, que no podía defenderse de ataques injustos y que atentaba contra la memoria. En cuanto al afán de sinceridad, también el filósofo griego había censurado a los oradores coetáneos, acusándoles de traicionar retóricamente las ideas del bien y la verdad en beneficio de los propios intereses. Y como síntesis de la defensa del discurso oral sobre el escrito y del rechazo de una oratoria convencional, Platón acaba proponiendo el método dialéctico, en virtud del cual el maestro guía a su discípulo hacia el conocimiento verdadero.

En cuanto a Valle-Inclán, ya vimos en un capítulo anterior su gusto por la polémica, así como su afición a conversar hasta altas horas de la noche. Recordemos, en este sentido, que Alfonso Reyes tildaba a Valle de «hombre platónico» y lo comparaba con el Sócrates de *El Banquete* en

alusión a su inagotable pasión por la charla. Espoleado por su disidencia ideológica con el régimen primorriverista, a partir de los años veinte Valle mostrará su insatisfacción con el discurso magistral, que se le revelará insuficiente para comunicarse verdaderamente con el auditorio. Por estas fechas ya no le bastará la «comunidad» con el público, sino que querrá dialogar con los oyentes, permitir que éstos intervengan de forma activa en la construcción del discurso. Como un moderno Sócrates, Valle buscará despertar en el auditorio una conciencia crítica, y comprenderá que para ello es necesario que el público se sienta movido a la reflexión y empujado a la polémica. Naturalmente, esta hipótesis deberá confirmarse con un análisis detallado de las conferencias valleinclanianas de estos años, aspecto del que me ocuparé en la segunda parte de este trabajo. Por lo pronto, sin embargo, sí puedo decir que, ante un régimen político dictatorial que ha instaurado la represión y el silencio, Valle no tendrá bastante con deleitar al público, sino que también querrá provocarlo, sacudirlo, conjurar el miedo y propiciar la libre expresión de todo tipo de opiniones.

En todo caso, por estas fechas el escritor se limitará a expresar su gusto por la polémica, pero en la práctica seguirá ciñéndose al discurso magistral. Sin embargo, ya en la década de los treinta Valle estará unos meses en Roma como director de la Academia Española de Bellas Artes, y allí tendrá ocasión de presenciar los actos de propaganda del régimen fascista. Aunque no es el momento de entrar a matizar esta cuestión, sobre la que volveré en próximos capítulos, sí quiero señalar que Valle se vio inicialmente seducido por el fascio italiano, al que juzgó como un poderoso movimiento de sustrato popular y vocación universalista. A su regreso de Italia, y en contraste con el sentimiento colectivo que había percibido en el pueblo italiano, España se le aparecerá como un país de «anarquistas» donde «cada español tiene preferencia por un sistema y quiere una manera distinta de gobierno»<sup>48</sup>. Y una vez más, esta visión crítica de la sociedad española moverá al escritor a rechazar el discurso magistral y a proponer el

diálogo, la polémica, con el auditorio. En esta ocasión, sin embargo, no se limitará a plantear sus preferencias de forma teórica, sino que pretenderá llevarlas a la práctica.

Así, en noviembre de 1933, Valle-Inclán expresará en el Ateneo de Guipúzcoa su intención de romper con todas las convenciones oratorias y entregarse a un intercambio de impresiones con el público. Si años atrás había conocido el modelo americano, al que probablemente había considerado demasiado alejado de los usos españoles, ahora ha tenido la oportunidad de comprobar que en Europa ya hay varios intelectuales que han optado por una nueva fórmula oratoria. Según las explicaciones que ofrecerá el presidente del Ateneo, este nuevo método es más transgresor que el norteamericano, puesto que el público no sólo participa en la construcción del discurso tras la intervención del orador, sino que son los propios oyentes quienes inician el acto. A partir de los intereses expresados por el público, de sus preguntas o sugerencias, el orador —transformado de hecho en un interlocutor— explicita su punto de vista sobre las cuestiones planteadas. Como en las más novedosas corrientes artísticas de la época, el público pasa a obtener un papel protagonista en la construcción del hecho oratorio, que sólo adquiere entidad si los oyentes están dispuestos a participar en él. Por su parte, el orador no ve rebajada su importancia, puesto que sólo su presencia y el respeto por su opinión justifican ese debate. En todo caso, la sustitución del discurso magistral por el diálogo afectará, lógicamente, a todas las instancias del hecho oratorio: al orador, que pasa a ser un interlocutor especialmente autorizado; al público, que se convierte en el dinamizador del debate, y al discurso, que ya no se cifra en un tema elegido *a priori* por el orador, sino que acoge todo un abanico de inquietudes planteadas *in situ* por los oyentes:

El señor Usandizaga explicó al público que el señor Valle-Inclán no se proponía disertar sobre un tema decidido. El huésped del Ateneo Guipuzcoano iba a replicar a las preguntas que le hicieran los auditores,

---

<sup>48</sup> «Palabras del señor Valle-Inclán en el Ateneo Guipuzcoano»: *La Voz de Guipúzcoa*, San Sebastián, 29-IX-1933; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 591.

fórmula tribunicia adoptada por Marinetti, Bragaglia, Gómez de la Serna (Ramón), Shaw, etc., en diversas ocasiones. Para ordenar las preguntas y respuestas, el presidente del Ateneo esperaba de todos la colaboración adecuada<sup>49</sup>.

Pero el público de San Sebastián no pronunció una sola palabra, de modo que el señor Usandizaga tuvo que encargarse de iniciar el debate y de continuarlo después, al comprobar que el silencio persistía. ¿Qué debió sentir Valle-Inclán ante la falta de respuesta de los oyentes? ¿Se frustró, tal vez, o acaso pensó que ese auditorio era demasiado provinciano como para responder de forma satisfactoria a una propuesta tan revolucionaria? ¿Es posible que otro tipo de público, guipuzcoano incluso, hubiera reaccionado de forma positiva al envite valleincliniano? ¿Acaso hubiera sido necesario que el escritor introdujera el debate de forma didáctica —como en el modelo norteamericano— planteando previamente los temas que iba a tratar? ¿O tal vez habría bastado con que hubiera estimulado a los asistentes mediante una de sus incendiarias declaraciones? No tenemos respuesta para estos interrogantes, pero el hecho es que Valle no pudo ver realizados sus deseos de implicar plenamente a los oyentes en la construcción del discurso.

Así las cosas, en 1935, en la que sería su última conferencia y nuevamente ante el público del Ateneo donostiarra, Valle-Inclán eludirá la «fórmula tribunicia» ensayada dos años antes y se dispondrá a improvisar un discurso sobre la historia de España. Paradójicamente, esta vez sí intervendrá un espectador, quien reaccionará ante la siguiente afirmación pronunciada al inicio de la conferencia: «España no ha conquistado nada. No es nación conquistadora»<sup>50</sup>. Veamos cuál fue la interpelación del espectador y la consiguiente reacción de Valle:

Un espectador, al llegar a este punto, interrumpió a Valle-Inclán diciendo: «¿Cómo que no ha conquistado nada?»

---

<sup>49</sup> *Ibid.*, pág. 587.

<sup>50</sup> «Valle-Inclán expuso ayer en el Ateneo Guipuzcoano su opinión sobre la historia de España» (titulada «Divagaciones literarias»): *La Voz de Guipúzcoa*, San Sebastián, 20-II-1935; *apud* Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 629.

Valle-Inclán reiteró su afirmación anterior, con más energía, y añadió, después de referirse a Italia y a Flandes, «que sólo un supino ignorante puede decir que España es una nación conquistadora».

Estas palabras originaron una reacción en parte del público, que exclamó:

«No hay derecho, no hay derecho.» Coincidiendo con estas palabras, otra parte del auditorio aplaudió al conferenciante.

Terminado así el incidente, que no tuvo otras consecuencias, siguió diciendo el conferenciante (...) <sup>51</sup>

¿Es posible que una parte del público recordara la fórmula oratoria que Valle había intentado llevar a la práctica dos años antes, y esta vez estuviera dispuesto a polemizar con el autor? ¿Fue el propio escritor quien se propuso provocar al auditorio con una afirmación en principio muy discutible? ¿O se trató de un incidente casual, motivado en todo caso por ciertos apriorismos que algunos oyentes podían tener respecto a la postura política, o incluso respecto al carácter, de Valle? Sea como fuere, la reacción del escritor ante la intervención del oyente no tuvo nada que ver con el proceder socrático, ya que el método dialéctico obligaba a argumentar sólidamente cualquier toma de posición e implicaba el rechazo de falacias retóricas como la descalificación *ad hominem*. Pero, como diría Valle, hasta nosotros sólo ha llegado el texto escrito de este incidente, y nos falta el «retintín», el tono exacto que presidió aquel breve rifirrafe; tal vez el escritor se sintió interrumpido de forma brusca por el oyente, y a pesar de su gusto por la polémica, juzgó que aquella intervención era demasiado precipitada, puesto que ni siquiera se le había concedido el tiempo necesario para argumentar su afirmación; tal vez el espectador se expresó en un tono desafiante y ofensivo que irritó a Valle, máxime cuando dos años antes no había conseguido que el público del Ateneo guipuzcoano participara en el debate. Una vez más, todo cuanto podemos decir al respecto no son sino conjeturas, pero lo cierto es que el Sócrates del *Gorgias*, al que tanto se asemeja Valle-Inclán en su alejamiento de lo políticamente correcto y en su fina ironía, nunca se hubiera rebajado al nivel de Calicles llamándole «supino ignorante».

---

<sup>51</sup> *Ibid.*, págs. 629-630.

Llegados aquí, quiero destacar dos cuestiones que me parecen fundamentales. En primer lugar, el hecho de que Valle-Inclán mostró, en su trayectoria como conferenciante, el mismo afán de experimentación que le distinguió como creador, hasta el punto de que, en su vejez, no sólo quiso volver a revisar su idea de la oratoria, sino que llegó a formular unas propuestas que implicaban una renovación absoluta del hecho oratorio. Por otra parte, hemos visto que un idealismo de raíz platónica fue el denominador común de todas esas propuestas, aunque a partir de los años veinte esa perspectiva idealista se combinará con una visión radicalmente crítica de la sociedad española. Como he apuntado en varias ocasiones, el estudio de las conferencias valleinclanianas nos permitirá aproximarnos a las inquietudes del escritor y confirmar algunas hipótesis que he planteado aquí. Por lo pronto, sin embargo, para redondear esta segunda parte de mi trabajo, cabe preguntarse en qué medida fue Valle capaz de encarnar al orador ideal, o a los sucesivos modelos oratorios que fue proponiendo a lo largo de los años. Para responder a esta pregunta, contamos con los testimonios de varios periodistas, que nos aportarán una visión colectiva del Valle-Inclán orador.



## 3

## VALLE - INCLÁN EN LA TRIBUNA

## 3. 1. RETRATO DEL ORADOR

Si en las páginas precedentes he puesto de relieve la elocuencia de Valle-Inclán y los fundamentos teóricos de su oratoria, ahora me propongo reconstruir su figura como orador y analizar la recepción de sus conferencias. Para ello contamos fundamentalmente con las reseñas de los diarios, aunque también con el testimonio de algunos amigos del escritor como García Martí o Alfonso Reyes, entre otros. Por otra parte, es evidente que aquella recepción estará condicionada por factores diversos, como el contexto en que se pronunciaron los discursos, los presupuestos ideológicos a que éstos respondían, el tipo y la cantidad de público asistente, la afinidad o el desacuerdo del cronista con las palabras del escritor y otros elementos más difícilmente ponderables, como la predisposición de Valle para dictar una conferencia en un momento concreto o la influencia de los asistentes en el desarrollo del acto; tal vez el caso más claro de lo que vengo diciendo lo constituya la conferencia inicialmente titulada «El alma de Castilla», que fue objeto de variaciones sucesivas en distintos foros, y que, como veremos, tuvo una recepción muy distinta no sólo entre Latinoamérica y España, sino también en el propio continente americano.

Por otra parte, y aun partiendo de la hipótesis de que su espléndida conversación garantizaba el éxito en la tribuna, las cualidades de Valle como orador también deberán ser contrastadas, puesto que la conferencia

requiere unas dotes precisas relacionadas con el carácter público, abierto, del hecho oratorio. En este aspecto, las reseñas periodísticas ofrecen un buen repertorio de observaciones valiosas, en las que pueden rastrearse no sólo el estilo y el método oratorio del escritor, sino también la impresión que producían su imagen física, su gesto y su voz, es decir, todos aquellos aspectos que la retórica incluye en la acción y que son determinantes para la recepción del discurso.

Como sabemos, Valle dio conferencias en lugares muy distintos. Imaginémosnos ahora que formamos parte del público de principios del siglo XX y que no pertenecemos a ese sector minoritario que conocía personalmente al escritor, sino que hemos acudido a escucharlo por pura curiosidad o por cualquier otro motivo; es posible que no sepamos de qué va a hablarnos el orador, incluso puede ocurrir que ni la fama ni el prestigio adornen todavía su figura. Nos encontramos en un teatro, en un casino, en la sala de actos de una universidad o en un ateneo. Tras las presentaciones de rigor, aparece Valle-Inclán.

Lo primero que vemos es su apariencia física, su estampa y su atuendo. Francisco Madrid, refiriéndose a las conferencias dictadas en Buenos Aires en 1910, describe así la figura valleinclaniana:

Don Ramón vestía de negro. Sus ojos centelleaban tras de las gafas quevedescas (...). Por fin avanzó Valle-Inclán. Se le aplaudió con entusiasmo. Don Ramón esperó el silencio y en forma teatral y elegante inició el discurso<sup>1</sup>.

«Don Ramón vestía de negro»: esta primera observación ya nos recuerda ese rasgo tan valleinclaniano, un dandismo *sui generis* que es a la vez elegante y austero, llamativo y atemporal. José de Benito, rememorando la conferencia burgalesa de 1925, afirma lo siguiente: «La silueta de Valle-Inclán dentro de un frac impecable llenaba el escenario»<sup>2</sup>. También en una

<sup>1</sup> MADRID, F. : *La vida activa de Valle-Inclán*; Buenos Aires, Poseidón, 1943, pág. 185.

<sup>2</sup> *Apud* Dougherty, D. : «Valle-Inclán ante la dictadura militar: el viaje a Asturias (1926)»; en Barbeito, C. L. (ed.): *Valle-Inclán: Nueva valoración de su obra (Estudios críticos en el centenario de su muerte)*; Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988, pág. 70.

reseña de 1932, donde se advierte la complicidad del cronista con el escritor, se indica que Valle apareció en la tribuna vestido de negro:

En unos intercolumnios han colgado unos tapices, y sobre ellos han colocado muy seriamente a Don Ramón del Valle-Inclán, bellida barba. Está muy bueno don Ramón vestido de negro, echándole solemnidad al acto, como si no le adivináramos la sonrisa que va por debajo<sup>3</sup>.

En esta última reseña se menciona la «bellida barba» de Valle-Inclán, otro rasgo que llamaba la atención del público por cuanto no se trataba de una barba convencional, arreglada según los dictados de la moda, sino de una larga barba que iría encaneciéndose con el tiempo y que, junto con los ojos centelleantes y miopes «tras de las gafas quevedescas», perfilaba el característico rostro del escritor. Un rostro tan sugestivo que, al decir de un cronista, oscurecía el resto de su figura:

Don Ramón del Valle-Inclán no tiene cuerpo, solamente posee cara y cabeza. Su personalidad física se pierde escondida tras su luenga barba de gnomo o de profeta, que más que hecha de pelo parece formada con un manojo de sarmientos retorcidos, ligeramente cubiertos de nieve<sup>4</sup>.

Sin lugar a dudas, Valle se mostraba ante su auditorio como un personaje curioso y atractivo, ajeno a la moda pero con un estilo muy peculiar. De hecho, como recuerda Aznar Soler, el escritor quiso desde muy pronto «hacerse una cabeza», deseo que compartían otros artistas del Modernismo<sup>5</sup>. En una de las reseñas se aludirá a ese dandismo atemporal a que me he referido más arriba, incidiéndose también en la delgadez de la figura valleincliniana, en su larga barba, en sus ojos centelleantes y en otro aspecto particularmente llamativo, «el brazo único»:

<sup>3</sup> «Una conferencia de don Ramón del Valle-Inclán. Capacidad del español para la literatura»: *El Sol*, 4-III-1932; *apud* Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.) : *Entrevistas, conferencias y cartas. Ramón María del Valle-Inclán*; Valencia, Pre-Textos, 1994, pág. 491.

<sup>4</sup> Eduardo M. Montes: «En el Ateneo don Ramón del Valle-Inclán»; *El Castellano*, Burgos, 23-XII-1925; *apud* Romero Tobar, L. : «Una conferencia de Valle-Inclán: “La literatura nacional española” (1925)»; *El Museo de Pontevedra*, XLIV (1990), pág. 579.

<sup>5</sup> AZNAR SOLER, M. : «Estética, ideología y política en Valle-Inclán»; Ramón del Valle-Inclán, número monográfico, *Anthropos* (julio-agosto 1994), pág. 11.

(...) esta figura extraña e inconfundible, que parece desprenderse también de la penumbra de un pasado legendario y remoto. El cuerpo magro y estirado, el rostro flaco, que parece alargar todavía más la gran barba florida, los ojillos que despiden destellos detrás de los agresivos quevedos, y el brazo único que se mueve con suave lentitud o con enérgica expresión<sup>6</sup>.

Son muchas las reseñas que evocan la manquedad del escritor, aunque en varias de ellas se destacará no sólo la expresividad de aquel brazo único, sino también la de esa manga vacía que se movía al compás de la actuación valleinclaniana: según el cronista del ateneo burgalés, cuando Valle-Inclán «en los períodos álgidos de su conferencia se agitaba para recalcar sus afirmaciones, la manga vacía de su chaqueta se balanceaba como la de un espantapájaros azotado por el viento»<sup>7</sup>. Pero es Alfonso Reyes quien nos ofrecerá la descripción más completa, y a la vez más literaria, de la estampa valleinclaniana, en un testimonio que recoge todos los rasgos entrevistados hasta ahora:

Don Ramón es una figura rudimental (*sic*) (...). Cara y mano: lo demás no existe, o es sólo un ligero sustentáculo para esa cara y esa mano. (...) la cara es el dogma y la mano es el comentario.

Habla bien, conoce la nigromancia española. Es galante: ofrece la teología en bombonera. Pero no sólo hace de abate florido, no; una vez traspuesto el preámbulo, sus ojos comienzan a centellear, su voz se torna cálida y su mano de cera, más elocuente aún que sus palabras, dibuja y discurre continuamente una curva rítmica, isócrona, trascendental. La mano va y viene. Por momentos, el índice parece alargarse para apoyar un corolario que se quiere escapar. Otras veces, se despliega aquella larga aleta de pez y azota el aire, o bien se ostenta como un plano de proyección para las ideas. Lanzadera metafísica, la mano va y viene. La cara es fecunda como una cifra, y la mano desenmadeja las infinitas connotaciones de la cara (...).

Después de la conferencia, a la vez que una emoción de linda y preciosa finura, nos llevamos el sabor de algo áspero, bronco y hasta salvaje. ¿Qué ha sido ello? Lo diré: ¡la manga vacía!<sup>8</sup>

<sup>6</sup> «La primera conferencia de don Ramón del Valle Inclán»: *Excelsior*, México, 11-X-1921, pág. 1; en Sánchez-Colomer, M<sup>a</sup> F. : «Las conferencias de Valle-Inclán en México (1921): algunas reseñas olvidadas»; *El Pasajero, Revista de Estudios sobre Ramón del Valle-Inclán* (<http://www.elpasajero.com/>), invierno 2002.

<sup>7</sup> Eduardo M. Montes, *loc. cit.*, pág. 579.

<sup>8</sup> REYES, A. : «Apuntes sobre Valle-Inclán»; en Esteban, J. : *Valle-Inclán visto por...*; Madrid, Las Ediciones del Espejo, 1973, págs. 82-84.

El vaivén de la mano valleinclaniana contribuía sin duda a dibujar ese gesto que Francisco Madrid describía como «teatral y elegante» y que Alfonso Reyes calificaba como «más elocuente aún» que las palabras del escritor. Ya en una reseña citada más arriba indicaba el cronista que Valle había iniciado su disertación «echándole solemnidad al acto, como si no le adivináramos la sonrisa que va por debajo». Conjeturas al margen, lo cierto es que estas observaciones describen a un orador muy sugestivo, que no sólo contaba con una imagen física peculiar, sino que sabía acompasar su discurso con aquella expresividad corporal tan encarecida en los manuales de retórica. Además, según se apunta en las reseñas, los movimientos valleinclanianos eran efectivos pero contenidos, teatrales pero carentes de afectación. En un artículo sobre el cine escrito en 1922, Valle-Inclán censurará a Charlot, y por extensión a todas las estrellas cinematográficas del momento, precisamente por su gesticulación desmesurada y melodramática, tan distinta de la solemne inmutabilidad de las máscaras griegas:

Nada tan insulso, tan mediocre, tan apto para la emoción burguesa como las estrellas de cine. En todas las ocasiones lucen una vacua egolatría de pavos reales. Ese Charlot tan ponderado es algo más insoportable que ha sido en tiempos aquel don Genaro el Feo. Los gestos son el lugar común de todos los malos actores. Las máscaras, cómicas o trágicas, tienen su mayor eficacia en ser inmutables. La gesticulación desmesurada es del melodrama llorón, del ínfimo sainete, de la comedia ramplona. La tragedia sólo tiene ademanes y actitudes, regidos por una expresión del rostro casi sin mudanza. La escuela de la tragedia son las estatuas griegas. Esos actores de cine, cuyas caras compiten con el caucho, son, en cambio, unos horteras en las actitudes<sup>9</sup>.

Y es que, no lo olvidemos, Valle no era tan sólo un gran dramaturgo, sino un hombre de teatro en el sentido más amplio del término, y por ello plenamente capacitado para juzgar a los actores de su época. Si su propia vocación de actor se había visto frustrada, entre otras cosas, por la pérdida del brazo, la tribuna le daba la oportunidad de poner en práctica sus dotes actorales y de hacerlo según los dictados de elegancia y contención que exigía en los demás intérpretes. En una entrevista de 1927, donde opinará

---

<sup>9</sup> «La importancia artística del cinematógrafo», *ABC*, Madrid, 19-XII-1928; *apud* Hormigón, J. A. (ed.): *Valle-Inclán: Cronología. Escritos dispersos. Epistolario*; Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987, págs. 337-338.

también sobre cine, Valle narrará una curiosa anécdota en la que se demuestra su sensibilidad respecto al gesto actoral; partiendo de una premisa de raigambre platónica —«el oído es inferior a la vista en la escala de las percepciones»—, abundará en su conocida idea de que el lugar escénico condiciona la acción, y añadirá que, así como la acción prefigura el gesto de los personajes, éste determina la entonación y el sentido de los enunciados lingüísticos:

El oído es inferior a la vista en la escala de las percepciones.

Una entonación corresponde siempre a un gesto, a una posición, o simplemente a un estado anímico que no es otra cosa que un gesto psicológico.

(...) Existe una relación estrecha entre el gesto y la palabra. Esto determina que pueda prescindirse de la palabra. (...)

En una ocasión hallándome detrás del telón de fondo del teatro de la Princesa, iba escuchando la declamación de una ilustre actriz, a la cual no podía ver en aquel momento.

— «¡Baja la mano, María», le grité.

Un momento más tarde volví a decirle:

— «Por Dios, quita esa mano de la cabeza».

Uno de mis amigos, sorprendido, me preguntó por qué la corregía sin verla.

Estoy seguro de que no me he engañado. Su entonación correspondía a estos gestos que yo he corregido. Mi amigo tuvo curiosidad de comprobarlo, y confirmó que en aquellos momentos ella había adoptado, y después corregido, al oír mi voz, los gestos apuntados por mí.

Por mi parte le puedo decir que cuando escribo me dejo dominar principalmente por el lugar. Este determina la acción, y la acción los gestos de los personajes. En último término vienen las palabras que son una consecuencia de todos los demás precedentes<sup>10</sup>.

Sin embargo, como indica el propio escritor, el gesto responde en última instancia a «un estado anímico», esto es, a «un gesto psicológico». El gesto no es, por tanto, sino la exteriorización del sentimiento, como se había afirmado en una de las conferencias pronunciadas en Buenos Aires, concretamente en la titulada «Los excitantes»:

Tal ocurre, en otro sentido, respecto de la manera de estudiar de ciertos actores, que buscan ante un espejo el gesto y el ademán para hallar el

<sup>10</sup> BARREIRO, J. : «Las opiniones de Valle-Inclán sobre el cine: una entrevista desconocida»; *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. 20 (1995), págs. 512-513.

sentimiento. Y sin embargo, en el proceso natural, el sentimiento ha sido antes, y el gesto y el ademán han sido generados por él<sup>11</sup>.

En cuanto a la voz valleincliniana, las observaciones contenidas en las reseñas son contradictorias, pero en varias de ellas se indica que era poco poderosa, de timbre medio, insuficiente en ocasiones para llenar grandes espacios y no siempre inteligible. Esta última observación, realmente sorprendente, debe ser matizada, pues proviene en todos los casos de cronistas latinoamericanos, es decir, de un ámbito de habla española con una pronunciación peculiar. No podemos olvidar que Valle-Inclán ceceaba, aspecto que no suponía un problema para el oyente español pero sí podía significar una dificultad añadida en Latinoamérica. Así, por ejemplo, en la ciudad argentina de Rosario, el cronista asegurará que la primera parte de la conferencia dada por el escritor «no agradó tanto como el resto de ella porque su auditorio recién pudo adaptarse a su dicción, a su voz»<sup>12</sup>. Asimismo, en una revista chilena se afirma que la voz de Valle «es mala para un teatro y con poca inflexión»<sup>13</sup>. En un diario bonaerense se dirá también que Valle-Inclán no tenía la voz adecuada para llenar la sala del Teatro Nacional<sup>14</sup>. Curiosamente, sin embargo, sólo un cronista de Madrid aludirá de forma directa al característico ceceo valleincliniano, tal vez porque se consideraba descortés reseñar ese vicio de dicción: «Don Ramón charla con ese gracejo de ceceo acerca de cosas bellas que la gente le entiende muy bien»<sup>15</sup>. Otras reseñas incidirán en el timbre medio de la voz valleincliniana,

---

<sup>11</sup> «Los excitantes»: *La Nación*, Buenos Aires, 29-VI-1911; *apud* Garat, A. C. : «Valle-Inclán en la Argentina»; en *Ramón M<sup>a</sup> del Valle-Inclán (1866-1966). Estudios reunidos en conmemoración del centenario*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1967, pág. 104.

<sup>12</sup> GARLITZ, V. M. : «Valle-Inclán y la gira americana de 1910», en Santos Zas, M., Iglesias Feijoo, L., Serrano Alonso, J. y De Juan Bolufer, A. (eds.) : *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios*; Actas del Seminario Internacional de la Universidade de Santiago de Compostela (noviembre-diciembre 1998), 2000, pág. 107.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 116.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 99.

<sup>15</sup> «Una conferencia de don Ramón del Valle-Inclán. Capacidad del español para la literatura»: *El Sol*, 4-III-1932; *loc. cit.*, pág. 491.

que en ocasiones sorprenderá al cronista, como en el caso de una conferencia dada en Burgos:

Al verle se supone que de sus adentros saldrá una voz de bajo, que se precipitaría su barba como una peña al precipicio, pero la voz de don Ramón es de tono medio, agradable, más bien aguda que grave, propia de un lector de cátedra<sup>16</sup>.

Sin embargo, un cronista madrileño afirmará que el escritor «habla recio y pronuncia con fuerza»<sup>17</sup>, mientras que en Asturias se insistirá nuevamente en el «templado tono» de la voz de Valle-Inclán<sup>18</sup>.

Es posible, por tanto, que la voz de Valle, frente a los demás rasgos vistos hasta ahora, no fuera un elemento que contribuyera en sí mismo a la persuasión del auditorio. Sin embargo, otras observaciones apuntarán no tanto al timbre o a la potencia de esa voz como a la entonación, y en este aspecto se coincidirá en señalar la habilidad de Valle para modular el periodo oratorio. Recordemos que, para el escritor, el tono es un concepto complejo que abarca tanto la declamación del orador —donde es inseparable del gesto y el ademán—, como la musicalidad del discurso; al mismo tiempo, el objetivo de la oratoria no consiste en persuadir intelectualmente al público, sino en conmoverlo o regocijarlo, y ello se consigue precisamente a través del tono. Estas premisas van a determinar el estilo oratorio del escritor, quien variará a lo largo de su trayectoria el «tono» de sus discursos, pero que, en todas las ocasiones, aspirará bien a conmover, bien a provocar la hilaridad del auditorio.

---

<sup>16</sup> Eduardo M. Montes, *loc. cit.*, pág. 579.

<sup>17</sup> S. V.: «En la exposición Anglada. El sermón del Retiro»: *La Tribuna*, Madrid, 16-VII-1916; en Mascato Rey: «Valle-Inclán y Anglada Camarasa: una conferencia de 1916»; en González del Valle, L. T y Santos Zas, M. (eds.): *Anales de la literatura española contemporánea: Anuario Valle-Inclán I* (2001), pág. 190.

<sup>18</sup> «El Acto Literario de Ayer. Conferencia de Valle-Inclán»: *El Carbayón*, Oviedo, 2-IX-1926; *apud* Dougherty, D., *art. cit.*, pág. 82.



### 3. 2. LOS ENSAYOS INICIALES

Ya en la primera conferencia documentada de Valle-Inclán, la pronunciada en Pontevedra en 1892, se evidencia la voluntad de seducir al auditorio mediante un discurso original y sugestivo. La elección del tema será aquí determinante, puesto que el escritor hablará sobre ocultismo, una materia cuyo carácter novedoso contrastará con las lecturas de corte decimonónico que completarán la velada. En efecto, después de Valle, quien será el primero en intervenir, Heliodoro Gastañaduy participará en la sesión con un poema titulado «Vulgaridades»; Torcuato Ulloa con una «página de la vida madrileña», extraída de una novela corta que «el autor escribió ajustándola a los procedimientos de la moderna escuela naturalista»; y Gerardo Álvarez Linares con otro poema titulado «Poema vulgar. Una mártir», «que sigue los derroteros del género campoamorino»<sup>19</sup>. En ese contexto provinciano, donde la novela naturalista y la poesía de Campoamor se constituyen en los ascendentes de los jóvenes escritores, Valle deslumbrará a su auditorio con un alarde de erudición exótica y sugestiva. Su conferencia ocupará la mayor parte de la reseña periodística, en la que leemos las siguientes observaciones:

El señor Valle pronunció un discurso que, encerrado con deliberado propósito en breve espacio de tiempo, apenas si pudo condensar las muchas ideas vertidas por el orador y los copiosos datos y las innumerables citas que acumuló en su trabajo<sup>20</sup>.

De aquí deducimos dos cuestiones que afectan al método oratorio: por un lado, el recurso a la cita textual para abonar los «copiosos datos» del discurso, un procedimiento que Valle no volverá a utilizar en conferencias posteriores y que podemos interpretar no sólo como una concesión al positivismo finisecular, sino también como un agarradero para el orador novel; por otro lado, es significativo ese «deliberado propósito» de conceder

---

<sup>19</sup> «Velada en Artesanos» (titulada «El ocultismo»): *El Diario de Pontevedra*, Pontevedra, 8-II-1892; *apud* Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 7.

al discurso un corto espacio de tiempo, aspecto con el que Valle anticipa el gusto por la brevedad y la concisión propio del siglo XX. En cualquier caso, a diferencia de sus primeros escauceos con la escena, Valle contará con el favor del público desde su primera aparición en la tribuna, y, a pesar de que todavía no empleará un método oratorio radicalmente personal ni contará con su peculiar imagen física, ya desde el principio conseguirá seducir a los oyentes. Para ello utilizará no sólo su atípica erudición, sino también el recurso a la brevedad y la agilidad expositiva, todo lo cual redundará, según leemos en la reseña de esta primera conferencia, en el interés del auditorio:

El discurso del señor Valle ha sido indudablemente muy interesante, entretenido y ameno y fue seguida con verdadera atención la palabra fácil, expresiva y nerviosa del ilustrado joven a quien el público aplaudió mucho<sup>21</sup>.

Y es que, según podremos comprobar en las distintas reseñas, Valle-Inclán no sólo era un orador dotado de una imagen atractiva y un gesto sugerente, sino que era capaz de encandilar al auditorio con unos temas de gran alcance espiritual, enfocados desde perspectivas muy personales y servidos con un lenguaje en el que se combinaban la agilidad y la calidad estética. En este sentido, tanto en las conferencias presididas por un tono solemne y conmovedor como en las dirigidas a provocar la hilaridad del público, los cronistas hablarán siempre de la belleza formal y la capacidad de sugestión del lenguaje valleinclaniano, al tiempo que incidirán una y otra vez en la amenidad del discurso. Por otro lado, en varios momentos se aludirá a la brevedad de las exposiciones, que nunca excederán la hora de duración y que a menudo se resolverán en poco más de media hora. Todo ello conducirá a un previsible triunfo por parte del orador, si bien, como veremos enseguida, en alguna ocasión la respuesta del público no será tan favorable.

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, págs. 7-8.

<sup>21</sup> *Ibid.*

En su segunda conferencia documentada, la pronunciada en 1907 en el Ateneo de Madrid, Valle volverá a mostrar ese afán de originalidad propio de los jóvenes escritores, aunque esta vez, avalado por una obra literaria incipiente pero de reconocida calidad y teniendo ante sí al exigente público ateneísta, ya no recurrirá a los alardes de erudición ni a las citas textuales, sino que sorprenderá al auditorio con el tono desenfadado de su disertación. Recordemos que este discurso se inscribía en un ciclo de conferencias organizado por Pardo Bazán, en el que también participaban escritores como Joaquín Dicenta, Gregorio Martínez Sierra, Silverio Lanza o Rafael Urbano. Sin complejos, con fina intuición, Valle eludirá el tono solemne y académico propio de los oradores del Ateneo y recurrirá, en cambio, a dos estrategias que habrán de caracterizar muchas de sus intervenciones posteriores: la improvisación y el humor. De hecho, Valle debía de sentirse muy cómodo ante aquel auditorio, pues, como dice el cronista, «habló en la tribuna del Ateneo como habla todas las tardes en el café, entre sus amigos; y con ese ingenio que él derrocha pródigamente a todas horas, sin tasar la gracia, sin poner freno a la condición eficaz de su espíritu rebelde, cautivó a los ateneístas»<sup>22</sup>. El propio cronista afirmará que «jamás ha oído una conferencia, una disertación, una charla —esto fue realmente— tan interesante como la de anoche», al tiempo que hará referencia a la calidad estética del discurso, desarrollado mediante «párrafos esculturales, de una fluidez y una abundancia y una limpieza de verbo asombrosas». Por ello, no es de extrañar que al final de la crónica se aluda al «gran triunfo» conseguido por el «soberano prosista», un éxito que, como vimos, será refrendado meses después por «Fantasio», quien, en su balance anual de las actividades del Ateneo, recordará que el principal atractivo de la conferencia valleinclaniana residió en su carácter «pintoresco»<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> «La conferencia de Valle-Inclán» (titulada «Viva la bagatela»): *El Liberal*, Madrid, 3-V-1907; *apud* Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 17.

<sup>23</sup> FANTASIO: «La literatura en 1907»; *Diario Universal*, Madrid, 1-I-1908.

### 3. 3. EL BUFÓN SE VA A LAS INDIAS

A lo largo de la gira americana de 1910, Valle dará un ciclo de conferencias que supondrán un salto no sólo cuantitativo, sino también cualitativo, respecto a los dos discursos anteriores. Para empezar, tanto en Pontevedra como en Madrid la actuación del escritor había tenido como objetivo el darse a conocer en determinados círculos literarios, mientras que en Latinoamérica la motivación primera fue, como vimos, de índole económica. En segundo lugar, en la gira americana el escritor tuvo que preparar cinco conferencias distintas, en muy poco tiempo y con la presión de tener que agradar desde el principio, puesto que el éxito o el fracaso de la primera intervención podía condicionar la asistencia del público a las restantes. Por otra parte, las expectativas y las reacciones de este público eran especialmente imprevisibles, ya que se trataba de un auditorio heterogéneo cuya formación y cuyos intereses no estaban tan definidos como en el caso de Pontevedra o Madrid. No olvidemos, además, que aunque el escritor empezó dando estas conferencias en Buenos Aires, después siguió haciéndolo en varias ciudades argentinas, para terminar en Chile y Paraguay, y que en cada ocasión se enfrentaba a un público distinto. Finalmente, el hecho de empezar en Buenos Aires conllevaba una dificultad suplementaria, pues, como ha indicado Garlitz, en el Centenario de la Independencia la ciudad porteña estaba plagada de conferenciantes europeos con los que no iba a ser fácil competir, máxime cuando el público podía estar saturado<sup>24</sup>. Así las cosas, Valle tenía que hacer auténticos malabarismos para lograr, si no el triunfo de sus primeras intervenciones en España, sí al menos un grado de aceptación mínimamente consistente.

Pero, por encima de todos los motivos reseñados, había un aspecto que iba a influir decisivamente en la recepción de las conferencias en Latinoamérica, y era el hecho de que, a la altura de 1910, la ideología y los

---

<sup>24</sup> GARLITZ, V. , *art. cit.*, pág. 99.

presupuestos estéticos del escritor estaban no sólo muy definidos, sino también orientados en un sentido muy particular. En efecto, por estas fechas Valle se había aproximado, en el terreno ideológico, a las filas del tradicionalismo, al tiempo que su Modernismo literario empezaba a empaparse de ese afán trascendente que habría de cristalizar en las místicas páginas de *La Lámpara maravillosa*. Por otra parte, estos dos ámbitos, el ideológico y el estético, estaban íntimamente relacionados, por cuanto la afinidad de Valle con el tradicionalismo no sólo respondía a un rechazo radical de los valores burgueses dominantes, sino que se sustentaba en una visión idílica de la sociedad tradicional y en una concepción *sui generis* del ideario carlista. Como ya apunté hace unos años, el tradicionalismo valleinclaniano se sostenía en una concepción idealista de la historia española y de la institución de la monarquía, según la cual el colectivo hispánico y la figura del rey hallaban su esencia y su denominador común en el amor divino. Así, el pueblo español adquiriría su calidad de sujeto colectivo a través del cristianismo evangélico, en tanto que el monarca emulaba, con su amor patriarcal hacia la comunidad y su visión distanciada de los asuntos de estado, al mismo Dios. Finalmente, entre ese monarca-padre-dios y el artista se establecía un paralelismo, ya que ambos coincidían en ese amor indiferenciado hacia todas las criaturas y en esa capacidad para contemplar el mundo desde una perspectiva cenital<sup>25</sup>.

Las conferencias de la gira americana se revelarán deudoras de estos presupuestos, cuyos fundamentos trascendentes habrán de determinar el estilo oratorio del escritor y la recepción de sus discursos. Así, el tono desenfadado que había prevalecido en la conferencia de 1907 dará paso a un estilo grave y solemne, destinado menos a promover la risa del auditorio que a contagiarlo de unos ideales y a provocarle una emoción estética. Por

---

<sup>25</sup> Véase Sánchez-Colomer, M<sup>a</sup> F. : «El estreno de *Voces de gesta* en Barcelona»; en Aznar Soler, M. y Rodríguez, J. (eds.): *Valle-Inclán y su obra. Actas del Primer Congreso Internacional sobre Valle-Inclán* (Bellaterra, noviembre de 1992); Sant Cugat del Vallés, Cop d'Idees-Taller d'Investigacions Valleinclanianes, 1995, esp. págs. 527-528 y *Valle-Inclán, el teatro y la oratoria: cuatro estrenos barceloneses y una conferencia*; Sant Cugat, Cop d'Idees-TIV, 1997, págs. 50-53.

otra parte, la afinidad de Valle con el tradicionalismo, que había propiciado, el día anterior a la primera conferencia, un banquete en su honor organizado por el Círculo Tradicionalista de Buenos Aires, conllevará que, entre un público «distinguido y diverso», abunden los tradicionalistas y, en especial, los sacerdotes. Esto es, al menos, lo que afirma Francisco Madrid al comentar la primera conferencia del escritor, la titulada «El arte de escribir»:

El teatro estaba lleno de un público distinguido y diverso. Los tradicionalistas se volcaron para aplaudir a su correligionario. Había sacerdotes por todas partes y hasta algunos monseñores colocados en los palcos de la planta baja. La colectividad española olvidándose de la filiación política de don Ramón también se hizo presente en el acto y el público argentino tan dado al espectáculo de las conferencias tampoco faltó a la cita<sup>26</sup>.

En cuanto al estilo y el método oratorio, contamos con algunas observaciones recogidas por Virginia Garlitz de algunos diarios bonaerenses. Así, en *La Prensa* se censurará al escritor por no haberse ceñido a las reglas de la oratoria y, como ya vimos, se señalará que su voz no es la adecuada para llenar el Teatro Nacional<sup>27</sup>; en cambio, en *El Diario Español* Valle será elogiado por su elocuencia efectista, su originalidad, su ironía y su sutileza<sup>28</sup>. Siendo tan dispares las opiniones de uno y otro diario, que tal vez hubieran podido matizarse si contásemos con las reseñas completas, sólo destacaré las observaciones de *La Prensa*, en las que se indica que Valle no se ceñió a las reglas de la oratoria: de ahí puede deducirse que la conferencia no se desarrolló siguiendo una estructura rígida y convencional, sino que fue completándose mediante los excursos y los ejemplos propios del discurso improvisado. Ello confirmaría lo que ya dije en páginas anteriores: el hecho de llevar preparadas las líneas maestras del discurso no excluye la posibilidad de que Valle improvisara, lo cual resulta

---

<sup>26</sup> MADRID, F. , *op. cit.*, págs. 184-185.

<sup>27</sup> GARLITZ, *art. cit.*, pág. 99.

<sup>28</sup> *Ibid.*

más verosímil si tenemos en cuenta que en esta conferencia se abordaba un tema central, el arte de escribir, que ya había sido desarrollado en el Ateneo madrileño. En efecto, en aquella ocasión la conferencia se había dividido en dos partes: por un lado, la narración —a menudo fabulada— sobre la propia vida y, por otro, la exposición de ideas sobre la técnica novelística. En este punto, Valle había acotado el sentido de dos vocablos, «Modernismo» y «estilo», y para ello había planteado algunas cuestiones que ahora serán retomadas en términos prácticamente idénticos, sobre todo en lo concerniente a la definición del estilo literario.

El escritor, por tanto, no improvisó sobre la nada, pero tampoco se limitó a reproducir las ideas de 1907, sino que, siguiendo su procedimiento habitual en cuestiones de estética, las matizó y completó con nuevos conceptos y nuevas imágenes. Finalmente, en el Ateneo Valle había sido convocado a la tribuna como un joven escritor que había de exponer una «Autocrítica», mientras que en Buenos Aires se presentaba como un autor célebre llegado del extranjero. De este modo, si en Madrid había predominado el tono jovial y el recurso a la primera persona del singular, en Buenos Aires el escritor adoptará un estilo solemne con frecuentes exhortaciones al público. Así, por ejemplo, se dirigirá «a vosotros los jóvenes que sentís el amor de la literatura, para que comencéis el aprendizaje por mis hombros y vayáis más allá», incitará a las mujeres bonaerenses a amar «las bellas y sonoras palabras» y a bautizar a sus hijos con bellos nombres y advertirá en estos términos al público en general: «Ay de todos, el día que perdáis el idioma o lo evolucionéis para las necesidades del comercio solamente. Lo hacéis apto, pero lo haréis menos bello»<sup>29</sup>. No es de extrañar, entonces, que si en el Ateneo se habían consignado las risas del auditorio, ahora se indique que «durante toda la disertación dominaba un profundo silencio en toda la sala, que fue solamente interrumpido por las estruendosas salvas de aplausos con que se le saludó a cada párrafo»<sup>30</sup>.

<sup>29</sup> «El arte de escribir»: *La Nación*, Buenos Aires, 26-VI-1910; *apud* Garat, A. C., *art. cit.*, pág. 102.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pág. 99.

Todo parece indicar, por tanto, que la primera conferencia de Valle-Inclán en Buenos Aires gozó en general de una buena acogida. Tras esta primera intervención, sin embargo, ocurrió un incidente que, según cuenta Francisco Madrid, estuvo a punto de dar al traste con las restantes:

Mas al día siguiente estalló la bomba del Colón y Valle-Inclán pensó que Buenos Aires se recluiría en sus casas y que no atenderían las conferencias de un escritor... Quería rescindir el contrato. Los organizadores le suplicaron que no lo hiciera.

—No irá nadie...

—Irá todo el mundo... Precisamente acabamos de saber que son muchos los sacerdotes que quieren oírle a usted... Vea, el señor Obispo de Cuyo ha anunciado que asistirá a la conferencia...

—¡Ah, si el señor Obispo piensa ir no puedo rehuir el compromiso!...<sup>31</sup>

Según el biógrafo, al iniciar su segunda conferencia Valle-Inclán «dirigió una mirada de respeto litúrgico al palco en que se hallaba monseñor Orzali y comenzó su disertación sugestiva»<sup>32</sup>. No podemos saber si esta «mirada de respeto litúrgico» se produjo realmente o si se trata de una licencia literaria de Francisco Madrid. El hecho es que Valle iba a sorprender a su auditorio con una disertación que, en efecto, podía resultar muy «sugestiva», pero que en absoluto se adecuaba a la tendencia ideológica de una parte del público. El tema elegido en esta ocasión era «Los excitantes», y a ellos dedicó el escritor el grueso de su conferencia. Para empezar, los clasificó en tres grupos: los excitantes «morales»—como el ayuno—, los «neutros» —como la música, la poesía, el ritmo y la armonía de contrarios— y los «inmorales» —como el alcohol y el hachís—. Al desarrollar este último punto, explicó su experiencia personal con el cáñamo índico, lo cual, según el cronista, resultó especialmente atractivo para el público: «Sin duda alguna la parte más interesante de la conferencia es la que trata de la influencia del haschich, cáñamo índico, en la literatura y especialmente en su obra»<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> MADRID, F. , *op. cit.*, pág. 190.

<sup>32</sup> *Ibid.*

<sup>33</sup> «Los excitantes»: *La Nación*, Buenos Aires, 29-VI-1911; *loc. cit.*, pág. 104.



En realidad, Valle no se había limitado a describir cada uno de los excitantes, sino que en todos los casos los había puesto en relación con experiencias estético-metafísicas; la única diferencia en lo que se refiere al hachís es que aquí introdujo el componente autobiográfico, y ello hubo de despertar la atención morbosa del público, seguramente sorprendido de que un escritor célebre declarase desde la tribuna que era consumidor de hachís. Es muy posible que el auditorio sólo se quedara con la anécdota y, a lo sumo, comprendiera los efectos fisiológicos de esta droga descritos por Valle-Inclán, pero es casi seguro que los efectos anímicos y sus consecuencias metafísicas escaparon a la mayoría. De hecho, el cronista de *La Nación*, que hasta este punto había ofrecido una reseña muy coherente, a partir de aquí sólo es capaz de hilvanar una serie de frases desconectadas entre sí y cuyo sentido último sólo puede conjeturarse. Sea como fuere, lo cierto es que la reacción del público fue una vez más muy positiva, salvo en el caso de los católicos más recalcitrantes, quienes se mostraron no ya sorprendidos, sino escandalizados, ante las declaraciones del «católico» y «tradicionalista» escritor. Así, mientras en *La Prensa* se asegura que Valle fue muy aplaudido<sup>34</sup>, o en *La Nación* se indica que «cuando el conferenciante terminó sus últimas palabras (...) fue saludado por entusiastas manifestaciones de simpatía»<sup>35</sup>, Francisco Madrid describe de este modo la reacción de un sector del público:

Los católicos porteños estaban un poco aterrados ante las palabras de don Ramón. El Obispo de Cuyo tenía a su lado al sacerdote español Ventura Chumillas, amigo de don Ramón. El Obispo, al oír que Valle-Inclán exaltaba los efectos del haschisch y el opio se inclinó hacia el Padre Chumillas y le encareció.

—Dígale a don Ramón que hace muy mal en propalar que para escribir busca inspiración y ayuda en esos excitantes... Ahora habrá muchos que tratarán de imitarle...<sup>36</sup>

<sup>34</sup> «Conferencia de del Valle-Inclán. Los excitantes en la literatura. Peligros y ventajas»: *La Prensa*, Buenos Aires, 29-VI-1910; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 41.

<sup>35</sup> «Los excitantes»: *La Nación*, Buenos Aires, 29-VI-1911; *loc. cit.*, pág. 105.

<sup>36</sup> MADRID, F., *op. cit.*, pág. 195.

Es evidente que Valle sabía que iba a escandalizar a una parte del público, es más, es muy probable que buscara la provocación para marcar distancias respecto a sus amigos tradicionalistas. Pero, como ha demostrado Virginia Garlitz, esta disertación, a diferencia de lo que ocurrió con las restantes, no fue retomada como tal a lo largo de la gira americana, sino que Valle integró algunos de sus motivos en otros discursos o entrevistas ofrecidos en Latinoamérica<sup>37</sup>. No podemos saber si ello se debió a una decisión del propio escritor o fueron sus amigos quienes lo convencieron de que, si el público de la capital se había escandalizado, la reacción de un auditorio provinciano podía ser francamente negativa. De hecho, en su primera conferencia Valle ya había expuesto un punto de vista heterodoxo respecto a la tradición literaria, pero se trataba de una heterodoxia perfectamente asumible, por cuanto se circunscribía al ámbito de la creación artística y no rozaba cuestiones de tipo moral o ideológico. En cualquier caso, la provocación no iba a terminar aquí: pocos días después Valle defendería ante el público bonaerense su particular visión de la «España antigua», en unos términos que, como veremos enseguida, podían resultar cuando menos muy controvertidos.

Por lo pronto, sin embargo, el escritor desarrolló en su tercera conferencia una inofensiva «Semblanza de literatos españoles». Según el cronista de *La Nación*, el discurso «se redujo a una “causerie” sobre la vida anecdótica de Zorrilla, Manuel del Palacio, Campoamor y Valera»<sup>38</sup>. El término «causerie» indica una vez más que Valle, aun teniendo previsto el tema de la disertación, fue improvisando a medida que la desarrollaba ante el auditorio. También en *La Nación* se señala que, al finalizar la conferencia, el público «renovó sus demostraciones de simpatía hacia el exquisito poeta español»<sup>39</sup>, mientras que en *La Prensa*, donde se había cuestionado al orador

---

<sup>37</sup> GARLITZ, V., *art. cit.*, pág. 100.

<sup>38</sup> «Semblanza de literatos españoles»: *La Nación*, Buenos Aires, 3-VII-1910; *apud* Garat, A. C., *art. cit.*, pág. 106.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 107.

en su primera intervención, se dirá que esta vez se había mostrado «más dueño y poseído del ambiente», por lo que «pudo lucir toda su personalidad de agudo y espiritual comentarista»<sup>40</sup>. Francisco Madrid, por su parte, se confunde al afirmar que las conferencias pronunciadas por Valle en Buenos Aires «fueron cuatro»<sup>41</sup>, y obvia precisamente este tercer discurso, lo cual es de lamentar porque los pocos datos que poseemos respecto a la asistencia de público son contradictorios. Así, mientras que en *La Nación* se hace referencia a los oyentes que llenaban la sala<sup>42</sup>, González Arrili afirma que el público fue reduciéndose de forma paulatina, lo cual causó cierta frustración al escritor<sup>43</sup>.

En mi opinión, es muy probable que la cantidad de oyentes se fuera reduciendo de forma progresiva pasada la novedad de las primeras conferencias. No olvidemos que en Buenos Aires se habían dado cita un buen número de oradores ilustres, como el italiano Ferri, el francés Clemenceau o los españoles Blasco Ibáñez y Altamira, todos ellos capaces de atraer al público y de competir con Valle-Inclán<sup>44</sup>. Por otra parte, si nuestro escritor se había negado en un primer momento a «hacer de su literatura lucro indebido o espectáculo populacho (*sic*)», cuando finalmente se había tenido que enfrentar al auditorio no se había permitido ninguna concesión, sobre todo en sus dos primeras conferencias, donde había expuesto unas convicciones estéticas que podían ser saboreadas por los oyentes más cualificados, pero que podían resultar algo crípticas para el público en general. Ello debió de impedir que funcionara el «boca a boca», el cual era imprescindible para garantizar la asistencia a un ciclo tan largo de conferencias. Es posible, incluso, que tras la arriesgada disertación de Valle

---

<sup>40</sup> GARLITZ, V. , *art. cit.*, pág. 99.

<sup>41</sup> MADRID, F. , *op. cit.*, pág. 184.

<sup>42</sup> «Semblanza de literatos españoles»: *La Nación*, Buenos Aires, 3-VII-1910; *loc. cit.*, pág. 107.

<sup>43</sup> GONZÁLEZ ARRILI, B. : «Valle-Inclán, eximio escritor y extravagante ciudadano»; en *Ramón M<sup>o</sup> del Valle-Inclán (1866-1966). Estudios reunidos en conmemoración del centenario*, *op. cit.*, pág. 87.

<sup>44</sup> GARLITZ, V. , *art. cit.*, pág. 99.

sobre los excitantes, algunos de sus correligionarios quisieran expresar su desacuerdo y dejaran de acudir a escucharlo. Todo esto, en fin, no son más que conjeturas, ya que los cronistas se limitarán en cada ocasión a consignar cortésmente los aplausos dados al conferenciante y no ofrecerán datos precisos en cuanto a la asistencia de público.

Sea como fuere, Valle completó el ciclo de conferencias ante el público bonaerense. La cuarta se titulaba «El Modernismo», y en ella, tras acotar el sentido de dicho vocablo, el orador lo ilustró con ejemplos tomados de la pintura y la literatura españolas contemporáneas. Esta vez los datos relativos a la recepción del público son particularmente decepcionantes, ya que sólo dispongo de una reseña, la publicada en *La Nación*, que se limita a indicar que Valle terminó su discurso siendo objeto de una «ovación por parte de la concurrencia»<sup>45</sup>.

Finalmente, la quinta conferencia hubo de versar sobre «La España antigua». Respecto a este discurso declara Francisco Madrid:

No se halla entre las reseñas periodísticas que recogieron la última conferencia sobre “La España Antigua” ninguna información formal. Hay que lamentarlo. Valle-Inclán, hablando de vieja historia española realizaba el milagro de presentarla desde un ángulo que nadie, antes que él, había revelado. Fiel a mi principio de publicar sólo lo que tenga el sello del gran artista y las máximas garantías de contraste, me abstengo de reproducir las débiles referencias y transcribo el único párrafo de la disertación que conserva la huella valleinclaniana y cuyo concepto al pasar los años reiteró en múltiples ocasiones. Helo aquí<sup>46</sup>.

A continuación, el biógrafo transcribe el párrafo aludido, sobre el que volveré en próximos capítulos. Por el momento, cabe indicar que *La Nación* publicará una reseña del acto análoga a las anteriores, tal vez menos extensa, pero no por ello menos fiel a las palabras del escritor; esto puede comprobarse contrastando la crónica de esta conferencia con las publicadas poco tiempo después, sobre el mismo tema, en otras ciudades

<sup>45</sup> «El Modernismo en España»: *La Nación*, Buenos Aires, 6-VII-1910; *apud* Garat, A. C., *art. cit.*, pág. 110.

<sup>46</sup> MADRID, F., *op. cit.*, pág. 201.

sudamericanas, cuyo contenido coincide esencialmente con el reseñado en el diario bonaerense. No se entiende, por tanto, que Madrid niegue la existencia de reseñas válidas, como tampoco que Garlitz afirme que en Buenos Aires, y a tenor de este discurso, Valle fuera criticado por su «intolerancia»<sup>47</sup>. Si bien es cierto que las ideas del escritor sobre la España antigua iban a tener una recepción polémica en algunas ciudades y países de Latinoamérica, no está claro que ello ocurriera en Buenos Aires, cuando menos si tenemos en cuenta la única reseña disponible, la de *La Nación*. Por lo tanto, salvo que Garlitz haya tenido acceso a otras crónicas no mencionadas en su trabajo, en principio sólo podemos afirmar, según se lee en el diario bonaerense, que Valle dio su última conferencia «ante un público tan numeroso como selecto», y que aquélla, aunque «no fue tan extensa como las anteriores, no por eso careció de interés y belleza»<sup>48</sup>; asimismo, el cronista indicará que el escritor fue interrumpido «varias veces por una espontánea salva de aplausos» y que terminó su intervención «con una evocación a (*sic*) las viejas glorias de Castilla»<sup>49</sup>. Desde luego, es muy posible que el cronista se limitara a consignar los aspectos más halagadores para el orador, y obviara toda referencia problemática. Pero, insisto, cuanto podamos decir al respecto no son sino conjeturas, y lo cierto es que, a diferencia de lo ocurrido con la conferencia sobre los excitantes, el escritor iba a repetir el discurso sobre el alma de Castilla a lo largo de todo su periplo por América. Al margen de cuál pudo ser la efectiva reacción del público, y sin olvidar la posible afinidad con el orador por parte del sector tradicionalista, sí coincido con Garlitz en que «don Ramón, que siempre prefería expresar sus ideales en vez de buscar popularidad, no podía dejar de hablar de su idea del alma castellana tan sólo porque algunos de sus

---

<sup>47</sup> GARLITZ, V. , *art. cit.*, pág. 100.

<sup>48</sup> «La España antigua»: *La Nación*, Buenos Aires, 12-VII-1910; *apud* Garat, A. C., *art. cit.*, pág. 110.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pág. 111.

oyentes eran incapaces de verla como una lógica extensión de su visión estética y vital»<sup>50</sup>.

En cuanto al resto de conferencias dadas en otras ciudades de Argentina, remito al lector al ya citado trabajo de Garlitz, del que me limitaré a extraer ahora los datos más relevantes. El primer lugar visitado fue Mendoza, donde, a mediados de julio, Valle dio dos conferencias en el Teatro Municipal —«Siluetas de maestros» y «El Modernismo»—, pero el público fue muy escaso, lo que provocó el siguiente comentario en *La Tarde*: «Y hemos pensado que talentos tan aristocráticos como el de Valle-Inclán no deben venir a Mendoza a recoger la indiferencia de un egoísmo grosero, brutal»<sup>51</sup>.

A finales de julio, Valle acude con la compañía Guerrero-Mendoza a Rosario y el 7 de agosto da una conferencia en el Teatro Colón, la titulada «El arte de escribir», sobre cuya recepción nada sabemos. A mediados de agosto, en la ciudad de Córdoba, la llegada del escritor es evocada en la prensa con estos comentarios: en *La Verdad* se indica que «su palabra es ferviente y devota como la de un apóstol»<sup>52</sup>, mientras que en *El Comercio* se publica una entrevista con el escritor a lo largo de la cual, según Garlitz, el periodista «lo encontró parsimonioso en el hablar cuando se refería a temas profanos, mas cuando le recordó su conferencia sobre el excitante del haschich, Valle, “con una extraña iluminación”, les habló de sus ideas metafísicas, del círculo y el centro, parando sólo para “dar tregua” a sus oyentes y cambiar al tema de Galicia tan importante para sus obras»<sup>53</sup>. Tanto la referencia a la «palabra ferviente y devota», como la «extraña iluminación» consignada en este último diario, confirman el carácter trascendente de las convicciones del escritor a la altura de 1910, y dan cuenta también de la solemnidad con que se enfrentaba a los periodistas y al

---

<sup>50</sup> GARLITZ, V., *art. cit.*, pág. 103.

<sup>51</sup> *Ibid.*, pág. 105.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pág. 107.

público en general. En Córdoba, además, la conferencia que Valle iba a pronunciar era la titulada «El Alma de Castilla», y aunque el foro elegido era el Club Católico, acudió a escucharlo un público de lo más diverso, tal vez atraído por los calificativos de la prensa, en donde se leía que el conferenciante resultaba «distinguido, ameno y fecundo aun para los no carlistas»<sup>54</sup>.

Como era de prever, la disertación ocasionó un enfrentamiento entre católicos y liberales que hubo de trasladarse a la prensa. Así, el periódico católico *El Comercio* alabó a Valle-Inclán por su dominio de la materia y la intensidad y claridad de su pensamiento, e indicó también que el discurso fue recibido con una «justiciera ovación». El corresponsal de *El Diario Español* de Buenos Aires, en cambio, aludió a la gran incomodidad causada por el conferenciante, que se manifestó en una «carraspera atroz» por parte de un sector del público<sup>55</sup>. Finalmente, en *La Voz del Interior* el cronista se declaró impresionado por los aspectos formales de la conferencia, pero también perturbado por su «fondo de intolerancia»<sup>56</sup>. Después de estas reacciones encontradas, y tal vez a causa de ellas, Valle anuló una segunda conferencia que tenía prevista y se marchó con los Guerrero-Mendoza hacia Tucumán.

A finales de agosto Valle estaba ya en Tucumán, donde ofreció la conferencia titulada «Bocetos de maestros y amigos» en la Sociedad Sarmiento, el centro de cultura más importante de la ciudad. En este caso, el discurso fue escuchado por una concurrencia enorme que tributó al orador una prolongada ovación. Finalmente, y acaso motivado por el éxito obtenido en Tucumán, al volver a Rosario a mediados de septiembre el escritor repitió la misma conferencia en un local selecto de la ciudad, el

---

<sup>53</sup> *Ibid.*

<sup>54</sup> *Ibid.*, pág. 108.

<sup>55</sup> *Ibid.*

<sup>56</sup> *Ibid.*, págs. 108-109.

Club Social, y al parecer fueron muchos los socios que acudieron a escucharlo. Garlitz recoge el fragmento de una reseña en la que el cronista comenta el estilo oratorio de Valle:

La primera parte de su exposición no agradó tanto como el resto de ella porque su auditorio recién pudo adaptarse a su dicción, a su voz y también a su énfasis que pareció al principio declamatorio y solemne, impresión que pasó después al contacto de la amenidad de las anécdotas y ante la convicción de que su “manera” no era artificiosa sino su forma natural de expresión y al final fue objeto de felicitaciones y de aplauso<sup>57</sup>.

Al margen de la dificultad —ya comentada al inicio de estas páginas— de los oyentes latinoamericanos para adaptarse a la voz y la pronunciación de Valle, quiero destacar ese «énfasis declamatorio y solemne» consignado por el cronista, así como esa «amenidad de las anécdotas» que, tras el extrañamiento inicial, reconcilió al público con el orador. Una vez más, se confirma que Valle-Inclán utilizó, a lo largo de la gira americana, un tono grave y ceremonioso muy distinto del estilo desenfadado de su discurso en el Ateneo de Madrid, lo cual, como señalé más arriba, es sin duda inseparable de la trascendencia que empapaba la ideología del escritor por estas fechas.

Si en Argentina las ideas del escritor habían sido apreciadas por una minoría culta, no necesariamente tradicionalista, en Paraguay las conferencias valleinclanianas iban a suponer un auténtico fracaso. Francisco Corral ha estudiado a fondo la estancia de Valle en este país, por lo que, una vez más, me limitaré a entresacar de este trabajo los datos más significativos<sup>58</sup>. Corral explica que Valle-Inclán llegó a Asunción a mediados de septiembre en compañía de otro intelectual español, Adolfo Posada; pero aunque la visita de ambos despertó una gran expectación entre las élites locales, Posada, quien también iba a dar conferencias, no sólo no conoció el fracaso del escritor, sino que cosechó un gran éxito de público. Por su parte, Valle

---

<sup>57</sup> *Ibid.*, pág. 107.

<sup>58</sup> CORRAL, F. : «Valle-Inclán en Paraguai. Loas á Santa Inquisición e visos de *Tirano Banderas*»; *Grial*, Vigo (abril-xuño 1993), págs. 193-201.



empezó con la disertación menos polémica y más sencilla de cuantas había ofrecido en Argentina, «Perfiles de los autores españoles», para seguir con «El arte del estilo» y «El Alma de Castilla». Ya tras la segunda conferencia, sin embargo, el diario *La Capital* sugerirá que se rebaje el precio de las localidades para favorecer la asistencia del público, lo cual indica que Valle no había conseguido convencer a los oyentes con su primera intervención. En efecto, a partir de la segunda y la tercera conferencias, en la prensa podrán leerse los siguientes comentarios: «el público fue escaso», «el teatro estaba desierto», «algunos intelectuales, unos pocos estudiantes y dos o tres damas formaban todo el auditorio»<sup>59</sup>. Además, el discurso sobre el alma de Castilla suscitará una valoración muy similar a la que se había planteado en un diario de Córdoba:

Nos subyugó por la forma y nos dejó sorprendidos por el fondo de su exposición. Se mostró intolerante. Evocó la figura de los inquisidores e hizo la apología de sus persecuciones en defensa de la fe cristiana. Debemos ser intolerantes —dijo— obligando a profesar nuestras creencias y persiguiendo a los incrédulos. Y mientras estas cosas decía el conferenciante, más de uno de los oyentes, sustrayéndose a la pesadilla de aquel momento, recordaba alguna deliciosa página de *Sortilegio* (sic) de *honestas y nobles damas* <sup>60</sup>.

Sin embargo esta conferencia fue la última, por lo cual el fracaso de público no puede achacarse a la provocación latente en aquellas explosivas declaraciones. De hecho, como explica Francisco Corral, en Asunción la ideología dominante entre las élites locales se sostenía en un positivismo de base krausista, en el que se enmarcaban perfectamente las ideas defendidas por Adolfo Posada<sup>61</sup>. En este sentido, y aunque se conocía y admiraba a escritores modernistas como Rodó o Darío, la capital de Paraguay manifestaba un retraso respecto a otras ciudades como Buenos Aires o Montevideo, mucho más abiertas a las novedades artísticas europeas. Ello

---

<sup>59</sup> *Ibid.*, pág. 196. Corral no especifica qué fuentes cita en cada momento. Sí indica, en todo caso, que maneja estas publicaciones: *Revista del Centro Estudiantil*, nº 10, Asunción, septiembre de 1910 y *La Capital*, *El Diario* y *El Nacional*, Asunción, 15-30 de septiembre de 1910 (véase pág. 200).

<sup>60</sup> *Ibid.*, pág. 198.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pág. 197.

explicaría la escasa asistencia de público a las conferencias valleinclanianas, así como la lectura literal de las ideas vertidas por el escritor en su último discurso: como dice Corral, si las palabras del escritor sobre el alma castellana podían interpretarse como una provocación de la vanguardia intelectual al positivismo y al liberalismo en crisis en Europa, hacer estas declaraciones en el Paraguay del año diez, en el contexto de un ambiente liberal ilustrado, equivalía a ejercer «más que de abogado, de voceiro do demo»<sup>62</sup>. Con todo, Valle fue objeto de varios homenajes por parte de algunos intelectuales y estudiantes de Paraguay, lo cual, sumado a la característica elegancia con que el escritor asumía sus fracasos, explica que al final de su estancia en el país respondiera así a la siguiente pregunta de un periodista:

—¿Se marcha usted disgustado de nuestro público, señor del Valle-Inclán?

—¿Disgustado? No. Bien me doy cuenta de cuán difícil es venir de tan lejos a hacerme oír por un público tal vez poco familiarizado con el nombre de quien le reclame. Por lo demás, mis amigos han sido tan amables, tan devotos se me mostraron, que sería injusto hacer predominar sobre la impresión de tantas finezas el recuerdo de los malos momentos<sup>63</sup>.

Tras su estancia en Paraguay, Valle-Inclán volvió a Argentina, concretamente a Rosario, donde llegaría el 30 de septiembre. En este punto se plantean algunos interrogantes, ya que, según Corral, Valle ofreció en Rosario una tercera conferencia, la titulada «El Modernismo», y aduce para demostrarlo un telegrama enviado por el escritor desde Asunción, en tanto que Garlitz, aunque documenta esta nueva visita del escritor a la ciudad, afirma que este dato no ha podido ser verificado<sup>64</sup>. Sea como fuere, el hecho es que Valle-Inclán habría de proseguir con su agotadora gira, esta vez rumbo a Chile, en donde permanecería desde el 7 hasta el 17 de octubre.

---

<sup>62</sup> *Ibid.*, pág. 198.

<sup>63</sup> *Ibid.*, págs. 198-199.

<sup>64</sup> *Ibid.*, pág. 196 y cfr. Garlitz, V., *art. cit.*, pág. 94 n 17.

Según ha explicado Garlitz, al principio Valle no pensaba dar conferencias en Santiago de Chile, en parte debido a que padecía problemas de salud y en parte porque, como el resto de América, aquel año el país andino estaba inundado de conferenciantes, lo que hacía previsible un nuevo fracaso de público. Pero finalmente, y tal vez animado por la acogedora recepción de que había sido objeto, consintió en dar dos conferencias en el Teatro Municipal —«El Modernismo» y «El arte del estilo»— y otra en el Salón de honores de la Universidad de Chile, «El Alma de Castilla». Aunque Garlitz vuelve a afirmar que esta disertación resultará polémica, los testimonios que poseemos, recogidos por *El Correo Español* de varias publicaciones chilenas, se limitan a consignar los entusiastas aplausos de la concurrencia y a encarecer los méritos del orador en términos como los siguientes<sup>65</sup>:

Queremos dejar constancia de lo muy honroso que ha sido para nuestra Universidad fiscal, el hecho de que un príncipe de las letras haya dejado oír los magníficos acentos de una elocuencia profundamente religiosa en esas aulas, que parecían condenadas a no escuchar más voces que las de la negación o el escepticismo.

Fue un verdadero poema en que ensalzó el carácter castellano (...), con ese estilo tan lleno de encanto y tan suyo, que aleja al oyente de la tentación de discutir sus ideas para hacerle admirar únicamente la magia de su manera de decir.

Su voz había adquirido entonaciones de inspiración y ni un predicador religioso habría encontrado mayor unción y sabido dar más íntimo fervor a sus palabras, al referir el cristiano arrepentimiento de algunos fundadores o la edificante muerte de don Hernando Cortés.

¡Dejadme!, exclamó, que al despedirme de vosotros que me habéis recibido de esta forma, diga también la letanía castellana: «¡Castilla... alma de Castilla... águila de blasón, hierro de lanza y lis de plata para las fundaciones!»

Entusiastas aplausos acogieron sus palabras.

También es verdad que *El Correo Español* era el portavoz de la Colonia española en Chile, por lo que es muy posible que se limitara a reproducir los comentarios más elogiosos, y eludiera en cambio las reseñas poco favorables. En todo caso, los cronistas insistirán en destacar el tono

<sup>65</sup> «Valle-Inclán en Chile»: *El Correo Español*, Madrid, 2-XII-1910; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, págs. 53-55.

fervoroso del escritor, ese estilo oratorio tan persuasivo que, como el de San Bernardo de Claraval, «aleja al oyente de la tentación de discutir sus ideas para hacerle admirar únicamente la magia de su manera de decir». En mi opinión, estas huellas de la voz valleinclaniana documentan, tal vez mejor que muchas entrevistas o artículos, la evolución del pensamiento del escritor desde el año siete al año diez, desde un afán de originalidad jovial e hilarante a una gravedad y solemnidad de altos vuelos, y —como fondo común a ambos momentos— esa radical independencia espiritual y esa voluntad de persuadir al público ya conmoviéndolo, ya regocijándolo. Asimismo, tampoco se observa tanta distancia entre el método oratorio de la conferencia de 1907 y el utilizado en 1910, pues en ambos casos se recurre a la improvisación y a la inclusión de excursos y anécdotas que puedan distraer al auditorio, si bien, como ya señalé al principio, es muy distinto dar una charla ante amigos o conocidos que entregarse a una maratoniada gira salpicada de diecisiete conferencias, pronunciadas, además, ante un público extraño y de lo más variopinto.

En suma, Valle pasó a convertirse en esta gira americana, y pese a sus reticencias iniciales, en un auténtico orador profesional: conoció las servidumbres de un contrato y de un continuo trasiego de una ciudad a otra, de un país a otro; conoció el éxito pero también el fracaso, vio salas llenas de público pero también auditorios prácticamente vacíos; ensayó a fondo la técnica de improvisar sobre discursos anteriores y de intercalar los excursos necesarios para no aburrir al auditorio. Y lo más importante, a mi juicio, es que Valle se convirtió en un orador profesional sin poner en juego su independencia ideológica y sus convicciones estéticas, pero intentando, a la vez, hacerse comprender por todo el público, rehuyendo la pedantería y sugiriendo por el tono lo que no podía ser entendido por el concepto.

### 3. 4. VALLE-INCLÁN TRADICIONALISTA

Ya en España, Valle seguirá alternando durante un corto espacio de tiempo los estrenos teatrales y las conferencias. En concreto, en mayo de 1911 llega a Valencia con la compañía Guerrero-Mendoza para asistir al estreno de *Voces de gesta*, aunque finalmente, por problemas de última hora con el decorado y la indumentaria, se decidió que la obra se estrenaría en Barcelona al mes siguiente. No hay que olvidar que *Voces de gesta* podía interpretarse, según señalé yo misma hace unos años, como la versión creativa quintaesenciada del tradicionalismo valleinclaniano<sup>66</sup>: en efecto, a la altura de 1911 Valle era un tradicionalista confeso, lo que habría de reflejarse no sólo en su obra literaria, sino también en sus conferencias de este año. Así, tanto en Valencia como en Barcelona el escritor recuperará su discurso sobre el alma española y lo ofrecerá a un público específicamente legitimista, que habrá de recibirlo con un entusiasmo sin precedentes. Los valencianos, además, tendrán la oportunidad de acudir primero a otra conferencia del escritor, la titulada «Concepto de la vida y el arte».

La estancia en Valencia ha sido estudiada por Dru Dougherty, quien transcribe las reseñas de las dos conferencias dadas por el escritor en la ciudad<sup>67</sup>. La primera de ellas fue pronunciada en el Círculo de Bellas Artes, cuyo salón de actos, según registra *El Mercantil Valenciano*, «hallábase repleto de distinguido público, ávido de oír al conferenciante»<sup>68</sup>. Valle empezó su disertación implicando a los asistentes en el tema que iba a desarrollar: «Y pues me encuentro entre vosotros, todos artistas, he de desenvolver en esta hora el concepto de la vida y el arte»<sup>69</sup>. A continuación, ofreció un discurso plagado de imágenes y conceptos que ya habían sido insinuados en América

<sup>66</sup> SÁNCHEZ-COLOMER, M<sup>a</sup> F., *op. cit.*, pág. 9.

<sup>67</sup> DOUGHERTY, D. : «Valle-Inclán en Valencia (1911)»; *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid (enero 1994), págs. 7-18.

<sup>68</sup> «Valle-Inclán en Valencia. Conferencia en el Círculo de Bellas Artes» (titulada «Concepto de la vida y el arte»): *El Mercantil Valenciano*, Valencia, 31-V-1911; *apud* Dru Dougherty, *art. cit.*, pág. 13.

<sup>69</sup> *Ibid.*

—fundamentalmente el tema de la eternidad y la quietud en el arte—, y que, como dije en páginas anteriores, hallarían su más completa formulación en *La Lámpara maravillosa*. El cronista aludirá a la dificultad de transcribir las palabras del escritor —«es muy difícil reproducir siquiera sea pálidamente cuanto dijo en su hermosa oración el insigne literato, tanto por la belleza del lenguaje como por el fondo de las ideas expuestas»—, si bien ofrecerá una reseña muy completa, que culmina con estas observaciones relativas al método oratorio de Valle y a la recepción del público:

En brillantes períodos, llenos de hermosas imágenes, fue ampliando después cuanto había expuesto, y terminó con un párrafo magnífico, que valió al señor Valle-Inclán una ovación cariñosa y entusiástica.

En el transcurso de la conferencia fue interrumpido varias veces por los aplausos del público<sup>70</sup>.

Como vemos, el método seguía siendo el mismo: partir de unas ideas principales y amplificarlas mediante imágenes y ejemplos que fueran gráficos y atractivos y que posibilitaran la comprensión intuitiva de conceptos abstractos. Asimismo, es de destacar ese «párrafo magnífico» con que el orador cerró su discurso, sin duda un eco de la letanía proferida en Chile al final de la conferencia sobre «La España antigua», que tan buena impresión había causado en el auditorio. Aunque lógicamente el contenido de este párrafo no coincidía con aquella letanía, Valle había aprendido a clausurar sus discursos con un golpe de efecto que suscitaba de inmediato el aplauso de los oyentes, procedimiento que, como veremos, abandonaría con el paso de los años. Sea como fuere, el cronista afirmará que el escritor «salió complacidísimo de la velada», lo cual no es de extrañar si contrastamos la feliz recepción de esta conferencia con algunos fracasos todavía muy recientes en Latinoamérica.

Por último, la segunda conferencia, que versó sobre «La España Tradicional» —y que, como es obvio, era una variación de la titulada en América «La España antigua» o «El Alma de Castilla»—, fue pronunciada

---

<sup>70</sup> *Ibid.* pág. 15.

en el Círculo legitimista ante un público más restringido. Aunque Dougherty afirma que sólo *El Correo*, órgano del tradicionalismo de Valencia, dio cuenta del acto, Virginia Garlitz ha rescatado recientemente otra reseña más extensa, la publicada en el *Diario de Valencia*, que demuestra, por un lado, la progresiva elaboración de aquellos primeros discursos, y por otro la proximidad entre éste y el que poco después se ofrecerá en Barcelona<sup>71</sup>. En cualquier caso, en ambas reseñas se mencionará, una vez más, la letanía que cerrará la disertación, y si en una de ellas se hará referencia al «numerósísimo público» que despedirá al orador con ovaciones «prolongadas y entusiastas»<sup>72</sup>, en la otra se dirá con mayor énfasis que «una ovación delirante y entusiastas vítores pusieron el broche a la notabilísima conferencia del inspirado trovador de nuestra patria»<sup>73</sup>.

En junio del mismo año Valle-Inclán llegaba a Barcelona, donde finalmente iba a ser estrenada *Voces de gesta*. Arturo Ramoneda ha documentado profusamente esta visita a la ciudad condal, y yo misma he estudiado con más detenimiento no sólo el estreno de la obra, sino, sobre todo, la conferencia pronunciada por el escritor sobre el alma española, que Ramoneda se limitaba a reproducir<sup>74</sup>. El investigador plantea, por otra parte, la posibilidad de que Valle diera otra conferencia en Barcelona, que hubiera llevado por título «Visión personal de la estética» y que, en principio, debía ser ofrecida el 21 de junio en el Ateneo barcelonés. Ello resulta especialmente verosímil si tenemos en cuenta que en Valencia el escritor había pronunciado dos discursos, el titulado «Concepto de la vida y

<sup>71</sup> «Conferencia en Nuestro Círculo»: *Diario de Valencia*, Valencia, 1-VI-1911; en Garlitz, V. M. : «Valle-Inclán y la gira de Valencia de 1911»; en González del Valle, L. T y Santos Zas, M. (eds.): *Anales de la literatura española contemporánea: Anuario Valle-Inclán I* (2001), págs. 111-142.

<sup>72</sup> Sin título preciso[sobre la España tradicional]: *El Correo*, Valencia, 1-VI-1911; en Dougherty, D. : «Valle-Inclán en Valencia (1911)»; *art. cit.*, pág. 16.

<sup>73</sup> «Conferencia en Nuestro Círculo»: *Diario de Valencia*, Valencia, 1-VI-1911; *loc. cit.*, pág. 126.

<sup>74</sup> Puede verse Ramoneda Salas, A. : «Una estancia de Valle-Inclán en Barcelona»; Madrid, *Revista de Literatura*, LI (1989), págs. 495-515 y Sánchez-Colomer, M<sup>a</sup> F. : «El estreno de *Voces de gesta* en Barcelona», *art. cit.*, y *Valle-Inclán, el teatro y la oratoria: cuatro estrenos barceloneses y una conferencia*, *op. cit.*, págs. 23-54.

el arte» —cuyo correlato evidente hubiera sido esta «Visión personal de la estética»— y el que versó sobre la España tradicional, que sí tuvo su paralelo en Barcelona. Sin embargo, como indica Ramoneda, ni en los diarios ni en los archivos del Ateneo barcelonés existe constancia de que Valle-Inclán llegara a ofrecer su «Visión personal de la estética»<sup>75</sup>. Por otra parte, en 1925 el escritor volverá a la capital catalana con ocasión del estreno de *La cabeza del bautista*, y en un diálogo con Francisco Madrid afirmará que no conocía el «magnífico edificio» del Ateneo, por lo que es casi seguro que aquella segunda conferencia no llegó a pronunciarse<sup>76</sup>. Veamos, en todo caso, cuál fue la recepción del discurso sobre el alma española.

Si en Valencia Valle había sido recibido con todos los honores en el Círculo legitimista de la ciudad, su relación con los tradicionalistas catalanes puede calificarse de apoteósica. Desde su llegada a Barcelona, *El Correo Catalán*, órgano del tradicionalismo barcelonés, había dedicado diariamente varias páginas al escritor, apropiándose sin ningún rubor de su figura y de su obra. No es de extrañar, por tanto, que Valle fuera invitado a dar una conferencia en el Círculo Tradicionalista, que finalmente fue pronunciada el 1 de julio. El acto, precedido de la correspondiente propaganda, fue un éxito absoluto, ya que, como era de prever, los tradicionalistas catalanes acudieron en masa a escuchar a su eximio correligionario. De todas formas, lo más interesante para nosotros es que concedieron tal importancia a esta intervención que la registraron taquigráficamente y, dos días después, aparecía publicada en las páginas de *El Correo Catalán*<sup>77</sup>. Hasta lo que sabemos, se trata de la primera conferencia valleinclaniana transcrita de forma íntegra, lo cual —sumado a su indudable interés para el estudio de la

---

<sup>75</sup> RAMONEDA SALAS, A., *art. cit.*, pág. 506.

<sup>76</sup> Francisco Madrid: «Un diálogo con don Ramón del Valle-Inclán»; *La Noche*, Barcelona, 20-III-1925; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 276.

<sup>77</sup> «Conferencia dada por don Ramón del Valle-Inclán en el Círculo Tradicionalista de Barcelona»: *El Correo Catalán*, Barcelona, 3-VII-1911, pág. 1.



evolución ideológica del escritor y al hecho de que disponemos de muy pocas transcripciones análogas— concede a este documento un valor enorme.

Sea como fuere, por el momento sólo indicaré que la transcripción confirma lo que ya sabíamos: que Valle aprovechaba para sus intervenciones los motivos tratados en discursos anteriores, pero que siempre los reelaboraba; que los conceptos tratados eran de un gran alcance espiritual, pero que el orador, con objeto de llegar a todos los oyentes, recurría a imágenes y ejemplos para ilustrar sus ideas; que, para conseguir el necesario «contacto magnético» con el público, empezaba su discurso implicándole directamente en el tema tratado; que, para no aburrir al auditorio, las conferencias eran bastante breves; y que, para redondear la impresión sobre los oyentes, el orador reservaba para el final un golpe de efecto que suscitaba de forma refleja el aplauso enardecido del público. En este caso, además, ante la «interminable ovación y aclamaciones», Valle se sintió obligado a volver a la tribuna y, cual director de orquesta que ofrece un bis, recitó —«magistralmente» según el cronista— la oda final de *Voces de gesta*.

### 3. 5. EL MILAGRO MUSICAL

Sin duda, los éxitos en Valencia y Barcelona habían resarcido al Valle orador de algunos fracasos en Latinoamérica. Sin embargo, exceptuando su intervención de 1913 en el Ateneo de Madrid, relativa al frustrado estreno de *El Embujado*, no lo volveremos a encontrar en la tribuna hasta 1915. Durante este largo paréntesis el escritor se centrará, fundamentalmente, en *La Lámpara maravillosa*, que será publicada en 1916 y cuyas ideas estéticas, como sabemos, ya habían sido apuntadas en varios artículos y discursos. Si, de todas las disertaciones vistas hasta ahora, es la titulada «Concepto de la vida y el arte» la que mantiene una relación más estrecha con los *Ejercicios*

*espirituales*, a partir de 1915 Valle-Inclán dará una serie de conferencias cuya vinculación con la obra es absoluta. Dicho con otras palabras: estas conferencias no son sino fragmentos de *La Lámpara maravillosa*, hábilmente transformados, eso sí, en charlas destinadas a un auditorio.

La primera de estas conferencias, que ha sido documentada recientemente por Jesús Monge, fue pronunciada en marzo de 1915 en el Ateneo de Madrid y apareció reseñada en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*<sup>78</sup>. Aunque la reseña es mediocre y está bastante mal redactada, contiene algunas observaciones de indudable interés. Más completo es el comentario de Alfonso Reyes acerca de una conferencia dictada en el Ateneo, cuya fecha exacta no indica pero que, a juzgar por la coincidencia de motivos, probablemente sea la misma que la del *Boletín*<sup>79</sup>. Pudiera ser, no obstante, que la comentada por Alfonso Reyes sea una de las que, en 1916, ofrecerá Valle también en el Ateneo, dentro de una serie de disertaciones basadas todas ellas en *La Lámpara maravillosa*. En cualquier caso, y salvando el prurito documental, poco importa si los comentarios de Reyes se refieren a una u otra conferencia, ya que en todos los casos nos movemos en las ideas estéticas de los *Ejercicios espirituales*.

Si, como pienso, Alfonso Reyes está hablando de la conferencia del año quince, las observaciones que encabezan su comentario podrían interpretarse como una alusión velada a la guerra europea. En este sentido, el amigo de Valle expresa su extrañeza de que, en unos momentos en que reina el estrépito y todo está cambiando, el escritor se decida a dar un discurso sobre el «quietismo estético»:

Súbitamente. Don Ramón María del Valle-Inclán ha pronunciado, en el Ateneo, una conferencia teológica sobre el «quietismo estético». Súbitamente: ¿Qué conexión puede tener el asunto con la hora actual, como no sea una conexión negativa y paradójica? (...) Habla como si

<sup>78</sup> E. Tormo: «El Quietismo estético»: *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, vol. 23, Madrid, 13-III-1915; en Monge López, J. M<sup>o</sup>: «Una conferencia y una lectura de Valle-Inclán en el Ateneo (1915)»; *El Pasajero, Revista de Estudios sobre Ramón del Valle-Inclán* (<http://www.elpasajero.com/>), primavera 2002.

<sup>79</sup> REYES, A. : «Apuntes sobre Valle-Inclán»; *art. cit.*, págs. 81-85.

viniera de otro mundo: ¡como si no supiera lo que nos está sucediendo! Es decir —insisto—, súbitamente. Habla para negar el movimiento ¡y todo ante sus ojos está moviéndose, pintándose y borrándose como los juegos de niños en la arena, que decía Heráclito! Acaso este mismo estrépito lo ensordece; acaso el movimiento absoluto que nos embriaga ha acabado por asentarse en su ánimo con una impresión de constancia, de quietismo<sup>80</sup>.

Aunque Valle-Inclán llevaba ya algunos años sumergido en este tipo de reflexiones, es posible, como dice Reyes, que el escritor se enfrentara a la barbarie adentrándose más que nunca en el «quietismo estético», en esa conciencia de lo absoluto y eterno frente a lo contingente y temporal que también presidiría, poco después, su crónica de la guerra europea. Sin embargo, tampoco podemos olvidar que *La media noche* iba a escribirse desde una perspectiva aliadófila, lo que implicaba una oposición radical a la germanofilia del partido legitimista y un cambio de orientación ideológica que —según indicará Valle durante su segundo viaje a México— hubieron de experimentar varios intelectuales a partir de la guerra europea. El escritor volverá a evocar, tras su estancia en México, el viaje al frente francés, y contará una anécdota que, cierta o no, merece ser recuperada aquí. Cual un segundo San Bernardo, el orador arquetipo del «milagro musical», Valle afirmará haber dirigido una arenga a los soldados del frente francés:

Yo he visto la guerra europea —nos dice— como la han visto muy pocos. Los mismos que han peleado en ella puede decirse que no han visto más que una parte; pero yo no, yo la he visto toda, porque estuve en todas partes. Yo tenía una autorización que alcanzaron muy pocos; tenía autorización para ir a donde quisiera; y me llevó mi afán de ir a las primeras líneas de trincheras (*sic*), tanto como mi deseo de verlo todo y de sentirlo todo, el desvirtuar una murmuración que se corría en Francia: se decía que los periodistas españoles no querían acercarse mucho al frente; y al frente fui yo, y en una ocasión en que la lucha era más enconada, llevado por mi temperamento de guerrero me subí a un parapeto en la primera línea, y eché una arenga que llenó de asombro a todos los que la presenciaron<sup>81</sup>.

---

<sup>80</sup> *Ibid.*, pág. 81.

<sup>81</sup> Mario López Babelo: «Una visita a Valle-Inclán»; *España Nueva*, La Habana, vol. I, 30-XI-1921; *apud* Dougherty, D.: *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*; Madrid, Fundamentos, 1983, pág. 145.

Lo cierto es que, en los últimos años, el escritor había profundizado en sus lecturas de místicos y heterodoxos, por lo que contaba ya con un poderoso arsenal con el que completar sus propias intuiciones metafísicas. Así, a la altura de 1915, aquella imagen de orador espiritual que le había caracterizado en los años anteriores se radicalizará, y —en palabras de Alfonso Reyes— Valle se presentará en el Ateneo como un teólogo amante de la mística, la nigromancia y las herejías. Cualquiera que tenga una mínima sensibilidad y lea *La Lámpara maravillosa* comprenderá que, por estas fechas, Valle esté deseando publicitar sus hallazgos poéticos y espirituales, de cuya perfección formal y capacidad de sugerencia debía de estar orgulloso. *La Lámpara*, además, se prestaba a ser transformada sin ninguna dificultad en una charla, ya que, al margen de la división en capítulos, todas las ideas contenidas en ella estaban íntimamente relacionadas, podían mezclarse y superponerse sin que ello quebrara la coherencia interna del discurso, y además estaba escrita en un lenguaje de alto poder sugestivo.

Todo esto se reflejará en los comentarios de Reyes y en la reseña del *Boletín*, cuyo autor se declarará sumamente impresionado por la charla valleinclaniana. Uno de los aspectos que ambos destacarán es el hecho de que, aunque la conferencia fue breve, hubo de caracterizarse por una gran intensidad conceptual y emotiva. Así, el cronista del *Boletín* afirmará que el discurso «duró media hora, media hora de embeleso en la meditación», mientras que Reyes asegurará que «Valle-Inclán el Mágico nos ha hecho vivir varios siglos de vida intensa en media hora». Asimismo, en el *Boletín* se aludirá a la estructura circular de la conferencia y a los sugestivos términos usados, cuyo exotismo —se excusará el cronista— impedirá una reproducción ajustada de las ideas barajadas por el orador:

Duró media hora, media hora de hondo embeleso en la meditación, esta conferencia que comenzó y que acabó, no teniendo propiamente ni principio ni fin (...). Es, pues, imposible el extracto de las ideas, por razón de ser las palabras usadas extrañamente significativas y de no posible sustitución y de infiel recuerdo, para el cronista.

Asimismo, el autor de la reseña señalará la «fe convincente» con que el orador se dirigió al auditorio, al tiempo que afirmará, de un modo muy valleinclaniano, que aunque la conferencia pueda y deba escribirse, la sola lectura no podrá alcanzar la magia del discurso oral:

No podrá menos de escribirse y deberá leerse, y leerse varias veces, esa charla elocuente, esa interpretación, tan simbólica como quiera el hombre del sentido común, de las cosas del alma (...). Pero ya la conferencia leída seguramente no será sombra de la hablada, esta vez menos que nunca.

Estas observaciones nos hacen pensar que Valle utilizó un tono altamente emotivo, tendente, como en las conferencias del año diez, a sugestionar al público y a subsanar las inevitables dificultades de comprensión. Reyes asegurará que, en un momento de la conferencia, «por el auditorio ha corrido un temblor. No se oyen aplausos, sino resuellos agitados». Pero ahora el escritor volvía a encontrarse entre sus amigos del Ateneo, y por ello, junto a la pasión predominante en el discurso, se permitirá algún momento distendido y mordaz que provocará la hilaridad de los oyentes. Así, en la reseña del *Boletín* se dirá que Valle «arrebató al público, haciendo estallar risa sin fin, al hablar de la destrucción de los monumentos callejeros de Madrid», y Alfonso Reyes transcribirá el gesto simpático del orador en otro momento de la conferencia:

Afronta la definición de la magia. ¿La magia? El conferenciante vacila..., lleva la mano a la frente, como si se acomodara la tapa de la cabeza (un nuevo escalofrío ha corrido por el auditorio) y dice con voz sofocada.  
—¡Voy a ver zi puedo ezplicarme!

En suma, si Valle ya había logrado en Valencia y Barcelona sugestionar por completo a los oyentes, trasladarlos a un universo acrónico y de gran poder evocador, en este caso puede decirse que se superó a sí mismo, puesto que logró el «contacto magnético» nada menos que con un público como el del Ateneo, tan habituado a oír conferencias. Alfonso Reyes afirmará que los oyentes, que llenaban la sala, salieron imbuidos de «una emoción de linda y preciosa finura», mientras que el cronista del *Boletín* elogiará sin paliativos a

ese orador que, por unos instantes, ha sabido distraerle del «prosaísmo de la vida»:

Y vuelto al prosaísmo de la vida, el cronista todavía piensa en lo superficial, en lo insustancial, en la pura corteza en que andaba nuestra literatura toda, cuando aquellas primeras melenas escandalizaban, y en todo lo hondo y vibrante, íntimo e inquieto, que es el ideal de la generación de los literatos de ahora, de esa generación en la que Valle-Inclán es tan primero.

Tal vez el éxito obtenido con esta disertación contribuyera a que, en enero de 1916, el ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, que estaba a punto de nombrar a Valle-Inclán profesor de estética, invitara al escritor a dar una serie de conferencias en el Ateneo. Valle aceptará la propuesta y ofrecerá cinco discursos basados ya de forma explícita en los *Ejercicios espirituales*. Así, en *El Liberal*, donde se publicará una breve reseña del ciclo, leemos: «Las conferencias del señor Valle-Inclán, que han de formar un libro con el título *La Lámpara maravillosa*, valdrán tanto y serán tan gustadas como sus mejores novelas»<sup>82</sup>. El autor de una breve crónica publicada en *El Parlamentario*, que también ha sido exhumada por Jesús Monge, insiste en la relación entre las conferencias y el ensayo valleinclaniano, e indica que aquéllas han servido para aclarar los conceptos «un tanto oscuros» de éste:

En «La lámpara maravillosa», nuevo libro que [Valle-Inclán] ha puesto á la venta en estos días, encierra el maestro, siempre admirable y por todos admirado, toda su labor anterior sintetizada, es decir, que nos enseña su nueva estética, basada en las filosofías griega clásica, alejandrina y cristiana. Y no han sido sus conferencias sino una aclaración de los conceptos un tanto oscuros, á pesar de su bella y clara forma, para aquéllos que carecemos del bagaje cultural á propósito para poder juzgarlos (*sí*)<sup>83</sup>.

Y en una tercera reseña, la publicada en *La Época*, se afirmará que «las conferencias del Sr. Valle Inclán (...) llamaron de tal modo la atención del

---

<sup>82</sup> «Las conferencias de Valle-Inclán»: *El Liberal*, Madrid, 24-I-1916; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 162.

<sup>83</sup> Peñalba Alonso de Ojeda: «Al margen de la vida. Valle Inclán. Ejercicios espirituales», *El Parlamentario*, Madrid, 25-I-1916, pág. 2; puede verse en el «Apéndice documental» de esta tesis.

público, que á diario ha estado lleno el salón de actos del Ateneo». Asimismo, se indicará que la personalidad del orador y su atracción por los «grandes místicos» se «han dejado traslucir en sus frases y en los giros de su bella prosa», dando lugar a un estilo oratorio «lleno de preciosas imágenes y de ritmos y cadencias sublimes»<sup>84</sup>. También en *El Liberal* se destacará el fondo místico de los discursos y se alabará la retórica del escritor: «Artista sobre todo, al discurrir como filósofo, y aun como místico, lo hizo en estilo de pureza y coloración admirables»<sup>85</sup>. Todos los cronistas, pues, aluden al complejo universo conceptual latente en estas cinco conferencias, pero también destacan el «milagro musical» conseguido por el orador, quien, según reseña el cronista de *La Época*, «oyó muchos aplausos al final de cada uno de sus ejercicios espirituales».

### 3. 6. LECCIONES DE ESTÉTICA (I)

Estas cinco conferencias clausuraban el ciclo basado en *La Lámpara maravillosa*, pero Valle retomará los conceptos estéticos de la obra en varias disertaciones de ese mismo año y de años sucesivos. A su vuelta del frente francés será nombrado, en julio de 1916, profesor de estética de la Real Academia de San Fernando, y aunque dimitirá pronto del cargo, ello no impedirá que sea convocado, por sus conocimientos de arte y sobre todo de pintura, a dar varias conferencias que tendrán como motivo central la obra de artistas plásticos.

La primera de ellas estará dedicada al pintor catalán Hermenegildo Anglada Camarasa, más conocido como «Hermen Anglada»; hasta hace poco sólo disponíamos de una reseña del discurso, la del diario *El Liberal*, que Dru Dougherty había reproducido parcialmente<sup>86</sup>; ahora, gracias al

<sup>84</sup> «Las conferencias de Valle Inclán»: *La Época*, Madrid, 23-I-1916, pág. 2; reseña descubierta por J. M<sup>a</sup> Monge López y reproducida en el «Apéndice documental» de esta tesis.

<sup>85</sup> «Las conferencias de Valle-Inclán»: *El Liberal*, Madrid, 24-I-1916; *loc. cit.*, pág. 161.

trabajo de Rosario Mascato Rey, hemos podido acceder tanto a la totalidad de este documento como a otra reseña más extensa, la publicada en *La Tribuna*<sup>87</sup>. Como explica Mascato Rey, en 1915 Anglada Camarasa había expuesto con gran éxito en Barcelona, y ello motivó que un grupo de artistas e intelectuales escribieran desde Madrid al pintor catalán, solicitándole que acudiera a la capital para exponer sus innovadoras pinturas. En junio de 1916 se inaugura una exposición en el Palacio de Cristal del Retiro madrileño y unos días más tarde se inicia un ciclo de conferencias dedicado a Anglada, en el que participarán —además de Valle-Inclán— José Francés, Rafael Doménech y Federico García Sanchiz.

La conferencia de Valle, que tuvo lugar el 15 de julio, debía ser pronunciada en el propio Palacio de exposiciones, en donde, según uno de los cronistas, se había concentrado «el “todo Madrid” intelectual y artístico». Pero en el interior del local el calor era tan sofocante, que el público se vio obligado a instalarse en las escalinatas:

Mas el calor se hace irresistible, y de pronto, como si el público obedeciese una de esas órdenes que en un instante pone en dispersión un regimiento, todos abandonamos el local y trasladamos las sillas —obedientes a una improvisada y eficaz disciplina— bajo los árboles y frente á la escalinata que da acceso al edificio<sup>88</sup>.

Esta peculiar tribuna explica el enigmático título de la reseña publicada en *El Liberal*: «En el pórtico». Detalles aparte, en ambos diarios se comprueba que Valle abordará la obra de Anglada relacionándola con su personal concepto de las regiones ibéricas, el mismo planteamiento con que después enfocará la pintura vasca, la obra de Echevarría y la pintura gallega. En cuanto a la reacción del público, uno de los cronistas afirmará que «la conferencia de Valle-Inclán a propósito de los cuadros de Anglada fue una

---

<sup>86</sup> «En el pórtico»: *El Liberal*, Madrid, 17-VII-1916; en Dougherty, D., *op. cit.*, pág. 151 n 185.

<sup>87</sup> La otra reseña es la siguiente: S. V.: «En la exposición Anglada. El sermón del Retiro»: *La Tribuna*, Madrid, 16-VII-1916; *loc. cit.*, págs. 189-191.



cosa semidivina»<sup>89</sup>, en tanto que el otro incidirá en la comunión de Valle con el auditorio —«ya entre él y el público no hay distancia»— y en los «fervorosos aplausos» con que será recibida la disertación. Con todo, a partir del testimonio de Mateo Hernández Barroso sabemos que el escritor leyó, antes de que fueran publicadas, las transcripciones de su conferencia, y que entró en cólera al comprobar la torpeza de los cronistas, quienes habían sido incapaces de reflejar «aquel torrente de alusiones clásicas, de ideas singulares y de imágenes rutilantes»:

Anglada Camarasa frecuentó la tertulia [del Nuevo Levante] antes de exponer su obra magnífica de colores desconcertantes, revelaciones extrañas, penumbras y llamaradas. Don Ramón dio una conferencia sobre su arte en la escalinata del Palacio de Exposiciones del Buen Retiro y era de ver su cólera cuando le entregaron la traducción de las cuartillas taquígráficas: no entraba en el meollo de los pobres taquígrafos aquel torrente de alusiones clásicas, de ideas singulares y de imágenes rutilantes, muy lejos de la vacua y mazorral oratoria usual en las sesiones del Ayuntamiento y de la Cámara de Diputados<sup>90</sup>.

Sea como fuere, nos consta que el escritor cerrará su discurso con un comentario sobre el «discutido y espejeante *Tango de la corona*», uno de los cuadros de Anglada más innovadores y polémicos, afirmando que tiene «un hondo sentido trágico y se parece a un incendio en que cada mujer es una llama viva»<sup>91</sup>.

Unos meses después Valle será invitado a dar una conferencia sobre la Exposición de Artistas Vascos realizada en Madrid. Como ya he indicado, una vez más recurrirá a la relación entre geografía y arte para aquilatar el valor de las obras expuestas. Según se desprende de las palabras con que cerrará el discurso, fueron los propios artistas los autores de la invitación: «Y réstame agradecer vivamente a mis jóvenes amigos, los artistas vascos

---

<sup>88</sup> S. V.: «En la exposición Anglada. El sermón del Retiro», *loc. cit.*

<sup>89</sup> «En el pórtico», *loc. cit.*

<sup>90</sup> HERNÁNDEZ BARROSO, M.: *El oso y el madroño*, México, Imprenta Azteca, 1954, pág. 137; *apud* Alerm, C.: «Valle-Inclán a través de Mateo Hernández Barroso», *El Pasajero, Revista de Estudios sobre Ramón del Valle-Inclán* (<http://www.elpasajero.com/>), otoño 2001.

<sup>91</sup> «En el pórtico», *loc. cit.*

que hacen esta exposición, las cariñosas palabras con que me han traído aquí»<sup>92</sup>. Aunque la reseña no contiene apenas ningún comentario, es evidente que en Bilbao —como ya había sucedido en Barcelona en el año once— se concedió una gran importancia a esta disertación, que se reprodujo íntegra en las páginas de *El Noticiero bilbaíno*. Se trata, por tanto, de la segunda conferencia completa de que tenemos constancia documental.

En 1917 Valle abandonará Madrid para instalarse en Galicia, donde pretenderá dedicarse a las labores del campo y donde permanecerá varios años. Sin embargo, hará algunas escapadas a la capital, y en 1918, invitado por la Residencia de Estudiantes, dará una conferencia destinada a «iniciar una serie de veladas inolvidables». En efecto, en páginas contiguas a la reseña podemos leer que esta disertación se enmarcaba en una serie de actos culturales programados por la Residencia, que iban desde conferencias análogas —así, por ejemplo, se anuncian las de Manuel Machado y Eduardo Marquina—, hasta cursos nocturnos, conciertos a cargo de intérpretes ilustres como Andrés Segovia o excursiones a las cercanías de Madrid.

Es posible que la Residencia no tuviera prevista la actuación del escritor, pero que, aprovechando su visita a la capital, se decidiera a invitarlo. Digo esto porque, aunque la reseña es paupérrima, todo parece indicar que en esta ocasión, más que una conferencia, Valle ofreció una charla completamente improvisada. Es posible también que —teniendo en cuenta su retiro a su tierra natal— se le pidiera una comparación entre Galicia y Madrid, ya que la conferencia consistió en una «evocación del carácter de su pueblo», que el escritor desarrolló «apoyándose en los casos anecdóticos de un guardia civil, un hereje, un teólogo, unas campesinas al servicio de su hogar y dos hidalgos». Aunque, insisto, la reseña no nos permite una valoración concluyente, del comentario del cronista puede deducirse que Valle no ofreció un retrato ideal de su tierra, pues habló de «casos sospechosos y resbaladizos» en un tono «misterioso» y «sugestivo», pero también «truculento» y «escabroso». En cualquier caso, el cronista

---

<sup>92</sup> «Conferencia de Valle-Inclán con motivo de la Exposición de artistas vascos en Madrid»: *El*

definirá a Valle como un «admirable conversador» y destacará tanto su «dominio del lenguaje» como la amenidad de su charla:

Abordó derechamente y con extraordinaria finura los casos más sospechosos y resbaladizos, dejándolos engastados con la pureza de las piedras preciosas merced a su dominio del lenguaje (...). ¡Admirable conversador! Misterioso, sugestivo, truculento, escabroso y siempre ameno<sup>93</sup>.

El acto, en fin, culminó con la lectura por parte de Valle de algunos poemas de *La pipa de kif*, obra que también vería la luz en 1919. Concretamente, recitó «Rosa de sanatorio», y la estrofa undécima de «La tienda del herbolario», un desinhibido y refrescante elogio de la marihuana. Esta vez, sin embargo, el público no sólo no se escandalizó por la mención de las «yerbas letales», sino que, al finalizar la lectura, reclamó un bis.

En 1919 Valle volverá a la tribuna para hablar de otro artista, el escultor Julio Antonio, un habitual de las tertulias del Nuevo café de Levante que acababa de morir en plena juventud. Como amigo personal del escultor, y como entendido en arte, el escritor dará una conferencia en Santiago de Compostela titulada «En honor de Julio Antonio»<sup>94</sup>. En *El Diario de Galicia* se indica que «si circunstancias irremediables no nos lo impidieran, publicaríamos íntegramente el discurso pronunciado ayer por el excelso escritor gallego, para que nuestros lectores pudieran gustar las delicias de su inestimable oración»<sup>95</sup>. Al margen de esas «circunstancias irremediables» —que no impedirán una amplia reseña del acto—, los

---

*Noticiero Bilbaíno*, Bilbao, 13-IX-1916; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 182.

<sup>93</sup> Sin título (Conferencia en la Residencia de Estudiantes): *Poesía*, págs. 60-61, Madrid, 2-XII-1983, pág. 60.

<sup>94</sup> «En honor de Julio Antonio»: *El Diario de Galicia*, Santiago de Compostela, 22-III-1919; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, págs. 189-192. Santos Torroella, R., en «El rescate de Julio Antonio. Apuntes para una biografía»; en *Exposición de esculturas Julio Antonio (1889-1919)*; Madrid, Comisaría de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes, 1969, pág. 19, documenta otra reseña, aunque no la reproduce: «El ilustre Valle-Inclán pronuncia un discurso conmemorativo en Santiago de Compostela»: *La Jornada*, Madrid, 1-IV-1919, pág. 6. Puede verse en el «Apéndice documental» de este trabajo.

<sup>95</sup> «En honor de Julio Antonio», *loc. cit.*, pág. 189.

gallegos mostrarán un gran entusiasmo por la intervención de su ilustre paisano, al que recibirán con «una nutrida y prolongada salva de aplausos».

Valle iniciará su conferencia con una emotiva evocación de Julio Antonio. Enseguida, narrará varias anécdotas del escultor, que irá entreverando con sus propias teorías estéticas acerca de las edades del arte. Al finalizar, implicará a los oyentes en el discurso relacionando a Julio Antonio con la «tradición de la piedra» compostelana —cuyo máximo exponente es el Pórtico de la Gloria— e incitándoles a no profanar esa venerable tradición: «Vosotros, compostelanos, que tenéis esa reliquia del Pórtico de la Gloria bien hacéis en recordar a Julio Antonio (...). Ved lo que debéis hacer con esta reliquia que tenéis y no la profanéis, compostelanos». Tras estas palabras, «el público, en pie, tributó a Valle-Inclán una estruendosa ovación que se renovó cuando el orador salió del Teatro»<sup>96</sup>.

### 3. 7. EL ORADOR REVOLUCIONARIO

En 1923 Valle volverá a disertar sobre las artes plásticas, en concreto sobre el pintor Juan de Echevarría y sobre una Exposición de Bellas Artes celebrada en Santiago. Sin embargo, antes de estas intervenciones se producirá su segundo viaje a México, que dará lugar a un complejo ciclo de conferencias. Forman parte de esta serie cuatro discursos pronunciados en 1921 en la capital de México, otro en la localidad mexicana de Guadalajara, otro más en Nueva York y, finalmente, ya en 1922, el del Ateneo de Madrid titulado «El deber cristiano de España en América». En lo que se refiere a los dictados en México, hasta hace poco no teníamos más que unos fragmentos de algunas reseñas periodísticas, recogidos o parafraseados en la

---

<sup>96</sup> *Ibid.*, pág. 192.

monografía de Luis Mario Schneider<sup>97</sup>. Por mi parte, he publicado recientemente varias reseñas de todos los discursos<sup>98</sup>, salvo del pronunciado en Guadalajara, cuyo contenido, como veremos, apenas puede deducirse de los comentarios de Schneider.

Valle-Inclán llegó a México en septiembre de 1921, invitado por el Presidente de la República, Álvaro Obregón, para las fiestas del centenario de la Independencia. La acogida que se le tributó fue espléndida y, como indica Schneider, no es difícil seguir paso a paso su estancia en el país, ya que la prensa le dedicó casi a diario varios artículos. A mediados de octubre se iniciará el ciclo de conferencias, que ya venía anunciándose en los principales diarios de la ciudad y que será presidido por el rector de la Universidad Nacional, el señor José Vasconcelos.

La primera de ellas será pronunciada el 10 de octubre en el salón de la Escuela Nacional Preparatoria denominado «el Generalito», un hermoso espacio de estilo colonial. En las tres reseñas de que disponemos —las publicadas en *Excelsior*, *El Universal* y *El Demócrata*— se ofrecen datos contradictorios respecto a la asistencia de público. Así, el cronista de *Excelsior* se duele de que sean pocos los que han ido a escuchar al escritor, cuando «don Ramón tiene muy grandes y muy cultos admiradores entre nosotros»<sup>99</sup>; en *El Universal*, en cambio, se afirma que «una distinguida concurrencia llenaba completamente el salón, aunque no había ningún español»<sup>100</sup>, mientras que en *El Demócrata* leemos que la sala estaba «casi» llena de «un público escogido de escritores y literatos hispanoamericanos»<sup>101</sup>. La alusión más o menos explícita a la ausencia de españoles no es casual; como es

---

<sup>97</sup> SCHNEIDER, L. M. : *Todo Valle-Inclán en México*; México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, UNAM, 1992.

<sup>98</sup> SÁNCHEZ-COLOMER, M<sup>a</sup> F. : «Las conferencias de Valle-Inclán en México (1921): algunas reseñas olvidadas»; *art. cit.*

<sup>99</sup> «La primera conferencia de don Ramón del Valle Inclán»: *Excelsior*, México, 11-X-1921; *ibíd.*

<sup>100</sup> «La conferencia que dictó don Ramón del Valle Inclán»: *El Universal*, México, 11-X-1921; *ibíd.*

<sup>101</sup> «El preclaro literato don Ramón del Valle Inclán, dio anoche una brillantísima conferencia»: *El Demócrata*, 11-X-1921; *ibíd.*

sabido, en este segundo viaje a México Valle apoyó abiertamente las reformas de Obregón y manifestó su solidaridad para con los indios, al tiempo que criticaba sin cortapisas la actitud del Estado español. Ello hubo de granjearle, naturalmente, la animadversión de la Colonia española y las simpatías de los políticos e intelectuales mexicanos, todo lo cual se reflejará en un intenso debate en la prensa que ha sido bien estudiado por Dougherty y por Schneider<sup>102</sup>.

En su primera conferencia Valle sorprenderá a sus oyentes desde su aparición en la tribuna. El cronista de *Excelsior* indicará que el público «quedó, antes que don Ramón empezara su conferencia, como sugestionado, preso ya en las redes milagrosas donde parecen aprisionarnos las palabras de este maravilloso artista que juega con los conceptos y con los vocablos como un juglar consumado». Pero lo que más llamó la atención fue el método oratorio del escritor, quien, recordemos, a partir de este viaje abogaría de forma explícita por la improvisación. En efecto, tras la ovación con que le acogió el público, Valle afirmó que no había querido escribir y leer su discurso para no «falsear las ideas», de modo que se dedicó a dar una charla en la que se mezclaron temas histórico-políticos y literarios y en la que, según el cronista de *Excelsior*, abundaron las «irónicas» e «ingeniosas salidas». La conferencia fue construyéndose a través de «mil digresiones» en las que se abordaron desde el contexto literario en el que se gestó la obra valleinclaniana, hasta la cuestión agraria en Galicia, los orígenes de la nación española, la discutible formación de la unidad nacional a partir de la religión y el papel que le corresponde a España una vez perdido el Imperio. En más de una ocasión, los aplausos y las risas del auditorio obligaron al conferenciante a detener su discurso, hasta que «repentinamente don Ramón se interrumpe y exclama: pero advierto que

---

<sup>102</sup> Pueden verse los siguientes trabajos de Schneider, M.: *Todo Valle-Inclán en México, op. cit.*, y «La segunda estancia de Valle-Inclán en México (1921)», en Santos Zas, M., Iglesias Feijoo, L., Serrano Alonso, J. y De Juan Bolufer, A. (eds.): *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios*, Actas del Seminario Internacional de la Universidad de Santiago de Compostela (noviembre-diciembre 1998), 2000, págs. 123-143, así como los trabajos de Dougherty, D.: «El segundo viaje a México de Valle-Inclán: una embajada intelectual olvidada»; *Cuadernos Americanos*, año 38 (1979), págs. 137-176 y *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias, op. cit.*, págs. 108-139.

me he salido del asunto esencial de mi conferencia, y ya ha pasado la hora. Mi conferencia la dejaré para la próxima charla».

El cronista de *El Demócrata*, por su parte, confirmará que la conferencia «duró cerca de una hora» y que fue «estrepitosamente interrumpida por las nerviosas exclamaciones de regocijo»; asimismo, aludirá al «bien combinado discurso» y a las «dotes oratorias nada comunes» del escritor. Menos positiva, en cambio, es la opinión del comentarista de *El Universal*, a quien no debieron de gustarle las licencias retóricas de Valle, ya que considera que los aplausos fueron «dados más al novelista que al orador, pues su conferencia fue de ideas pobres y lenguaje trivial»; sin embargo, cerrará prudentemente su crónica indicando que «esperamos sus próximas conferencias para formarnos un juicio cabal».

Con todo, el éxito de esta primera charla parece indudable a juzgar por la asistencia de público a las siguientes, que fue aumentando de forma progresiva. A ello debió de contribuir, además, el hecho de que la entrada, según se anunciaba en la prensa, fuera «absolutamente libre». Ya para la segunda conferencia indicará con satisfacción el cronista de *Excelsior*:

La noche de ayer, por ventura nuestra, «El Generalito» ofrecía un aspecto muy distinto, pues desde mucho antes que empezara la conferencia ya estaba completamente ocupado por una selecta concurrencia de intelectuales, artistas, y estudiantes. Pero lo que más llamó nuestra atención, halagadoramente, fue el número de damas que asistieron a esta fiesta de cultura espiritual. (...). En Buenos Aires y en los principales países de nuestra América, el elemento femenino no deja jamás de asistir a las conferencias artísticas e intelectuales, cosa que no sucede frecuentemente entre nosotros<sup>103</sup>.

Hasta tal punto estaba lleno «el Generalito» que «muchas personas tuvieron que permanecer de pie, y otras no pudieron penetrar en el salón». Sin embargo, el cronista de *Excelsior* se quejará de que éste no es el espacio adecuado para una conferencia, «pues cuando don Ramón se dirige a uno de los extremos de la sala, los que se hallan en el opuesto pierden por completo sus palabras». En todo caso, se destacará el «tono de charla

familiar» adoptado por el orador y su «estilo claro, preciso, salpicado aquí y allá por finas ironías y agudezas sutiles». Los temas tratados serán, por un lado, la formación del estilo literario del escritor, y, por otro, su interés por la historia de España y los procesos de la Inquisición. Según el cronista, este último «período de la conferencia de don Ramón fue uno de los más interesantes, y durante el cual (*sic*) el público lo aplaudió más calurosamente». Al acabar la charla, el novelista «fue largamente ovacionado por la concurrencia».

La deficiente acústica del «Generalito» dejará de ser un problema para la tercera conferencia, ya que, debido a la gran afluencia de público, habrá que cambiar aquel espacio por el Anfiteatro de la misma Escuela. En cuanto al contenido del discurso, sólo dispongo de una reseña, la publicada en *Excelsior*, cuyo autor se lamenta, además, de «no poder dedicar a la tercera conferencia de don Ramón toda la atención y la importancia que tiene (*sic*)»<sup>104</sup>. En todo caso, el tema principal será el proceso de creación de las *Sonatas* y de su protagonista, el Marqués de Bradomín. Según el autor de la reseña, «el público estuvo pendiente de los labios del conferencista, y al finalizar su disertación lo ovacionó cálida y prolongadamente».

Finalmente, en la cuarta conferencia volverán a superponerse los temas histórico-políticos y los literarios. En *Excelsior* se aludirá de nuevo al carácter improvisado del discurso y a las dificultades que ello implica para el cronista:

El ilustre novelista gallego no pertenece a ese género más o menos común de conferencistas, que han preparado con anterioridad sus disertaciones, en los puntos capitales, y que luego se concretan a desarrollarlas bajo un plan asimismo preconcebido. Naturalmente que don Ramón sabe los puntos que va a tratar, pero una vez en el terreno, en lo que podríamos decir, el viaje de su fantasía, Valle-Inclán no sigue caminos amplios y trazados en determinado sentido, sino que se pierde en un verdadero laberinto hasta perderse (*sic*) en los intrincados senderos

---

<sup>103</sup> «La segunda conferencia de don Ramón del Valle-Inclán»: *Excelsior*, México, 14-X-1921; en Sánchez-Colomer, M<sup>a</sup> F. : «Las conferencias de Valle-Inclán en México (1921): algunas reseñas olvidadas», *art. cit.*

<sup>104</sup> «La tercera conferencia de don Ramón del Valle-Inclán»: *Excelsior*, México, 16-X-1921; *ibid.*



de una selva de imágenes y de caminos espirituales, a donde es muy difícil seguirle sin perderse también<sup>105</sup>.

Valle disertará, por un lado, acerca de *Flor de santidad* y *La Lámpara maravillosa* y, por otro, acerca del cambio que se ha producido en algunos escritores españoles después de la Guerra Mundial. En este sentido —se indica en *Excelsior*— se mencionarán «las persecuciones que han sufrido los hombres de letras como Unamuno, Baroja y Valle-Inclán, así como otros, por ese cambio de ideas». Y tanto en este diario como en *El Universal* y en el *Heraldo de México* se destacarán las optimistas palabras con que el orador clausurará su discurso y en las que manifestará su admiración por las revoluciones rusa y mexicana. Vale la pena que cotejemos los tres fragmentos:

Pero, afortunadamente, dice don Ramón, vamos entrando en el camino de la regeneración. Desde Rusia a México ya se inicia el gran movimiento que habrá de efectuar la emancipación espiritual de los pueblos...<sup>106</sup>

Pero todo cambiará bajo la arcada de Paz y de Justicia que se tenderá entre Rusia y México y que abarca todo el continente<sup>107</sup>.

Por fortuna —terminó Valle-Inclán— la conmoción social que se advierte en algunos pueblos adelantados conmoverá a todas las Naciones del Universo, y algún día, bajo las tres arcadas que se levantan desde Rusia hasta México, podremos encontrar nuestra dignificación<sup>108</sup>.

A la luz de estas cuatro conferencias —y con la excepción tal vez de la tercera, donde sólo sabemos que se abordó el tema de las *Sonatas*—, se confirma la tesis de Dougherty según la cual Valle-Inclán «condujo al Centenario de la Independencia una embajada de doble filo», solidaria con

<sup>105</sup> «La cuarta conferencia de don Ramón del Valle-Inclán»: *Excelsior*, México, 18-X-1921; *ibid.* Reproducida parcialmente en Schneider, L. M., *op. cit.*, págs. 19-20 y totalmente en Sánchez-Colomer, M<sup>a</sup> F., *art. cit.*

<sup>106</sup> *Ibid.*

<sup>107</sup> «Anoche dio su tercera conferencia don Ramón del Valle-Inclán»: *El Universal*, México, 18-X-1921. Reseña reproducida por Schneider, L. M., *op. cit.*, pág. 20, aunque aceptándola como «tercera» según reza el titular (en rigor se trata de la cuarta) y con errores en la datación, pues afirma que fue publicada el 16 de octubre.

<sup>108</sup> Sin título preciso: *Heraldo de México*, México, 18-X-1921; en Dougherty, D., *op. cit.*, pág. 135 n 164.

el pueblo mexicano y opuesta a la representación oficial del gobierno español<sup>109</sup>. Pocos meses después, el escritor declarará que su defensa de la política agraria de Obregón preocupó enormemente a la Colonia española de México, hasta el punto de que «los prohombres de ésta le ofrecieron espléndidas posibilidades si renunciaba a sostener en sus conferencias determinados puntos de vista sobre el problema agrario, a lo que él se negó prefiriendo condenar la actitud de los terratenientes de Méjico, que rehúsan aceptar la emancipación del indio y hasta su aumento de jornal»<sup>110</sup>. Por otro lado, hemos visto que la improvisación fue la nota dominante en estas conferencias, y que —frente al apasionamiento y la exaltación de discursos anteriores— el orador optó en esta ocasión por el sarcasmo y la ironía, todo lo cual redundó en el disfrute de los oyentes. Así, Valle pudo comprobar que su voluntad de no «falsear las ideas», de no predetermined el contenido del discurso y dejarse llevar por las sugerencias del ambiente, era una fórmula que podía darle óptimos resultados. Asimismo, constató que la mordacidad y la ironía, más allá de la jovialidad de antaño, podían convertirse en unos excelentes recursos retóricos, puesto que, por un lado, captaban la atención del público y, por otro, servían para transmitir una postura crítica y combativa sin incurrir en la amargura y el pesimismo.

Tras su estancia en la ciudad de México Valle recalará brevemente en Guadalajara, donde ofrecerá una conferencia que, según Schneider, versó «sobre literatura contemporánea española», si bien es probable que también estuviera trufada de alusiones políticas<sup>111</sup>. El hecho es que en las dos conferencias siguientes —las pronunciadas en Nueva York y en el Ateneo de Madrid— Valle seguirá manteniendo su dura crítica al Estado español. Impresionado por la visión directa de la situación de los indios y estimulado

<sup>109</sup> Dougherty, D. : «El segundo viaje a México de Valle-Inclán: una embajada intelectual olvidada»; *art. cit.*, págs. 203-204.

<sup>110</sup> Zárraga: «Continúan las intemperancias de Valle-Inclán»; *Diario de la Marina*, La Habana, 8-XII-1921; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 215.

<sup>111</sup> «Don Ramón del Valle-Inclán dejó oír su palabra de oro»: *El Informador*, Guadalajara, 27-X-1921. Reseña documentada y comentada muy brevemente, pero no reproducida, en Schneider, L. M., *op. cit.*, pág. 21.

por su creciente devoción por los movimientos revolucionarios de base popular, el escritor se convertirá en un auténtico abanderado de la revolución mexicana y en un censor impenitente de los intereses capitalistas.

Rafael Osuna ha recuperado y comentado brevemente la disertación pronunciada en Nueva York, pero, al abordarla de forma aislada, acaba concluyendo que no posee un «desmedido interés»<sup>112</sup>. No obstante, si la comparamos con las precedentes, esta charla evidencia no sólo una continuidad, sino una radicalización del discurso valleincliniano a favor del indio, cuya culminación tendrá lugar pocos meses después en el Ateneo; en este sentido, resulta impecable el ya citado estudio de Dru Dougherty, en el cual sólo se transcribe parcialmente la conferencia neoyorquina pero se evidencian sus relaciones con las restantes del ciclo<sup>113</sup>.

En Nueva York, Federico de Onís presentará al conferenciante destacando «la situación que pudiera llamarse política de los intelectuales españoles» y señalando a Valle-Inclán como uno de los renovadores del panorama literario español<sup>114</sup>. El orador, quien será recibido con una prolongada ovación, agradecerá tan afectuosa acogida afirmando que «cuando se ha desdeñado el favor oficial a trueque de no incurrir en humillaciones y servilismos en una vida larga y dedicada al trabajo, puede sentirse que se merece el respeto». Asimismo, hablará del afecto con que fue recibido en México y afirmará que los intelectuales españoles se ven «obligados a buscar reconocimiento y respeto fuera de su patria». Después aludirá a las conferencias pronunciadas en México —«que le merecieron acres censuras y una hostilidad que aún dura por parte de los españoles allí establecidos»—, para continuar con una emotiva denuncia de la brutal

---

<sup>112</sup> OSUNA, R. : «Una conferencia de Valle-Inclán en Nueva York (1921)»; *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXI, Santiago de Compostela, 1980, págs. 377-380.

<sup>113</sup> Dougherty, D. : «El segundo viaje a México de Valle-Inclán: una embajada intelectual olvidada»; *art. cit.*

<sup>114</sup> Sin título ni fecha precisa conocidos: reseña publicada en *La Prensa*, Nueva York (¿diciembre de 1921?) y a su vez transcrita en *Repertorio Americano*, Costa Rica, nº 9, enero de 1922. Osuna (*art. cit.*) la reproduce totalmente, aunque antes la había reproducido parcialmente Dougherty en el artículo citado en la nota anterior.

explotación a que se ve sometido el indio. En la segunda parte de la conferencia —que versará sobre estética—, reaparecerán algunas ideas de *La Lámpara maravillosa*, que el orador ilustrará con ejemplos tomados de la pintura. Finalmente, describirá los conceptos de aristocracia y democracia aplicados al ámbito artístico y hablará de literatura española contemporánea. Según el cronista, «tuvo el señor Valle-Inclán magnífica expresión de palabra, exquisita y brillante elocuencia, que salpicó constantemente de finas ironías»; al finalizar la charla, una «concurrencia numerosísima y distinguida» tributará al escritor una «estruendosa ovación» y una «despedida cordialísima».

En esta conferencia, por tanto, el orador mantendrá el doble papel que ya había desempeñado en México: como artista, expondrá cuestiones de estética y opiniones literarias; como intelectual, defenderá una determinada actitud ideológica. Sin embargo, en México a Valle le interesaba destacar su oposición al gobierno español, y por ello había incidido sobre todo en una visión crítica de la historia española y en la idea de que España debía regenerarse. Allí no tenía sentido explicitar una situación que el pueblo mexicano conocía mejor que nadie, y lo que importaba era transmitir un mensaje de solidaridad y optimismo. Ahora, en cambio, Valle sentía la necesidad de denunciar lo que había visto y de recalcar que el Estado español era histórica y moralmente responsable de aquella situación. Por ello, la visión crítica de la historia española, así como los optimistas augurios respecto a las revoluciones rusa y mexicana, iban a verse sustituidos, en Nueva York, por una denuncia social, y en el Ateneo, por un mensaje de advertencia.

En efecto, en la conferencia del Ateneo Valle no hablará ya de la situación del indio mexicano, sino de los vínculos históricos entre España y América y del cambio de actitud que, en un futuro inmediato, debe mostrar el gobierno español si no quiere perder aquellos vínculos. Este último aspecto enlazaba con uno de los temas abordados en México: la necesidad de regeneración de la España actual. En el Ateneo, Valle intentará sugerir

una fórmula de rehabilitación para España, que fundamentará en la recuperación del espíritu latino-cristiano de los primeros religiosos, intelectuales y juristas llegados a América. Su mensaje para España, por tanto —como ya había ocurrido en México—, no se verá empañado por un pesimismo destructivo, desprovisto de toda esperanza. Sin embargo, tampoco concluirá con el optimismo radiante de la profecía lanzada en México, sino con una advertencia sin concesiones:

El Japón ha renunciado a sus derechos de indemnización en México. ¿Y quién sabe? Si el cristianismo latino de España no redime al indio y reivindica al amarillo, quizá el semblante atlántico de América se vuelva ceñudo, y la faz resplandeciente sea la que mira al Asia<sup>115</sup>.

Una vez más, el público aplaudirá efusivamente al escritor, cuyo discurso, según leemos en la reseña, fue pronunciado «en un tono animado, sugestivo y pintoresco». Recordemos, además, aunque no lo recoja el cronista, que al hilo de su charla Valle no sólo cuestionará al gobierno de España, sino también —como ya había hecho en México en unas declaraciones a la prensa— al propio Alfonso XIII, lo que le valdrá la agria respuesta de los sectores conservadores del país y el estar a punto de ser juzgado por desacato a la monarquía.

Se cerraba así este ciclo de seis conferencias, a caballo entre América y España, en las que Valle había demostrado, por una parte, una libertad de espíritu insobornable, y, por otra, un gran talento para el discurso improvisado. El éxito obtenido avalaba al escritor en su voluntad de no «falsear las ideas», de utilizar la tribuna como un espacio no sólo para seducir a los oyentes o contagiarlos de unos ideales, sino también para la denuncia y la subversión; a partir de estas seis conferencias, Valle aprovechará en varias ocasiones su condición de orador para mostrarse crítico con la sociedad de su tiempo y combativo con el poder. Pero su ataque a la política del gobierno español respecto a México no terminará

---

<sup>115</sup> «El deber cristiano de España en América»: *El Sol*, Madrid, 19-II-1922; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, págs. 227-228. Otra reseña de esta conferencia fue publicada en *La Voz*, Madrid, 20-II-1922; puede verse en Dougherty, D., *op. cit.*, pág. 129 n 158.

todavía, sino que seguirá manifestándose en entrevistas y actos públicos, para terminar cristalizando, en 1926, en la espléndida novela *Tirano Banderas*. Como veremos más adelante, allí encontrarán su trasunto literario muchas de las ideas vertidas en las conferencias de estos años.

### 3. 8. LECCIONES DE ESTÉTICA (II)

Como señalé más arriba, en 1923 Valle volverá a disertar sobre artes plásticas. En junio, invitado por la Junta de Cultura Vasca, dará una conferencia sobre el pintor bilbaíno Juan de Echevarría, quien en febrero había expuesto con gran éxito en Madrid y ahora presentaba su obra en su ciudad natal. Entre ambos artistas no sólo existía una relación de amistad, sino también una afinidad estética, que se había concretado en dos retratos del escritor hechos por Echevarría —más un tercer retrato que quedaría incompleto— y en un artículo sobre el pintor escrito por Valle para el catálogo de la exposición madrileña, al que venía a sumarse ahora esta disertación. Dougherty, a quien debemos un revelador estudio de la «Glosa literaria» y de la conferencia, indica con acierto:

En su conferencia, así como en el ensayo del catálogo, Valle-Inclán se acercó al pintor vasco a través del sistema metafísico que le servía de norte para observar, y comentar, su actualidad (...). La tentativa más ambiciosa de explicar este sistema metafísico se halla en *La Lámpara maravillosa*, publicada (aunque no terminada) en 1916: siempre insatisfecho con la expresión de sus ideas, Valle-Inclán aprovechó conferencias como la que se rescata aquí para concretarlas ante públicos cultos pero nada duchos en ocultismos. De ahí los ecos, en su conferencia de Bilbao, de otras conferencias anteriores y de pasajes conocidos de sus *Ejercicios Espirituales*<sup>116</sup>.

Los «ecos» de que habla el investigador no se producirán tan sólo respecto a conferencias anteriores, sino también, como ya señalé más arriba, respecto a discursos posteriores. En concreto, la disertación sobre Echevarría debe

---

<sup>116</sup> DOUGHERTY, D. : «Valle-Inclán y la pintura de Juan de Echevarría (Madrid y Bilbao, 1923)»; *Boletín de la Fundación García Lorca* (junio 1995), pág. 68.

relacionarse con todas las conferencias dedicadas específicamente a la pintura, tanto las ya vistas sobre Anglada Camarasa y los jóvenes pintores vascos, como la que se pronunciará después sobre la pintura gallega. Según explica el propio Dougherty, «la pintura ofrecía a Valle-Inclán un fondo de analogías plásticas con las que matizar —y luego explicar— su sistema metafísico», al tiempo que le servía, de cara al público, como ilustración didáctica de sus teorías estéticas<sup>117</sup>.

Cabe señalar, además, que esta conferencia será transcrita de forma íntegra en *El Liberal* de Bilbao, como ya ocurriera cuatro años atrás con ocasión del discurso dedicado a la pintura vasca<sup>118</sup>. No hay que olvidar, por otra parte, que el escritor había consolidado en su viaje a México el método oratorio basado en la improvisación, y que es justamente a partir de esta conferencia sobre Echevarría cuando se iniciará su rechazo del discurso magistral en beneficio del diálogo con el auditorio. Sin embargo, como sabemos, de momento su preferencia por el diálogo no irá más allá de una declaración de intenciones, que encabezará su conferencia y en la que Valle aludirá a los diálogos socráticos como ejemplo de su gusto por la polémica. A lo largo de su disertación, volverá a referirse en varios momentos a «Platón el divino» y a los artistas griegos, quienes le servirán para ejemplificar sus divagaciones estéticas.

En concreto, el cuerpo de la conferencia puede dividirse en tres bloques: en primer lugar se retoma la diferenciación, ya planteada en *La Lámpara maravillosa*, entre artes visuales y artes auditivas; después, se vuelve a plantear la relación entre paisaje y mentalidad artística, cuestionándose de nuevo la actual división en regiones de España; por último, se hablará de la figura y la obra de Echevarría, a quien se presentará como un pintor que es a la vez cántabro y castellano, romántico y decadente, y buscador incansable de la belleza arquetípica y eterna. Este último aspecto enlaza con el cierre de la disertación, en el que Valle presenta una visión pesimista de España que

---

<sup>117</sup> *Ibid.*, pág. 69.

<sup>118</sup> «La pintura de Juan de Echevarría»: *El Liberal*, Bilbao, 13-VI-1923; *ibid.*, págs. 73-83.

será retomada en conferencias posteriores, y que contrasta vivamente con el optimismo de su antiguo elogio de la España tradicional. Si allí encontrábamos la convicción de que el colectivo hispánico estaba imbuido de un afán de eternidad, aquí se afirmará que ese afán es ya cosa del pasado, y que «hoy se ha perdido toda idea del sentido de permanencia», ya que el español «vive sus horas, y las cree tan cortas, que no vacila un solo momento en olvidarse de la Historia, en olvidarse de su dignidad y de prostituirlo todo». A partir de su viaje a México, y aun tratándose de conferencias sobre temas artísticos, Valle aprovechará a menudo la tribuna para presentar su visión crítica de España, y habrá de hacerlo en términos muy parecidos a los de este discurso. El golpe de Estado de Primo de Rivera, que tendrá lugar tan sólo unos meses después, no hará, como veremos, sino radicalizar la negativa opinión del escritor respecto a su país.

La siguiente «lección de estética» será pronunciada en Santiago de Compostela, en agosto de 1923, con motivo de la Exposición Regional de Bellas Artes celebrada en esta ciudad<sup>119</sup>. El discurso —seguramente improvisado a juzgar por las frases aisladas que acierta a transcribir el cronista— tratará de la personalidad estética de Galicia y de su reflejo en las obras de la exposición. Con delicadeza, para no herir al auditorio, pero sin concesiones, Valle negará la existencia de una pintura genuinamente gallega a partir de dos argumentos fundamentales: por un lado, indicará que Galicia no es en sí misma una región, ya que, según la división territorial hecha por los romanos y reivindicada por él mismo, pertenece en parte a la Lusitania y en parte a la Cantabria; ello hace que los cuadros de la exposición tengan una total semejanza con los producidos en otros lugares con idéntico paisaje, como Bilbao o incluso Bélgica. Por otro lado, el escritor afirmará que el arte característico de Galicia no es la pintura, sino la arquitectura y la escultura, «por la buena calidad de los materiales de que disponemos para ello», y aludirá a esa tradición de la piedra a que ya se había referido en la conferencia sobre Julio Antonio. Finalmente, para persuadir al público de



sus ideas y para amortiguar su evidente desinterés por las obras expuestas, el escritor indicará que, con la organización regional que él defiende, Santiago ocupará el vértice del triángulo formado por la Lusitania y la Cantabria y pasará a convertirse en «la capital estética de ambas, con lo cual Galicia volverá a ser grande como lo ha de ser España». Una gran ovación acogerá las últimas palabras del orador, cuyo discurso, según indica puntilloso el cronista, hubo de durar exactamente tres cuartos de hora.

### 8. 9. EL ORADOR CONSAGRADO

En 1925 y 1926 Valle tendrá una actividad inusitada como conferenciante. En concreto, en 1925 dictará una conferencia en Galicia y otra en Burgos, mientras que en 1926 hará una larga gira por Asturias —en la que hablará en diez ocasiones— y terminará con una última intervención en Málaga<sup>120</sup>. Se trata, por tanto, de un total de trece conferencias, aunque las de Asturias no cuentan siempre con sus correspondientes reseñas. En cuanto a los motivos desarrollados, alcanza una importancia central el tema de la novela, que coexistirá, en los dos últimos discursos, con otro tema específico de estos años: la figura del Don Juan. El tema de la novela era por estas fechas una de las cuestiones más debatidas entre los intelectuales, de ahí que el escritor, atento siempre a la actualidad, no pudiera resistirse a hacer sus propias aportaciones. En cuanto al motivo del Don Juan, hay que pensar que en 1926 vería la luz *El terno del difunto*, donde, como en las *Sonatas*, Valle recrearía el célebre mito, aunque esta vez con mayor intención satírica y paródica; cabe recordar también que en este mismo año el escritor iba a interpretar a Doña Brígida en el contexto de una parodia del Tenorio para *El Mirlo Blanco*. Por lo demás, las conferencias serán totalmente

---

<sup>119</sup> «Sesión de clausura. Conferencia de Valle-Inclán»: *El Eco de Santiago*, Santiago de Compostela, 1-VIII-1923; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, págs. 239-242.

<sup>120</sup> Véase «Tabla de conferencias», textos 42 a 54.

improvisadas, y en varias ocasiones contendrán alusiones políticas de corte netamente crítico.

En marzo de 1925, Valle-Inclán visitará la ciudad de Vigo, donde hablará ante un grupo de amigos acerca del idioma español y de su enriquecimiento a través del español de América, un tema que también se enuncia en uno de los discursos de la gira asturiana y que es inseparable de la redacción de *Tirano Banderas*. Tras su estancia en Vigo, el escritor irá a Pontevedra, y el 17 de septiembre estará en Corcubión, provincia de La Coruña, donde tanto él como García Martí serán invitados a dar una conferencia en la sociedad cultural «Liceo de Artesanos». Según la reseña del acto, que ha sido rescatada por Antonio Gago, la charla tuvo lugar, «ante una concurrencia numerosísima, a las diez y media de la noche»<sup>121</sup>. García Martí fue recibido «con grandes demostraciones de cariño», pero sin duda el protagonista de la velada fue Valle, quien, al levantarse para hablar, fue objeto de «ovaciones estruendosas» por parte de un auditorio puesto en pie. En su conferencia, a juzgar por la escueta reseña, se centró sobre todo en el teatro, lo que lleva a afirmar a Antonio Gago que el hipotético título de este discurso podría ser «De la importancia del decorado y movimiento en el teatro».

En efecto, según el cronista, «con relación al teatro hizo encantadoras descripciones de los modernos procedimientos en el decorado y en el movimiento de los muñecos», aunque también indica que «Valle-Inclán nos contó muchas cosas del arte en el teatro y de la técnica en la novela». Es probable, por tanto, que el escritor abordara ambos géneros, como de hecho haría en varias conferencias de estos años, y que el periodista se limitara a destacar, en su brevísima reseña, el aspecto que le había resultado más llamativo. Aunque Gago insiste en que el reciente estreno de *La cabeza del Bautista* pudo llevar a Valle a hablar sobre todo de

---

<sup>121</sup> «De Corcubión. Valle-Inclán y García Martí»: *La Voz de Galicia*, La Coruña, 23-IX-1925; en Gago Rodó, A.: «Regionalismo y literatura en Valle-Inclán. Textos (1925-1928)»; *Hesperia. Anuario de Filología Hispánica I* (1998), págs. 25-41.

teatro, no es menos cierto que por estas fechas irían viendo la luz *Tirano Banderas* y las novelas de *El ruedo ibérico*, por lo que no puede descartarse su interés por hablar también de novela, un tema, como ya se ha indicado, de gran actualidad. Sea como fuere, el cronista acaba señalando que el escritor cerró «su amenísima disertación leyendo el preludio y primera jornada de su formidable farsa sentimental y grotesca *La Marquesa Rosalinda*», en un ejemplar que uno de los espectadores llevaba consigo y en el que Valle estampó su dedicatoria antes de partir. Como conclusión, se indica que el público «salió complacidísimo de la velada y lamentando que la lectura no se prolongase hasta el final de la comedia».

En cuanto a la segunda conferencia de 1925 —la pronunciada en Burgos—, tenemos mucha más información, ya que se conservan dos crónicas bastante detalladas del acto: una más completa publicada en *El Castellano* —que ha sido recuperada y estudiada por Romero Tobar— y la del *Diario de Burgos*, cuyo análisis debemos a Dougherty<sup>122</sup>. Ya Fernández Almagro había explicado que, en octubre de 1925, Valle permaneció unos días en Burgos, y que durante su estancia visitó Covarrubias y Santo Domingo de Silos, así como inauguró el curso del Ateneo burgalés con una conferencia dictada en el teatro Principal y titulada «La literatura nacional española»<sup>123</sup>. En el anuncio del acto publicado en *El Castellano* se afirmaba que «en Burgos nunca se ha conocido por esta clase de actos una tan grande expectación y debido a ello el teatro ha de verse de bote en bote»; también se informaba de que, después de Valle, visitarían el Ateneo otros escritores ilustres como los hermanos Baroja o Jacinto Benavente<sup>124</sup>.

Al iniciar su intervención, Valle señaló la necesidad de establecer un «contacto magnético» con el público, ponderó el valor del tono y el matiz y

---

<sup>122</sup> Eduardo M. Montes: «En el Ateneo don Ramón del Valle-Inclán», *El Castellano*, Burgos, 23-X-1925; en Romero Tobar, L., *art. cit.* y «Ateneo de Burgos. Conferencia del señor Valle-Inclán»: *Diario de Burgos*, 23 de octubre, en Dougherty, D.: «Valle-Inclán ante la dictadura militar: el viaje a Asturias (1926)», *art. cit.* En este capítulo cito a partir de la reseña de *El Castellano*.

<sup>123</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Taurus, 1966, pág. 206.

<sup>124</sup> ROMERO TOBAR, L., *art. cit.*, pág. 578 n 3.

—por vez primera en sus conferencias— aludió a Fray Diego de Cádiz como ejemplo de orador que «jamás preparaba sus discursos». Siguiendo el ejemplo del predicador, Valle desgranó de forma espontánea varias ideas sobre la novela, afirmando haber elegido este tema no porque «lo que yo creo sea verdad para todos», sino porque «siempre tiene interés lo que piensa del oficio aquel que lo practica». El cuerpo de la conferencia se ciñe a estos motivos: en primer lugar, se indica que «la novela marcha siempre ligada al estado social de los pueblos»; después, se efectúa una breve revisión diacrónica de la novela española, estableciéndose una oposición entre la moral latente en el drama y la que se vislumbra en el género novelesco; a continuación, se comparan dos formas de novelar, la decimonónica y la actual, para terminar con otras consideraciones como el tiempo y el espacio en la novela y las tres maneras que tiene el autor de enfrentarse a sus personajes, de rodillas, en pie y con una perspectiva demiúrgica. Este último punto enlaza con el cierre de la conferencia, donde se afirma que «el “Esperpento” creo yo que es la manera de representar la España de nuestra hora». Según el cronista, «una gran ovación apagó las últimas palabras del ilustre manco».

Esta última referencia al esperpento se relacionaba con varias alusiones hostiles a la política dominante que, según Fernández Almagro, salpicaron la disertación, si bien, como indica Dougherty, la prensa se limitó a reseñar los motivos menos comprometidos de la misma. De todas formas algunas de estas alusiones, que se repetirán en las conferencias de 1926, pueden deducirse de varias observaciones contenidas en la reseña, así como del comentario que la encabeza:

No estamos conformes con varias de las manifestaciones que hizo [el orador]. No nos es posible creer que la unidad de España tenga como base un secreto de alcoba, sorprendido tras una puerta por una reina curiosa. (...). Tampoco nos parece cierto que sea el momento actual español de decadencia. El tipo del “esperpento” (...) no es de hoy: vivió con los hombres de antaño, vive con los de hogaño y morirá con el último hombre de mañana. (...). Es condición humana...

Dougherty ha rescatado también un comentario firmado por José de Benito, quien, a la muerte de Valle, evocará esta conferencia burgalesa en las páginas del *Heraldo de Madrid*, haciendo referencia a las críticas que hubo de verter el orador sobre la actual situación política:

Público: curas, militares y damas, que esperaban de quien imaginaron como al Marqués de Bradomín, feo, católico y sentimental, una conferencia ñoña con más o menos ornatos literarios... La silueta de Valle-Inclán dentro de un frac impecable llenaba el escenario. Durante una hora las palabras geniales del maestro saltaron en ágiles malabarismos ante el pasmo de los oyentes. El terror paralizaba la sangre al capitán de Castilla la Vieja. Su rey y dictador quedaron al desnudo en sus guiñapos.

Burgos esperó el cataclismo: pero éste no llegó a producirse<sup>125</sup>.

En las conferencias de Asturias pronunciadas un año más tarde, la prensa, según Dougherty, iba a permitirse más libertad a la hora de transcribir las palabras del escritor, aunque, vistas las reseñas, no parece que las diferencias en este sentido sean tanto cualitativas como cuantitativas. El propio investigador contextualiza perfectamente la gira asturiana, por lo que me limitaré a destacar los datos más significativos: Valle llega a Oviedo a finales de agosto de 1926, invitado por los Ateneos Populares de Asturias y dispuesto a dar conferencias no sólo en las principales ciudades, sino también en varias poblaciones de la cuenca minera; así, además de hablar en dos ocasiones en Oviedo y una en Gijón, lo hará también en Siero, Avilés, Noreña, Langreo, Sama, Turón y la Felguera, y los temas anunciados serán los siguientes: «La emoción de América», «Autocrítica literaria», «La herencia de Roma», «Motivos de Arte y Literatura», «La novela en España», «Recuerdos de mi vida literaria» y «Caracteres de la literatura española». Como en Burgos, las conferencias contendrán alusiones críticas a la dictadura primorriverista, lo que resultaba especialmente significativo en una región como Asturias, asolada por una crisis económica sin parangón en el país. Según evocará Antonio Onieva años después, Valle no estaba dispuesto a silenciar sus opiniones en sus discursos, ni a aceptar la presencia del prescriptivo delegado gubernamental; así pues, se buscó una solución de

<sup>125</sup> *Apud* Dougherty, D. : «Valle-Inclán ante la dictadura militar: el viaje a Asturias (1926)», *art. cit.*, pág. 70.

compromiso: el delegado se sentaría en la mesa presidencial como un miembro más de la junta directiva, para que no se pudiera distinguir su presencia; al mismo tiempo, si el escritor aludía al régimen, cosa que en principio no se esperaba, ni el delegado ni la prensa habrían de darse por enterados<sup>126</sup>.

Sin embargo, Valle sí hizo alusiones a la dictadura, y la prensa no dejó de recogerlas. El 15 de septiembre, terminada la gira, *El Carbayón* publicó un artículo que celebraba la visita del escritor y que, como indica Dougherty, puede considerarse una especie de epílogo que resumía la intencionalidad del viaje, en tanto que «apunta el deseo valleincliniano de remover en el público una conciencia colectiva, y de provocar, con el ejemplo, una resistencia a la dictadura militar»<sup>127</sup>. José Antonio Cepeda, el autor del artículo, destacaba el hecho de que Valle hubiera visitado no sólo las ciudades más importantes, como solían hacerlo los invitados ilustres, sino también otras poblaciones, así como señalaba «el entusiasmo caluroso y cordial» que inspiraba la llegada del conferenciante a los Ateneos Populares. Según Cepeda, Valle-Inclán, aun siendo «un mago del estilo», producía una impresión «de artista popular, de vate, en el prístino sentido del término, que puede llegar a lo más profundo del alma colectiva y conmoverla en sus cimientos»<sup>128</sup>.

En efecto, la voluntad de conmover el alma colectiva va a ser una de las obsesiones de Valle por estas fechas. Como en Burgos, el escritor iniciará su primera conferencia, dictada en Oviedo el 2 de septiembre, mencionando a Fray Diego de Cádiz, al que ahora relacionará no sólo con el discurso improvisado, sino también con el deseo de no «relajar la sinceridad». La disertación puede dividirse en dos bloques: en un primer momento, se analizan la novela y el teatro de los Siglos de Oro, afirmándose que el género novelesco reflejaba, a través de la figura del

---

<sup>126</sup> *Ibid.*, pág. 71.

<sup>127</sup> *Ibid.*, pág. 77.

<sup>128</sup> *Ibid.*

pícaro, la verdadera psicología del pueblo español, en tanto que el teatro proponía, a través de los mitos de la caballeridad y el honor, un modelo de conducta ejemplar pero irreal. En la segunda parte de la charla, se abordarán la novela y el teatro contemporáneos, indicándose que ahora es en el teatro donde pervive la figura del pícaro; en cambio, la novela será asociada a la sinceridad y al deseo de revolucinar la conciencia popular. Se introduce asimismo una oposición entre la moral jesuítica del teatro y el carácter «sinceramente protestante» de la novela, aspecto que se relaciona con la actitud de «nuestros políticos en todo tiempo», quienes se han escudado en la moral católica para pecar cuanto desean y luego arrepentirse «con un punto de contrición». Aquí el escritor aprovechará para lanzar uno de sus dardos más críticos: «Yo quisiera que por una vez los perdone Dios, pero no la Historia». Finalmente, se aludirá al intento de los Reyes Católicos de crear un sentimiento de unidad nacional a través de la religión, y se indicará que, puesto que la doctrina luterana hubo de evidenciar la falsedad de ese vínculo, se impone buscar otro factor de unificación nacional. La novela, se afirma, puede ser un canal para crear esa nueva moral colectiva, con lo que «no haremos nada nuevo, sino volver a épocas anteriores a los Reyes Católicos, cuando al lado de la Iglesia vivía la pagoda en libertad absoluta y mutuo respeto». El escritor terminará con este expresivo aserto: «Pero el Imperio español sólo lo ha de traer Minerva, Minerva y Minerva...».

El tema del teatro y la novela, por tanto, vertebró el análisis de la psicología del pueblo español y de la actitud de los sucesivos gobernantes, al tiempo que se incidía, de forma más o menos velada, en la actualidad política. De ahí que el cronista afirmara en su reseña: «con todo lo bello de su disquisición sobre el tema, hubo en la conferencia un fondo doctrinal que consideramos finalidad esencial de la misma». Asimismo se señalará que «el señor Valle-Inclán fue objeto, al terminar su conferencia, de calurosa ovación por el público que llenaba la sala del Jovellanos». Entre los asistentes al acto, se mencionará la presencia de «distinguidas damas y bellas

damitas», del gobernador civil y de «lucida representación de la intelectualidad de Oviedo».

Tras esta intervención, Valle hablará en el Ateneo popular de Siero sobre el tema «Recuerdos de mi vida literaria». No sabemos nada más acerca de esta segunda charla, salvo que «con el fin de ofrecer a todos la ocasión de oír a tan glorioso novelista, la entrada será pública»<sup>129</sup>. A continuación, el escritor hará en Avilés una «Autocrítica literaria», de la que tampoco nos consta dato alguno. Sí contamos, en cambio, con una amplia reseña de la cuarta conferencia, la pronunciada en el Ateneo Obrero de Gijón con el título de «Motivos de Arte y Literatura»<sup>130</sup>. Según el cronista, esta conferencia «causó verdadera expectación», no sólo por la «relevante personalidad literaria» del orador y por ser éste una «autoridad indiscutible en materia de estética», sino también por otro «aliciente», «el de su elocuente oratoria, el de su palabra clara, pulida y elegante, siempre salpicada de conceptos profundos y de imágenes bellas y brillantes».

Esta vez se abordaron dos temas bien diferenciados: por un lado, se habló del estatismo como cualidad de eternidad en el arte, aspecto que se ejemplificó a través de Leonardo, Velázquez y las representaciones griegas de Venus y Apolo. Por otro lado, se volvió a hablar del género novelesco, incidiéndose en la diferencia entre novela individualista —cuyo máximo exponente sería Proust— y novela colectiva, cuyos más eximios representantes serían Tolstoi, y, en lengua española, el argentino Sarmiento. Después se recuperará el tema inicial, para hablar de la emoción estética y del deseo de eternidad inherente a la creación artística; ello enlazará con el cierre de la charla, donde Valle se permitirá una nueva alusión a la actualidad del país, afirmando —en términos análogos a los utilizados en la conferencia sobre Echevarría— que España ha perdido su antiguo afán de eternidad. El acto, según se desprende de los comentarios del cronista, fue

<sup>129</sup> «En el Ateneo popular de Siero. Hoy habla Valle-Inclán»; *El Carbayón*, 2-IX-1926; en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, pág. 308.

<sup>130</sup> «Motivos de Arte y Literatura»: *El Noroeste*, Gijón, 7-IX-1926; citaré por Dougherty: «Valle-Inclán ante la dictadura militar: el viaje a Asturias (1926)», *art. cit.*



seguido con gran interés por parte de un público que ovacionó al orador al final de su intervención:

Y no defraudó, ciertamente, al auditorio el gran Valle-Inclán. Había en el Teatro Dindurra, que ofrecía un aspecto espléndido, un público numeroso (...); y durante la hora que estuvo hablando el conferenciante, el público escuchó, en medio del mayor silencio, de verdadera religiosidad, la palabra amena y llena de sentido profundo del celebrado novelista, prorrumpiendo en nutridísimos y prolongados aplausos al final.

La conferencia de Valle-Inclán fue una hermosa pieza oratoria, amena y llena de interés, sembrada de curiosas imágenes y de oportunos ejemplos y explicada con templado tono y con palabra fácil y segura. (...). El maestro habló con elocuencia, con erudición y con atisbos ingeniosos, sobre el concepto del arte y de la literatura<sup>131</sup>.

Tras su paso por Gijón, Valle ofrecerá charlas en otras ciudades —Noreña, Langreo, Samas, Salas, Turón y La Felguera— y regresará a mediados de septiembre a Oviedo, donde dará otra conferencia titulada, como la de Avilés, «Autocrítica literaria»<sup>132</sup>. Aquí retomará el tema del estatismo en el arte y, de acuerdo con el título del discurso, abordará un motivo nuevo relacionado con la propia creación literaria, el tema del Don Juan. Respecto al estatismo en el arte, dirá que todo lo quieto es divino, mientras que lo móvil es diabólico, y relacionará la visión unipersonal con el movimiento y la visión omnilateral con la quietud; asimismo, diferenciará tres tipos de estatismo ya insinuados en la anterior disertación: el del movimiento, el de la luz y el de la forma, ejemplificados, respectivamente, con la *Gioconda* de Leonardo, con Velázquez y con el arte griego. A estos tres tipos de estatismo se añadirá un cuarto, el del tiempo, que se ilustrará con varios autores y con la propia creación literaria. Respecto al tema del Don Juan, el escritor hablará de su deseo de crear una variación del tipo, haciendo que su Don Juan reaccione no sólo ante el amor y la muerte, sino también ante el paisaje; asimismo, hablará de los tres pecados del Don Juan clásico, señalando que el Don Juan impío debió de nacer en Galicia, el retador en

---

<sup>131</sup> *Ibid.*, pág. 82.

<sup>132</sup> «Autocrítica literaria. Valle-Inclán y su obra»: *Región*, Oviedo, 15-IX-1926; en en Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, págs. 321-324.

Extremadura, en la frontera con Portugal, y el mujeriego —el menos interesante de todos— en Sevilla. Finalmente, cerrará su conferencia postulando la calidad diabólica y eterna del Don Juan. Estas últimas palabras, según indica la reseña, «fueron rubricadas con una gran ovación».

En este caso, por tanto, las alusiones políticas desaparecieron para dar lugar a una charla puramente artística, inspirada en parte, como tantas otras veces, en *La Lámpara maravillosa*; los sugerentes conceptos fueron tomados al pie de la letra por el cronista, quien hubo de subrayar la heterodoxia del escritor, aunque también destacó «la belleza de sus párrafos»:

Y no es esta hora (*si*) de valorar la doctrina que expuso el insigne escritor; ya se sabe lo que puede en él el afán de originalidad; su concepción de la divinidad es más propia en realidad de un lama tártaro, afanoso de dar con la verdad sin auxilio de la gracia, que de un artista nacido en la secular e insuperada civilización cristiana. Mas nadie puede negar la belleza de sus párrafos, y todos sus pensamientos, por ser suyos merecen seriamente la atención.

Terminaba así la gira por Asturias, pero no las conferencias de estos años. A finales de octubre Valle-Inclán pasará brevemente por Málaga, donde dará una charla titulada, una vez más, «Autocrítica»<sup>133</sup>. Antonio Gago ha rescatado la reseña, que se caracteriza por su extensión pero también por su falta de claridad, hasta el punto de que, al día siguiente de ser publicada, el propio periódico pedirá disculpas por la confusa transcripción. En cualquier caso, Gago afirma que la conferencia dada en Oviedo con el título de «Autocrítica literaria» es «la hermana mayor de la cual procede la de Málaga»<sup>134</sup>; ello es sólo parcialmente cierto, ya que en Málaga se abordarán varios temas que venían planteándose desde la conferencia de Burgos, pronunciada un año antes. En una entrevista publicada en un diario malagueño, Valle afirmará no tener previsto el contenido de su disertación,

<sup>133</sup> «El señor Valle-Inclán en el Círculo Mercantil. Una conferencia interesantísima»: *El Cronista*, Málaga, 29-X-1926; en Gago Rodó, A. : «Entrevista y conferencia de Valle-Inclán en Málaga (1926)»; *Cuadernos Hispanoamericanos* (septiembre 1995), págs. 61-78.

<sup>134</sup> GAGÓ RODÓ, A., *ibid.*, pág. 63.

al tiempo que se referirá al método oratorio de los Estados Unidos, donde las conferencias son muy breves y, al final, se invita al público a objetar sobre el tema tratado<sup>135</sup>.

Al iniciar su disertación el escritor se referirá, como habitualmente en estos años, a San Bernardo de Claraval y, sobre todo, a Fray Diego de Cádiz, así como aclarará que el tema elegido, «Autocrítica», «no significa que vaya a hacer en la noche de hoy la crítica de la obra mía, pues he de limitarme a desentrañar la expresión estética que a ella corresponde, o sea la metafísica en que se funda»; a continuación desarrollará tres motivos fundamentales: el teatro y la novela, la figura del Don Juan y el tiempo en la novela.

Respecto al primer motivo, volverá a afirmar que «la novela es protestante y el teatro es católico», aunque esta vez matizará mucho más esta idea; también diferenciará la narrativa rusa —empapada de cristianismo— de la europea, de raigambre griega, y dará ejemplos de artistas que han sabido armonizar en su obra varias características, como Cervantes, Velázquez, Shakespeare y Goya; asimismo, el pintor aragonés será presentado como «un verdadero maestro de la literatura contemporánea», lo que dará pie a hablar de «la técnica y la estética de lo que yo llamo el “Esperpento”». A continuación se abordará el tema del Don Juan, retomándose los motivos de las conferencias anteriores, y finalmente se hablará del tiempo en la novela; en este sentido, y tras comentar el concepto de quietud, Valle explicará que en sus novelas ha intentado aplicar la reducción temporal propia del teatro. Según se lee en la reseña, la conferencia «fue acogida al final con una calurosa ovación, recibiendo el ilustre literato innúmeras felicitaciones».

Una vez más, como ya había ocurrido en Oviedo, la prensa se hará eco de las ideas de Valle acerca de la «quietud», concepto que, en palabras del escritor, podía interpretarse como «la metafísica» en que se fundaba su obra. Un periodista malagueño dedicará un largo artículo a discutir la

---

<sup>135</sup> «Huésped ilustre. El Sr. Valle-Inclán en Málaga»; *El Cronista*, Málaga, 28-X-1926; *ibíd.*, pág. 67.

relación entre Dios y la quietud, aunque, por encima de todo, hará un encendido elogio de la charla valleinclaniana:

Fue su trabajo erudito, variado y ameno: erudito, por la suma de citas oportunamente evocadas que dan una idea clara de su cultura; variado, porque antes de que se pierda o entibie el interés de un aspecto de su conferencia, con habilidad de maestro, aborda otro, similar o congruente, que abre nuevo campo a la ávida curiosidad del público, y ameno, porque matiza su doctrina y juicios con atinados y anecdóticos ejemplos que estimulan el interés y aun promueven el regocijo de sus oyentes<sup>136</sup>.

Erudición, variedad y amenidad —resuelta a menudo en clave de humor—, éstas eran las cualidades que, a juicio del comentarista, definían la oratoria de Valle-Inclán. Si a ello le añadimos la capacidad de improvisación, la visión crítica de España y el deseo de remover la conciencia colectiva, obtendremos una imagen completa de lo que he denominado «el orador consagrado», esto es, de un Valle que había perfeccionado un estilo oratorio muy personal y que era recibido con grandes aplausos en todos los foros del país. Por otro lado, es significativo que, tanto por sus ideas críticas como por su heterodoxia, el escritor suscitara de forma creciente objeciones y réplicas. Sin duda, ello no le molestaba, pues, no lo olvidemos, el deseo de polemizar con el auditorio estaba ya en embrión por estos años y habría de concretarse muy poco tiempo después.

Antes de cerrar este apartado, he de referirme a una última conferencia que, según ha documentado Carmen Alerm, estaba prevista para 1927, aunque finalmente parece que el proyecto no llegó a concretarse<sup>137</sup>. En síntesis, los datos de que disponemos son los siguientes: coincidiendo con la celebración, en 1928, del centenario de la muerte de Goya, la Junta del Centenario de Aragón quiso organizar un ciclo de conferencias sobre el pintor a cargo de escritores ilustres. Los actos del centenario empezaron a fraguarse en 1926 y debían extenderse hasta 1928.

<sup>136</sup> Carlos Valverde: «Un comentario a la conferencia de Valle-Inclán», *Diario de Málaga*, 30-X-1926; *ibíd.*, pág. 77.

<sup>137</sup> La profesora Carme Alerm me ha dado a conocer estos datos, que presentará con detalle en el II Congreso Internacional sobre Valle-Inclán y su obra («Valle-Inclán en el siglo XXI»), Universidad Autónoma de Barcelona, noviembre de 2002.

Con fecha de 21 de febrero de 1927, José García Mercadal —quien presuntamente se encargaba de coordinar desde Madrid el ciclo de disertaciones— escribe a Emilio Ostalé Tudela, secretario de la Junta del Centenario de Aragón, para comunicarle las gestiones realizadas. A través de esta carta, sabemos que se pretendía convocar a los siguientes escritores: Gómez de la Serna, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset y Valle-Inclán. Según explica García Mercadal a Emilio Ostalé, Gómez de la Serna había propuesto dar una conferencia con el título de «Goya y las riberas del Manzanares»; Pérez de Ayala todavía no había definido el tema de su charla, pero al parecer quería acercarse por Zaragoza —con Zuloaga y el propio García Mercadal— coincidiendo con una «corrida goyesca» que supuestamente formaba parte de los actos del centenario. A Ortega y Gasset no se le había localizado, por lo cual el autor de la carta pedía a Emilio Ostalé que le escribiera él mismo desde Aragón. Finalmente, explicaba que Valle-Inclán había prometido asistir «cuando mejore el tiempo, a la primavera, pues ahora está griposo», y que el título de su disertación sería «Goya y los materiales que ha ofrecido a los escritores». Desde luego, el título es de lo más prometedor, y sólo podemos lamentar que al final el proyecto no cuajara, pues aunque se realizaron varias conferencias sobre el pintor, entre los escritores citados únicamente se contó con la participación de Gómez de la Serna. En todo caso, puestos a especular, podemos suponer que en esta conferencia Valle-Inclán habría aludido a las relaciones entre la pintura de Goya y su propia teoría del esperpento, y que ello tal vez hubiera derivado en su conocida idea de que el esperpento era la forma adecuada de representar la actualidad nacional. Así pues, probablemente hubiera sido una conferencia a medio camino entre la divagación estética y la crítica política, si bien, teniendo en cuenta que se trataba de conmemorar al pintor, es muy posible que Valle hubiera deleitado al auditorio cediendo el protagonismo a esa obra pictórica que tanto conocía y tanto admiraba.

### 3.10. MIRANDO AL FUTURO: LAS ÚLTIMAS CONFERENCIAS

Las últimas conferencias de Valle-Inclán serán pronunciadas ya en el contexto de la República, concretamente en 1932, 1933 y 1935. Al lado de estas charlas, proliferan los actos protagonizados por el escritor, quien ahora será reconocido por su histórica defensa de las libertades e invitado a participar en todo tipo de celebraciones y homenajes de carácter republicano. En cuanto a las conferencias, es curioso comprobar que, aun siendo sólo tres, iluminan con bastante exactitud tanto su visión de la actualidad política como sus intuiciones respecto al porvenir del país. Y es que la preocupación por los elementos que favorecen o debilitan la unidad nacional, así como la vertebración de estos motivos a partir de la literatura y el arte españoles, van a acompañar al escritor hasta su muerte. Algunos acontecimientos decisivos en el contexto nacional e internacional —en concreto, la cuestión de los Estatutos y el fascismo italiano— hallarán también su eco en estas charlas, donde asimismo reencontraremos viejas preocupaciones estéticas reelaboradas a partir de nuevas y originales teorías. Finalmente, no hay que olvidar que, en marzo de 1933, Valle acudirá a Roma como director de la Academia Española de Bellas Artes: allí, aparte de formarse una opinión sobre Mussolini que luego modificará, tendrá ocasión de conocer el método oratorio de intelectuales italianos como Bragaglia y Marinetti, lo que habrá de influir en su propia trayectoria como orador.

La primera de estas conferencias, titulada «Capacidad del español para la literatura», será pronunciada en el Casino de Madrid en marzo de 1932<sup>138</sup>. En ella se pueden diferenciar dos tipos de temas, los estéticos y los político-ideológicos, aunque estos últimos se presentarán en ocasiones de un modo muy sutil. Entre los primeros se mencionará el arte del estilo, que será definido, igual que en las más tempranas conferencias, como la

<sup>138</sup> «Una conferencia de don Ramón del Valle-Inclán. Capacidad del español para la literatura»: *El Sol*, 4-III-1932, *loc. cit.*

traslación a la lengua escrita de las propiedades de la lengua oral; más abajo se afirmará que los españoles carecen de estilo y tienden a lo plástico, de ahí que su talento deba aplicarse con preferencia al teatro, donde la representación suple al tono, la ironía y el gesto. Asimismo, se diferenciarán los tres tipos de literatura que se dan en España: la del sur, de carácter sentimental, la castellano-aragonesa, de carácter realista, y la atlántica, tendente a lo fantástico. Este tema enlazará con una doble afirmación: por un lado, la de que la «norma española» se cifra en la literatura realista, esto es, en la propia de la franja castellano-aragonesa, y por otro, la de que Castilla tiene «un poder maravilloso de recriar», para lo que se aducen los ejemplos de Carlos I, El Greco y Unamuno.

A mi juicio, esta búsqueda de la «norma española», y la exclusión de la franja mediterránea entre los tipos de literatura que se dan en el país, deben relacionarse con una preocupación política del momento, la concesión del Estatuto de autonomía a Cataluña. Más adelante tendremos ocasión de ahondar en la postura de Valle respecto a las pretensiones autonomistas de las regiones españolas; por lo pronto, baste decir que la ruptura de la unidad idiomática implícita en las autonomías —uno de los motivos más debatidos en esos momentos— será vista como una amenaza para la tan deseada unidad nacional. Asimismo, el escritor recuperará el tema del Don Juan a partir de la siguiente afirmación: «La tríada: el mundo, el demonio y la carne, domina todo el arte español de todos los tiempos, sobre todo en literatura». Finalmente afirmará, como ya hiciera en Buenos Aires, aunque ahora obviamente con un sustrato ideológico muy distinto, que «España es una fuerza ética», y que el «furor ético» explica varios momentos de la historia española, como la entronización de Isabel la Católica, la abdicación de Carlos IV, el destronamiento de Isabel II y la «última revolución española», esto es, el advenimiento de la Segunda República. Estas palabras, muy aplaudidas por el público, cerrarán la conferencia, que será descrita por el cronista de *El Sol* como «una auténtica maravilla de gracia y amenidad».

La siguiente charla tendrá lugar en el Ateneo guipuzcoano en noviembre de 1933, esto es, recién llegado el escritor de su estancia en Roma<sup>139</sup>. El público, según leemos en la crónica, «rebosaba la sala de actos, y se desparramaba por otras dependencias de la Casa de la Cultura donostiarra», adonde llegarán las palabras del orador a través de altavoces «hábilmente dispuestos». La reseña indica también que el presidente del Ateneo «requirió, con resultado negativo, a los auditores para que formularan preguntas», por lo que él mismo se encargó de interrogar al orador. Las cuestiones planteadas fueron tres, aunque Valle las respondió de forma prolija, con muchas digresiones y anécdotas; las dos primeras preguntas tuvieron que ver con la reciente estancia del escritor en Roma: en primer lugar, se le pidió que hablara sobre la «fecha de fundación, labor y futuro» de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, y después «acerca de la emoción que había sentido en Italia con el contacto directo del fenómeno político fascista». Para terminar, y enlazando con la segunda pregunta, «se le preguntó al señor Valle-Inclán cuál es su pensamiento respecto al inmediato porvenir político de España, teniendo en cuenta la realidad circundante europea, que abunda en diversos regímenes, desde el constitucional liberal inglés, hasta el fascista, hitleriano y mussolinista». No cabe duda, a juzgar por las cuestiones planteadas, de que, en el contexto de la República, las opiniones de Valle como intelectual tenían un gran interés para los oyentes, superior, incluso, al que suscitaban sus ideas estéticas.

Respecto a la primera pregunta, obviamente la menos comprometida, el escritor defenderá que a Roma deberían ir artistas «ya cuajados y no los artistas en agraz», puesto que la Academia fue fundada con esta intención. En cuanto a la Italia fascista, asegurará que Mussolini ha conseguido dos cosas esenciales: de un lado, recuperar una ambición imperial cifrada en un afán de universalidad, y, de otro, liderar con fuerza al

---

<sup>139</sup> «Palabras del señor Valle-Inclán en el Ateneo Guipuzcoano»: *La Voz de Guipúzcoa*, San Sebastián, 29-XI-1933; *apud* Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, págs. 587-592. Otra reseña de esta conferencia, publicada en *El Sol*, Madrid, 29-XI-1933, se reproduce sin título preciso en Dougherty, D., *op. cit.*, pág. 258 n 299.



pueblo italiano, de modo que éste «no teme a los sacrificios en beneficio del porvenir»; en este sentido, afirma que el imperialismo español fue un fenómeno debido a la casualidad o a la herencia, así como pone en duda la capacidad del español para el sacrificio; de todo ello deduce que el fascio en España sería «la partida de la porra». Por último, y respondiendo a la tercera pregunta, Valle ponderará la influencia que los países europeos han tenido sobre España, y acabará afirmando, como ya lo hiciera en conferencias anteriores, que el español es anarquista por naturaleza y por ello «cada español tiene preferencia por un sistema y quiere una manera distinta de gobierno». Esto se demostrará con el ejemplo del Estatuto catalán, sobre el que el escritor hará una broma irónica, aunque acabará concluyendo que los políticos deberían conceder una mayor libertad al pueblo, para que éste «buscara su propia ruta». Con estas palabras, dice el cronista, «terminó el señor Valle-Inclán, que fue ovacionado con entusiasmo en distintos momentos y al final de su disertación». Si a la altura de 1932 Valle consideraba el «furor ético» como el rasgo distintivo del pueblo español y tan sólo apuntaba de forma implícita al Estatuto catalán, un año después su visión de la realidad española se advierte mucho más escéptica: las disensiones internas en el gobierno de la República —propiciadas, en parte, por la cuestión de las autonomías— se han agravado, no existe un factor de unidad nacional, cada español desea un gobierno distinto y Cataluña insiste en diferenciarse del resto del país. Pero la República es todavía muy joven, de ahí que el escritor solicite a los gobernantes un margen de libertad, en la idea de que es el pueblo quien debe configurar su propio camino.

En la última conferencia, pronunciada en febrero de 1935, se retomarán todas estas cuestiones, aunque también reencontraremos temas más antiguos<sup>140</sup>. El foro será de nuevo el Ateneo guipuzcoano y esta vez, como explica el cronista, las palabras de Valle «fueron oídas a través de la

---

<sup>140</sup> «Valle-Inclán expuso ayer en el Ateneo Guipuzcoano su opinión sobre la historia de España» (titulada «Divagaciones literarias»): *La Voz de Guipúzcoa*, San Sebastián, 20-II-1935; *apud* Valle-Inclán, J. y Valle-Inclán, J. (eds.), *op. cit.*, págs. 629-632.

emisora de radio donostiarra». Aunque la difusión de su charla por la radio no podía satisfacer del todo al escritor, quien no concebía el discurso exento del gesto y el ademán, para nosotros es otra evidencia de la importancia que se concedía a sus opiniones.

Valle empezará con una afirmación taxativa que ya nos resulta familiar: «Las artes y las letras sirven para conocer a los pueblos. Y ambas son el medio mejor para conocer a España». A continuación se dirá, como en la otra conferencia, que España «no es nación conquistadora», aunque esta vez un oyente reaccionará con violencia ante este aserto. Se producirá entonces aquel breve rifirrafe de que ya di cuenta en páginas anteriores y que habrá de cerrarse sin más complicaciones. Valle proseguirá con su tesis, añadiendo que «para que un pueblo tenga voluntad conquistadora, es preciso que obedezca al poder regidor», lo que no ocurre en España, donde, como se demuestra a través de la literatura, prevalecen la anarquía y el elogio del individuo rebelde. También la pintura española muestra el individualismo del español, quien ama la originalidad y por ello mismo no crea escuela. «Y esto —se pregunta el escritor— ¿hasta dónde es virtud, y hasta dónde es defecto?»; la respuesta es muy clara: «Esto es beneficioso para el individuo, pero no lo es para la nación». De aquí se pasará a un viejo tema, las tres maneras con que el artista se enfrenta a sus héroes, aunque ahora se compararán la literatura y el arte españoles con los de otras naciones, para acabar afirmándose, como siempre, que «el verdadero español es como un demiurgo».

Valle cerrará su conferencia con dos propuestas para la construcción del futuro nacional, basadas en las características del pueblo español. Por un lado, enunciará un nuevo rasgo propio de España, «la capacidad de sufrimiento y de renunciación», y afirmará que «con esta capacidad hay que construir el futuro español», sin olvidar la «capacidad ética» y la «enorme expresión individual» de que ya había hablado en esta y otras conferencias. Por otro lado, retomará el tema de las autonomías enlazándolo con ese individualismo congénito: «Acaso para corresponder a esa expresión

individual, sería lo mejor dar a cada región una responsabilidad que salve los destinos nacionales». Una vez más, los aplausos despedirán las últimas palabras del conferenciante.

A partir de estas tres charlas se corroboran algunas cuestiones esenciales: en primer lugar, la preocupación por España, un tema que ya había sido central en varias conferencias de 1910 y 1911, que había alcanzado un nuevo impulso con el segundo viaje a México y durante la dictadura primorriverista, y que se constituirá en el eje de estos últimos discursos. En segundo lugar, se confirma también que, por encima de la evolución ideológica del escritor, hay dos aspectos que se mantienen constantes: por un lado, el análisis esencialista de la realidad nacional y, por otro, la voluntad de transmitir un mensaje constructivo y esperanzador. Pero de todo ello habré de ocuparme con más detalle en la tercera parte de mi trabajo. Por lo pronto, quisiera cerrar este capítulo con un breve balance de las dos cuestiones centrales que se han tratado en él: la recepción de las conferencias del escritor y las cualidades de Valle para la oratoria.

Respecto al primer asunto —la respuesta del público—, no cabe sino concluir que la experiencia de Valle como orador estuvo marcada por el éxito, pues, exceptuando algunos fracasos en el año diez, sus intervenciones hubieron de tener una recepción enormemente positiva. En cuanto al segundo aspecto —las cualidades de Valle para la oratoria—, los distintos testimonios demuestran que el escritor reunía todos los requisitos que, según Cicerón, debe poseer un gran orador<sup>141</sup>: en primer lugar, conocer muchas materias, pues la oratoria las comprende a todas y a la vez las exige para que el discurso no resulte vacío o ridículo: artes plásticas, literatura, filosofía, historia, política, he aquí las principales y variadas materias abordadas por Valle-Inclán en sus discursos. En segundo lugar, dice Cicerón, el orador debe hacer gala de un estilo exquisito: como hemos visto, los cronistas incidirán una y otra vez en la belleza de la palabra

---

<sup>141</sup> CICERÓN, M. T. : *De oratore* (libros I, II y III); edición crítica y traducción de Salvador Galmés, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1929 (I, V, págs. 11-12).

valleinclaniana. Después se exige que el orador conozca las pasiones del género humano, para saber calmar o excitar el ánimo de los oyentes, aspecto que hemos visto reseñado una y otra vez como distintivo de la oratoria del escritor. Asimismo, se reclama que el orador posea gracia e ingenio y que conozca la historia de la Antigüedad y la fuerza de los ejemplos, todo lo cual se ha demostrado en los sucesivos discursos. La acción, añade el orador latino, debe moderarse por el movimiento del cuerpo, por el gesto, por el rostro y por la modulación de la voz: una vez más, sólo hay que recordar las múltiples afirmaciones referidas a la elegancia en el gesto y la figura del escritor, así como a su capacidad para modular el tono del discurso. Finalmente, dice Cicerón, el orador debe poseer una buena memoria, cualidad que era proverbial en Valle-Inclán y sin la cual su capacidad de improvisación se hubiera visto seriamente mermada. Nada le faltaba, pues, a nuestro escritor para enfrentarse con éxito a su tarea como conferenciante, y de hecho, como se recordaría a su muerte, verlo hablar en público constituía una experiencia deliciosa e incomparable:

Oír a alguno de nuestros oradores es oír un tantán rifeño que embota hasta el oído. Valle-Inclán, de pronto, en este paisaje era una vena de agua que se sorbía golosamente. Era verano, y la sed, que agosta aquí y resquebraja las piedras, bebía el relato de Valle-Inclán, que era imaginación de la que si nos asiste nos hace cortar las rosas más frescas en el páramo<sup>142</sup>.

---

<sup>142</sup> MOURLANE MICHELENA, P. : «El poeta»; en Esteban, J. : *Valle-Inclán visto por...*; Madrid, Las Ediciones del Espejo, 1973, pág. 188.